

2022

MAESTRIA EN CLINICA PISCOANALITICA

Tesis:

Niño-Objeto



Tesista: Lic. Guadalupe Ceña

Directora de Tesis: Dra. Nieves Soria

Índice: Niño-objeto

Gratitudes	6
0. 7	
0.1. Antecedentes	7
0.2. Preguntas	8
0.3. Hipótesis	9
0.4. Objetivos	9
0.5. Metodología	10
0.6. Capítulos	11
0.7. Una digresión	11
1. 14	
1.1. Introducción	14
1.2. Cantidad	15
1.2.1. Nacimiento	15
1.2.2. Represión primaria y fijación	17
1.2.3. El objeto perdido	19
1.2.4. El Dolor	20
1.2.5. Interior-exterior: Primeros mecanismos defensivos.	21
1.2.6 Autoerotismo	24
1.2.7. Etapa oral	24
1.2.8. Identificación primaria	25
1.2.9. En síntesis	26
1.3. Cualidad	27
1.3.1. Juicio de atribución	28
1.3.2. Proyección del narcisismo de los padres	29
1.3.3. Narcisismo	30
1.3.4. Interior- exterior	32
1.3.5. Fase oral secundaria y anal primaria	34
1.3.6. En síntesis	36
1.4. Complejidad	37
1.4.1. Principio de realidad. Juicio de existencia	37
1.4.2. Desarrollo libidinal	39
1.4.2.A. Etapa anal secundaria	39
1.4.2.B. Fase fálica	40
1.4.2.C. Complejo de Edipo y castración	41
1.4.2.D. Latencia	44
1.4.2.E. Elección de objeto	45

1.4.3.	En síntesis	46
1.5.	Conclusiones	47
1.5.1.	Los nombres del objeto en Freud y sus operaciones	49
1.5.2.	De pérdidas y separaciones	52
1.5.3.	Niño-objeto	54
2.	56	
2.1.	Introducción	57
2.2.	El objeto que no hay	57
2.2.1.	Operaciones	58
2.2.2.	Falta originaria	59
2.2.3.	Das Ding	60
2.2.4.	No hay relación sexual	60
2.2.5.	Lapsus del nudo	61
2.2.6.	Síntesis	61
2.3.	Hay marcas	62
2.3.1.	Operaciones	62
2.3.2.	La marca	64
2.3.3.	Presentación clínica: Autismo	64
2.3.4.	Síntesis	65
2.4.	Objetos pulsionales	66
2.4.1.	Operaciones	66
2.4.2.	Objetos	66
2.4.3.	Síntesis	68
2.5.	Hacia el objeto Causa del Deseo	68
2.5.1.	Tiempos fantasmáticos	69
2.5.1.A.	Primer momento: El enigma	69
2.5.1.B.	Segundo momento: la desaparición... ¿puedes perderme?	71
2.5.1.C.	Tercer momento: la dignidad, el objeto.	75
2.5.1.D.	Cuarto momento: La función del velo	79
2.5.2.	Síntesis	83
2.6.	Objetos de amor	85
2.6.1.	Operaciones	85
2.6.2.	Narcisismo, objetos de amor	85
2.6.3.	Agalma	86
2.6.4.	Síntesis	87
2.7.	Adenda: La falta entre el objeto a, y el falo	88
2.7.1.	Falo imaginario	88
2.7.1.A.	Significación fálica	88
2.7.1.B.	Identificación imaginaria al falo materno	89

2.1.7.C. Síntesis	90
2.7.2. Dimensión real del falo	92
2.7.2.A. Fuera de cuerpo	92
2.7.2.B. Goce sexual, obstáculo.	93
2.7.2.E. Síntesis	95
2.7.3. Dimensión simbólica del falo	96
2.7.4. Síntesis	97
2.8. Conclusiones	98
3. 101	
3.1. El objeto en Freud: Rabinovich	102
3.2. Escuela inglesa: Recortes de la teoría de la relación de objeto	103
3.2.1. Abraham	104
3.2.2. Klein	105
3.3.3. Winnicott	106
3.3. Inicios del psiquismo	109
3.3.1. “Yo fetal” de Rascovsky	109
3.3.2. Pichón Rivière	110
3.3.3. “Yo piel” de Anzieu	110
3.3.4. Maldavsky	111
3.3.5. Dolto	112
3.3.6. Bleichmar	113
3.4. La madre, el lenguaje y el niño-objeto	116
3.4.1. “Psicosis Blanca” de Green	116
3.4.2. 115	
3.4.3. Levin	118
3.4.4. Hartmann	119
3.4.5. Soler	120
3.5. Para concluir	121
4. 122	
4.1. Introducción	123
4.1. El Deseo materno	123
4.1.1. Defensa de lo femenino	125
4.1.2. La castración en cuestión	126
4.2. Del estrago al niño-objeto	128
4.3. Conclusiones	131
5. 132	
5.1. Introducción	133
5.2. Posición	133

5.3. Niño	134
5.4. Objeto	137
5.4.1. Objeto del fantasma materno	139
5.4.1.A. Objeto de goce del Otro	140
Una viñeta clásica	143
5.4.1.B. Objeto desecho	145
Una viñeta literaria	148
5.4.1.C. El “súbdito”	150
Un tipo de homosexualidad masculina	153
Fetichismo	154
Fobias	154
5.5. Strattonare	156
5.6. Conclusiones	159
6. 160	
6.1. Introducción	161
6.2. La época y los discursos	161
6.2.1. Antecedentes	162
6.2.2. Discurso capitalista	164
6.2.2. A. El agente: el consumidor consumido	164
6.2.2.A.I. Proletario sin división	164
6.2.2.A.II. Narcisismo	166
6.2.2.A.III. Desperdicio	167
6.2.2. B. El Otro: la ciencia y la tecnología	167
6.2.2.B.I. Saber y consumo	168
6.2.2.B.II. Entre imaginario y real	169
6.2.2. C. La verdad: el mercado	170
6.2.2.C.I. Verdad instrumental	171
6.2.2.C.II. Declinación del Nombre del padre	171
6.2.2.C.III. Mandato de goce	172
6.2.2.C.IV. Rechazo de la castración	173
6.2.2. D. El producto: la mercancía	174
6.2.2.D.I. Plus de goce	175
6.2.2.D. II. El objeto que no se opone, ni se pierde	175
6.2.2.D. III. Gadget y letosas	177
6.2.2.D. IV. Hipermodernidad	178
6.2.3. Síntesis	180
6.3. Otros efectos del discurso capitalista	181
6.3.1. En la familia	181
6.3.1.A. Viñeta	182

6.3.1.B. Equivalencias que no son iguales	183
6.3.2. En el niño	187
6.3.3. En el niño generalizado	188
6.3.3.A. Segregación	189
6.3.3.B. Niño generalizado	191
6.3.4. Síntesis	193
6.4. Conclusiones	194
7.	197
Palabras finales	202
8.	205
8.1. Libros	206
8.2. Revistas	217
8.3. Links	219

Gratitudes

Agradezco a Graciela Brodsky por haberme invitado a realizar esta Maestría en Clínica Psicoanalítica, en la Universidad de San Martín.

A los pacientes, les agradezco la confianza y su enseñanza diaria sobre el núcleo duro de la clínica, y el plantearme, junto a mis hijos, Juana, Dante y Pedro, tantas preguntas relacionadas con los temas que aquí abordo.

A Diana Algaze, Mariana Schwartzman, Agustina Ramírez Bustos, Laura Rivera, Patricia Rodas, mis amigas interlocutoras, agradezco su conversación con la que, como dice Freud, me ayudan a “ver un poco más claro las oscuridades”.

A mis maestros, muchos de ellos docentes de esta maestría:

Nieves Soria, por compartir sus interrogantes sobre nuestra práctica y nuestro tiempo, por escuchar mis preguntas, por ayudar a desenredarme ofreciendo respuestas lúcidas... ¡y por dirigir esta tesis!

Fabián Schejtman, por la generosidad de transmitir su orientación en el psicoanálisis, desde los primeros años de mi entrada a la Facultad de Psicología, primero como estudiante, luego como docente, hasta la maestría y más allá.

Marcelo Barros, por sus lecturas psicoanalíticas, perspicaces y críticas, y por sus clases en la maestría tan divertidas.

Alejandra Eidelberg, por orientarme en la práctica, y dejar marcas que insisten.

Silvina Cochia, por su lectura amorosa, precisa y atenta, y por cada una de sus propuestas e intervenciones.

Mirta Castillo, por su escucha vital.

A María Ceña, mi hermana, por conectarme con la poética lacaniana.

A Daniel Saad, por acompañarme en el recorrido de la vida, y señalar, de modo práctico y desde el principio, el laberinto de los objetos a.

0. CAPÍTULO CERO: Introducción general

0.1. Antecedentes

Esta tesis es precedida por una serie de trabajos, realizados para el posgrado del Icdaba, nombrados con el término “Rèpèretion”.

“Rèpèretion” es un neologismo que proviene de la articulación de padre (père, en francés) con reparación (réparation). Escrita de este modo no existe en la lengua francesa, sin embargo, existe el verbo repèrer, que conserva la idea de detenerse, señalar, localizar, marcar.

En aquellos trabajos se indagaron diferentes estatutos de la función paterna, apuntando al abordaje de la declinación del Nombre del padre y su repercusión en la práctica analítica.

En el primer ensayo se resaltó cómo Freud, a lo largo de su enseñanza, revaloriza el estatuto de un padre simbólico que ya no puede ocultar su decadencia. De este modo, intenta restituir su lugar haciéndolo un concepto clave en su teoría, con el Complejo de Edipo o desde la lógica del padre muerto en tanto función simbólica, como explica en Tótem y tabú. También se señaló cómo la reparación de la función paterna se pone en juego en la posición de Freud como analista, y luego, en algunos posfreudianos.

En el segundo ensayo se efectuó un recorrido abordando los modos con los que Lacan retoma este concepto, con el significante del Nombre del padre. Se mantuvo en la mira de cada formalización aquello trunco que denuncia que el padre es rengo en su carrera para alcanzar simbólicamente lo real. Si se considera cualquier formalización del padre, desde el comienzo hasta el final de la obra de Lacan, se encuentra más o menos manifiesto un sesgo de su declinación. Ya sea teniendo en cuenta las psicosis como estructura en la que el significante del Nombre del padre no se inscribe; la fobia como síntoma que viene a suplir la carencia del padre del segundo tiempo del Edipo; la angustia como afecto que no engaña, localizándose más allá de lo simbólico; lo real como aquello que no cesa de no inscribirse; la lógica de la pluralización de los nombres del padre, en tanto no alcanza con uno; lo femenino como posición sexuada, no toda fálica.

Finalmente, en el tercer ensayo se puntualizan algunos fenómenos contemporáneos que dan cuenta del declive del Nombre del padre, en interrogación con el quehacer del analista, manteniendo como eje la pregunta sobre si es conveniente “reparar” la función del padre en declinación. Se ubicó como una hipótesis posible que la declinación del Nombre del padre puede considerarse, en algunos casos, en torno de la operatoria fallida del padre del segundo tiempo del Edipo, que deja al sujeto detenido en un tiempo anterior, en el que predomina una identificación al objeto-falo que vendría a colmar al Otro materno.

Entonces, el recorrido trazado por los trabajos del Icdeba conduce hacia esta tesis, en tanto que, si el padre está en declinación, la posición de niño-objeto materno, puede considerarse una de sus derivaciones.

Efectivamente, esta posición subjetiva se encuentra frecuentemente en varias consultas actuales de niños, adolescentes y adultos. Con lo cual, indagar este eje tiene un interés principalmente clínico, para formalizar las vicisitudes de esta posición.

0.2. Preguntas

A modo de guía, se partirá de algunas preguntas:

¿Qué es el objeto para el psicoanálisis?

¿Hay objeto desde los comienzos del aparato psíquico? Tal como el yo, el concepto de objeto ¿se constituye a lo largo del desarrollo subjetivo?

¿Cuáles son los diferentes estatutos que pueden adquirir los objetos?

¿Cuáles son las operaciones necesarias para que se establezcan los diferentes objetos?

¿Cuáles son los puntos de convergencia y divergencia entre el objeto a y el falo?

¿Qué quiere decir “posición de niño-objeto”?

¿Cuáles son las condiciones lógicas (desde el Otro y desde el sujeto) para que un ser hablante permanezca en posición de objeto materno?

¿Hay diferencias entre ocupar esta posición como niño y como adulto?

¿Cuáles son los estatutos del objeto al que el sujeto podría quedar identificado, fijado, en su posición?

La posición de objeto materno: ¿Es permanente? ¿Transitoria? ¿Se supera? ¿Se elimina? ¿Retorna?

¿Cómo se articula el discurso de este tiempo con la posición de objeto?

¿Cómo podría incidir un análisis en esta posición subjetiva?

0.3. Hipótesis

Se proponen como hipótesis que:

- I. No todos los sujetos en posición de niño-objeto responden a una estructura psicótica.
- II. La posición de niño-objeto no sólo demuestra la declinación del Nombre del padre, sino también del Deseo materno.
- III. La posición de niño-objeto y el discurso capitalista son funcionales entre sí.
- IV. La posición de objeto materno podría ser conmovida con una serie de intervenciones basadas en la lógica del corte.

0.4. Objetivos

Los objetivos generales de esta tesis son:

- Explicitar distintas concepciones del objeto, en la constitución subjetiva según Freud y Lacan.
- Ubicar las operaciones que dan origen a los distintos objetos.
- Describir la posición de niño-objeto y deslindar sus variedades.
- Situar los motivos por los cuales esta posición resulta paradigmática en nuestra época.

Con los objetivos específicos se propone:

- Señalar diferencias y convergencias entre el objeto y el falo.
- Rastrear cuáles son las condiciones lógicas provenientes del Otro para que un sujeto permanezca en posición de objeto materno.

- Puntualizar cuáles son las condiciones propias del sujeto para consentir a aquella posición.
- Ejemplificar con casos.

0.5. Metodología

Esta tesis se propone como una investigación sobre la práctica psicoanalítica contemporánea, con la finalidad de aportar más elementos para elaborar la clínica psicoanalítica en la actualidad (Miller 2016b, 170).

Siguiendo la orientación lacaniana que sugiere que “el analista sea al menos dos, el analista para tener efectos y el analista que a estos efectos los teoriza” (Lacan [1974-75], 10/12/74), se considera clínica psicoanalítica al ejercicio de formalizar nuestra práctica (Schejtman 2013a, 24).

En una primera etapa de estos desarrollos, se plantea una exploración sobre las fuentes primarias, que dará lugar a un segundo momento de análisis del tema de la investigación.

El enfoque elegido para esta investigación es cualitativo porque aporta esclarecimientos sobre las representaciones de un grupo determinado (Minayo 1997, 115), reflexionando, en un proceso continuo de ir y venir, sobre conceptos y presentaciones clínicas que pueden aunarse dentro de la posición nombrada como “niño-objeto”.

En tanto que “el principal beneficio que el investigador obtiene mediante una indagación bibliográfica es que puede cubrir una amplia gama de fenómenos, ya que no sólo tiene que basarse en los hechos a los cuales él mismo tiene acceso, sino que puede extenderse para abarcar una experiencia inmensamente mayor. Esta ventaja se hace particularmente valiosa cuando el problema requiere de datos dispersos en el espacio, que sería imposible de obtener de otra manera” (Sabino 1992, 97).

Según el grado de conocimiento, el diseño de esta tesis es de tipo exploratorio, es decir que se busca investigar un tema sobre el cual hay dudas, para generar desarrollos y abrir a futuras investigaciones.

Respecto de las fuentes primarias, se utilizarán textos de Freud, de Lacan y de otros psicoanalistas, que atañen al concepto de objeto y la constitución subjetiva.

También, se citarán recortes de libros de literatura, tales como *Días sin hambre* de Delphine de Vigan, *Un Mundo feliz* de Aldous Huxley, *El hijo judío* de Daniel Guebel, *El señor de las moscas* de William Golding.

Desde un aspecto práctico, se utilizarán casos clásicos freudianos, y breves viñetas clínicas.

Finalmente, y para comenzar, en la carátula se presenta una obra del artista Jean Michel Basquiat, titulada *Trumpet*.

0.6. Capítulos

Para abordar los temas planteados, se propone, en los capítulos uno y dos, comenzar el recorrido por la perspectiva freudiana y después continuar por la lacaniana, perspectivas que hacen al marco teórico de estos desarrollos.

Luego, en el capítulo tres, se revisan los aportes de otros autores pertenecientes al vasto campo del psicoanálisis, que fueron extraídos del estado del arte del proyecto de esta tesis.

Para continuar, en el capítulo cuatro, se precisan algunas coordenadas de las características provenientes del Otro que aloja al niño-objeto; para arribar, en el capítulo cinco, a las del sujeto que adopta esta posición, y las modalidades particulares que podría adquirir.

Finalmente, en el capítulo seis, se ubican puntos de articulación entre esta posición y la coyuntura del tiempo contemporáneo.

0.7. Una digresión

Antes de dar comienzo al capítulo uno, un comentario sobre la elección del artista de la carátula.

Basquiat nace en New York, en 1960, en una familia de clase media. Es el hijo mayor, de tres hermanos. Su padre era haitiano y su madre, diseñadora gráfica, puertorriqueña. Es ella quien fomenta su carrera artística desde niño. Debido al

divorcio de sus padres y la enfermedad mental materna, Basquiat queda al cuidado de su padre desde la adolescencia.

Se lo considera desde pequeño como un niño prodigio en el manejo de las letras, los idiomas, y el dibujo. Con el transcurso del tiempo también se interesa en el deporte, la filosofía, la música, la poesía y el grafiti.

Debido a problemas con el padre, en parte por su irreverencia, cerca de los 17 años, abandona el colegio y decide vivir en la calle, en edificios abandonados, empapándose de la subcultura neoyorquina. En esta época hace arte callejero, y se crea el pseudónimo SAMO, que alude a "same old shit", lo que podría traducirse como "la misma mierda de siempre", utilizó su pseudónimo hasta 1979, cuando declaró, en un grafiti, que SAMO había muerto.

Dos años después de vagabundear consigue un estudio de arte, y deja de vivir en la calle.

Por los '80, a sus 25 años, alcanza un innegable reconocimiento como artista. Accede a niveles inéditos de notoriedad nunca antes alcanzados por un artista negro en el territorio estadounidense. De hecho, en la actualidad sus obras resultan ser de las mejores cotizadas en el mundo del arte.

Llega a ser la "leyenda de un niño salvaje", incluso se lo ha nombrado como "el niño radiante del siglo XX" (Basquiatart Org, s.f.).

Sufre de adicciones a las drogas, lo que termina siendo la causa de su muerte a los 27 años.

Sobre su obra, se considera a Basquiat un representante clave del neoexpresionismo.

En sus composiciones utiliza colores vivos.

Con su estilo original, se manifiestan rasgos primitivos, infantiles, también violentos, y desorganizados.

Escribe en sus obras letras, palabras, códigos.

Pinta cabezas cadavéricas, figuras crudas, generalmente negras, esqueléticas, fragmentadas.

También, con frecuencia, dibuja coronas, lo que se ha transformado en una de sus marcas registradas.

Utiliza una técnica de superposición de capas de pinturas, con las que tapa, a la vez que muestra algunos fragmentos de cada nivel.

Sus obras funcionan, cada una y en general, como piezas sueltas de un trayecto inconcluso, vivo, genial y magnético.

Se elige este artista porque él representa, como persona, una dicotomía: por un lado, "Your Majesty the Baby", el niño brillante, y, por otro lado, encarna un desecho del sistema, habiendo vivido en la calle por decisión personal, y muriendo de una sobredosis de heroína en la cima de su fama.

Dicotomía que también se manifiesta en su perfil de artista, pasando del arte callejero a exponer, como artista sumamente reconocido, en las mejores galerías de arte de New York.

La obra elegida en la carátula de este trabajo se titula "Trumpet", es de 1984. Allí aparecen letras, algunas tachadas (¡A!), otras pintadas, y dos elementos característicos: la figura simple, negra, cadavérica, y la corona de "Your Majesty".

El personaje de esta composición está tocando una trompeta, que queda en continuidad con el borde de su cuerpo. Con ella anuncia lo que se viene a continuación: una tesis sobre el niño-objeto.

Queda el lector invitado a deslizarse por los zigzags que se han recorrido en esta investigación.

1. PRIMER CAPÍTULO: Los nombres del objeto en Freud.

1.1. Introducción

En este primer capítulo se propone formalizar un recorrido, desde una perspectiva freudiana, por diferentes nociones de objeto a lo largo de la constitución subjetiva. Para ello, se forjará un ordenamiento considerando tres cortes en el desarrollo del psiquismo que involucran: una primera dimensión cuantitativa, otra cualitativa, y finalmente una dimensión que abarca otro tipo de complejidades.

Con esta finalidad se intercalan referencias sobre el objeto perdido de satisfacción, y su correlato en el despliegue de dos series libidinales.

Una serie es la de la organización pulsional que se va manifestando en función del predominio de alguna pulsión parcial, ya sea oral, anal o fálica.

La otra serie libidinal es la que conduce a la elección de objeto, en la que se van ubicando las diferentes inclinaciones que adquiere el cuerpo, el yo, la realidad y los otros, en torno de los conceptos de autoerotismo, narcisismo y elección de objeto. En relación con esta serie, se circunscriben las nociones de exterior y de interior en el desarrollo del psiquismo, puesto que el modo en el que se vaya articulando una distinción del adentro con el afuera será clave para la constitución de los objetos y la realidad.

Respecto de la temporalidad de estas series resulta importante señalar que no se trata de una evolución libidinal lineal en el que la fase anterior es superada por la posterior, más bien se concibe su desarrollo como el agregado de la nueva fase a la que estaba funcionando anteriormente, pues “la vida sexual —lo que llamamos la función libidinal— no emerge como algo acabado, tampoco crece semejante a sí misma, sino que recorre una serie de fases sucesivas que no presentan el mismo aspecto; es, por tanto, un desarrollo retomado varias veces” (Freud [1917] (1992), 299).

De este modo, cada fase presenta posibilidades de fijación, y de regresión en ciertos momentos de la vida, dando lugar a diferentes patologías. Entonces los conceptos de regresión a los puntos de fijación, tanto como el planteo sobre la sexualidad humana perversa y polimorfa, en la que conviven diversas modalidades

de satisfacción, dan cuenta de la coexistencia de las diferentes fases a lo largo de la vida.

En fin, teniendo en cuenta las consideraciones mencionadas, se trazará un ordenamiento, que no necesariamente transcurre de modo universal, sino que sirve para localizar cuáles serían las premisas necesarias para que se desplieguen diferentes estatutos de los objetos en el devenir del psiquismo, y de allí considerar sus desvíos, sus fijaciones, inhibiciones, que darán como resultado la variedad clínica de los seres humanos.

1.2. Cantidad

Interesa orientar la lectura de este fragmento, en torno de uno de los primeros desafíos del ser humano, a saber, la tramitación de las cantidades que provienen de estímulos externos e internos.

Esta demarcación dará por resultado los afectos, las pulsiones, el deseo. Estos elementos serán concebidos en tanto distintas dimensiones de los objetos en los comienzos de la constitución psíquica.

Además, se pretende puntualizar algunas de las operaciones que intervienen en la tramitación de estas cantidades. Para ello se recorre: el acto del nacimiento, las operaciones de represión primordial, la fijación, los primeros mecanismos de defensa, la vivencia de satisfacción primaria que, con la pérdida del objeto, inician las series libidinales es decir el autoerotismo, y la etapa oral en este caso.

En la obra freudiana, lo concerniente a las experiencias primarias son construcciones teóricas míticas. Por mítico puede entenderse que es una suposición lógica que funciona como condición de posibilidad de lo que vendrá, pero que no necesariamente se constata en la experiencia, sino por sus efectos.

1.2.1. Nacimiento

El primer acontecimiento que se puede ubicar en este tiempo es el nacimiento.

El trabajo de salida al mundo del bebé, es decir, la activación de las vías respiratorias, el contacto directo de la piel con la temperatura del mundo exterior y

con los otros, la luz, los ruidos, el primer llanto y su grito, abren vías nunca transitadas por el ser que nace.

A raíz del encuentro del bebé con estas cantidades, que todavía no tiene cómo tramitar, Freud articula el nacimiento con una primera versión de la angustia, afirmando que «El acto del nacimiento es (...) la primera vivencia de angustia y, en consecuencia, la fuente y el modelo del afecto de angustia» [Freud [1905b] (1998), 403).

En la primera nosología freudiana se plantea la angustia, en tanto transmutación libidinal, ligada a cierta alteración en las funciones cardíacas y respiratorias, como palpitaciones, agitación o dificultad para respirar, tal como ocurre en el nacimiento (Freud [1894] (2004), 111).

En la *Conferencia sobre la angustia* Freud ubica que: “El nombre angustia destaca el rasgo de la falta de aliento, que en ese momento fue consecuencia de la situación real y hoy se reproduce casi regularmente en el afecto” (Freud [1932] (1996), 361). Es decir, pareciera que la angustia reproduce ciertos fenómenos en común con el nacer, en particular, la angustia que será concebida en tanto automática, masiva. Pero ¿por qué reproduce estos fenómenos? Freud dice que el nacimiento se delimita como una primera operación sin contenido psíquico, y su respuesta es la angustia al “factor traumático” (Freud [1932] (1996), 87) que es el exceso cuantitativo que se desprende de aquella experiencia, pues “El feto no puede notar más que una enorme perturbación en la economía de su libido narcisista. Grandes sumas de excitación irrumpen hasta él, producen novedosas sensaciones de displacer; muchos órganos se conquistan elevadas investiduras” (Freud [1932] (1996), 128). Entonces el acto de nacer queda circunscripto como causa de la irrupción de estas cantidades.

Además, este desprendimiento de angustia estará vinculado a dos consecuencias concretas del nacer.

La primera es una separación del cuerpo del bebé del de su madre. Si bien es una separación particular en tanto todavía no hay objeto para el recién nacido que sea encarnado por la madre, sin embargo “se explica (...) en términos biológicos (...) primero había calmado todas las necesidades del feto mediante los dispositivos de su propio cuerpo, también tras el nacimiento prosigue esa misma función en parte con otros medios. Vida intrauterina y primera infancia constituyen un continuo, en

medida mucho mayor de lo que nos lo haría pensar la llamativa cesura del acto del nacimiento. El objeto-madre psíquico sustituye para el niño la situación fetal biológica. Mas no por ello tenemos derecho a olvidar que en la vida intrauterina la madre no era objeto alguno, y que en esa época no existía ningún objeto.” (Freud [1926] (1992),130-1).

Y la segunda consecuencia es que nacer deja al recién nacido sometido a un estado de desamparo psíquico y biológico, en tanto todavía no cuenta con mecanismos para regular los excesos de excitación. Debido a la condición de la evolución de los seres humanos en torno de caminar en dos patas, ser bípedos, “La existencia intrauterina del hombre se presenta abreviada con relación a la de la mayoría de los animales; es dado a luz más inacabado que estos. Ello refuerza el influjo del mundo exterior real, promueve prematuramente la diferenciación del yo respecto del ello, eleva la significatividad de los peligros del mundo exterior e incrementa enormemente el valor del único objeto que puede proteger de estos peligros, y sustituir la vida intrauterina perdida” (Freud [1926] (1992), 145). Entonces propone el desvalimiento, biológico en relación con el cuerpo aún inacabado con el que se nace, y psíquico en relación con el hecho de que los recién nacidos aún no cuentan con un psiquismo para responder a las exigencias pulsionales y a los estímulos externos.

Entonces estos dos elementos, separación de la madre y desvalimiento, se articulan de modo causal, pues se vuelve un peligro nacer debido a la separación de la madre, que era la encargada en colaborar con la regulación de las tensiones en la vida intrauterina, y esto deja al bebé sometido a un estado de desamparo.

1.2.2. Represión primaria y fijación

En este nivel, de la irrupción de lo cuantitativo, Freud sitúa una versión de la represión primordial afirmando que “Es enteramente verosímil que factores cuantitativos como la intensidad hipertrófica de la excitación y la ruptura de la protección anti-estímulo constituyan las ocasiones inmediatas de las represiones primordiales” (Freud [1926] (1992), 90).

Si bien se localiza el nacimiento como una primera versión posible de una cascada cuantitativa, luego de nacer surgen otras situaciones que confrontan al bebé con el desafío de tramitar estos quantums. Entonces, es posible entender estas primeras represiones originarias como aquellas instancias en las que, a partir de la irrupción de lo cuantitativo, se activa esta respuesta inmediata con la que se produce una pérdida fundante, que deja como saldo la emergencia de lo pulsional fijado entre lo anímico y lo somático (Freud [1915a] (2003), 117).

Se propone entender esta emergencia como una fijación fundante, anterior a la fijación de las vivencias infantiles, en tanto inaugura los recorridos pulsionales entre el cuerpo y el psiquismo.

¿De qué modo se fija la pulsión entre lo anímico y lo somático? Freud lo explica así: “a la agencia representante psíquica de pulsión se le deniega la admisión en lo consciente. Así se establece una **fijación**¹, a partir de ese momento la agencia representante en cuestión persiste inmutable y la pulsión sigue ligada a ella” (Freud [1915c] (2003), 143). Es posible ubicar a la agencia representante de la pulsión como el elemento psíquico, que jamás tendrá acceso a la consciencia, y que mantiene su vínculo con la parte más somática, corporal de la pulsión.

Con la represión primordial se inaugura el espacio por el que transitarán las pulsiones, en una topología entre lo anímico y lo somático, fijando en esa frontera un cauce por el que circularán las diferentes pulsiones, cauce anterior, lógicamente, a las zonas erógenas donde encontrará satisfacción cada pulsión en particular.

Entonces se plantean dos modos en los que se pone en juego la fijación, una, la mencionada en estos párrafos, ligada a la represión primordial en tanto fija la pulsión en la frontera de “lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal” (Freud [1915a] (2003), 117), y luego otra, que vendrá más adelante con las vivencias infantiles contingentes que hace que ciertas pulsiones permanezcan detenidas con una particular intensidad en determinada fase, generando la predisposición a ciertas patologías.

¹ El resaltado es nuestro.

1.2.3. El objeto perdido

La presencia de un agente externo es clave en este momento para sostener en la vida al recién nacido, y colaborar con la regulación de las cantidades: “el aparato obedeció primero al afán de mantenerse en lo posible exento de estímulos (...) Pero (...) La excitación impuesta por la necesidad interior buscará un drenaje en la motilidad que puede designarse «alteración interna» (...) Sólo puede sobrevenir un cambio cuando, por algún camino (...) se hace la experiencia de la vivencia de satisfacción que cancela el estímulo interno” (Freud [1895] (2004), 362).

Entonces cuando el agente externo, mediante una acción específica, en un primer momento, alivia la tensión del bebé, este experimentaría una vivencia de satisfacción primordial, única e irrepetible, “La impresión orgánica de este nuestro primer goce vital ha dejado en nosotros un sello indeleble” (Freud [1910] (1996), 81).

Freud explica que: “Un componente esencial de esta vivencia es la aparición de una cierta percepción (...) cuya imagen mnémica queda, de ahí en adelante, asociada a la huella que dejó en la memoria la excitación producida por la necesidad. La próxima vez que esta última sobrevenga, (...) querrá investir de nuevo la imagen mnémica de aquella percepción y producirla otra vez (...) Una moción de esa índole es lo que llamamos deseo; la reaparición de la percepción es el cumplimiento de deseo” (Freud [1905b] (1998), 558).

Aquí puede ubicarse una versión del objeto freudiano, en tanto que el primer y único encuentro con un objeto deja una huella, funda el deseo. Se remarca aquí una primera versión de un objeto, del objeto del psicoanálisis específicamente, objeto irrepetible que delata una pérdida fundante, que habilita el advenimiento de otros objetos, que siempre serán inadecuados.

La suposición de esta experiencia, como operación, con su consecuente pérdida de objeto, inaugura lo sexual en tanto motor que activa una búsqueda de la repetición de la satisfacción, desde dos ángulos:

- El movimiento pulsional, con predominancia, en estos momentos, de la pulsión oral.

- El despliegue libidinal hacia la elección de objeto que se inaugura con el autoerotismo.

Con el deseo se imprime entonces una de las huellas mnémicas del objeto al que apunta el movimiento del aparato psíquico, que en un primer momento buscará reencontrarse mediante una identidad de percepción por la vía alucinatoria.

Es decir, con esta experiencia que es correlato de la presencia, de la intervención de un otro, de un agente externo como lo nombra Freud, se sitúa el comienzo de las inscripciones psíquicas, primero en tanto percepciones que se registran como imágenes mnémicas, que dejan huellas, y que luego darán lugar a una red de representaciones, de recuerdos que conformará la memoria, posibilitando, más adelante, las funciones de la atención y el pensamiento.

1.2.4. El Dolor

En *El proyecto* Freud ubica dos experiencias diferentes en el inicio del aparato psíquico que dejan marcas, por un lado, la vivencia de satisfacción primaria, y por otro lado la del dolor, siendo incluso anterior a la del deseo.

El dolor se deduce del contacto con algún elemento, propio o exterior, disruptivo del principio de homeostasis, que genera el desprendimiento repentino de cierta cantidad.

En el dolor se ubica por un lado el disparador de las defensas primarias, es decir procesos económicos de descarga, de ligazón, frente a cantidades que irrumpen. Y por otro lado Freud localiza al dolor como un “fenómeno” coordinado con el fracaso de los mecanismos de defensa (Freud [1895] (2004), 351).

Cuando el estímulo desborda al organismo se empieza a generar un registro de experiencias de dolor, constituido por imágenes mnémicas de objetos asociados a cierta hostilidad.

Como consecuencia de estas vivencias se presentan los afectos en tanto motivos compulsivos que buscarán descarga. Más adelante en la obra freudiana el afecto quedará asociado a lo que hace que una representación sea intolerable porque condensa un monto cuantitativo que la desborda, monto que finalmente entrará en

conexión conceptual con lo pulsional, específicamente con el más allá del principio del placer.

En esta línea en 1920, Freud homologa el dolor a la lógica del trauma pues hay “excitaciones externas que poseen fuerza suficiente para perforar la protección anti-estímulo (...) Un suceso como el trauma externo provocará (...) una perturbación enorme de la economía energética del organismo y pondrá en acción todos los medios de defensa (...) entonces, la tarea planteada es más bien esta otra: (...) ligar psíquicamente los volúmenes de estímulo que penetraron violentamente” (Freud [1920] (2001), 29). Entonces surge el dolor como un antecedente del afecto, en tanto cantidad plausible de ser traumática cuando se presenta en exceso.

Si el deseo se ubica como correlato de la presencia de un otro, la vivencia del dolor en cambio puede relacionarse con el desvalimiento con el que nace el ser humano, que lo ubica en una relación de dependencia inicial al otro para sobrevivir, y entonces la ausencia de este otro puede ser motivo de dolor, puesto que el bebé no cuenta ni con un cuerpo, ni con un psiquismo para tramitar las alteraciones internas, ni externas que invaden su organismo. Siguiendo esta lógica en *Inhibición, síntoma y angustia* Freud sostiene que “La situación en que echa de menos a la madre es para él (...) una situación traumática cuando registra en ese momento una necesidad que la madre debe satisfacer (...) El dolor es, por tanto, la genuina reacción frente a la pérdida del objeto” (Freud 1926, 158-9).

1.2.5. Interior-exterior: Primeros mecanismos defensivos.

Se puntualizan aquí algunos de los primeros mecanismos defensivos, para ubicar el modo en el que intervienen en los comienzos de la delimitación del interior y exterior. Puesto que, las defensas operan en el sentido de regular la cantidad, y lo hacen, a esta altura, diferenciando un adentro de un afuera, primitivos.

En el *Proyecto de psicología para neurólogos* Freud considera una primera organización psíquica, poco delimitada, cuya función, coherente al “principio de inercia neuronal” (Freud [1895] (2004), 340), o de constancia, o nirvana, queda asociada con una tramitación de lo cuantitativo, es decir de tensiones que se desprenden de estímulos exteriores, de necesidades, y de exigencias pulsionales.

El principio de constancia busca una suerte de equilibrio que impida una descarga masiva, característica de la pulsión de muerte, y además “El principio de inercia explica, en primer lugar, la división estructural de las neuronas en dos clases, motrices y sensitivas, como un dispositivo destinado a contrarrestar la recepción de cantidad por medio de su descarga” (Freud [1895] (2004), 340).

En *La interpretación de los sueños* Freud ubica que el aparato psíquico cuenta con una parte sensorial y otra motora, “en el extremo sensorial se encuentra un sistema que recibe las percepciones, y en el extremo motor, otro que abre las esclusas de la motilidad. El proceso psíquico transcurre, en general, desde el extremo de la percepción hacia el de la motilidad.” (Freud [1905b] (1998), 531).

Esta organización primaria es nombrada como “yo realidad originario”, que más que “yo” puede concebirse, en primera instancia, como un sistema neuronal (Freud [1895] (2004), 342), cuya función es alejar con el polo motor los estímulos exteriores que llegan por el polo sensorial, sirviéndose del mecanismo defensivo que se llama “arco reflejo” (Freud [1905b] (1998), 557). Es una defensa primaria que se descarga a nivel motriz, de forma refleja, automática y masiva (Freud [1915a] (2003), 114). Por ejemplo, ante la luz, se cierran los ojos automáticamente.

Luego, este mecanismo se complejiza constituyendo el “aparato protector de estímulos” que lo que hace es aceptar un mecanismo de fuga, entonces el exterior es aquello de lo cual se puede alejar. Entre el interior y el exterior se crea una periferia externa para neutralizar los estímulos, como si fuera “una corteza de piel muerta insensible” (Freud [1920] (2001), 26-7).

Considerando los aportes de Freud, en *el Proyecto* (1895), como en *La interpretación de los sueños* (1905), *Pulsiones y destinos de la pulsión* (1915), *Tres ensayos* (1915), y *Más allá del principio del placer* (1920), es posible afirmar que con las regulaciones de las cantidades que impactan con el organismo, se empieza a diferenciar de forma precaria un interior de un exterior.

Es decir, se constata un comienzo de delimitación de un exterior básico e indiferente, pues si la percepción desaparece por la acción, es exterior, y si puede desaparecer, este exterior es indiferente (Freud 1915, 114-116, 130). En *Pulsiones y destinos de la pulsión* Freud lo dice así: “Por una parte, registra estímulos de los que puede sustraerse mediante una acción muscular (huida), y a estos los imputa a un mundo exterior; pero, por otra parte, registra otros estímulos frente a los cuales

una acción así resulta inútil, pues conservan su carácter de esfuerzo {Drang} constante; estos estímulos son la marca de un mundo interior, el testimonio de unas necesidades pulsionales. La sustancia percipiente del ser vivo habrá adquirido así, en la eficacia de su actividad muscular, un asidero para separar un «afuera» de un «adentro» (Freud [1915a] (2003), 114-5).

La función de este interior, precario, también es la tramitación de cantidades. En *Más allá del principio del placer* lo plantea del siguiente modo: “Para el organismo vivo, la tarea de protegerse contra los estímulos es casi más importante que la de recibirlos; está dotado de una reserva energética propia, y en su interior se despliegan formas particulares de transformación de energía: su principal afán tiene que ser, pues, preservarla del influjo nivelador, y por lo tanto destructivo, de las energías hipergrandes que laboran fuera” (Freud [1920] (2001), 27).

A esta altura entonces, el adentro, está compuesto por el intento de tramitar montos pulsionales por un lado y, por otro lado, en el interior se va generando la investidura de órganos tales como el corazón, los pulmones, y finalmente el aparato digestivo, bases de las pulsiones de autoconservación (Freud [1926] (1992), 128).

Si bien Freud no ubica en este punto ninguna patología en particular, un fenómeno que puede encontrarse es que el interior no regule las cantidades, estas desborden al psiquismo incipiente llegando a un extremo mortal. A este fenómeno Spitz lo ha denominado “hospitalismo” o “marasmo”. Algunos psicoanalistas que indagan los problemas psicosomáticos, como se desarrollará en el capítulo tres, atribuyen como causa de estos síntomas algún trastorno en este tiempo en el que no se efectúa una primera distinción entre el interior y el exterior.

1.2.6 Autoerotismo

Recapitulando, el objeto perdido inaugura dos series libidinales, interesa aquí delimitar el autoerotismo como primera fase de la serie que se dirige hacia la elección de objeto, para considerar el modo en el que se van poniendo en juego las primeras manifestaciones de cierta corporeidad. Se dice “corporeidad”, pero lo cierto es que a esta altura no hay un cuerpo constituido como unidad, lo que hay son pulsiones parciales que se satisfacen de forma anárquica, en sus respectivas zonas erógenas.

En esta instancia, al arco reflejo y al aparato anti-estímulo se les agrega la proyección como mecanismo defensivo (Freud [1905a] (1996), 167). Las exigencias pulsionales son procesadas mediante una “alteración interna”, y se proyectan como tensiones de la necesidad hacia una periferia de la “corporeidad” que se conecta con el exterior. Ese borde es un parte del “cuerpo” con la que se accede a la satisfacción de las diferentes pulsiones, produciendo alivio de esa tensión. De esta manera con la proyección, se desplazan las tensiones pulsionales a ciertos bordes corporales constituyéndose las zonas erógenas (Freud [1905a] (1996), 167).

En relación con las patologías que se deducen de una fijación a esta etapa, Freud, en 1912, ubica aquí a la esquizofrenia. Su correlato está en aquellas manifestaciones de retorno que involucran diferentes fenómenos alucinatorios, corporales y del lenguaje que dan testimonio de la dispersión pulsional que caracteriza este tiempo.

1.2.7. Etapa oral

Con la experiencia de satisfacción primordial se inaugura la otra serie libidinal mencionada, a saber, la de la organización pulsional oral: “Una primera organización sexual pregenital es la oral o, si se prefiere, canibática. La actividad sexual no se ha separado todavía de la nutrición, (...) El objeto de una actividad es también el de la otra; la meta sexual consiste en la incorporación del objeto, el paradigma de lo que más tarde, en calidad de identificación, desempeñará un papel psíquico tan importante” (Freud [1905a] (1996), 180).

A partir de retiradas experiencias de satisfacción vía la alimentación (Freud [1926] (1992), 159), el objeto que empieza a delimitarse de forma predominante en este momento es el pecho materno: “El primer objeto erótico del niño es el pecho materno nutricional; el amor se engendra apuntalado en la necesidad de nutrición satisfecha. Por cierto, que al comienzo el pecho no es distinguido del cuerpo propio” (Freud [1938] (1996), 233). Entonces, en un comienzo el objeto de esta etapa se circunscribe en torno del pecho materno, pero todavía no está diferenciado del recién nacido, ni de la madre.

En un primer momento el erotismo oral se encuentra fusionado con la alimentación, posteriormente adquieren autonomía, por ejemplo, con el chupeteo, el bebé encuentra satisfacción de modo autoerótico, pues “no es lícito confundir fisiología con psicología. Muy temprano, en el chupeteo, en que el niño persevera obstinadamente se evidencia una necesidad de satisfacción que —si bien tiene por punto de partida la recepción de alimento y es incitada por esta— aspira a una ganancia de placer independiente de la nutrición, y que por eso puede y debe ser llamada sexual” (Freud [1938] (1996), 152).

1.2.8. Identificación primaria

Se articula a la lógica pulsional oral, la identificación primaria llamada justamente también canibálica, debido a que el énfasis está puesto en la incorporación... ¿de qué? ¿del alimento? ¿de lo perdido? ¿del otro?

En *Psicología de las masas*, Freud define la identificación como “la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona” (Freud, [1921] (2001), 99). Sin embargo, en *El yo y el ello* dice que esta identificación “Es directa, inmediata y más temprana que cualquier investidura de objeto, es decir que no media la elección de objeto, ni se diferencia la carga del objeto de la identificación misma” (Freud [1923] (1996), 33).

En consonancia con esto, en *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* afirma que “Se ha comparado la identificación, y no es desatino, con la incorporación oral, canibálica, de la persona ajena. La identificación es una forma muy importante de la ligazón con el prójimo, probablemente la más originaria; no es lo mismo que una elección de objeto”. (Freud [1932] (1996), 58).

Es decir, Freud separa esta identificación de la serie de la elección de objeto, dejándola articulada a lo pulsional que representa la etapa oral, puesto que aún no existe diferencia entre identificación e investidura de objeto, sin embargo, queda claro que lo que se incorpora en este nivel involucra algo del orden del otro primordial.

Una nota más, Freud ubica que esta identificación es al padre “de la prehistoria personal” (Freud [1923] (1996), 32), lo que abre una serie de interrogantes en

relación con el estatuto del padre, los desarrollos en Tótem y tabú sobre la función de la incorporación del padre muerto, y su relación con el inicio de las primeras organizaciones sociales y religiosas, dan una orientación. Ahora bien, agrega una nota al pie en *El yo y el ello*, en la que afirma que: "Quizá sería más prudente decir «con los progenitores» [que se produciría esta identificación], pues padre y madre no se valoran como diferentes antes de tener noticia cierta sobre la diferencia de los sexos (...) En aras de una mayor simplicidad expositiva, sólo trataré la identificación con el padre" (Freud [1923] (1996), 33).

1.2.9. En síntesis

En este primer momento se empiezan a esbozar los comienzos de las delimitaciones de los objetos como producto de las operaciones primarias que buscan procesar las cantidades.

Se ubicó que aparece la angustia como consecuencia del nacer y del encuentro con la cascada cuantitativa que inunda al ser viviente en ese acontecimiento.

Gracias a la operación de los mecanismos de arco reflejo, protección anti-estímulos y proyección, surge un exterior indiferente en primera instancia, en el que se deposita la tensión de la necesidad.

En primer lugar, la función del interior es la tramitación de cantidades que provienen de estímulos exteriores y de alteraciones interiores. Esa tramitación dará lugar a los diferentes niveles de inscripciones en el psiquismo.

Empieza una distinción precaria del adentro con el afuera. La principal tarea, a esta altura, es, sirviéndose de la lógica de la pulsión de vida, descargar y ligar la energía cuantitativa con la que el ser vivo se confronta en su advenimiento al mundo.

Si bien no está constituido como tal, el otro se concentra en la presencia de un agente externo que sostiene en la vida al recién nacido, debido al estado de desamparo biológico y psíquico con el que llega al mundo, aunque todavía no esté diferenciado psíquicamente como objeto para el sujeto, es incorporado mediante la operación de identificación primaria.

El dolor surge como antecedente de los afectos, frente al encuentro con un elemento disruptivo que perturba la protección anti-estímulos.

Lo irreplicable de la satisfacción primaria hace que emerja la primera versión del objeto en tanto perdido.

Luego de la experiencia de satisfacción primordial queda “el sello indeleble” del encuentro con aquel objeto, que inaugura el movimiento incesante del deseo.

También, como consecuencia de la experiencia de satisfacción primaria, de la represión primaria y la fijación, se abren las dos líneas de despliegue libidinal. Se inaugura el autoerotismo, con el que se delimitan las zonas erógenas como recortes corporales, separados, donde encuentran satisfacción las pulsiones parciales, siendo preponderante en este momento la pulsión oral.

Entre la pérdida inaugural, el trabajo de ligazón, los objetos pulsionales, y los comienzos de una diferenciación entre el adentro y el afuera, se inician los primeros esbozos de los objetos.

1.3. Cualidad

En este momento se produce el pasaje de lo cuantitativo a lo cualitativo, regido por el principio de placer, y por el funcionamiento del juicio de atribución.

Entonces en lo que sigue, del lado de lo que funciona, desde los otros, como instancia de libidinización necesaria para que el niño constituya su narcisismo, se localiza la proyección del narcisismo de los padres.

Del lado del sujeto, respecto de la serie que se orienta hacia la elección de objeto, se especifica la constitución del yo como primer objeto de amor, la ilusión de unificación de las pulsiones parciales en el cuerpo, la continuidad de la diferenciación entre el adentro y el afuera.

Finalmente, respecto de la serie pulsional, se ubican los objetos orales y anales que se ponen en juego en este momento.

1.3.1. Juicio de atribución

Las operaciones que se pueden proponer en la intersección del tiempo cuantitativo y este, en el que el juicio comienza a funcionar atribuyendo cualidades, son:

- La mítica vivencia primaria de satisfacción que deja “la marca del deseo” con la que la sensación de alivio de tensión se empieza a conectar con cualidades *placenteras* que serán incorporada al yo,
- Tanto como, las vivencias de dolor que van dando lugar para que emerja lo *displacentero*, en torno de las huellas que dejan las experiencias de tensión.

Con estas operaciones es posible constatar cómo se van generando las condiciones para que se comience a dar el pasaje de lo cuantitativo a lo cualitativo, es decir ya no se trata solamente de la regulación de las tensiones abruptas que amenazan con destruir el aparato, sino de la atribución de cualidades.

En *La negación*, Freud explica que en este momento empieza a funcionar el juicio, como un rasgo primario del pensamiento, en tanto que: “La función del juicio tiene, en lo esencial, dos decisiones que adoptar. Debe atribuir o desatribuir una propiedad a una cosa, y debe admitir o impugnar la existencia de una representación en la realidad. (...) El yo-placer originario quiere, como lo he expuesto en otro lugar, introyectarse todo lo bueno, arrojar de sí todo lo malo. Al comienzo son para él idénticos lo malo, lo ajeno al yo, lo que se encuentra afuera” (Freud [1925] (2003), 254-5).

Esta cita hace alusión a lo que desarrolla después en torno de otras operaciones míticas, como ser la inclusión (*Einbeziehung*) o afirmación (*Bejahung*), y expulsión (*Ausstossung*) dentro del yo. Lo que se afirma o excluye son, para Freud, mociones pulsionales primarias “que originariamente se rigieron por el principio de placer” (Freud [1925] (2003), 256). Estas operaciones funcionan en coordinación con la asignación de cualidades a los diferentes estímulos que llegan al sujeto incipiente, o sea que se admite lo placentero, mientras que se expulsa aquello que se ligue al displacer.

1.3.2. Proyección del narcisismo de los padres

Si bien en un comienzo los otros primordiales no están diferenciados del niño, ya no se trata sólo del agente externo que satisface las exigencias pulsionales y colabora con el alivio de las tensiones.

Freud ubica en la presencia de los padres una función de sostén y libidinización a partir de la cual en el bebé se proyectan sus narcisismos abandonados.

Lo dice así: “La sobrestimación, marca inequívoca que apreciamos como estigma narcisista (...) gobierna, como todos saben, este vínculo afectivo (...) prevalece la proclividad a suspender frente al niño todas esas conquistas culturales cuya aceptación hubo de arrancarse al propio narcisismo (...) Enfermedad, muerte, renuncia al goce, restricción de la voluntad propia no han de tener vigencia para el niño, las leyes de la naturaleza y de la sociedad han de cesar ante él, y realmente debe ser de nuevo el centro y el núcleo de la creación (...) Debe cumplir los sueños, los irrealizados deseos de sus padres (...) El conmovedor amor parental, tan infantil en el fondo, no es otra cosa que el narcisismo redivivo de los padres, que en su trasmutación al amor de objeto revela inequívoca su prístina naturaleza” (Freud [1914a] (2016), 87).

Por otro lado, esta presencia de los otros explica por qué los humanos se mantienen por más tiempo en esta etapa que otros seres vivos, es decir, “el cuidado parental del bebé desvalido (...) prolonga artificialmente el estadio narcisista primordial, y de esa manera contribuye a hacer posible el establecimiento del «yo-placer» (Freud [1914a] (2016), 130).

A los fines que se propone este trabajo, se está resaltando una vertiente por la cual, más allá de los objetos que vayan delimitándose en el psiquismo del sujeto, es preciso que el niño sea abordado como objeto por sus padres.

O sea, sumado a la condición desvalimiento, para que advenga un “yo placer”, es necesario que los padres proyecten su narcisismo, su yo ideal, sobre el bebé.

1.3.3. Narcisismo

Para articular esta etapa con la serie libidinal que apunta a la elección de objeto, se puede afirmar que, del lado del sujeto, este momento se corresponde con el tiempo del advenimiento del yo, tiempo secundario respecto al autoerotismo. En palabras de Freud: “Es un supuesto necesario que no esté presente desde el comienzo en el individuo una unidad comparable al yo; el yo tiene que ser desarrollado. Ahora bien, las pulsiones autoeróticas son iniciales, primordiales; por tanto, algo tiene que

agregarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica, para que el narcisismo se constituya” (Freud [1914a] (2016), 74).

Es de interés en estos desarrollos, hacer el esfuerzo de ubicar, aunque sea hipotéticamente, aquellas operaciones que habilitan las transformaciones del psiquismo, es por eso por lo que se propone considerar este nuevo acto psíquico, como otra operación clave en este tiempo.

Respecto de esta acción psíquica Freud no dice mucho más, sin embargo, es posible rastrear en su obra algunas pistas que la articulan con una identificación. En *Duelo y melancolía* nombra el concepto de “identificación narcisista”, en tanto operación característica de la melancolía, en la que, ante la pérdida del objeto, el yo se modifica incorporándolo por identificación (Freud [1917d] (2003), 246). Luego en *El yo y el ello* sostiene que “el yo (...) ha dominado a la libido mediante identificación” (Freud [1923] (1996), 49), en este texto le da a la identificación narcisista un valor constitutivo del yo, más allá de la melancolía, con lo que afirma que “mediante esta introyección que es una suerte de regresión al mecanismo de la fase oral, (...) el yo se forma en buena parte desde identificaciones que toman el relevo de investiduras del ello, resignadas” (Freud [1923] (1996), 49). En este punto el asunto, en Freud, queda oscurecido, será Lacan quien años más tarde propondrá que aquí se trata de una identificación imaginaria al semejante con su planteo sobre el estadio del espejo.

Volviendo a los planteos de 1914, Freud sugiere que en el narcisismo se reúne la dispersión de los objetos pulsionales del autoerotismo, en una aspiración de totalidad corporal, por esto podría decirse que se constituye un “yo corporal”.

En este período Freud comienza a hablar de libido, en tanto energía sintetizada de las pulsiones parciales con la que se le “da a su cuerpo propio un trato parecido al que daría al cuerpo de un objeto sexual” (Freud [1914a] (2016), 71). Surge así, el yo en tanto primer objeto de amor diferenciado.

De este modo se va construyendo el yo, funcionando en una segunda instancia como base para empezar a libidinizar personas y objetos del mundo exterior: “Llamamos narcisismo primario absoluto a ese estado. Dura hasta que el yo empieza a investir con libido las representaciones de objetos, a trasponer libido narcisista en libido de objeto. Durante toda la vida, el yo sigue siendo el gran

reservorio desde el cual investiduras libidinales son enviadas a los objetos y al interior del cual se las vuelve a retirar, tal como un cuerpo protoplasmático procede con sus seudópodos" (Freud [1938] (1996), 148). Ciertamente, surge la distinción entre investidura yoica y de objeto. La investidura es un mecanismo por el cual se liga con energía libidinal un objeto, o representación: "Nos formamos así la imagen de una originaria investidura libidinal del yo, cedida después a los objetos; empero, considerada en su fondo, ella persiste, y es a las investiduras de objeto como el cuerpo de una ameba a los seudópodos que emite" (Freud [1914a] (2016), 64).

Indagando el modo en el que se articula la pulsión con los otros primordiales, se puede localizar que, con la investidura de objeto, se empieza a investir el pecho como uno de los primeros objetos parciales diferenciados, luego será la madre el nuevo objeto investido. Recuérdese que en un primer momento estos objetos no están diferenciados del recién nacido, se empiezan a delimitar a medida que se despliega el traslado de libido yoica a los objetos. Entonces de a poco, se libidinizan las personas y objetos del mundo exterior, empezando a construirse la realidad.

Freud ubica como una fase, en continuidad con el narcisismo, la elección homosexual de objeto "un estadio de narcisismo en que la elección de objeto ya se ha consumado, pero el objeto coincide todavía con el yo propio" (Freud [1913] (1998), 340). O sea, si de a poco el afuera se libidiniza, esta fase se caracteriza por la elección de un objeto basándose en un rasgo propio, para Freud ese rasgo se asocia con que los objetos elegidos tengan los mismos genitales que los suyos, dando por manifiesta una tendencia homosexual que deja en evidencia la constitución bisexual inicial de los seres humanos. La inhibición de la meta sexual en este tiempo favorece el advenimiento de relaciones sociales, de amistades, y la inserción en la cultura.

En lo que respecta a la patología que se asocia a esta fase, se localiza aquí la fijación de la paranoia. Freud señala que, si el encuentro con algún tipo de frustración generara la regresión a este punto, podría deshacerse esta inhibición de la meta, produciendo una perturbación en los vínculos sociales. La consecuencia sería la resexualización de estos vínculos, como lo testimonian los delirios paranoicos.

1.3.4. Interior- exterior

A propósito de la distinción del adentro y el afuera, en este tiempo, Freud explica que al principio: “El lactante no separa todavía su yo de un mundo exterior (...) Aprende a hacerlo (...) Tiene que causarle la más intensa impresión el hecho de que muchas de las fuentes de excitación en que más tarde discernirá a sus órganos corporales pueden enviarle sensaciones en todo momento, mientras que otras (...) se le sustraen temporariamente y sólo consigue recuperarlas berreando en reclamo de asistencia. De este modo se contrapone por primera vez al yo un «objeto» como algo que se encuentra «afuera» y sólo mediante una acción particular es esforzado a aparecer” (Freud [1929] (1996), 68-9). La experiencia de ausencia del otro materno contribuye a diferenciar el yo de un objeto, que está afuera, que puede ir y venir.

Freud plantea que en este momento se va trazando una bipartición, con la que el afuera se va constituyendo en función de los objetos que quedan del lado del no-yo, los otros, y el displacer; el afuera deja de ser indiferente cuando el estímulo displacentero no puede eliminarse.

Dicho con palabras de Freud: “Una posterior impulsión a desasir el yo de la masa de sensaciones, vale decir, a reconocer un «afuera», un exterior, es la que proporcionan las frecuentes, múltiples e inevitables sensaciones de dolor y displacer (...) Nace la tendencia a segregar del yo todo lo que pueda devenir fuente de un tal displacer, a arrojarlo hacia afuera, a formar un yo-placer, al que se contrapone un ahí-afuera ajeno, amenazador” (Freud [1929] (1996), 69).

En esta línea queda ubicado el odio, como anterior al amor, porque toma su modelo del rechazo de lo displacentero al exterior, siendo ambos polos amor y odio, afectos característicos del yo: “Con el ingreso del objeto en la etapa del narcisismo primario se despliega también la segunda antítesis del amar: el odiar. (...) el objeto es aportado al yo desde el mundo exterior en primer término por las pulsiones de autoconservación; y no puede desecharse que también el sentido originario del odiar signifique la relación hacia el mundo exterior hostil, proveedor de estímulos. La indiferencia se subordina al odio, (...) después de haber emergido, al comienzo, como su precursora. Lo exterior, el objeto, lo odiado, habrían sido idénticos al principio. Y si más tarde el objeto se revela como fuente de placer, entonces es

amado, pero también incorporado al yo, de suerte que para el yo-placer purificado, el objeto coincide nuevamente con lo ajeno y lo odiado. (...) Luego que la etapa puramente narcisista es relevada por la etapa del objeto, placer y displacer significan relaciones del yo con el objeto” (Freud [1915a] (2003), 131).

En resumidas cuentas, se incorpora para sí lo placentero, es decir que incluye sus objetos de amor como parte del sí mismo, y si surge un elemento hostil, interno o externo, lo arroja al exterior, pues al afuera se dirige lo displacentero, diferenciándolo del yo.

Entonces, en este tiempo predomina una aspiración de distribuir:

- en el exterior: el displacer, el objeto no-yo, la hostilidad, y el odio.
- en el interior: el placer, el yo, el amor.

Se trata de una aspiración porque esta distinción del adentro con el afuera resulta ser más compleja de lo que aparenta, en tanto que: “Mucho de lo que no se querría resignar, porque dispensa placer, no es, empero, yo, sino objeto; y mucho de lo martirizador que se pretendería arrojar de sí demuestra ser no obstante inseparable del yo, en tanto es de origen interno” (Freud [1929] (1996), 69).

Dicho de otro modo, del afuera provienen componentes placenteros que se incorporan y, en él se depositan “restos” del yo que le resultan “ajenos”, pues “el yo propio ha segregado un componente que arroja al mundo” (Freud [1915a] (2003),130). Esta complejidad será mucho más manifiesta en el tiempo que le sigue al cualitativo en la que quedará en evidencia la estructura moebiana tanto de los objetos, como de la relación entre interior y exterior que introduce el principio de realidad, la castración y el Edipo.

1.3.5. Fase oral secundaria y anal primaria

Para articular este recorte temporal con la serie pulsional, se propone el despliegue del narcisismo entre el final de la etapa oral y el comienzo de la anal.

Como se dijo al comienzo, “el pecho no es distinguido del cuerpo propio, y cuando tiene que ser divorciado del cuerpo, trasladado hacia «afuera» por la frecuencia con que el niño lo echa de menos, toma consigo, como «objeto», una parte de la investidura libidinal originariamente narcisista. Este primer objeto se completa luego

en la persona de la madre, quien no sólo nutre, sino también cuida, y provoca en el niño tantas otras sensaciones corporales, así placenteras como displacenteras” (Freud [1923] (1996), 233).

Dicho de otro modo, el objeto oral en un primer momento no se diferencia del bebé, luego se constituye como objeto en la medida en la que deja de estar disponible para el bebé, lo que delata cierta ausencia materna necesaria, (en tanto y en cuanto se contrarreste en un primer momento con su presencia), siendo el destete la operación representativa que impulsa un trabajo de simbolización. Luego este objeto se integra al objeto-madre.

En la etapa oral, siguiendo a Abraham, Freud diferencia dos momentos, el de incorporación, y el sádico que es ubicado en el tiempo de narcisismo, por la ambivalencia que allí se manifiesta: “El segundo estadio, singularizado por la emergencia de la actividad de morder, puede ser designado como oral-sádico; muestra por primera vez los fenómenos de la ambivalencia que adquirirán tanta nitidez en la fase siguiente, la sádico-anal. El valor de estos nuevos distinguos se evidencia en particular cuando en determinadas neurosis —neurosis obsesiva, melancolía— uno busca los lugares de predisposición dentro del desarrollo libidinal” (Freud [1932] (1996), 93).

Entonces en lo que respecta a las patologías pareciera proponer en relación con esta etapa, una fijación de la melancolía tomando de lo oral la incorporación del objeto mediante identificación, y lo sádico por la orientación de la vía destructiva que se dirige al yo. Además, porque se orienta al yo, se considera la melancolía como una neurosis “narcisista”, pues allí se pone en juego, como ya se mencionó, una identificación narcisista con el objeto (Freud 1915d). En otras palabras, Freud afirma que: “Si pudiéramos suponer que la observación concuerda con las deducciones que hemos hecho, no vacilaríamos en incluir dentro de la característica de la melancolía la regresión desde la investidura de objeto hasta la fase oral de la libido que pertenece todavía al narcisismo” (Freud [1917d] (2003), 247).

¿Cuál podría ser el mecanismo por el cual se habilitase el pasaje de lo oral a lo anal? Recuérdese que Freud sostiene que “Se caería en un malentendido si se creyera que estas tres fases se relevan unas a otras de manera neta; una viene a

agregarse a la otra, se superponen entre sí, coexisten juntas” (Freud [1938] (1996), 153).

Por lo cual, es posible hipotetizar que son diferentes operaciones de separación las que irán permitiendo los movimientos libidinales, en este caso se propone el destete, tanto parcial como total, a modo de operación que habilita el advenimiento de una nueva lógica, que no suplanta a la anterior, sino que se agrega, desplazándose la preponderancia libidinal hacia lo anal. Entonces, se moviliza la erogeneización de lo oral hacia lo anal, esto coincide con que el niño comienza a tener un poco más de dominio sobre su cuerpo.

Esta etapa podría incluirse dentro de la lógica de la elección homosexual de objeto, pues “el objeto ya se contrapone a la persona propia como un objeto ajeno, pero todavía no está instituido el primado de las zonas genitales. Las pulsiones parciales que gobiernan esta organización pregenital de la vida sexual son, más bien, las anal-eróticas y las sádicas” (Freud [1913] (1998), 340).

La etapa anal tiene dos fases, la primera, que es la que ahora interesa, concerniente al sadismo, que se continúa de la segunda etapa oral y avanza hacia aquí.

En esta fase, predomina la agresividad, la destrucción, el arrojar objetos “reinan las tendencias destructivas de aniquilar y perder” (Freud [1932] (1996), 92). Interesa el arrojar pues por un lado toma su modelo de la expulsión como mecanismo primario de poner afuera lo “malo”, lo otro.

En este momento, debido al comportamiento más agresivo y destructivo de los niños surgen los retos parentales y en este punto “la prohibición de ganar placer con la actividad anal y sus productos es decisiva para todo su desarrollo. A raíz de ella, el pequeño vislumbraría por primera vez la existencia de un medio hostil a sus mociones pulsionales, aprendería a separar su propio ser de ese otro, extraño, y consumiría después la primera «represión» de sus posibilidades de placer. Lo «anal» permanecería desde entonces como el símbolo de todo lo que hay que desechar {verwerfen}, segregado de la vida” (Freud [1905a] (1996), 170).

Con relación a las presentaciones clínicas, entre esta etapa anal sádica y la siguiente, de apoderamiento, suele ubicarse la fijación de la neurosis obsesiva, pues allí se expresa “el extraordinario papel que odio y erotismo anal desempeñan en la sintomatología de la neurosis obsesiva.” (Freud [1913] (1998), 341). La

regresión a esta fase explicaría la desmezcla pulsional (Freud [1926] (1992), 109) que presentan los síntomas obsesivos.

1.3.6. En síntesis

Se propone el despliegue del narcisismo en articulación con la serie de desarrollo libidinal pulsional que involucra la etapa oral sádica, y la anal sádica. La actividad del morder pone de relieve la faceta sádica, surgiendo los primeros indicios de la ambivalencia afectiva. Este sadismo luego se desplaza hacia la primera fase anal. En este corte cualitativo se delimitan objetos tales como el pecho materno y otros objetos orales que dan cuenta que con el erotismo oral se empieza a separar la pulsión sexual de la de autoconservación. También se abren al juego en este momento, objetos anales, el yo, los otros.

En este tiempo se habilitan operaciones de simbolización ligadas a separaciones, como ser, el destete con su correlato en una simbolización de la ausencia materna, y luego el desprendimiento de un objeto que cae del propio cuerpo, que permite continuar con la simbolización de separaciones.

Este momento se corresponde con “His Majesty the Baby” en el que el niño es abordado como un objeto de cuidados, de ternura, y de proyección del narcisismo abandonado de los padres.

También adviene una operación como el “nuevo acto psíquico”, es decir, identificaciones que permiten el armado del yo.

Este tiempo tiene una lógica más bien binaria, con polaridades, en la que aparece delimitado el primer objeto como el mismo yo, en él se condensan las cualidades de lo placentero, lo bueno, lo amoroso, lo interior. Mientras que, bajo el prisma de lo exterior, del afuera, surge el objeto como distinto al yo, ligado a la expulsión, lo displacentero, lo malo, el odio.

1.4. Complejidad

La lógica deja de ser binaria, complejizándose.

Se despliega por un lado la segunda etapa de la fase anal, después la fase fálica, atravesando los complejos de castración y de Edipo, luego inicia la latencia, y finalmente emerge la elección de objeto heterosexual.

1.4.1. Principio de realidad. Juicio de existencia

Hasta este momento el principio de placer regía el aparato psíquico, pero con la finalidad de sobrevivir se hace necesario darle lugar al principio de realidad.

El sujeto tiene que empezar a relativizar la proyección de lo malo hacia afuera, para establecer un ordenamiento espacial y temporal, que le permita reencontrar en el afuera los objetos necesarios para satisfacer sus exigencias pulsionales.

Entonces el binomio, adentro-bueno, afuera-malo, empieza a ponerse en cuestión: “Así como el yo-placer no puede más que desear, trabajar por la ganancia de placer y evitar el displacer, de igual modo el yo-realidad no tiene más que aspirar a beneficios y asegurarse contra perjuicios. En verdad, la sustitución del principio de placer por el principio de realidad no implica el destronamiento del primero, sino su aseguramiento. Se abandona un placer momentáneo, pero inseguro en sus consecuencias, sólo para ganar por el nuevo camino un placer seguro, que vendrá después” (Freud [1911b] (1998), 226).

Se habilita una lógica temporal, en tanto se puede renunciar a una satisfacción instantánea, aplazándola, es decir incluyendo una distancia, para organizar los medios que son necesarios para asegurar su concreción después.

De este modo el juicio se complejiza. Ahora se verifica que los objetos existan en el mundo exterior, es decir que reaparezca la percepción del objeto para que el sujeto pueda apropiarse de ellos (Freud [1925] (2003), 255).

En *Notas sobre la pizarra mágica* Freud recuerda la importancia de que hayan operado ciertas pérdidas para que la realidad pueda ir delimitándose, afirmando que “discernimos una condición para que se instituya el examen de realidad: tienen que haberse perdido objetos que antaño procuraron una satisfacción objetiva {real}” (Freud [1925c] (2003),157).

A partir de estas pérdidas, el juicio de existencia se convierte en un elemento clave para hablar, porque verificando que el objeto no está, el aparato psíquico hará el esfuerzo de evocarlo, nombrándolo.

El niño tiene cada vez más dominio sobre su cuerpo, y ahora empieza a servirse de las palabras, que implican una distancia de las cosas.

Respecto de los mecanismos defensivos que se activan en este tiempo, Freud plantea, en *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico* que, para sobrevivir el yo se ve obligado a diferenciar con más precisión la realidad externa de la interna. Entonces el aparato psíquico se empieza a regir por las leyes del proceso secundario, del sistema preconscious. La distinción de un sistema consciente y otro inconsciente habilita la operatoria de la represión secundaria como mecanismo de defensa.

Otro mecanismo que surge para poner a distancia lo que se presentifica, es la negación. Si al principio el aparato psíquico se regía por la expulsión, y después por la proyección, con la negación primero aparece el no como acción que inhibe cierto elemento, y que luego se simboliza en la palabra “no”.

1.4.2. Desarrollo libidinal

1.4.2.A. Etapa anal secundaria

La segunda etapa de la fase anal tiene que ver con el dominio, el apoderamiento. El hecho de que en este momento reine el interés por poseer es coherente con que, por lo general, en esta etapa se empieza a ensayar el control de los esfínteres, que establece una pulsación de apertura y cierre del cuerpo, en lo que respecta al orificio anal: “En torno de la defecación se presenta para el niño una primera decisión entre la actitud narcisista y la del amor de objeto. O bien entrega obediente la caca, la «sacrifica» al amor, o la retiene para la satisfacción autoerótica o, más tarde, para afirmar su propia voluntad. Con esta última decisión queda constituido el desafío (terquedad) que nace, pues, de una porfía narcisista en el erotismo anal” (Freud [1917e] (1997), 120).

En esta etapa continúa un proceso de simbolización de la separación del objeto. Las heces, en tanto objeto característico de esta etapa, toman un valor fundamental

por la simbolización que condensan, “lo trata como a una parte de su propio cuerpo; representa el primer «regalo» por medio del cual el pequeño ser puede expresar su obediencia hacia el medio circundante exteriorizándolo, y su desafío, rehusándolo.” (Freud [1905a] (1996), 169). El objeto de la etapa anal se presta a una simbolización de “regalo” que se le otorga al otro, o no, “más tarde cobra el de «hijo», el cual, según una de las teorías sexuales infantiles se adquiere por la comida y es dado a luz por el intestino” (Freud [1905a] (1996), 169). Más adelante la curiosidad por “la caca se traspone en el aprecio por (...) el dinero” (Freud [1932] (1996), 93).

Este proceso de simbolización es acompañado por otra fluidez en el hablar, la incorporación de nuevas palabras, lo que colabora con la complejización del pensamiento. Freud ubica en articulación con esta fase a las pulsiones de ver y saber (Freud [1917b] (1992), 298).

Como fue dicho, para precisar algunas cuestiones sobre el carácter y la predisposición a la neurosis obsesiva, Freud propone la fijación y su regresión a las dos fases de la etapa anal (Freud [1913] (1998), 343).

1.4.2.B. Fase fálica

Con el control de esfínteres, se abre el camino para el surgimiento de la etapa fálica en la que ahora la curiosidad y la fuente de placer recae predominantemente sobre los genitales. Entonces: “Cuando el niño, bien a regañadientes, toma noticia de que existen seres humanos que no poseen ese miembro, el pene le aparece como algo separable del cuerpo y lo sitúa en inequívoca analogía con el excremento, que sin duda fue el primer fragmento de corporeidad al que se debió renunciar. Así, una gran cuota de erotismo anal es transportada a investidura del pene” (Freud [1932] (1996), 93).

El falo mantiene una relación primordial con el pene de la anatomía masculina, es decir que no pueden separarse de un modo radical, surge de ahí, sin embargo, no se reduce a él en tanto se trata de su símbolo: “El carácter principal de esta «organización genital infantil» es, al mismo tiempo, su diferencia respecto de la organización genital definitiva del adulto. Reside en que, para ambos sexos, sólo desempeña un papel un genital, el masculino. Por tanto, no hay un primado genital, sino un primado del falo” (Freud [1923] (1996), 147).

Tanto para las niñas como para los niños la simbolización ya está en juego en torno al falo como función simbólica del pene, o sea como objeto representante del pene. Esta representación del pene en el falo implica que puede ser separable del cuerpo, y por ende entrar en serie con otras ecuaciones simbólicas.

Hasta el momento se ubicaron a las heces, en una de las teorías sexuales infantiles, como homólogas a los hijos, también como equivalente a un regalo. Siguiendo esta serie de simbolización entra el pene en su articulación con el falo como términos sustituibles para continuar con las ecuaciones: “Caca – dinero – regalo – hijo - pene son tratados aquí como equivalentes y aun subrogados mediante símbolos comunes” (Freud [1932] (1996), 93).

Si bien Freud no se expide demasiado al respecto, se estima pertinente recordar una mención de la histeria, que puede entrar en relación con cierta fijación a esta fase, con la que afirma que: “Indudablemente la histeria de conversión se dirige contra el primado de los genitales” (Freud, 1915d). Entonces considerando el estatuto que tiene en la histeria el amor al padre, por ende la fijación a los objetos edípicos, y el modo en el que ella se posiciona en este amor como falo del padre, junto con las consecuencias que implica ser conmovida de allí (Ceña 2014), se propone entender el primado de los genitales en tanto primado del falo, y situar en este tiempo una de las principales fijaciones en la histeria (junto con otras fijaciones posibles, por ejemplo, Freud en el caso Dora ubica una fijación a la etapa oral).

1.4.2.C. Complejo de Edipo y castración

Freud plantea dos operaciones fundamentales de la constitución subjetiva, a saber, el complejo de Edipo y el de castración.

En la tramitación de estos complejos se conjugarán las marcas de la historia libidinal y las identificaciones, dando lugar a las diferentes elecciones de objetos que se desplegarán a lo largo de la vida del sujeto.

La triangularidad edípica continúa poniendo en jaque el binarismo del tiempo anterior: yo – no yo, bueno -malo, placer- displacer se complejizan. Entre el niño y su madre, aparece el falo y el padre.

El complejo de castración surge cuando los niños verifican, con una angustia específica mediante, que no todos los seres vivos son portadores del pene, y así comienza el período de la diferenciación sexual.

En este punto se abren las aguas, respecto del devenir, en el desarrollo libidinal en niños, puesto que “la diferencia anatómica entre los sexos no puede menos que imprimirse en consecuencias psíquicas” (Freud [1933] (1996), 115).

En los niños

La angustia de castración surge cuando el varón descubre que las niñas no son portadoras del pene, con esto, la amenaza de ser castrado adquiere otra fuerza amenazante.

Si predomina el interés narcisista del yo, se abandonan las cargas libidinales de los objetos incestuosos, reconstruyéndolos en su interior bajo la modalidad de superyó, como instancia diferenciada del yo, en la que se combina la conciencia moral y el ideal del yo.

En términos generales podría decirse que al final de este complejo la investidura de objeto se abandona, dando paso a las **identificaciones**, entonces el objeto madre se resigna manteniendo un vínculo tierno, y puede reemplazarse por una identificación con ella o por un reforzamiento de la identificación con el padre. “La salida y el desenlace de la situación del Edipo en identificación-padre o identificación-madre parece dependen entonces, en ambos sexos, de la intensidad relativa de las dos disposiciones sexuales. Este es uno de los modos en que la bisexualidad interviene en los destinos del complejo de Edipo” (Freud [1923] (1996), 34). O sea, la identificación aparece como correlato del abandono de los objetos incestuosos, es decir que se separa del objeto, pero se lleva algo, un rasgo, una orientación.

Entonces se abandonan los objetos incestuosos, siendo el saldo la identificación, y se relativiza la autoridad de los padres, siendo su resto el superyó.

En síntesis, con el complejo de castración el niño resuelve de algún modo el complejo de Edipo.

Ahora bien, ¿qué otras variantes encontramos ante el Complejo de Castración?

Freud plantea que tanto el varón como la niña atribuyen un falo a la madre. Ante el descubrimiento de la castración materna también pueden ocurrir dos desenlaces. Uno gira en torno de, como se dijo, la identificación a la madre fálica, siendo el sujeto su falo, entonces se toma a sí mismo como modelo para elegir a sus objetos de amor, identificándose a la madre. Esto da por resultado cierta predisposición a un tipo de homosexualidad masculina, en el que “no es el quehacer objetivo sino la actitud del sentimiento² lo que decide para nosotros si hemos de atribuirle a alguien la peculiaridad de ser homosexual” (Freud [1910] (1996), 82). Y el otro desenlace es que puede desmentir la castración materna, erigiendo un sustituto del pene materno en un fetiche, que condensa la paradoja por la cual a la vez que cubre la castración, la señala (Freud [1927] (1996), 149).

En las niñas

Como consecuencia directa del descubrimiento de la diferencia entre los sexos surge en las pequeñas, la **envidia del pene**.

El descubrimiento de la posesión del pene en los varones implica dejar en evidencia algo “en más” que sobresale del cuerpo, dejando de manifiesto una falta en la niña, y esto inicia una decepción en relación con lo que no le fue dado por la madre.

Como se dijo, tanto el varón como la niña atribuyen un falo a la madre, cuando la niña descubre que la madre no se lo dio y no lo posee, decepcionada, se reconduce con todas sus fuerzas hacia el padre, entonces: “El deseo con que la niña se vuelve hacia el padre es sin duda, originariamente, el deseo del pene que la madre le ha denegado y ahora espera del padre” (Freud, [1933] (1996) 119). Es así como, a diferencia del varón, ella va del complejo de castración al Edipo “la niña es expulsada de la ligazón-madre y desemboca en la situación edípica como en un puerto” (Freud, [1933] (1996) 120), es por esto que para la mujer el complejo de Edipo puede ser mucho más largo que para el varón.

Ahora bien, este complejo puede tener tres salidas.

² Se propone entender con actitud del sentimiento a cierto grado de pasividad respecto del lugar dado por el otro al que el sujeto queda supeditado.

Una salida posible es la **represión** secundaria de la sexualidad, en este caso aparecen síntomas neuróticos con *inhibición* sexual.

Otra salida es el **complejo de masculinidad**, es decir cuando la niña renuncia al padre como objeto de amor, refuerza su masculinidad identificándose con él. Freud afirma que “si no logra superarlo puede deparar grandes dificultades al prefigurado desarrollo hacia la feminidad. La esperanza de recibir alguna vez, a pesar de todo, un pene, igualándose así al varón, puede conservarse hasta épocas inverosímilmente tardías (...) O bien sobreviene el proceso que me gustaría designar *desmentida* (...) que en el adulto llevaría a una psicosis. La niña se rehúsa a aceptar el hecho de su castración, se afirma y acaricia la convicción de que empero posee un pene, y se ve compelida a comportarse en lo sucesivo como si fuera un varón” (Freud, [1925b] (2003), 271-2). Si bien no todas las mujeres envueltas en el complejo de masculinidad devienen homosexuales, algunos casos tanto de mujeres homosexuales, como de hombres trans podrían pensarse a la luz de este complejo.

Finalmente, la **salida “normal”** en la que la feminidad esperada de la niña tiene que ver con un refuerzo de la *identificación* con la madre. Maternidad y feminidad en Freud quedan entrelazadas, cuando no, confundidas. La inclinación hacia el padre tiene como consecuencia que quiera recibir un hijo de él, como sustituto del falo que no fue concedido por la madre. Entonces en el transcurso del complejo de Edipo, la envidia del pene adquiere dos posibles modalidades derivadas: el deseo de tener un hijo o deseo de gozar del pene en las relaciones sexuales.

En este punto, en lo que sería la salida “normal” aparece una de las versiones posibles para recibir a un hijo como objeto materno, es decir en este caso, como un nuevo sustituto del falo.

Freud lo explica del siguiente modo, “La madre puede transferir sobre el [hijo] varón la ambición que debió sofocar en ella misma, esperar de él la satisfacción de todo aquello que le quedó de su complejo de masculinidad. El matrimonio mismo no está asegurado hasta que la mujer haya conseguido hacer de su marido también su hijo, y actuar la madre respecto de él.” (Freud [1933] (1996), 124). Si bien para Freud el hijo varón pareciera predisponerse mejor a este lugar, cuando no el propio marido, se considera aquí que una hija puede ser recibida también en el lugar del falo para su madre.

En *Introducción del narcisismo* Freud ubica que con un hijo una madre “narcisista” puede alcanzar el pleno amor de objeto: “Aun para las mujeres narcisistas, las que permanecen frías hacia el hombre, hay un camino que lleva al pleno amor de objeto. En el hijo que dan a luz se les enfrenta una parte de su cuerpo propio como un objeto extraño al que ahora pueden brindar, desde el narcisismo, el pleno amor de objeto” (Freud [1914a] (2016), 86). Podría preguntarse, del lado del sujeto ahora, ¿qué consecuencias conlleva para un niño, “objeto extraño”, ser concebido predominantemente como una extensión del cuerpo materno?

1.4.2.D. Latencia

En el punto del atravesamiento del complejo de Edipo, y la represión que conlleva dicho atravesamiento, se van generando las condiciones para que surja un período de latencia en la sexualidad humana, y una parte de lo vivenciado hasta aquí sucumba en la amnesia.

Esto sumado a los retos, las desaprobaciones de los padres, el temor a la pérdida de su amor, el influjo de los educadores, contribuyen para que se ejecute la represión de ciertas pulsiones.

En este tiempo la libido en suspenso, sublimada, empieza a inclinarse hacia la cultura, coherente con la inserción del sujeto en la escolaridad. Los niños aprenden a leer y a escribir sirviéndose de un pensamiento que trabaja de un modo más complejo, en el que la memoria y la atención por ejemplo funcionan de modo articulado.

1.4.2.E. Elección de objeto

En lo que sigue se ha elegido privilegiar la lectura por la que la elección de objeto se localiza como la última fase libidinal, que inicia con el autoerotismo, sigue con el narcisismo y desemboca en la elección de objeto que implica un otro exterior, diferente al sujeto y a sus otros primordiales, que es elegido por él, y esto podría ocurrir una vez iniciada la pubertad, luego de la latencia.

Ciertamente se localiza la pubertad, como el puente entre la latencia y la elección de objeto, la latencia dura hasta el momento en el que con la pubertad se produce

un nuevo despertar sexual que se dirige a nuevos objetos exogámicos, habiendo atravesado el complejo de Edipo.

En ese otro se sintetiza la vía para encontrar algún tipo de satisfacción pulsional, o como lo dice Freud: “El resto del desarrollo tiene (...) dos metas: en primer lugar, abandonar el autoerotismo, permutar de nuevo el objeto situado en el cuerpo propio por un objeto ajeno; en segundo lugar, unificar los diferentes objetos de las pulsiones singulares, sustituirlos por un objeto único (...) Los procesos del hallazgo de objeto son bastante enredados y todavía no han sido expuestos de manera panorámica” (Freud [1917b] (1992), 300).

Con las marcas del atravesamiento edípico singular de cada cual, para Freud quedan planteadas dos condiciones de la elección de objeto (Freud [1914a] (2016), 85):

- Por apuntalamiento: Se toma como fundamento de la elección amorosa rasgos identificatorios de alguno de los padres.
- Narcisistas: “no eligen su posterior objeto de amor según el modelo de la madre (o el padre), sino según el de su persona propia. Manifiestamente se buscan a sí mismos como objeto de amor” (Freud [1914a] (2016), 85).

1.4.3. En síntesis

Podría decirse que, si el tiempo del narcisismo se basa en la articulación de la conjugación disyuntiva “o” adentro “o” afuera, placer “o” displacer, yo “o” no yo, este momento se caracteriza por la conjunción, pues ahora el objeto está adentro “y” afuera.

El objeto perdido sigue poniendo en movimiento el deseo, pero ahora supeditado al juicio de existencia y al principio de realidad. El interior no queda reducido a lo placentero y el afuera a lo displacentero, sino que se complejizan con el fin de poder encontrar en la realidad una satisfacción correspondiente.

El despliegue del pensamiento, el uso y la articulación de las palabras, continúan el juego de la simbolización, y habilita el surgimiento de nuevas pulsiones, como la pulsión de saber.

Tanto con las heces como con el falo, el objeto se presenta plausible de ser separado del cuerpo, lo que implica el avance de un proceso de simbolización.

Ambos son objetos simbolizables, las heces y el falo se presentan como objetos privilegiados del desarrollo libidinal. Ahora bien, ¿qué diferencia al falo de otros objetos? Si las heces quedan asociadas a lo que hay que desechar, en cambio, el falo surge como un objeto del cuerpo ligado a algo valioso que podría cubrir lo que no fue dado, o bien que podría perderse.

Aparte del control de esfínteres, el funcionamiento de mecanismos defensivos como ser la represión secundaria y la negación, surge el descubrimiento de la diferencia sexual, a partir de la cual se ubican dos operaciones fundamentales: el Edipo y la castración.

El complejo de castración hace que el niño salga del Edipo y la niña entre.

Se plantean estos dos complejos como operaciones fundamentales con las que se resignifican los modos de posicionarse ante los objetos edípicos, también colaboran con la instalación de rasgos identificatorios que hacen a la continuidad de la constitución de la subjetividad, y finalmente determinan futuras elecciones de objeto amorosas.

Luego del complejo de Edipo, adviene un tiempo de latencia sexual que concluye con la pubertad y el correspondiente despliegue de las elecciones de objeto según sea el caso. Habiendo renunciado a los objetos incestuosos, se generan las condiciones para el pasaje de la endogamia a la exogamia en la que los objetos serán los otros elegidos por cada sujeto: “La elección infantil de objeto no fue sino un débil preludio, aunque señero, de la elección de objeto en la pubertad, solamente tras esa suelta puede dejar de ser niño para convertirse en miembro de la comunidad social” (Freud [1917b] (1992), 307).

Entonces a esta altura de la constitución subjetiva los objetos se distribuyen entre los pulsionales, y los otros seres humanos que colaboran para el encuentro de las correspondientes satisfacciones pulsionales.

1.5. Conclusiones

A veces introducirse en temas que involucran la constitución subjetiva, los niños, y la infancia, trae aparejada la tentación de plantear algún tipo de psicoprofilaxis.

En este punto resulta de interés retomar la orientación ética psicoanalítica.

Freud en *Algunas perspectivas sobre el desarrollo y la regresión*, presenta sus series complementarias, advirtiendo sobre la importancia de considerar, en ellas, **cada** factor predisponente. Plantea diferentes series que se complementan en tanto factores determinantes de ciertas patologías.

En la primera considera la combinación de las fijaciones con el vivenciar “accidental” del adulto (Freud [1917b] (1992), 330).

En la segunda, explica la fijación dividiéndola en dos vertientes:

- La “predisposición adquirida” en las primeras vivencias infantiles, contingentes que cobran importancia regresivamente (Freud [1917b] (1992), 331).
- Y “la disposición heredada”, en tanto “constitución sexual”, es decir el “vivenciar prehistórico” (Freud [1917b] (1992), 330), se podría ubicar aquí al lenguaje, los trastornos que implica estar atravesados por él, y también lo congénito, lo que viene dado en el sujeto, lo que ocurrió durante el embarazo, en el nacimiento, que da a ciertas pulsiones parciales, y no a otras, particular intensidad.

Claramente Freud no considera una causa única para pensar la etiología, ni otorga una importancia exclusiva a la determinación exterior. En 1913 sostenía que “el psicoanálisis nos ha advertido que debemos resignar la infecunda oposición entre (...) destino y constitución, enseñándonos que la causación de una neurosis se halla por regla general en una determinada situación psíquica que puede producirse por diversos caminos” (Freud [1912] (1998), 245).

Tanto un análisis de niños pequeños, como una crianza o pedagogía orientados a la prevención, sólo podrían intervenir, y relativamente, apuntando a la predisposición adquirida, elemento de la fijación que introducen las experiencias infantiles. Se dice relativamente pues apuntar a esto sería caer en la creencia de que lo que ocurre en el vivenciar infantil es un puro determinismo, consciente y controlado, cuando se acentúan aquí los atravesamientos por experiencias contingentes, azarosas, accidentales que van quedando fijadas.

Entonces, Freud se pronuncia diciendo que “es imposible influir sobre ellas (las neurosis) tomando en cuenta un factor único. El riguroso resguardo de los niños pierde valor porque es impotente frente al factor constitucional; además, su

ejecución es más difícil de lo que creen los educadores, y trae aparejados dos nuevos peligros nada despreciables: que consiga demasiado, vale decir, que favorezca una represión sexual desmedida en el niño, la cual resultará después dañina, o bien que lo lance al mundo inerme frente al asedio de los requerimientos sexuales que le sobrevendrán en la pubertad. Por eso sigue siendo sumamente dudoso cuanto pueda avanzarse con ventaja en la profilaxis de la infancia” (Freud [1917c] (1992), 332).

Se recortan estas menciones porque una de las metas de estos desarrollos es poder ubicar el modo en el que se constituye el psiquismo teniendo como eje las transformaciones que van sufriendo los objetos en este devenir. ¿Para qué? Para empezar a esbozar las diferentes declinaciones que puede tener la posición del niño como objeto materno, y plantear algunas de sus consecuencias. Lejos está de estos planteos trazar modos hipotéticos para evitar estas consecuencias, sino más bien se quieren valorar diferentes posibilidades para tratarlas, teniendo en consideración cómo emergen y qué función tienen en términos constitucionales.

En fin, para decantar lo dicho hasta aquí entonces, se abren dos vías conclusivas, una recorre la constitución de los objetos en el despliegue subjetivo, y la otra incluye el modo en el que un niño puede ser concebido como objeto, en especial para la madre.

1.5.1. Los nombres del objeto en Freud y sus operaciones

Una parte de los objetivos generales de esta tesis es explicitar las distintas transformaciones del objeto en las fases de la constitución subjetiva, y ubicar las operaciones que dan origen a los distintos objetos en la obra freudiana.

Haciendo un esfuerzo de síntesis, es posible afirmar que lo sexual es el “hilo rojo” que atraviesa todos los objetos que plantea Freud. Entendiendo lo sexual como aquella fuerza que impulsa el devenir del psiquismo, carente de un objeto adecuado, por el objeto perdido que la funda. Pérdida inaugural que, con la operación de la represión primordial, origina una topología de la pulsión entre lo somático y lo anímico, y un fragmento del inconsciente que nunca tendrá acceso a la consciencia. Ambos, pulsión e inconsciente funcionarán como núcleos irreductibles, entramados, y determinantes en la vida del sujeto.

En un primer momento de la obra freudiana se ubican entonces dos marcas, la del deseo como producto del objeto perdido, y la de los afectos con las experiencias de dolor articuladas a la lógica del trauma.

El desarrollo de la sexualidad humana se despliega según Freud en dos vías, una es la de la organización pulsional, que se articula con la sexualidad perversa y polimorfa, los objetos parciales aquí pueden ser orales, anales y fálicos.

La otra serie es la libidinal que apunta hacia la elección de objeto, en donde se señaló primero el autoerotismo con sus zonas erógenas y sus correspondientes pulsiones parciales; el narcisismo con el yo, un cuerpo unificado, las elecciones homosexuales; y finalmente la elección de objeto heterosexual, que adviene habiendo renunciado a los objetos edípicos.

Es de interés delimitar los puntos en los que convergen y divergen estas dos series en la obra freudiana y en el desarrollo del psiquismo, considerando los estatutos que van tomando los diferentes objetos durante el desarrollo de la libido.

El punto en el que convergen estas series puede plantearse en torno de que el desarrollo pulsional se sirve de las fases de la elección de objeto, para encontrar diferentes marcos de satisfacción.

La divergencia de estas dos vías es compleja, es como si Freud, partiendo del objeto perdido, percibiera dos órdenes diferentes del objeto, a veces el acento recae en los objetos pulsionales parciales, otras en los objetos que encarnan el yo y ciertos otros del sujeto.

Masotta en *El modelo pulsional* sostiene que: “Sobran razones para afirmar (...) una discordancia entre la línea de la “evolución del yo” y el nivel del desarrollo de la libido (...) Freud plantea tal discordia en términos de una falla de la correlación temporal: la evolución del yo se superpone mal a la evolución de la libido, la primera se adelanta a la segunda (...) Freud nos muestra a las etapas de yo en cortocircuito con las etapas libidinales, donde el adelanto de unas solo puede acoger mal el atraso de las otras. Por lo demás, hay que decirlo, las pulsiones no maduran” (Masotta 1980, 90-2).

Además, la diferenciación de estas series conlleva un interés psicopatológico, puesto que según se dé la fijación en tal o cual fase, surgirá la predisposición a diferentes patologías y la predominancia que adquirirán ciertos objetos según sea el caso.

Freud propone la fijación de las psicosis en la serie de la elección de objeto, por la retracción libidinal al autoerotismo o al narcisismo, con su correspondiente pérdida de la realidad y el modo de volver a poner libido en el mundo con las alucinaciones y el delirio.

Plantea la fijación de las neurosis narcisistas entre la serie de la elección de objeto y la pulsional (entre el narcisismo y la etapa oral).

Y formula las fijaciones de las neurosis en la serie pulsional, en donde se destacan los objetos parciales orales, anales, fálicos.

¿Por qué esta distinción de aguas? ¿Qué ocurre con los objetos parciales en las psicosis? Este interrogante abre una vía para indagar la constitución de los objetos pulsionales en las psicosis, que será desplegada en el capítulo siguiente con los desarrollos lacanianos.

Asimismo, se ubicó la hipótesis que tal como el yo, el objeto no viene dado de antemano, las construcciones del interior y el exterior dan cuenta de esto. Se puede constatar en el desarrollo libidinal de la elección de objeto que el adentro y el afuera son conquistas. Es decir, tal como se van estableciendo, a veces se corre el riesgo de que estallen, observándose en la pérdida de la realidad que el desencadenamiento de algunas psicosis enseña.

El afuera entonces tiene primero un matiz de indiferencia, en tanto y en cuanto, el sujeto por venir pueda ponerlo a distancia. El “adentro” originariamente intenta regular cantidades de modo automático y apunta al alivio de las tensiones.

De a poco, las exigencias pulsionales se van haciendo sentir como “alteraciones internas” de las que el psiquismo incipiente se defiende como lo hace del afuera, expulsándolas hacia los bordes corporales. De este modo se va constituyendo una primera versión de un cuerpo fragmentado en las zonas erógenas, que además funcionan como sedes de satisfacción pulsional.

A partir de un nuevo acto psíquico, se producirá una síntesis de las pulsiones parciales del autoerotismo en el yo. Aquí los objetos de placer serán incorporados, por eso en un primer momento el pecho no aparece diferenciado del bebé, como tampoco la madre, en tanto portadora de ese objeto. De a poco este yo, utilizando su energía libidinal va a empezar a sexualizar el afuera, los objetos, los otros, hasta

alcanzar una modalidad de elecciones homosexuales, puesto que están basadas en el sí mismo.

Con el narcisismo y la introducción de lo cualitativo, el afuera será asociado a lo displacentero, lo odiado y lo malo, expulsando allí no sólo lo distinto al yo, sino también, restos propios que son percibidos como ajenos. De este modo el objeto empieza a mostrarse binario con una cara exterior, displacentera y otra interior, placentera.

Con la introducción del juicio de existencia y el principio de realidad, el afuera deja de ser necesariamente un elemento malo, pasando a ser una de las fuentes de las que el sujeto necesita servirse para alcanzar algún tipo de satisfacción.

Pasada la latencia, habiendo atravesado el complejo de castración y habiendo abandonado los objetos incestuosos, se vuelven a establecer elecciones amorosas hetero u homo en el afuera. En este punto el objeto también son los otros, que se abordan vía el amor y la identificación.

1.5.2. De pérdidas y separaciones

En lo que respecta a las operaciones que habilitan los movimientos del psiquismo vale la siguiente pregunta ¿cuál sería la diferencia entre pérdida y separación?

Se propone puntualizar diferentes operaciones, estableciendo las siguientes distinciones:

- El nacimiento. En tanto separación de dos cuerpos, da como resultado una invasión de energía que desborda al ser vivo, forzando la constitución del aparato psíquico, ya que debido al peligro que implica el desvalimiento psíquico y biológico no tiene con qué hacer frente a esa irrupción de cantidad.
- La vivencia de satisfacción en articulación con la represión primordial que operan por la vía de una pérdida irreversible que funciona como causa de lo pulsional y del trabajo inconsciente.
- Los mecanismos defensivos que intervienen estableciendo separaciones como divisiones entre el adentro y el afuera: arco reflejo, protección anti-estímulo, proyección.

- El destete “primero temporario y definitivo después” (Freud [1924] (1996), 183) que permite que se vaya empezando a simbolizar lo que Freud nombra como “pérdida de objeto” (Freud [1926] (1992), 134) que delata la ausencia de la madre. Esto permite que se la pueda convocar cuando sea necesaria y habilita una angustia del lactante como alarma, que se conservará en el futuro en tanto angustia señal.
- El control de esfínteres, que implica la separación de un objeto producido en el propio cuerpo, separación que se desarrolla con un proceso de simbolización.
- El complejo de castración que se articula con dos separaciones:
 - a. Posible herida narcisista de una parte simbolizada del cuerpo vinculada con los genitales masculinos.
 - b. Renuncia de los objetos incestuosos, propia de la culminación de la operación edípica.

La separación que introduce la castración tiene una fuerza estructurante en el psiquismo por el modo en el que el sujeto se posicione en el Edipo. Su manifestación específica es la angustia de castración, lo que hace que en las neurosis se activen diferentes mecanismos de defensa como ser la represión secundaria que es el fundamento de los síntomas neuróticos, por ejemplo.
- Habiendo incorporado las referencias edípicas bajo la modalidad de superyó, en la latencia surge una angustia frente al castigo y la posible pérdida de la protección y amor del superyó (Freud [1926] (1992), 134).
- Finalmente, aparece otra posible pérdida radical, en algunas situaciones de la vida, ante la pérdida del objeto de amor, dando por resultado el trabajo del duelo, que resignifica pérdidas constitutivas (Freud [1917d] (2003), 242-9).

Desde la lógica freudiana podría decirse que la pérdida es el agujero que funda la experiencia de satisfacción primordial, con la consecuencia de perder aquel objeto primario de satisfacción que pone en funcionamiento el psiquismo, mientras que las sucesivas operaciones que vienen después se basan en el procesamiento de esta pérdida mediante resignificaciones que pueden englobarse en diferentes separaciones. En tanto la separación implica una distancia óptima, una distancia

operativa que habilita el advenimiento de distintas transformaciones, mientras que la pérdida involucra, en cambio, algo del orden de lo irreversible.

Se ubicó entonces en operaciones de separación, posteriores a la pérdida inaugural, la condición necesaria para que se vayan dando los pasos que se requiere para que el psiquismo se movilice, avance, progrese, se modifique, se constituya.

Ciertamente, estas operaciones habilitan el pasaje de una fase a otra, el advenimiento de diferentes objetos, y permiten una diferenciación entre el adentro y el afuera, que se va complejizando a lo largo de toda la vida.

1.5.3. Niño-objeto

Partiendo de la base del objeto perdido, no es unívoca la referencia al objeto en la obra freudiana, más bien se despliega una multiplicidad de objetos en el desarrollo del psiquismo: perdido, inadecuado, en exceso, de deseo, dolor, afectos, indiferente, bueno, malo, amado, odiado, yo, no-yo, mamá, papá, cuerpo, adentro, afuera, realidad, otros, teta, caca, regalo, pene, falo, hijo.

Entonces, ¿cuáles son los estatutos del objeto al que el sujeto podría quedar identificado, fijado en su posición?

En los síntomas encontramos la puesta en juego de la multiplicidad de identificaciones a los objetos parciales pulsionales en tanto orales, anales y fálicos. En lo que respecta a la posición del sujeto, desde la relación con la madre se recortan dos posibilidades de identificación al objeto, la primera es como espejo del narcisismo de los padres, y la segunda como falo de la madre.

Freud en primer lugar ubica al otro, al agente externo, como condición de posibilidad para que el recién nacido sobreviva en los primeros tiempos. Luego plantea al bebé, como una posible proyección del narcisismo de los padres, “Your Majesty the Baby” funciona como precepto para que se constituya el narcisismo del niño. O sea, el lugar que los padres den al hijo, el modo en el que lo libidinicen no es para nada indiferente a nivel de supervivencia y de las vicisitudes de la constitución del yo.

Además, para algunas madres, particularmente las narcisistas, que se mantienen “frías hacia el hombre”, el amor que les genera el hijo en tanto “objeto extraño” que

es “parte de su cuerpo propio” las confronta con “el pleno amor de objeto” (Freud [1914a] (2016), 86). Aquí se localiza una versión del niño, en tanto objeto del narcisismo de la madre, prolongación del estado mencionado en el párrafo anterior. Si el niño es abordado desde ahí, podría preguntarse ¿qué lugar para que emerja la diferencia que pudiese encarnar la subjetividad de ese niño, ese objeto extraño, por fuera de su madre?

Más allá de las madres narcisistas, Freud enfatiza el lugar de falo que puede tener un hijo para una madre, en tanto salida, de ella, del Edipo hacia la exogamia; sería una especie de compensación: no recibió el falo, pero tiene un hijo. Desde esta perspectiva un hijo como falo para una madre responde a la lógica del tener, mientras que el sujeto consiente a ese lugar con el ser, esto será abordado más adelante.

Aquí se resalta otra versión del niño objeto en tanto falo de la madre, que implica una madre sin castración, posición transitoria que, según una de las posibles salidas de Edipo, es abandonada después, al menos en parte, para poder efectuar otras elecciones amorosas.

Si esta posición no resulta transitoria se puede ubicar en este punto, el recurso del sujeto de identificarse a la madre y elegir a sus objetos desde el narcisismo, lo que da por resultado la posición de un tipo de homosexualidad masculina, o bien con el fetiche y su correspondiente desmentida de la castración materna.

¿Qué relación hay entre el lugar que le da el otro al niño, y la lógica con la que se constituye su subjetividad (en tanto sujeto u objeto del otro)?

Si bien es posible encontrar varias aristas para responder esta pregunta, que serán desplegadas en los capítulos siguientes, en lo que a las elaboraciones freudianas respecta, él ubica que algo del vínculo con la madre es determinante, en algunas personas, no sólo a nivel de supervivencia en los comienzos y en la constitución del narcisismo sino, para efectuar posteriores elecciones exogámicas.

En la fase de la elección de objeto, aparece la madre como referente desde dos perspectivas en relación con las elecciones amorosas.

Puede funcionar como elemento identificatorio para que el sujeto se apoye sobre ella, en tanto fálica, siendo él mismo su falo, y entonces hará sus elecciones

apuntando a objetos similares a sí, lo que da como resultado, como ya se dijo, un tipo de posición homosexual masculina, y de elección narcisista.

Pero también, como saldo de la salida del Edipo, puede buscar un otro con alguna similitud, con algún rasgo de la madre, lo que conlleva la elección por apuntalamiento.

En resumidas cuentas, si el desarrollo continúa haciendo lugar a diferentes operaciones de separación, el objeto de la serie de la elección de objeto se va transformando, localizándose primero en el yo, luego en el exterior, hasta alcanzar a los otros. Esto no es sin atravesar la posición de objeto para los otros primordiales del niño, mientras otros objetos se van delimitando y poniendo en juego.

Por lo tanto, se deduce que la posición de objeto materno, ya en Freud, es necesaria en tanto constituyente del psiquismo, y que desde su lógica se tendería a abandonar esta posición, o al menos desplazarla de algún modo.

Se cierra este capítulo abriendo la pregunta sobre cuáles pueden ser los efectos de que esta posición no sea resignada.

2. SEGUNDO CAPÍTULO: Perspectiva lacaniana

2.1. Introducción

“un discurso sobre el objeto debe pasar obligatoriamente por relaciones complejas, que sólo nos permiten el acceso a través de profundos zigzags” (Lacan [1962-3] (2006), 54).

En este capítulo se aborda el objeto en la constitución subjetiva desde una perspectiva lacaniana.

Con esta finalidad, se considera la lectura que efectúa Fabián Schejtman a partir de la cual recorta cinco versiones del objeto a: el objeto perdido, la marca del objeto perdido, los objetos pulsionales, el objeto causa del deseo, y los objetos de amor (Schejtman 2013a).

Tal como fue precisado en el capítulo anterior resulta de interés articular los objetos con ciertas operaciones lógicas, con el objetivo de precisar las condiciones de posibilidad para que los diferentes objetos advengan en la constitución de los seres hablantes.

También se proponen distintas presentaciones clínicas que podrían considerarse articuladas con algunos objetos.

En efecto, cinco versiones del objeto, relacionadas a distintas operaciones y a tipos clínicos, son los zigzags que se proponen a continuación.

2.2. El objeto que no hay

Desde el comienzo hasta el final de su enseñanza, Lacan manifiesta que el lenguaje es el motivo por el cual algo se pierde en el hombre, por estructura, y esto genera un desvío en su constitución “natural”.

La necesidad en el humano está trastornada por el hecho de habitar un mundo de lenguaje. El instinto está perdido y en su lugar está el incesante movimiento libidinal que no puede sino alcanzar satisfacciones parciales.

Esta pérdida se traduce como un objeto perdido que marca la razón por la cual, en el hombre, en el lugar del instinto, emerge lo pulsional como elemento característico que, entramado al inconsciente, hace a la médula espinal de los seres hablantes. En palabras del francés: “La libido no es el instinto sexual (...) su color sexual tan formalmente mantenido por Freud como inscrito en lo más íntimo de su naturaleza, es color-de-vacío: suspendido en la luz de una hiancia” (Lacan [1964] (1984), 830).

En esta línea Fabián Schejtman recorta una primera versión del objeto a alrededor de este objeto perdido, como “un objeto que falta (...) desde siempre” (Schejtman 2002, 429-30).

Se trata de un elemento clave de la constitución subjetiva, pues como se leerá en lo que sigue, en torno a él se enarbolan los bordes de los agujeros de la pulsión y del inconsciente.

Este primer recorte del objeto a, entonces gira alrededor del objeto perdido freudiano, mencionado en el capítulo anterior.

A lo largo de su enseñanza, Lacan encuentra otros modos de aludirlo por ejemplo bajo la rúbrica de una falta originaria, con el concepto de Das ding, con el axioma del no hay relación sexual, y con el lapsus del nudo.

2.2.1. Operaciones

Se propone como operación primaria, universal, una castración real que tiene como consecuencia una pérdida, que afecta a todos los seres hablantes, “la castración procede así, (...) del lenguaje mismo (...) pérdida de goce inicial -castración real- que se sigue del hecho mismo de habitar el lenguaje” (Schejtman 2005).

Hacia el final de su enseñanza Lacan señala una distinción, en torno de que lo que genera este efecto de pérdida inicial, fundante. Pues no se trata el lenguaje como articulador, como generador de sentido y de malentendidos, sino más bien lo que llamó “lalengua”, es decir un enjambre de significantes sueltos, sin sentido, que produce una “operación real introducida por la incidencia del significante” (Lacan 1969-70, 136), operación real que afecta el psiquismo y los cuerpos de los seres hablantes.

Este planteo de Lacan, que ubica la lengua como aquello que impacta en los cuerpos de los seres humanos, en tanto elemento primario del lenguaje, es coherente con algunas hipótesis de ciertas teorías lingüísticas que estudian el origen del lenguaje, y conjeturan que es una posibilidad que sus primeros modos hayan procedido de gruñidos, gritos intermitentes, onomatopeyas, sílabas, canturreos, expresiones involuntarias de esfuerzos físicos o de emociones (Pérez Mantero 2013).

Si bien es imposible rastrear fehacientemente el mecanismo por el cual se origina el lenguaje, no resulta igual con las consecuencias de estar atravesados por él.

2.2.2. Falta originaria

En el *Seminario IV* Lacan sostiene que este objeto perdido inicia una búsqueda discordante que apunta a un reencuentro imposible en tanto que: “El sujeto está unido con el objeto perdido por una nostalgia, y a través de ella se ejerce todo el esfuerzo de su búsqueda. Dicha nostalgia marca al reencuentro con el signo de una repetición imposible” (Lacan [1956-7] (2007), 15).

En este seminario menciona el objeto perdido como una falta central del siguiente modo: “Nunca, en nuestro ejercicio concreto de la teoría analítica, podemos prescindir de una noción de la falta del objeto con carácter central. No es negativa, sino el propio motor de la relación del sujeto con el mundo” (Lacan [1956-7] (2007), 38).

En el *Seminario X* Lacan formula que: “La falta es radical, radical en la constitución misma de la subjetividad, tal como se nos manifiesta por la vía de la experiencia analítica” (Lacan [1962-3] (2006), 148).

Entonces la entrada en un mundo de lenguaje evidencia una falta primordial, pues indefectiblemente “la relación con el Otro, donde se sitúa toda posibilidad de simbolización, y de lugar del discurso, va a dar con un vicio de estructura” (Lacan [1962-3] (2006), 149). Vicio de estructura en tanto falta real, que, como se dijo, hace al núcleo de la constitución de los seres hablantes.

2.2.3. Das Ding

Entonces este objeto perdido, más que objeto es una falta irreductible, un vacío central en la existencia de los seres hablantes. En este sentido resulta pertinente destacar el vacío, como condición anterior para que se constituyan agujeros, en tanto el agujero puede considerarse como un vacío, pero con el agregado de bordes.

Lacan en el *Seminario VII*, utiliza el concepto de “das Ding” para señalar la función del objeto perdido en tanto núcleo vacío de un real que se presenta como creador, como causa de lo que vendrá: la emergencia del sujeto y el Otro. Es decir que hace a la constitución del psiquismo “un objeto hecho para representar la existencia del vacío en el centro de lo real que se llama la Cosa” (Lacan [1959-60] (2015), 149). A tal efecto la Cosa se presenta vacía, planteando “una división original de la experiencia de la realidad” (Lacan [1959-60] (2015), 67), se trata entonces de una “realidad muda que es das Ding –a saber, la realidad que comanda, que ordena (...) como trama significativa pura, como máxima universal, como la cosa más despojada de relaciones con el individuo, como deben presentarse los términos de das Ding” (Lacan [1959-60] (2015), 70-1).

2.2.4. No hay relación sexual

Más adelante, siguiendo la lógica de aquello perdido que instala una discordancia, Lacan plantea el axioma del “no hay relación sexual”, dice: “Esta falla es la única forma de realización de esta relación (...) no hay relación sexual (...) Falla. Es algo objetivo. (...) El fallar es el objeto (...) El objeto es una falla. La esencia del objeto es fallar” (Lacan [1972-3] (2001), 73).

El hecho de que no haya relación sexual entre los seres humanos puede entenderse, por ejemplo, como el fundamento de que no haya una complementariedad entre los sexos, y esto se liga con que no hay un objeto adecuado para satisfacer plenamente las pulsiones de los seres hablantes.

Entonces el “no hay relación sexual” se presenta como un “pedazo” de lo real que hace a la historia de la especie humana, lo que le da a esta versión del objeto un estatuto de universal, pues no hay relación sexual para nadie, todos partimos de

esa falla estructural, Lacan lo plantea de este modo: “Yo trato de darles un pedazo de Real a propósito de (...) esta historia increíble que es la especie humana, y les digo que no hay relación sexual. Pero esto es bordado. (...) Es sospechoso de no ser verdaderamente un pedazo de Real. El estigma de lo Real es no ligarse a nada” (Lacan [1975-1976] (2006), 122).

2.2.5 Lapsus del nudo

Luego, bajo la luz del abordaje nodal, esa falla de estructura se podría articular con el planteo del lapsus del nudo inicial.

En el *Seminario XXIII* dice, “hay una especie de lapsus del nudo mismo (...) esto es precisamente lo que de alguna manera me confirma que, un nudo, eso se falla” (Lacan [1975-1976] (2006), 95).

Siguiendo la lectura de Schejtman sobre la clínica nodal se extrae de aquí que se parte del supuesto de que antes de que los registros se anuden de alguna forma, están sueltos, producto de algún lapsus inicial en el anudamiento de los registros (Schejtman 2013, 98), lapsus que en este sentido “se revela como la marca de la inexistencia de la relación sexual” (Soria 2020, 342).

2.2.6. Síntesis

Esta primera versión del objeto gira alrededor de una falta originaria, y es condición de posibilidad del resto de las versiones de los objetos que serán planteadas a continuación.

Este objeto también es nombrado en la enseñanza de Lacan con el concepto de *Das ding*, con el axioma del no hay relación sexual, y con el lapsus del nudo.

Se trata entonces del objeto perdido freudiano, objeto de satisfacción irrecuperable que instala una falta radical de estructura.

La operación que se plantea como fundadora de este objeto es la castración real que introduce el lenguaje, es decir una pérdida del objeto de goce “natural”.

Esta primera versión se propone en tanto universal, es decir que se produce para todos los seres hablantes.

2.3. Hay marcas

Se parte de la idea de que el objeto está perdido de antemano, ahora bien, esta pérdida deja una marca que hace un agujero del vacío inicial, en tanto límite de lo no reconocido, $S(\mathcal{A})$, ombligo del sueño, segunda versión del objeto a.

2.3.1. Operaciones

Lacan plantea que hay un “troumatisme” de lalengua, poniendo aquí el énfasis en el agujero, como borde que es marca del lenguaje en los cuerpos.

En francés ese neologismo le permite establecer un juego de palabras entre agujero (trou) y trauma, en el *Seminario XXI*, dice que: “Allí donde no hay relación sexual, eso produce troumatismo” (Lacan [1973-74], 102). Efectivamente el traumatismo de lalengua, entendiendo a lalengua como enjambre de significantes, produce un efecto de agujero, de corte en los cuerpos.

El ser viviente que nace adviene a un universo de palabras que lo preexiste, una lengua incomprensible de significantes sueltos y sin sentido lo recibe en el mundo. Aquí se sitúa el impacto de lalengua que tiene repercusiones en lo psíquico y por ende en lo corporal.

Roberto Mazzuca destaca un “primer efecto del lenguaje”, como una operación de primer corte que agujerea lo corporal, “podemos concebir que el primer efecto del lenguaje sobre el organismo (...) es el de fragmentación. El lenguaje corta al viviente y abre los agujeros de las zonas erógenas. El primer efecto es dividir, fragmentar, cortar” (Mazzuca 2003, 153).

En este punto resulta pertinente diferenciar dos agujeros en los inicios de la constitución subjetiva, por un lado, los agujeros pulsionales, y por otro, pero entramado, la marca ilegible del objeto perdido freudiano, significante del Otro tachado, agujero del inconsciente, inconsciente real, segunda versión del objeto a. La operación que inaugura esta marca es la represión primordial, operación fundacional del psiquismo, del inconsciente.

En el texto *Respuesta a pregunta de Marcel Ritter* Lacan la define como “lo Urverdrängt, (...) eso que se especifica por no poder ser dicho en caso alguno, (...),

por estar (...) en la raíz del lenguaje (...) En el campo de la palabra hay algo que es imposible reconocer (...) Eso no puede ni decirse ni escribirse. Eso no cesa de no escribirse” (Lacan [1975 b] 1980).

Se sitúa aquí la represión primordial como operación estructural que está en “la raíz del lenguaje” mismo, instalando la lógica de lo imposible: lo que no cesa de no escribirse, de no decirse, lo no reconocido.

Siguiendo esta orientación, Lacan especifica esta operación como aquella con la que se obtiene la exclusión del propio origen, “es un ombligo particular, el de su madre, aquel al que alguien a fin de cuentas se encontró perdido (...) es por haber nacido de un ser que lo deseó o no lo deseó, pero que ya solo por ese hecho lo sitúa de un cierto modo en el lenguaje, que un parlêtre resulta excluido de su propio origen (...) Es precisamente el punto de donde sale el hilo” (Lacan [1975 b] 1980). Hilo del inconsciente, y en este punto “el inconsciente es lo real, yo mido mis términos y digo es lo real en tanto está agujereado” (Lacan, 1974-5 15/4/75).

Un comentario más que viene a colación por el hecho de que la marca que localiza el agujero de lo inconsciente se enlaza con lo pulsional.

La pregunta que hace Ritter versa sobre si lo reprimido primordial se corresponde con lo real pulsional, Lacan responde señalando que son dos agujeros diferentes que mantienen una relación análoga y constante, por esto es que, junto con la operación de la represión primordial, se considera pertinente situar, en esta versión, el primer efecto de corte del lenguaje que abre los agujeros pulsionales.

De este modo, el borde de las zonas erógenas hace posible la repercusión de lo simbólico pues “designa el límite por el cual lo simbólico se encuentra en suma repercutiendo, que haya algo que en lo que se dice, sea por metáfora comparable a lo que es de la pulsión” (Lacan [1975 b] 1980).

Inaugurándose entonces, los agujeros pulsionales -por donde circularán las pulsiones-, y la marca del objeto perdido, $S(\mathcal{A})$, ombligo del sueño, desde donde se enarbolarán las ramificaciones del inconsciente.

2.3.2. La marca

Más adelante, Lacan rescata que la originalidad de Freud reside en haber registrado la marca del deseo del Otro, de la represión primordial en torno del “ombligo del sueño” que sería una especie de lugar inaccesible.

Lacan lo menciona también como un estigma, cicatriz, nudo, agujero, que es imposible de reconocer, de simbolizar, designa el límite de las asociaciones, el “límite del análisis”, pues es marca de un inconsciente producido por la represión primordial, en este sentido “hay cosas que están para siempre cerradas en su inconsciente, lo que no impide que, sin embargo, esto se designe como un agujero, no reconocido” (Lacan [1975 b] 1980).

Se trata de un agujero como un indicador de lo que queda por fuera de la simbolización, producto del impacto del lenguaje, “una traza que se confirma ahí al nivel mismo de la simbolización” (Lacan [1975 b] 1980).

Fabián Schejtman ubica aquí la segunda versión del objeto a, en torno del “agujero que queda para el ser hablante en el lugar del objeto perdido freudiano (...) el agujero mismo que denota esa falta radical en la estructura” (Schejtman 2002, 430). Esta marca comparte la lógica con el significante de la falta en el Otro, $S(\mathcal{A})$, pues se trata de aquello que “introduce el margen. El borde sobre el que se apoya la posibilidad de escribir (...) el borde que hace de ese vacío un agujero, (...) tiene que haber ese margen que es esa traza que hemos localizado como ombligo del sueño: el significante de la falta en el Otro.” (Schejtman 2015).

2.3.3. Presentación clínica: Autismo

Aquí la cuestión deja de ser universal, el autismo introduce su particularidad.

Eric Laurent plantea la hipótesis de que en el autismo habría una forclusión del agujero, en tanto y en cuanto falta el borde que lo delimita (Laurent 2013). Entonces en primera instancia no se constituye un borde que hace del vacío, agujero, “falta (...) esa traza que hemos localizado como (...) el significante de la falta en el Otro” (Schejtman 2015).

Considerando que se trata de dos reales diferentes, el pulsional y el de la marca de lo reprimido primario, Schejtman ubica que en el autismo ambos agujeros reales se

encuentran afectados, pues uno “es un real que pone en juego el agujero del inconsciente, lo simbólico” (Schejtman 2015), y en lo que respecta al agujero pulsional queda comprometida “la relación con lo imaginario del cuerpo” (Schejtman 2015).

Entonces se constata en ciertos casos de autismo el intento de “crear neobordes, lo que le permite encapsularse (...) Y aquí viene (...) el costado por el cual queda afectado el agujero corporal (...) se trata (...) de la ausencia de borde, de la falta de margen del inconsciente sobre el orificio corporal, y de allí la perturbación de la economía pulsional en el autismo y las diversas presencias angustiantes del objeto, respecto de las cuales el encapsulamiento ya supondría una respuesta” (Schejtman 2015).

Ciertamente, las diferentes manifestaciones clínicas, en este caso el autismo, van planteando sus particularidades en el despliegue de las operaciones que hacen viables los distintos objetos, lo que abre el abanico de la diversidad de los modos de padecimiento en los seres hablantes y sus respuestas subjetivas.

2.3.4. Síntesis

En resumidas cuentas, los nombres de las operaciones que hacen a la delimitación de esta versión del objeto son, el traumatismo de la lengua que impacta fragmentando los cuerpos de los seres hablantes, primer efecto de corte del lenguaje, y que resulta contemporáneo a la represión primordial que funda el inconsciente, dejando una marca del objeto perdido, segunda versión del objeto a, en tanto límite de lo no reconocido, $S(A)$, ombligo del sueño, marca que hace del vacío inicial un agujero.

El autismo se presenta en esta instancia como una entidad clínica que da cuenta de un trastocamiento del objeto a este nivel.

2.4. Objetos pulsionales

“Hay el objeto a. Él ex-siste, ahora porque lo he construido. Supongo que se conocen sus cuatro sustancias episódicas, que se sabe para qué sirve, al envolverse con la pulsión, por la cual cada uno apunta al corazón y no lo alcanza sino con un tiro que falla” (Lacan [1973] (2012), 330).

Hasta acá, las primeras dos versiones del objeto hacen a la constitución de la mayoría de los seres hablantes.

Los objetos pulsionales se presentan como tercera versión del objeto a, surgiendo desde una perspectiva más consistente.

Efectivamente, alrededor de los agujeros pulsionales, vienen los objetos de la pulsión como tentativas fallidas y engañosas de recuperar el objeto perdido, persiguiendo algún tipo de satisfacción.

2.4.1. Operaciones

¿Cuáles son las operaciones que hacen posible esta versión del objeto a?

Se deduce que la pulsión es un efecto de las operaciones mencionadas hasta aquí: castración real, traumatismo de la lengua, primer efecto del lenguaje.

Ahora bien, en lo que respecta particularmente a la operación que instituye a los objetos de la pulsión como objetos separados del cuerpo, se considera necesario volver a recurrir al primer efecto del lenguaje, en tanto efecto de corte, que produce una fragmentación del cuerpo, y un desprendimiento del objeto pulsional.

2.4.2. Objetos

En el grafo del deseo Lacan escribe la pulsión con el sintagma ($\$ \diamond D$), es decir que la pulsión implica al sujeto en articulación con la Demanda (Lacan [1964-65] (2006), 796-7).

Años más adelante, en el *Seminario XXIII* señala que "las pulsiones son el eco en el cuerpo del hecho de que hay un decir" (Lacan [1975-1976] (2006), 18).

O sea que, lo simbólico repercute en los agujeros pulsionales, transforma la necesidad en pulsión, presentándose como consecuencia directa del encuentro del sujeto con el Otro, con su enunciación, con sus significantes y sus goces.

En el *Seminario X*, Lacan ubica el objeto a como lo que cae de la constitución subjetiva, del encuentro del sujeto con el Otro (Lacan [1962-3] (2006), 36). El objeto en este punto es un producto de la entrada al lenguaje, como un resto algebraico, que queda por fuera del sistema signifiante, siendo imposible de reabsorber por lo simbólico.

Entonces, para empezar a circunscribir las coordenadas del objeto pulsional, se propone considerar como precursor del objeto pulsional al objeto resto, en tanto desprendimiento del encuentro del sujeto con el Otro.

Ahora bien, para que advenga el objeto pulsional es necesario que la pulsión envuelva este resto, dándole alguna forma en particular.

Es decir, el objeto pulsional irá tomando diferentes formas alrededor de objetos desprendidos del cuerpo que bordean los orificios corporales, otorgándole a este resto distintas consistencias, con una topología particular según las estructuras psicopatológicas, como se desplegará en el punto 2.5.1.C.

Lacan en *La tercera* afirma que "no hay nada más en el mundo que un objeto a, cagada o mirada, voz o pezón (...) desecho éste que le ex-siste al cuerpo" (Lacan [1975a] (2007), 83).

Se trata aquí del objeto a en sus "cuatro sustancias episódicas" (Lacan [1973] (2012), 330), cada una con características diferentes, que conciernen a algún tipo de satisfacción ligada a los objetos invocantes, escópicos, orales y anales, algunos más cercanos a la lógica de la demanda (oral, anal), otros al deseo (invocante, escópico).

Freud explicó que, a partir del rodeo por los objetos pulsionales, sustitutos parciales e inadecuados del objeto perdido, la pulsión alcanza su meta, es decir accede a cierta satisfacción.

Esta satisfacción es llamada por Lacan como "plus de gozar" (Lacan [1968-69] (2008), 21). El plus de goce que aportan los objetos pulsionales es uno de los modos de intentar recuperar, mediante la repetición, algún goce también parcial,

puesto que nunca va a colmar el del objeto perdido: “Lo extraño es ese vínculo que hace que un goce cualquiera que sea suponga este objeto, y que así el plus-de-gozar (...) es tal en relación con la ausencia de goce, su condición” (Lacan [1975a] (2007), 90).

2.4.3. Síntesis

En este apartado, como consecuencia del primer efecto del lenguaje, de corte y fragmentación, se resaltó que el objeto a cae como un resto del encuentro del sujeto con el Otro, y que es envuelto de diferentes formas con los objetos pulsionales, invocantes, escópicos, orales y anales, aportando un plus de goce.

2.5. Hacia el objeto Causa del Deseo

"¿qué es lo que inventé yo? (...) Responderé (...) para poner las cosas en marcha: el objeto a" (Lacan [1973-74], 9-4-74).

Para abordar la pregunta sobre qué es el objeto para el psicoanálisis, se partió de las coordenadas del objeto perdido freudiano, su marca, los objetos pulsionales, llegando ahora al objeto causa del deseo, que, más que objeto, es causa, motor. Etimológicamente objeto surge de la palabra latina *obiectus* que significa poner delante de algo, oponer, hacer que alguna cosa vaya a parar a alguna parte, implica algo con poco valor que se podría tirar. En este sentido la palabra *abyecto* también proviene de ahí, pero hay una diferencia de sufijo entre ambas palabras, mientras “ab” implica una separación, un alejamiento, “ob” en cambio remite a algo que se pone adelante, tal como la palabra *objetivo* indica.

El objeto a lacaniano, en esta versión, incluye ambas perspectivas, es decir implica una separación de un resto y un tratamiento particular sobre él, poniéndose delante del sujeto y causando su deseo.

El objeto a en tanto causa del deseo es el objeto específico y novedoso que Lacan con su enseñanza pone delante de los practicantes del psicoanálisis.

En lo que sigue, se ubican diferentes tiempos fantasmáticos como condición para el advenimiento del objeto causa, y se proponen presentaciones clínicas en consonancia con cada momento, que permiten comenzar a esbozar diferentes posiciones del niño-objeto.

Para concluir se delinear puntos de encuentro y desencuentro entre objeto a y el falo.

2.5.1. Tiempos fantasmáticos

A continuación, se propone una secuencia de cuatro momentos fantasmáticos, como referencias que se consideran necesarias para el advenimiento del objeto causa del deseo.

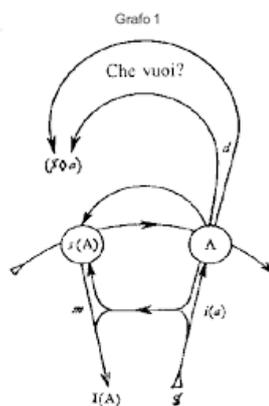
En primer lugar, la confrontación del sujeto con el enigma del deseo del Otro, luego la respuesta inicial en torno de la propia desaparición, después la respuesta alrededor del objeto, y como cuarto momento la función del velo que cubre esa respuesta y habilita la puesta en juego del deseo.

2.5.1.A. Primer momento: El enigma

Lacan se sirve de varios recursos topológicos a lo largo de su enseñanza.

En el texto *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano*, explica distintas versiones de lo que denomina el “grafo del deseo”. Un grafo es una especie de mapa en el que diferentes vértices entran en algún tipo de relación cualitativa.

Se destaca en lo que sigue el siguiente esquema del grafo del deseo.



Para explicar un fragmento de este esquema, se parte del encuentro del sujeto con el lenguaje.

El bebé nace en un mundo que lo preexiste, atravesado por el lenguaje. Entonces, por ejemplo, ante su llanto interviene un Otro cuya función es interpretar esa manifestación como una Demanda.

El Otro, al interpretar lo que le ocurre al bebé como un llamado, se constituye en tanto Otro primordial para el sujeto por venir, e introduce un trastorno simbólico que instaura una brecha entre las necesidades y lo que se interpreta como demanda.

A medida que ese Otro primordial va respondiendo a las demandas que surgen, se establece un vaivén temporal de sus presencias y ausencias.

Este tercer esquema, en algún punto, puede asemejarse a un signo de interrogación, pues justamente el encuentro con el significante de la falta en el Otro se traduce como una opacidad que implica un Otro atravesado por un deseo enigmático, y que sitúa un más allá de la demanda. En este encuentro se manifiesta el desamparo traumático mencionado por Freud.

A partir de las idas y venidas, pero sobre todo de las ausencias, decanta en el pequeño una pregunta que Lacan nombra como “¿che vuoi?” o “¿qué me quiere?”. No sólo no sabe lo que quiere el Otro, sino que en el “me” del ¿qué “me” quiere? se deduce que el deseo del Otro le concierne. De este modo el encuentro con el deseo del Otro abre un enigma opaco, que involucra al sujeto puesto en juego.

Lacan afirma que: "El sujeto encuentra una falta en el Otro... En los intervalos del discurso del Otro surge en la experiencia del niño algo que se puede detectar (...) -me dice eso, pero ¿qué quiere? Este intervalo que corta los significantes, que forma parte de la propia estructura del significante, es la guarida de lo que (...) he llamado metonimia. Allí se arrastra, allí se desliza, allí se escabulle, como el anillo del juego, eso que llamamos el deseo. El sujeto aprehende el deseo del Otro en lo que no encaja, en las fallas del discurso del Otro, y todos los porqués del niño no surgen de una avidez por la razón de las cosas -más bien (...) es el enigma del deseo del adulto" (Lacan [1964-65] (2006), 217-223).

Antes de que se constituya el objeto causa del deseo, el deseo aparece en juego como una opacidad en el Otro. Es en la medida en que el sujeto apunta al deseo del Otro, que él mismo, luego, encontrará la estructura constitutiva de su deseo.

¿Habrá sujetos que en su padecer testimonian una reproducción de este momento? Podría considerarse que cuando el pequeño se confronta con las coordenadas de este enigma, el afecto que podría predominar sería la angustia propia del encuentro con el significante de la falta en el Otro, segunda versión del objeto a.

Luego, ante el reencuentro con el significante de la falta en el Otro podría deducirse una angustia que evidencia ciertos momentos de desencadenamientos en las estructuras, o bien de vacilación fantasmática (Schejtman 2005 42-4), quedando suspendidas las respuestas que aportaba.

Además, se propone considerar, a nivel psicopatológico, aquellos casos que se especifican por la predominancia de un cuadro de angustia libre, en especial las denominadas histerias de angustia, caracterizadas por un desprendimiento del afecto que no está ligado a ninguna representación, por lo que podría decirse que es angustia frente al significante de la falta en el Otro, segunda versión del objeto.

Esto puede ejemplificarse con un fragmento del caso Juanito. Luego de atravesar un tiempo de su infancia en el que su posición giraba en torno de ser el falo de su madre, surgen dos elementos heterogéneos que ponen en cuestión su lugar en el mundo: las erecciones de su pene y el nacimiento de su hermana.

Se plantea un punto de inflexión que deja al niño sin respuesta, ya no alcanza con ser el falo materno, vacila su solución, retrotrayendo al sujeto a este primer momento constitutivo, sumergiéndolo en un tiempo de desprendimiento de angustia sin ligazón.

2.5.1.B. Segundo momento: la desaparición... ¿Puedes perderme?

En este momento se plantea una primera respuesta al enigma de la falta del Otro en torno de la propia falta del sujeto.

Lacan sostiene que "para responder a esta captura, el sujeto [...] responde con la falta antecedente, con su propia desaparición, que aquí sitúa el punto de la falta percibida en el Otro. El primer objeto que propone a ese deseo parental cuyo objeto no conoce, es su propia pérdida - ¿Puede perderme? (...) una falta generada en el

tiempo precedente sirve para responder a la falta suscitada en el tiempo siguiente" (Lacan [1964-65] (2006), 222).

Esta respuesta es un recurso del sujeto "contra la opacidad de lo que encuentra en el lugar del Otro como deseo, pero es para remitir al sujeto a la opacidad del ser que le ha vuelto de su advenimiento de sujeto, tal como primeramente se ha producido por la intimación del otro" (Lacan [1964] (2007), 823).

Entonces el sujeto responde a la pregunta del deseo del Otro, con su falta que lo reenvía a la indeterminación subjetiva de la operación de alienación.

Se trata en esta instancia de la indeterminación, también nombrada falta en ser, fading, afánisis, conceptos que hacen referencia al desvanecimiento del sujeto pues "va a colocar allí (...) su propia carencia bajo la forma de la carencia que produciría en el Otro su propia desaparición. Desaparición que, si puede decirse, tiene a mano, de la parte de sí mismo que le regresa de su enajenación primera" (Lacan [1964] (2007), 823).

En el *Seminario XI* Lacan ubica, en relación con la causación del sujeto, la operación de alienación a los significantes del Otro, "fundamental y nueva operación lógica" (Lacan [1964-65] (2006), 223), que "nace en el campo del Otro" (Lacan [1964-65] (2006), 214).

Las características de la alienación giran en torno de un Otro como fuente del lenguaje que recibe en el mundo al sujeto, un Otro que si bien representa "el lugar de su causa significativa no hace aquí sino motivar la razón por la que ningún sujeto puede ser causa de sí" (Lacan [1964-65] (2006), 10).

Esta alienación captura al sujeto en un terreno que le permite constituirse en tanto ser hablante con la dosis "letal" de quedar "eclipsado" por sus significantes. Además, en relación con la alienación, Lacan ubica el concepto de "vel" para explicar que "condena al sujeto a sólo aparecer en esa división" (Lacan [1964-65] (2006), 218) división del par signifiante S1-S2, entre ser y sentido" (Lacan [1964-65] (2006), 218).

Presentaciones clínicas

En este momento se plantea una primera respuesta a la falta en el Otro con la que se implica la falta del sujeto.

Por su parte esta respuesta involucra otro interrogante acerca de si el Otro puede perder al sujeto puesto en juego.

El rasgo del sujeto está situado en este momento, en su indeterminación, el sujeto queda centrifugado por su amenazante desaparición.

Entonces este tiempo de indeterminación tiene una traducción en el objeto desprendido como resto, producto del encuentro del sujeto con el Otro, tal como testimonian, cada una a su manera, las melancolías y melancolizaciones, las perversiones, algunos casos en acting y síntomas contemporáneos.

En este aspecto, indagando sobre qué presentaciones replican este momento, Nieves Soria, en su libro *Nudos del análisis*, explica diferentes modos de alienación en los que un sujeto reproduce la pregunta “¿puedes perderme?”.

Algunos de ellos se sitúan a continuación.

Melancolías y melancolizaciones

Marcelo Barros propone considerar un núcleo melancólico constitutivo de todos los seres hablantes (Barros 2008, 27).

Esto también puede articularse con las primeras experiencias de dolor, anteriores a las placenteras, tal como Freud precisa en *El proyecto*, que luego constituyen el cauce de diversos afectos, y retornan como el dolor de existir (Lacan [1958-1959] (2014) 107).

En la melancolía, en particular, se deduce una falla a nivel del Deseo materno (Soria 2015), que facilita la identificación con el objeto en tanto resto sin el velo de la imagen narcisista, lo que se manifiesta en los autorreproches melancólicos.

El Otro no puede perder al niño porque no le hace falta (Soria 2013, 31).

Entonces aquí puede considerarse la posición subjetiva de objeto como desecho. Esto es testimoniado tanto por el melancólico, como por el sujeto melancolizado, identificado al objeto caído.

Acting

Sobre el punto en el cual el sujeto se pregunta sobre si el Otro puede perderlo, también pueden traerse a colación sujetos en acting, en los que su accionar reproduce aquella pregunta.

Soria sostiene que “en la infancia es la repetición de enfermedades o accidentes (...) el niño que roba, pega, lastima, reacciona a la falta de amor potenciando el desamor en su propia posición” (Soria 2013, 31), y ejemplifica aquí casos de síntomas contemporáneos como ser adicciones, anorexia, obesidad.

Sadismo-masoquismo

Tanto en el masoquismo como en el sadismo, de una forma más o menos encubierta “se denuncia el vínculo radical de la angustia con el objeto en tanto que cae. Su función esencial es ser el resto” (Lacan [1962-3] (2006), 180).

Este objeto es la posición desde la que el sujeto se ofrecerá, defensivamente, como “instrumento” (Lacan [1960b] (2008), 803) para colmar la falta del Otro devolviendo “el a a ese del que proviene, el Otro” (Lacan [1968-69] (2008), 275).

Siguiendo los desarrollos de Lacan del *Seminario X*, es posible localizar al masoquista armando una escena en la que se juega un “fantasma de ser el objeto de un goce del Otro” (Lacan [1962-3] (2006), 178), encarnando el “pobre desecho de cuerpo separado”, “la piltrafa humana” (Lacan [1962-3] (2006), 178).

De esta manera Lacan explica que “el propio masoquista aparece en la función del deyecto. Es nuestro objeto a, pero bajo la apariencia de lo deyectado, echado a los perros, a los despojos, a la basura, al desecho del objeto común” (Lacan, [1962-3] (2006), 120).

A diferencia del objeto de goce en las psicosis, lo que busca el masoquista es ofrecerse al Otro en tanto “respuesta a esa caída esencial del sujeto en su miseria final” (Lacan [1962-3] (2006), 178).

En fin, lo que interesa resaltar es que el sujeto podría reproducir, en su posición, la lógica del “¿puedes perderme?” a partir de una identificación al objeto caído, tal

como lo demuestran sujetos melancólicos, melancolizados, perversos, en acting, con síntomas contemporáneos.

Desde aquí se abre una posible posición de niño-objeto, que será desplegada con precisión en el quinto capítulo.

2.5.1.C. Tercer momento: la dignidad, el objeto.

Partiendo de la pregunta por el deseo del Otro, luego de poner en juego su propia falta, ahora adviene una instancia en la que el sujeto responde como objeto, ya que no hay sujeto que pueda responder por el sujeto.

Una vez más queda en evidencia que el sujeto se precipita al lugar de objeto, a nivel estructural.

Particularmente queda de manifiesto en este tiempo, que se propone como el tercero de la constitución del fantasma, en donde el sujeto (producto del tiempo anterior) entra en algún tipo de articulación con el objeto: $\$ \hat{a}$. Se observa cómo se va escribiendo la fórmula del fantasma, aunque todavía falta un elemento más, los paréntesis.

En este tiempo surge otra respuesta alternativa mediante una operación de “identificación” (Schejtman 2009) a un objeto con el que el sujeto encuentra su dignidad: “El objeto a es aquí suplente del sujeto -y suplente en posición de precedente” (Lacan [1962-3] (2006), 339).

El sujeto sale de la indeterminación del significante y se identifica con un objeto que le falta al Otro, pero ahora relacionado a algún objeto parcial al que se ha dado un valor privilegiado en la relación con sus Otros primordiales.

Cuando un objeto parcial en particular se articula con un sujeto adquiere consistencia, porque le da al ser un punto de apoyo, una fijación.

De este modo el “objeto hacia el que el sujeto se dirige (...) detiene este deslizamiento infinito. (...) El propio sujeto se reconoce allí como detenido, (...) fijado (...) el deseo en cuanto tal adquiere consistencia (...) un objeto ante el cual desfallecemos, vacilamos, desaparecemos como sujeto (...) tiene la función de salvar nuestra dignidad de sujeto, es decir, de hacer de nosotros algo distinto de un

sujeto sometido al deslizamiento infinito del significante” (Lacan [1960-1] (2008), 198).

En este momento se plantea una respuesta al enigma del deseo del Otro, que propone una posibilidad diferente a la desaparición.

El objeto pulsional en las psicosis

En el capítulo uno de esta tesis surgió el interrogante sobre el lugar de las pulsiones parciales en las psicosis, debido al hecho de que Freud ubica los puntos de fijación de las psicosis en la serie libidinal que incluye el autoerotismo y el narcisismo, mientras que para las neurosis considera la fijación en la etapa oral, anal y fálica. Es posible afirmar que, tanto en las neurosis como en las psicosis, por el hecho de habitar el lenguaje, existe la pulsión parcial y el recorte de sus objetos pulsionales, pero con una regulación y topología distinta en cada caso.

Entonces, desde la perspectiva lacaniana se considera una distinción estructural respecto del estatuto topológico del objeto, en función de si se inscribe, y opera, o no el significante del Nombre del padre.

Nieves Soria en *Inexistencia del Nombre del padre*, señala que “situamos en la psicosis dos cortes: un primer corte, correlativo del primer narcisismo, en el que se opera una primera unificación resultado de una primera extracción del objeto, y un segundo corte, que en lugar de operar el segundo narcisismo constituye un segundo agujero -el agujero forclusivo-, que permanece velado hasta el desencadenamiento. La consecuencia de este segundo corte (...) es que deja el objeto en el bolsillo” (Soria 2020, 333).

El objeto en el bolsillo está como “pura exterioridad” a una distancia demasiado cercana, ya que “se magnifica en su presencia real, en cualquier de sus cuatro sustancias (...) Al constituirse como pura exterioridad, el objeto es siempre un tanto persecutorio, amenazador, manteniéndose el cuerpo como unidad a costa de una lucha cuerpo a cuerpo con el objeto” (Soria 2020, 327). De este modo, el objeto se presentifica como retornos en lo real de la voz, la mirada, lo oral, lo anal, que testimonian diferentes fenómenos elementales.

Esta exterioridad del objeto da por resultado una disyunción del sujeto con el objeto “por lo que entre ese cuerpo y esa realidad precarios se producirán fenómenos de

goce, que darán cuenta de cierta dificultad en el plano de la relación del sujeto con el objeto” (Soria 2020, 326).

Habría un acuerdo indiscutible en aseverar que en las psicosis hay pulsión, el instinto está perdido para todos, y es parcial, partiendo de la fragmentación autoerótica. El punto diferencial, entonces, se localiza en el estatuto del objeto pulsional:

- En las psicosis, más aún en las desencadenadas, el objeto se presentificaría dando cuenta de su positivización, y en todo caso si el sujeto encontrara algún tipo de tratamiento para su posición subjetiva, y la desregulación que se pusiera en juego allí, sería por la vía de una invención singular, de un artificio.

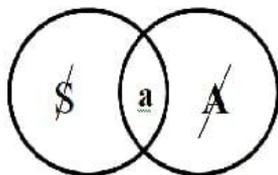
Si el objeto positivizado queda en “el bolsillo” (Lacan [1967]), y si no se inventa algo con eso, la posición de objeto se hace inevitable, en torno de lo que Lacan denominó “sujeto de goce”, pues encarna el objeto de goce del Otro (Lacan [1966] (2007), 29-30).

- En cambio, en las neurosis los objetos pulsionales quedan negativizados, es decir vaciados, reprimidos, “prohibidos” diría Freud, por la operatoria del Nombre del padre que produce una extracción de goce, que permite otra constitución del cuerpo y del campo de la realidad (Lacan [1957-8] (1984), 535). Los objetos adquieren una topología moebiana, es decir, resultan exteriores e interiores al mismo tiempo.

En el *Seminario XI*, para ubicar ciertas coordenadas en la relación del sujeto con el Otro, como contracara contemporánea de la alienación, Lacan se sirve de la operación de separación “donde se cierra la causación del sujeto” (Lacan [1964] (2007), 821), pues con “la separación el sujeto encuentra el punto débil de la pareja primitiva de la articulación significante, en la medida en que es, por esencia, alienante” (Lacan [1964-65] (2006), 226).

Con la operación de separación “el sujeto, por la función del objeto a, se separa, deja de estar ligado a la vacilación del ser” (Lacan [1964-65] (2006), 265), el sujeto se separa del efecto letal del significante, pues el objeto a, elemento no significante, le ofrece una salida a la indeterminación del ser. Entonces: “Separare, separar, aquí termina en se parere, engendrarse a sí mismo” (Lacan [1964] (2007), 822).

Lacan plantea al sujeto y al Otro como dos conjuntos que tienen una intersección en la que se localiza el objeto a, es decir que “surge de la intersección de dos faltas” (Lacan [1964-65] (2006), 222).



De este modo se ubica al objeto a entre la falta del Otro y la del sujeto, lo que es coherente con el momento del enigma (falta en el Otro) y la primera respuesta que se esboza en el segundo momento (la falta del sujeto).

Presentación clínica

Ahora bien, en este tiempo emerge la dignidad del objeto, sin embargo, esta dignidad viene acompañada de la presentación clínica que gira en torno a un tipo de angustia en la que falta la falta, que es diferente a la del encuentro con el significante de la falta en el Otro, porque lo que aparece es el objeto.

Lacan afirma que cuando surge esta angustia “aparece lo que ya estaba, mucho más cerca, (...) ese huésped desconocido que aparece de manera imprevista (...) Por eso es falso decir que la angustia carece de objeto” (Lacan [1962-3] (2006), 86-7).

Esta angustia se hace manifiesta no sólo en los delirios psicóticos, sino también en casos que llegan hasta este punto en su despliegue del fantasma, o bien que retornan hasta aquí porque deja de funcionar algo del orden de la operatoria paterna, por eso podrían considerarse como “neurosis en suspenso”, por ejemplo. Esta otra angustia se sitúa del lado de la pesadilla, de lo siniestro, del delirio, sea psicótico o no, porque da cuenta del goce del Otro que recae sobre el sujeto, dejando en evidencia el objeto que uno es para el Otro.

Esto genera una realización del fantasma (Miller 2006, 42-3), mucho antes que su vacilación, “en la pesadilla no hay enigma sobre el deseo del Otro, sino una gran certeza sobre su goce. Se ve la oposición entre el enigma del deseo del Otro, que se vislumbra cuando el fantasma vacila, y la consistencia que da el goce del Otro a

través del fantasma. Una cosa es la vacilación del fantasma y otra su realización” (Schejtman 2006, 44).

Justamente entonces, para que el sujeto pueda soportar de otro modo la realidad, es condición que el objeto esté, además, velado.

2.5.1.D. Cuarto momento: La función del velo

A partir de lo planteado es posible observar cómo se van estableciendo las coordenadas del fantasma.

Si en el segundo momento de la desaparición, se ubicó la indeterminación subjetiva por el significante, se puede situar allí el sujeto, \$, primer elemento del fantasma. Luego con la aparición del objeto como respuesta, se empiezan a localizar los otros dos componentes, el rombo que implica una articulación entre el sujeto y el objeto a, tercer elemento, \$◊a.

Ahora bien, en esta escritura faltan los paréntesis que tienen una función de pantalla, de protección ante la angustia, y de hacer funcionar el objeto como causa. El fantasma, a la vez que responde y fija de manera fundamental un modo de satisfacción y de relación al Otro, tiene que velar esa respuesta, no exponerla de manera explícita: “Se pone en evidencia la relación del fantasma con lo real en su función de velo” (Lacan [1962-3] (2006), 85).

Con la introducción de los paréntesis, producto de la operatoria del Nombre del padre, queda constituido el objeto causa del deseo y el fantasma, propiamente neuróticos.

Operaciones

Como condición del velo es necesario considerar no sólo la inscripción del significante del Nombre del padre, sino su operatividad.

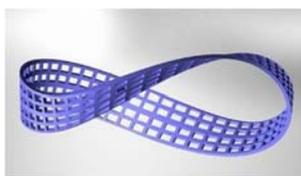
En el *Seminario V*, Lacan ubica en el segundo tiempo del Edipo la operatoria de un padre prohibidor, interdictor, que establece una separación entre la madre y el niño. Como consecuencia de su intervención, la madre queda privada, prohibida, y el sujeto castrado simbólicamente, inaugurándose una distancia que habilita el funcionamiento de una legalidad para el deseo.

En el *Seminario XVII*, Lacan le otorgará a la castración simbólica, función del padre real -más allá de Edipo-, el estatuto de un operador estructural.

Esta función hunde sus raíces en una lógica de corte, Lacan afirma que “la objetividad es el correlato de un pathos de corte” (Lacan [1962-3] (2006), 232), es decir, esta lógica es compartida por ciertas operaciones de las que decantan diferentes objetos.

En la clase del 9 de enero de 1963 del *Seminario X*, Lacan se sirve de la topología con la figura del cross cap y destaca la función de corte, análoga a la función de la castración simbólica.

Si se le efectúa a esta figura un corte en particular, aquel que es conocido por seguir la línea del ocho interior, se puede extraer una banda moebiana que Lacan homologa al objeto a (Lacan [1962-3] (2006), 111).

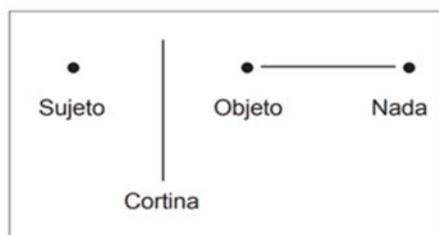


La banda de moebius puede considerarse como un modo de representar la topología particular del objeto a.

Esta topología también es nombrada como “éxtima”. El objeto se extrae del cuerpo, localizándose en un espacio entre el exterior y la intimidad. Se trata de un objeto situado en un espacio corporal entre “lo que nos es más próximo siéndonos, sin embargo, exterior (...) lo que me es más íntimo justamente es lo que estoy forzado a no poder reconocer más que en el afuera” (Lacan [1968-69] (2008), 206).

Ahora bien, este objeto al estar intervenido por la castración simbólica queda vaciado, delatando una “separación del goce y del cuerpo” (Lacan [1966-7], 31-05-67), que produce una negativización del objeto, negativización que se pone en continuidad con el velo que necesita tener este objeto para hacerse causa del deseo.

En el *Seminario IV* para explicar “el esquema del velo”, Lacan se sirve de un gráfico que articula el sujeto, el velo-cortina, el objeto-nada.



De este modo señala que: “He aquí el sujeto, el objeto y ese más allá que es nada (...) Pero una vez colocada la cortina, sobre ella puede dibujarse algo que dice: el objeto está más allá. El objeto puede ocupar entonces el lugar de la falta” (Lacan [1956-7] (2007), 158).

Siguiendo la idea que desliza que el objeto se insinúa sobre la cortina dice, “al estar presente la cortina, lo que se encuentra más allá como falta tiende a realizarse como imagen. Sobre el velo se dibuja la imagen. Esta y ninguna otra es la función de una cortina, cualquiera que sea. La cortina cobra su valor, su ser y su consistencia, precisamente porque sobre ella se proyecta y se imagina la ausencia” (Lacan [1956-7] (2007), 157).

Interesa remarcar la función del velo, como mediación, como pantalla translúcida en la que se proyectarán, se sustituirán, se moverán las imágenes, la realidad, los objetos de amor.

Entonces este velo insinúa objetos que remiten a una falta, pero no los muestra. La falta tiene que faltar, estar oculta para que la realidad no esté invadida por irrupciones de angustia.

Entonces, una vez constituido el velo están dadas las condiciones para que el fantasma empiece a funcionar como pantalla, como un encuadre de la realidad con el que “se trata de no ver lo que se ve por la ventana” (Lacan [1962-3] (2006), 85). Interesa destacar, en este sentido, la función de límite, de marco, pues es así como el velo permite que el sujeto se articule con ese objeto extraído que comanda su realidad.

En este sentido Lacan afirma que “el fantasma le da a la realidad su marco (...) imposible de mover, a no ser por el margen que deja la posibilidad de exteriorización del objeto a (...) Un objeto que necesita que se retome todo el discurso sobre la causa” (Lacan [1967b] (2012), 386).

En este punto es posible delimitar el objeto a en tanto causa del deseo “la causa original es la causa como tal de una huella que se presenta como vacía” (Lacan 1962-3, 12-12-1962).

Entonces, el sujeto encuentra una respuesta reduciéndose a un objeto, que es necesario que sea puesto entre paréntesis.

De este modo los paréntesis del fantasma representan un velo que, una vez establecido, habilita el movimiento del deseo que causa al sujeto.

Justamente por esto interesa situar este momento en esta tesis. No da igual si el objeto se presenta develado o velado, si lo que predomina es el objeto de goce, el objeto del fantasma del Otro, o el objeto como causa del deseo.

Si funciona el objeto causa no necesariamente hay prevalencia de la posición de objeto, el sujeto está dividido, causado por el objeto que funciona como motor del deseo.

Presentaciones clínicas

Debido a que esta versión implica la operatoria del Nombre del padre, las presentaciones clínicas de esta posición pueden incluirse dentro del campo de las neurosis.

En lo que respecta a quienes podrían encarnar este objeto para otro, Lacan señala en varias oportunidades que una pareja puede ser el objeto causa para su partenaire, tanto como los hijos pueden serlo para su madre, pero desde ya no se reduce a estos vínculos.

Lacan, en el *Seminario XXII*, explica que el hombre que aborda a la mujer como objeto a, en tanto “padre”, merece el respeto de sus hijos, pues les transmite algo de su modo de goce en el abordaje al Otro sexo, pero a medias, es decir atravesado por la castración, por un velo que aporta más prudencia que obscenidad.

Entonces, en estos casos, el padre transmite veladamente a sus hijos el abordaje de su mujer como objeto-causa, su “pèreversión”, no sin antes hacer funcionar la

castración simbólica entre la madre y sus objetos a, que son sus hijos (Lacan [1974-75], 21-01-75). Si la mujer consiente a ocupar eventualmente el lugar de objeto causa para su pareja, algo de su posición de madre y de su goce fálico con sus objetos a, encuentra un tope.

Es decir que un sujeto puede encarnar para un otro el objeto causa del deseo.

Y si llegara a producirse una pérdida de ese otro de quien uno ha sido su objeto causa, el duelo es el trabajo que viene procesar ese dolor. Según Lacan, este ser objeto causa es lo que se va a tramitar en el duelo, es decir cuando se produce “por el accidente del destino” (Lacan [1962-3] (2006),362) la pérdida de un ser clave en la vida “estamos de duelo por alguien de quien podemos decir: yo era su falta” (Lacan [1962-3] (2006),155).

Queda pendiente precisar si encarnar el lugar de objeto causa para otro, es condición o no de estar siendo causado, como sujeto, por ese objeto velado en el fantasma.

2.5.2. Síntesis

Planteando un ordenamiento posible para ubicar el despliegue del objeto causa, se abordó una temporalidad fantasmática por la cual, a partir del encuentro con el significante de la falta en el Otro, se decanta una pregunta sobre qué quiere el Otro del sujeto.

Como presentación clínica se propuso la angustia producto del encuentro con el significante de la falta en Otro, graficada en la histeria de angustia, tanto como en la vacilación fantasmática.

En primera instancia, se responde al enigma del deseo del Otro con la propia desaparición del sujeto, característica de la alienación.

Podrían considerarse en articulación con este momento algunos casos de melancolías o melancolicaciones, sujetos en acting, síntomas contemporáneos y perversiones.

Luego, para salir de la indeterminación subjetiva, el objeto ofrece una coordenada sobre la que el sujeto se identifica, ahora como objeto para el Otro.

En este caso, se hace necesario tener en cuenta una distinción estructural, pues el objeto en la psicosis tiene una topología diferente al de las neurosis. Tal como lo testimonian las psicosis, cuando se hace evidente la posición de objeto del Otro, el objeto pulsional se presenta en más, como consecuencia de la operación de forclusión del Nombre del Padre y su retorno en lo real. La irrupción del objeto positivizado implica un arrasamiento subjetivo por el cual el sujeto es conducido a encarnar el objeto de goce del Otro, quedando, devastado como sujeto por el goce que avanza sobre él, manifestándose de diferentes modos en una desregulación libidinal, que se evidencia notablemente en los fenómenos elementales de las psicosis desencadenadas.

La manifestación clínica que puede observarse del tercer tiempo del fantasma es la angustia de la presentificación del objeto, es decir, cuando falta la falta, y más que vacilar el fantasma se rigidiza, se realiza, por quedar de manifiesto el objeto de goce del Otro que el sujeto encarna. Esta angustia se declara como transestructural.

Para que ese objeto se instale como causa se ubicó que es necesario no sólo que se inscriba el significante del Nombre del padre, sino que opere a través de la castración simbólica, habilitando que el objeto se negativice.

Esta negativización introduce un velo sobre el objeto, lo que permite que funcione como causa del deseo y fundamento del fantasma.

De este modo, como una (no) relación entre el inconsciente y la pulsión, entre el sujeto y el objeto a , se va constituyendo el fantasma escrito por Lacan entre paréntesis, paréntesis fundamentales que representan el velo que cubre la respuesta fantasmática y permite el funcionamiento del objeto como causa del deseo, y no de angustia. Desde ya este velo no es infalible, puede correrse.

Respecto de las estructuras clínicas, este objeto resulta ser específico de las neurosis porque implica la castración simbólica deducida de la intervención del Nombre del Padre.

2.6. Objetos de amor

El objeto *a* está íntimamente involucrado en la constitución del narcisismo, y por ende en los objetos de amor.

Interesa remarcar entonces en esta versión del objeto *a*, en su vertiente imaginaria, dos versiones en torno de: la imagen narcisista, y el objeto de amor agalmático.

2.6.1. Operaciones

Fabián Schejtman ubica como operación necesaria de este objeto al segundo efecto del lenguaje, a saber, el efecto de unificación (Mazzuca 2003, 153). Es producto de una identificación imaginaria al semejante, sostenida por lo simbólico. Esta identificación es mencionada por Freud como un “nuevo acto psíquico” propio del narcisismo que habilita la constitución del yo, entonces “al efecto de unificación narcisista podemos escribirlo bajo la rúbrica de una quinta especie del objeto *a*, recubiertos ya por los velos imaginarios: es *i(a)*, el objeto de amor” (Schejtman 2002, 433).

2.6.2. Narcisismo, objetos de amor

El objeto “*a*” lleva la inicial del “*autre*” en francés, otro con minúscula, que representa al semejante a nivel imaginario con el que el yo se identifica, constituyéndose. En este sentido Lacan recorta la cita de Rimbaud que escribe “yo es otro”, para ubicar que el yo se funda a partir de una identificación especular a otro, con la que se produce una imagen del cuerpo unificado que intenta reunir los objetos parciales. Con el yo se delimita la imagen narcisista cuya escritura *i(a)* tiene su interés para estas líneas, ya que Lacan ubica en la “*i*” la imagen especular constituida en función de que esté entre paréntesis el “*a*”, que representa tanto el objeto pulsional, el objeto de la falta, como el semejante.

En el *Seminario X* Lacan remarca que: “Antes del estadio del espejo, lo que será *i(a)* se encuentra en el desorden de los *a* minúscula (...) Este es el verdadero sentido (...) a darle al término autoerotismo (...) No es el mundo exterior lo que le

falta a uno, como se suele decir impropriamente, sino uno mismo” (Lacan 1962-1963, 108), el yo, el sí mismo, funciona como una reunión de la dispersión del autoerotismo, y no viene dado de antemano.

Finalmente, el narcisismo se articula de forma directa con una de las formas del amor.

Freud, por ejemplo, plantea el yo como el primer objeto de amor, amor imaginario podría decirse, en esta línea Lacan dice que "no amo más que mi cuerpo, aun cuando ese amor lo transfiero sobre el cuerpo del otro. Por supuesto, queda una buena dosis sobre el mío", o bien, "amamos al otro con la misma sustancia húmeda, que es aquella de la que somos reservorio, que se llama la libido" (Lacan [1961-62], 21-02-62).

2.6.3. Agalma

En el *Seminario VIII* articulando el amor con la demanda, Lacan parte de la base de que amar es dar lo que no se tiene a quien no lo es.

En relación con esto ubica el concepto de agalma como “la meta del deseo en cuanto tal, que destaca un objeto entre todos los demás como imposible de ser equiparado con ellos” (Lacan [1960-1] (2008). 172).

El agalma se presenta como un objeto con dos vértices, por un lado, se resalta lo que sería un objeto con una envoltura admirable, preciosa, un “objeto con glamour” (Lacan 1962-1963, 105), que tiene un “brillo deseable” (Lacan [1962-3] (2006), 105). Pero por otro lado preserva en su interior al objeto a, parcial, intangible, oculto, inasible, es decir vaciado, en el caso de las neurosis. En este punto el agalma implica un objeto de amor resplandeciente, que si bien en su apariencia remite al amor imaginario, en su núcleo da cuenta de la castración.

El agalma es un objeto que detenta el amado, un objeto que también hace de las veces de un semblante, porque en última instancia se trata de lo que no hay, “allí donde tú ves algo, yo no soy nada” (Lacan [1960-1] (2008), 182).

De este modo se presenta una quinta versión del objeto en torno de los objetos de amor que incluye el narcisismo, la imagen especular y los objetos agalmáticos.

2.6.4. Síntesis

Los objetos de amor son entonces una versión del objeto a, que se desplaza sobre los velos imaginarios que cubren objetos parciales y que remiten a un vacío de estructura.

Se ubicó que la operación que habilita este objeto es un segundo efecto del lenguaje que también implica un corte porque, si bien se requiere una identificación imaginaria al semejante para la constitución de estos objetos, se efectúa sobre una base simbólica, que tendrá sus particularidades según sea la estructura de cada sujeto.

En las neurosis clásicas, tanto el agalma como la imagen especular comparten la característica de ser una envoltura de una falta. Mientras que el narcisismo se deduce de la reunión de la dispersión de las pulsiones parciales.

No caben dudas que esta versión no es exclusiva de las neurosis clásicas, hay objetos de amor en sujetos con estructuras no neuróticas.

Claramente esta versión del objeto podrá manifestarse en los estilos narcisistas de cada sujeto, y en ciertos modos de concebir los objetos de amor, más rigidizados o agujereados, según sea el caso.

Ahora bien, ¿este objeto podría considerarse como una opción dentro de las posibles posiciones de objeto?

Indudablemente un niño podría representar un objeto de amor imaginario para su Otro primordial, esto será desarrollado en lo que sigue.

2.7. Adenda: La falta entre el objeto a, y el falo

En Lacan, el falo, proveniente de la conceptualización freudiana, es planteado con anterioridad al objeto a. Y es un concepto sumamente complejo que excede a los fines de este trabajo puntualizar.

Sin embargo, uno de los objetivos de esta tesis es precisar ciertos puntos de convergencia y divergencia entre el objeto a y el falo, puesto que si bien no todas las posiciones del niño-objeto implican el falo, algunas sí.

Entonces, resulta de interés delimitar ciertas aristas del falo desde los tres registros en articulación con algunas versiones del objeto a.

2.7.1. Falo imaginario

Se considera a continuación el falo, en su vertiente de significación, en tanto es efecto de la operatoria significativa de la metáfora paterna, y en la vertiente de la identificación con el falo materno.

2.7.1.A. Significación fálica

En la metáfora paterna aparece, en primer lugar, el significante del Deseo Materno, dice Lacan: “El papel de la madre es el deseo de la madre. Esto es capital. El deseo de la madre no es algo que pueda soportarse tal cual, que pueda resultarles indiferente” (Lacan [1969] (2012), 118).

Este significante merece una breve puntuación sobre los dos términos que lo componen.

Se propone entender lo “materno” como una *presencia*, que marca el cuerpo del niño con la lengua. En lo materno se coagula el Otro primordial, el Otro de la demanda, el Otro que recibe en el mundo al sujeto.

Y el “Deseo” es lo que se deduce de una primera simbolización de las *ausencias* maternas. En este punto se parte de la idea de que hay un Otro materno cuyo deseo es, en una primera instancia, enigmático para el sujeto, coherente con el primer tiempo del fantasma, y por eso “no es algo que pueda soportarse tal cual”.

La metáfora introduce algo nuevo donde antes no estaba, delimita el deseo con su interpretación. Por eso, con la introducción metafórica del significante Nombre del padre, el Deseo materno es sustituido, dando por resultado una significación fálica al enigma de su ausencia.

Se considera fálica a esta significación porque implica cierto movimiento, es decir, no es una significación fija, rígida, indialectizable, puede venir cualquier cosa a figurar lo que en última instancia es una falta.

En síntesis, allí donde era un enigma lo que provocaba el Deseo materno, el Nombre del padre, aporta una significación fálica, operación simbólica, que habilita una significación imaginaria de la falta.

2.7.1.B. Identificación imaginaria al falo materno

En lo que respecta a la diacronía de la operatoria paterna, más específicamente al primer tiempo del Edipo, uno de los modos que tiene de ponerse en juego la significación fálica es mediante la identificación del sujeto con ese lugar.

Esta identificación es propiciada en primer término por la madre, que además de cuidar del hijo, lo ubica como el falo imaginario que la completa (Mazzuca 2007, 81). Es decir, la madre a esta altura se presenta sin castración, sin un más allá de la maternidad.

Luego el niño se dará cuenta de que la madre desea algo más allá de él, y en esa instancia intervendrá con su propia disposición a identificarse imaginariamente con el falo materno (Mazzuca 2007, 81).

Esta identificación tiene beneficios y limitaciones.

Del lado de lo que sería un beneficio fundamental se puede situar que esta operación retroalimenta algo del orden de cierta vitalidad para el devenir “porque estabiliza el predominio de la pulsión de vida. Este efecto se observa claramente por contraste con los casos en que esta primera identificación no se ha establecido nítidamente, como es el caso Gide” (Mazzuca 2007, 81).

Entonces esta posición es un lugar en el mundo, un lugar en el que puede ser alojado un sujeto, y que lo articula con algo del orden de la vida.

En *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis* Lacan dice: “El tercer término del ternario imaginario, aquel en el que el sujeto se identifica con su ser de vivo, no es otra cosa que la imagen fálica” (Lacan [1957-8] (1984), 534).

Es decir que por un lado se trata de un lugar ligado a cierta vitalidad, pero, por otro lado, esta posición es tramposa pues tiene limitaciones que Lacan precisa en el *Seminario IV*, ubicando que el sujeto “queda prisionero, se convierte en el blanco, en elemento pasivizado de un juego que lo deja a merced de las significaciones del Otro. He aquí un dilema (...) en este punto es donde entronca el origen de la

paranoia (...) el niño queda completamente pendiente de las indicaciones de su partenaire. Todas las indicaciones se convierten para él en sanciones de su suficiencia o de su insuficiencia” (Lacan [1956-7] (2007), 228-9).

Entonces este lugar de falo imaginario, que taponar la castración materna, vitaliza al sujeto a la vez que lo pasiviza en la meta de cumplir con esa imagen. Se trata de cumplir con una imagen narcisista, lo que está en las antípodas de tener algo para dar (Lacan [1956-7] (2007), 228). Por eso, tanto la identificación como el falo tienen aquí un estatuto imaginario.

El segundo tiempo del Edipo vendría a sacudir esa identificación, poniendo en juego la castración simbólica por la intervención paterna, ya no velada como en el tiempo anterior, que separa al niño de la madre. Con lo cual, esta posición de objeto en la que predomina una identificación al falo imaginario en la diacronía del Edipo tendería a ser abandonada. Pero ¿qué consecuencias podría tener que no se active la operación paterna en la diacronía del Edipo?

2.1.7.C. Síntesis

Entonces, el registro imaginario y el falo se articulan en la significación fálica, que introduce la metáfora paterna, y que ofrece como posibilidad identificarse al falo materno.

Queda claro que la identificación al falo materno es uno de los lugares posibles del niño-objeto, y se propone considerar esta posición en articulación con la quinta versión del objeto, en tanto una forma de un objeto de amor imaginario.

En esta posición se deduce una de las versiones del niño-objeto, porque predomina:

- El sostenimiento de la madre fálica, es decir completa en lo imaginario, sin falta, con el deseo taponado.
- La permanencia de lo infantil del lado del sujeto, por sostenerse en referencia directa a lo materno.
- La prevalencia de lo imaginario en torno de mantener una imagen narcisista que está al servicio de perpetuar la vigencia del falo materno.

- Un rasgo homosexual, por el rechazo a lo hetero, en tanto rechazo a la castración materna, punto diferencial, que deja en evidencia un rechazo a lo femenino más allá de lo materno.
- La pasividad del ser el falo que el Otro tiene, con la que se sostiene un espejo materno.
- La posición de objeto en detrimento del sujeto. El sujeto queda suspendido, Lacan afirma que “el sujeto (...) abandona su lugar” (Lacan [1956-7] (2007), 88), o “queda prisionero, se convierte en el blanco, en elemento pasivizado de un juego que lo deja a merced de las significaciones del Otro” (Lacan [1956-7] (2007), 228-9), o “el ser se olvida a sí mismo como objeto imaginario del otro” (Lacan, [1956-7] (2007), 439).
- Esta suspensión subjetiva podría articularse como consecuencia directa de la carencia de la intervención del padre real del segundo tiempo del Edipo, es decir el padre que castra simbólicamente, interviniendo sobre el falo imaginario. Con esto se sostiene que para que se perpetúe esta posición de niño-objeto, en la que predomina una identificación al falo imaginario, es condición que falle la operación del padre real, lo que implica un detenimiento en el primer tiempo del Edipo.

Ahora bien, resulta pertinente considerar esta posición, en la que se evidencia una identificación imaginaria al falo, en estructuras que no necesariamente cuentan con el significante del Nombre del padre.

Soria, sirviéndose de la apertura que deja Lacan cuando indaga si la relación del Nombre del Padre con el falo es directa o indirecta, responde que el falo surge históricamente con anterioridad al Nombre del padre, más específicamente en “la antigüedad griega, mucho tiempo antes del surgimiento de la figura jurídica del pater familias que aparece en el derecho romano, y que suele considerarse el precursor del significante del Nombre del Padre” (Soria 2016, 39), es decir que, el falo existe en la cultura como símbolo con anterioridad al Nombre del padre.

Esta disyunción le permitirá proponer la lectura de ciertos fenómenos en las psicosis ligados a una identificación al falo en su vertiente más imaginaria como “simulacro de falo”. Entonces sería posible considerar la presencia del falo imaginario, imposible de negativizar, en estructuras compensadas que no cuenten con el Nombre del Padre (Soria 2020, 315).

2.7.2. Dimensión real del falo

Aquí se localizan varias coordenadas del goce fálico, otro concepto que implica una profunda complejidad, y del que, a continuación, se resaltan algunas características.

2.7.2.A. Fuera de cuerpo

Lacan plantea, tanto en el *Seminario XXII* como en *La tercera*, al goce fálico como fuera de cuerpo.

En el *Seminario XXII* afirma que “el falo es lo que le da cuerpo a lo imaginario” (Lacan [1974-75], 11/3/75), se trata de un goce real que se deduce del falo, que se localiza fuera del cuerpo, pero que desde allí lo anima “en el sentido de un revólver, de un cosquilleo, de un rascado, de un furor; para decirlo toda la animación del goce del cuerpo. Y esa animación (...) proviene de un goce privilegiado distinto del goce del cuerpo (...) no por nada es risible porque hace reír, pero esto es muy precisamente lo que situamos en el goce fálico” (Lacan [1974-75], 11/6/74). Entonces se sitúa como un goce que anima, rasgo que comparte con el falo imaginario.

Si bien ambas vertientes aportan este rasgo jubiloso, el goce fálico puede volverse anómalo, sintomático respecto del yo, pues lo que se evidencia en el síntoma “es la irrupción de esa anomalía que es aquello en que consiste el goce fálico, en la medida en que se exhiba, florezca esa falta fundamental que califico como no relación sexual” (Lacan [1975a] (2007), 190).

Este rasgo anómalo del goce fálico además de filtrarse en el síntoma, en tanto manifiesta el no hay relación sexual, también se ejemplifica con “tipos que nos cuentan que de su primera masturbación se acordarán siempre, que es algo que rompe la pantalla. En efecto, comprendemos bien porqué rompe la pantalla; porque no viene desde adentro de la pantalla. El cuerpo se introduce en la economía del goce (...) a través de la imagen del cuerpo” (Lacan [1975a] (2007), 91).

En el caso Juanito el goce fálico irrumpe cuestionando el lugar de falo imaginario, pues se le presenta al niño una disyunción entre tener o ser el falo. Entonces resulta

interesante destacar que la emergencia del propio goce fálico convoca la lógica del tener, situando una objeción a ser el objeto de la madre. Es decir, el goce fálico, puede cuestionar la posición del niño-objeto.

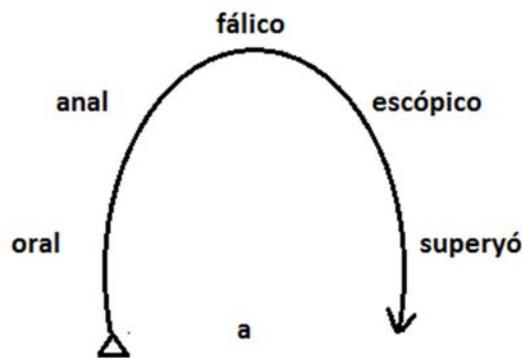
2.7.2.B. Goce sexual, obstáculo.

Además, por estar fuera de cuerpo, el goce fálico entra en serie con la negativización, con la separación del cuerpo que experimentan los objetos pulsionales en las neurosis, producto de la castración simbólica que “opera de este modo el barrido del goce -no todo, (...) fuera del cuerpo (...) goce que por la operación de la castración se localiza por el falo” (Schejtman 2002, 432).

De este modo puede articularse el goce fálico con el a en tanto “ese objeto, el «a», separa este goce de la vida del cuerpo, del goce fálico” (Lacan [1975a] (2007), 190). Ahora bien, a diferencia de Abraham, Lacan no plantea los objetos pulsionales desde una perspectiva evolutiva, ni al falo como sucesor de los objetos orales y anales.

En el *Seminario VIII* sostiene que: “En el corazón de la función a minúscula, que permite agrupar los distintos modos posibles de objeto que intervienen en el fantasma, está el falo” (Lacan [1960-1] (2008), 420), poniendo el énfasis en el hecho de que el falo: “No es una especificación finalmente aparecida de lo que anteriormente hubiera sido el objeto oral, luego el objeto anal” (Lacan, [1961-62], 251).

Haciendo un forzamiento podría decirse que el falo funciona como contemporáneo de los objetos pulsionales. Esto puede apreciarse en el gráfico de la clase del 19 de junio de 1963 del *Seminario X*, en el que Lacan localiza el falo en un eje central, junto con el objeto a, que queda por fuera de la curva, en relación con los dos pisos de los objetos pulsionales.



A nivel real, el falo se articula con los objetos pulsionales en tanto, fuera de cuerpo, ambos involucran un goce sexual: “El goce, en tanto sexual, es fálico, es decir, no se relaciona con el Otro en cuanto tal” (Lacan [1972-1973] (2001), 17).

De este modo el goce fálico se articula al goce del uno, goce autoerótico: “el goce fálico. ¿Qué es? Nada más que lo que subraya la importancia de la masturbación en nuestra práctica: el goce del idiota” (Lacan [1972-1973] (2001), 98).

Entonces en este punto es un goce que hace obstáculo en las relaciones con el Otro sexo, pues “el goce fálico es el obstáculo por el cual el hombre no llega, diría yo, a gozar del cuerpo de la mujer, precisamente porque de lo que goza es del goce del órgano” (Lacan [1972-1973] (2001), 15).

Sin embargo, el goce fálico es un medio por el cual el hombre se acerca a una mujer, es decir no sólo es obstáculo, también se manifiesta como suplencia sintomática del no hay relación sexual.

Otra vez un punto de encuentro entre el goce fálico y el objeto a, porque es a partir del goce fálico que un hombre puede abordar a una mujer como un objeto que cause su deseo, es decir, la aborda para dar cauce a su goce, que Lacan nombra como fetichista, la reduce a un objeto que causa el deseo.

En el *Seminario XXII* se lee que “para quien está estorbado por el falo (...) una mujer (...) Es un síntoma (...) si no hay garante encontrable en el goce del cuerpo del Otro que haga que, gozar del Otro como tal, eso exista, aquí está el ejemplo más manifiesto del agujero de lo que no se soporta más que del objeto a minúscula mismo; pero por error, por confusión, una mujer (...) no es un objeto a; ella tiene los suyos (...) de los que se ocupa; eso no tiene nada que ver con aquel del que ella se soporta en un deseo cualquiera. Hacerla síntoma, a esta una mujer, es de

todos modos situarla en esta articulación en el punto en que el goce fálico como tal es también su asunto” (Lacan [1974-75], 21-01-75).

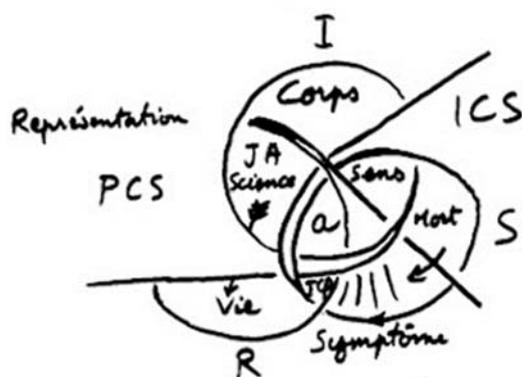
Entonces, un hombre puede hacer de una mujer su síntoma, en tanto ella lo confronta con su propio goce fálico. Es decir, el goce fálico, entre un hombre y una mujer, circula entre el síntoma y el objeto causa del deseo.

2.7.2.E. Síntesis

Recapitulando, en lo que respecta a la cara real del falo, se puntualizó que el goce fálico, según Lacan, está localizado fuera de cuerpo, por eso puede tornarse anómalo, pero también anima, y si bien es un obstáculo para abordar el otro sexo, funciona como suplencia del no hay relación sexual.

Claramente en estas vertientes se localizan articulaciones del falo con el objeto a en tanto objetos pulsionales y objeto causa del deseo.

En lo que respecta a las divergencias entre el objeto a y el goce fálico en este caso, es posible acudir a *La tercera*, tanto como al *Seminario XXII*.



Tal como el gráfico lo demuestra, el objeto a y el goce fálico tienen localizaciones cercanas pero diferentes, puesto que Lacan destaca que el goce fálico se sitúa entre real y simbólico, mientras que el objeto a queda en la intersección de los tres registros, pues “ese objeto insensato que he especificado con la «a». Esto es lo que queda atrapado en el atasco de lo simbólico, lo imaginario y lo real como nudo” (Lacan [1975a] (2007), 80).

Es decir, no sólo intercepta el goce fálico, sino también el goce del Otro, y el goce del sentido, siendo el objeto la condición, el medio, y el obstáculo, de los diferentes goces.

2.7.3. Dimensión simbólica del falo

En lo que respecta al deseo, puede ubicarse por un lado al objeto *a* como causa, y, teniendo en cuenta el significante, Lacan sostiene que el falo es su representante privilegiado.

Entonces, del lado del falo en tanto significante del deseo podría decirse que, como consecuencia de la intervención del Nombre del padre -a nivel del padre real que castra, la falta se inscribe a nivel simbólico, lo que hace de vía regia para que circule el deseo.

El significante fálico Φ , como el significante de la falta implica un deslizamiento metonímico del deseo que, luego con la significación, habilita diferentes interpretaciones de la falta, pues “el falo es un significante cuya función en la economía intrasubjetiva del análisis levanta tal vez el velo de lo que tenía en los misterios pues es significante destinado a designar en su conjunto los efectos del significado” (Lacan [1958] (2003),669-70), es decir, se trata del significante que origina la serie de los significantes, y que designa, no el significado, sino el conjunto de los significados.

De este modo, la falta, el deseo funcionan como una especie de puente que articula el objeto *a* y el falo.

Quizás sea a este nivel en el que quede trazada una diferencia nítida entre ellos, puesto que el objeto se presenta como un elemento heterogéneo al significante que causa el deseo, y del lado del significante está el falo Φ , como el significante que inicia la serie, significante privilegiado del deseo.

2.7.4. Síntesis

Hasta acá se planteó que los puntos de encuentro entre las versiones del objeto y el falo pueden situarse alrededor de diferentes modos simbólicos, imaginarios, reales de tratar la falta.

El objeto a en su primera versión es la falta real, en tanto se articula con el objeto perdido freudiano.

Luego se localizó la segunda versión en torno de la marca que deja la falta, el significante del Otro barrado.

Después aparecen los objetos pulsionales, que, si bien recuperan algo del orden de una satisfacción, nunca son adecuados por el trastorno que introduce el lenguaje.

En la cuarta versión la falta se articula a un objeto éxtimo, negativizado por la operatoria paterna, que funciona como causa del deseo articulado al fantasma.

Finalmente, en la quinta versión, los objetos de amor deslumbran con sus envolturas por el objeto que rodean, objeto que da cuenta de un vacío constituyente.

Respecto del falo, la falta también funciona como un eje fundamental de las versiones comentadas en torno de los tres registros.

En su versión imaginaria, el falo habilita la significación del enigma del deseo materno, es decir una falta, y cuando el sujeto se identifica con el falo imaginario materno se apunta a no querer saber de esa falta.

En su versión real, la falta se expresa en un goce negativizado, fuera de cuerpo, pero que desde ahí lo anima, y establece tanto un obstáculo como una posible relación sintomática con el otro sexo.

Y en su versión simbólica el falo se presenta como el significante privilegiado de la falta, como un cero, en tanto significante que inaugura la serie.

¿Podría concebirse el significante fálico Φ como simbolización del objeto a, tanto como el falo imaginario una imaginarización del objeto, y el goce fálico como una de las expresiones de goce que se deducen de los objetos a? Es decir, ¿podría plantearse al falo, en sus diferentes registros, como distintos modos de ceñir el objeto a?

Si bien, en su enseñanza, Lacan menciona primero el falo porque todavía no había inventado al objeto a, podría decirse que el objeto a es el antecedente de la falta que el falo representa en sus diferentes modalidades.

Queda claro que el falo no es sin el objeto a, sin embargo, el objeto podría prescindir del falo en ciertas presentaciones, tal como lo testimonian algunas psicosis.

2.8. Conclusiones

Con la finalidad de desplegar en los capítulos venideros las diferentes variaciones del “niño-objeto”, en este capítulo se establecen algunas coordenadas de los objetos en la constitución subjetiva desde la perspectiva lacaniana, perspectiva que es el marco teórico desde el cual emergen estos desarrollos.

Algunas operaciones, de las que decantan los objetos, son:

- Castración real del lenguaje, surgimiento de una primera versión del objeto en torno de una falta radical de estructura.
- Represión primordial, localización de una segunda versión del objeto que representa la marca de la falta originaria.
- Traumatismo de la lengua, corte del instinto, delimitación de los agujeros pulsionales, emergencia del objeto pulsional, tercera versión del objeto.
- Inscripción o forclusión del Nombre del padre, operaciones estructurales que le darán diferentes estatutos a los objetos pulsionales, entre otras cuestiones.
- Alienación, operación de causación del sujeto que es condición del surgimiento de la indeterminación subjetiva.
- Separación, con la que se recorta un objeto en particular en respuesta al enigma del deseo del Otro.
- Intervención del padre real, castración simbólica que permite la inscripción simbólica de la falta, y del objeto causa del deseo, cuarta versión del objeto.
- Segundo efecto del lenguaje de unificación (Mazzuca 2003, 153), que implica la castración, es decir una pérdida y separación del objeto para que se constituya tanto la realidad como una imagen del cuerpo (Mazzuca 2003 172).

Ha sido un objetivo preciso, circunscribir en cada versión, las operaciones que habilitan el advenimiento de las diferentes formas del objeto a, pues se considera que tenerlas identificadas permite cernir en dónde se localiza el desvío, la limitación, la torsión, incluso la potencia. Y, por otro lado, admite indagar en qué casos y hasta qué punto, estas operaciones son posibles de reproducir como maniobras analíticas.

Con el objetivo de explicitar las distintas transformaciones del objeto en la constitución subjetiva según Lacan, se situaron cinco versiones que puede adoptar el objeto a, en articulación con las operaciones que las hacen posibles.

La primera versión, también referida en los conceptos de Das ding, en el axioma del no hay relación sexual, y en el lapsus del nudo, apunta a una falta originaria, radical, de estructura que es condición de posibilidad para que devengan el resto de los objetos.

La operación que se propone como fundadora de este objeto es la castración real que introduce el lenguaje, es decir una pérdida del objeto de goce "natural".

Por ello, esta versión se considera universal, es decir se produce para todos los seres hablantes.

En segundo lugar, está la marca del objeto perdido, significante del Otro tachado, $S(\bar{A})$, ombligo del sueño, marca que hace del vacío inicial un agujero.

La operación implicada en esta versión del objeto es la represión primordial, contemporánea al traumatismo de la lengua, que al fundar el inconsciente deja una marca del objeto perdido.

Luego, la tercera versión implica un intento de recuperación, de la satisfacción perdida, con los objetos pulsionales. Resultado del primer efecto del lenguaje, operación de corte y fragmentación. Los objetos invocantes, escópicos, orales y anales, son su manifestación.

En lo que respecta a la cuarta versión, para que se constituya el objeto causa del deseo, es necesaria la operatoria diacrónica de la inscripción del significante del Nombre del padre. Es decir, operación de castración simbólica que implica extracciones, cortes, separaciones, pérdidas de goce, que hacen que el objeto se negativice, y funcione, velado.

El objeto causa habilita el advenimiento de un sujeto dividido por un deseo, que remite a un objeto articulado a la falta.

La falta se inscribe ahora simbólicamente abriendo un juego de encuentros y desencuentros entre el falo y el objeto a.

Ahora bien, se propuso que esta versión no viene dada de antemano, es necesario que se desplieguen diferentes momentos fantasmáticos:

1. Encuentro con el deseo del Otro.
2. Se responde al enigma del deseo del Otro con la propia falta del sujeto, que abre la pregunta del sujeto al Otro: “¿puedes perderme?”.
3. Luego, para salir de la indeterminación subjetiva, el objeto ofrece una coordenada sobre la que el sujeto se identifica, ahora como objeto para el Otro.
4. Para que ese objeto funcione como causa es necesario que se inscriba el significante del Nombre del padre, y que opere a través de la castración simbólica, habilitando que el objeto se negativice. Esta negativización introduce un velo sobre el objeto, lo que permite que trabaje como causa del deseo y fundamento del fantasma.

Finalmente se situó una quinta versión en torno de los objetos de amor articulados con el narcisismo, la imagen especular y el agalma.

Se parte de la base de que el sujeto se precipita en los comienzos de su constitución al lugar de objeto a nivel estructural.

Luego, los objetos y su (no) relación con el sujeto, se desplegarán entre la manera contingente en la que cada sujeto pueda advenir y las coordenadas que ofrezcan los Otros, en un movimiento dialéctico entre realismo y determinación.

De lo dicho hasta aquí, podría empezar a esbozarse que la posición de niño-objeto, no alude a un sólo objeto.

Se ubicaron diferentes posiciones de objeto en la que puede quedar un sujeto.

No es lo mismo quedar como objeto de goce del Otro, objeto resto, falo imaginario, que objeto causa.

Se ubicó una característica común de las primeras tres formas de la posición de objeto: un rasgo de pasividad del sujeto que va variando en función de si opera o no, algo del orden de la operatoria paterna.

3. TERCER CAPÍTULO: Otros autores

Es sumamente amplia la bibliografía acerca de los temas que circulan en torno de la constitución subjetiva, la relación del objeto con las distintas etapas libidinales, y su articulación con algunas patologías.

A continuación, se hará un recorte de los planteos de algunos psicoanalistas que no pertenecen a la AMP.

Este capítulo se deduce del trabajo realizado para el proyecto de esta tesis, específicamente para el estado del arte sobre el tema que aquí convoca.

Se decidió incluir este apartado como un capítulo específico, porque estos autores han enriquecido el proceso de investigación, tanto por sus aportes como por las disidencias que pueden plantearseles.

3.1. El objeto en Freud: Rabinovich

Diana Rabinovich, fue psicoanalista argentina y profesora de la Universidad de Buenos Aires.

Aquí se recorta específicamente la lectura que hace del objeto en la obra freudiana, en su libro *El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica*, donde también considera el abordaje de Klein y de Lacan.

Desde la perspectiva freudiana, ubica el objeto del deseo en torno del objeto de la vivencia de satisfacción primaria descrita en *El proyecto*. Se trata del objeto perdido freudiano que funciona como condición de posibilidad de lo que sigue (Rabinovich 1988, 11). Dice que “implica que el objeto está perdido ya en la estructura misma, esa estructura que dibujan el desamparo, el Otro prehistórico y la función de comunicación que adquiere la descarga como tal. La pérdida no es pues aquí avatar de la historia o producto de una génesis madurativa, sino la estructura misma del ser humano en lo tocante a su relación con el objeto del deseo” (Rabinovich 1988, 17).

Por otro lado, pero producto de esa pérdida, considera la serie pulsional donde se localiza el objeto de la pulsión parcial. Siguiendo los planteos de *Tres ensayos*, se abre una serie de desarrollo libidinal en torno del objeto oral, anal y fálico. El otro

aparece como punto de apoyo para que la pulsión haga su rodeo con la finalidad de alcanzar alguna satisfacción. En esta serie se plantea la dupla activo-pasivo. (Rabinovich 1988, 22).

Y finalmente se circunscribe el objeto de la elección, alrededor del objeto de amor. Siguiendo los desarrollos del caso Schreber, en torno de las primeras menciones sobre narcisismo, surge esta serie libidinal que incluye el autoerotismo, el narcisismo y la elección de objeto (Rabinovich 1988, 31-2). El otro aquí aparece como objeto plausible de ser elegido desde la posición sexuada que adquiera el sujeto. En esta serie se plantea la dupla amor-odio

Para finalizar con esta puntuación, se destaca que la autora señala que ambas series libidinales convergen, desde la lógica del complejo de castración, en la fase fálica, donde surge un cuarto objeto fundamental: el falo (Rabinovich 1988, 28).

Resulta orientador para el desarrollo de esta tesis, en particular del primer capítulo, considerar el ordenamiento de los objetos que propone la autora, ubicando en primer lugar la necesidad lógica de situar la pérdida del objeto freudiano que posibilita la emergencia de las dos series libidinales, en las que se recortan, a saber, los objetos pulsionales, por un lado, y los objetos de la elección amorosa, por otro, siendo el falo el elemento de convergencia de ambas.

3.2. Escuela inglesa: Recortes de la teoría de la relación de objeto

En esta teoría confluyen diversos autores partícipes de la escuela inglesa. Básicamente abordan en sus teorías el concepto de objeto ligado a las relaciones interpersonales entre el otro primordial y el niño.

Se trata de los antecesores que dan fundamento a lo que hoy se conoce como la “teoría del apego”, tan en boga en las madres posmodernas, y en ciertos círculos profesionales que abordan la temática de la “crianza”.

3.2.1. Abraham

Abraham, psicoanalista alemán, discípulo de Freud, liga el objeto, por un lado, a la figura materna, y, por otro lado, a lo pulsional.

Se subraya aquí la segunda vía.

En su obra *Estudio del desarrollo de la libido contemplado a la luz de los trastornos mentales*, toma la teoría libidinal de Freud e introduce una bipartición en las etapas, y las articula con diferentes patologías, a saber:

- La etapa oral:

Consta de un primer momento de succión en el que “la libido infantil está ligada al acto de succionar, acto de incorporación (...) El niño todavía no distingue entre su propio yo y el objeto externo. Yo y objeto son conceptos incompatibles con ese nivel del desarrollo” (Abraham 1980b, 174).

Algunas esquizofrenias quedarían fijadas aquí.

Luego sigue otro momento canibático, de devoración, ligado a un sadismo de la etapa oral, y al mecanismo de introyección del objeto y sus cualidades. Sitúa aquí, con la incorporación del objeto, el surgimiento de la ambivalencia. En este momento localiza la fijación de las presentaciones maniaco-depresivas (Abraham 1980b, 206, 209). En relación con la etapa siguiente afirma que: “Cuando las personas melancólicas sufren una decepción intolerable por parte de su objeto amoroso, tienden a expeler a ese objeto como si fuera excremento, y a destruirlo. Cumplen luego el acto de introyectarlo y devorarlo, que es una forma de identificación narcisista específicamente melancólica. Su anhelo sádico de venganza se satisface ahora atormentando al ego” (Abraham 1980, 353).

Abraham ubica en relación con el objeto, que aquí aparece, un amor “parcial”, proyectando en el horizonte la posibilidad de un amor “total”.

- La etapa anal:

Queda dividida en un primer momento de destrucción y pérdida.

Ubica aquí la fijación de la paranoia, a diferencia de Freud que la localiza en el narcisismo.

Y un segundo momento de dominio, control y posesión.

En esta etapa quedaría fijada la neurosis obsesiva.

En estas etapas prevalece el sentimiento de ambivalencia frente al objeto, también parcial.

- La etapa genital:

En la primera etapa fálica predomina un amor al objeto con exclusión de los genitales, caracterizándose también por ambivalencia.

Ubica en esta serie los síntomas de impotencia masculina y frigidez femenina. La histeria quedaría fijada a esta etapa.

En la segunda, que se correspondería con el amor objetal- genital “final o total”, ya no predominaría la ambivalencia.

Sitúa aquí una supuesta normalidad.

Es conocida la crítica que le hace Lacan a sus planteos, no sólo en torno de la culminación del desarrollo sexual en una “genitalidad total”, sino también la concepción lineal temporal que tiene este modo de presentar las etapas libidinales. De todas formas, se rescata de estos planteos la lógica de las etapas libidinales con la que Abraham considera una correlación clínica entre las fijaciones y sus patologías.

3.2.2. Klein

Klein, psicoanalista inglesa, integrante fundamental de la escuela inglesa, paciente por un año de Abraham, influenciada por su enseñanza, sostiene la hipótesis de que tanto el objeto como el yo, precarios, se encuentran presentes desde el comienzo de la vida.

La angustia generada por la pulsión de muerte inicia los procesos defensivos más primarios (proyección, introyección) dando lugar a los primeros objetos (pecho bueno, pecho malo).

En las fases del desarrollo ubica distintas relaciones con los objetos, y propone nombrarlas como “posiciones”.

Para Klein un sujeto oscila entre dos posiciones, la depresiva y la esquizo-paranoide, siendo los mecanismos de proyección e introyección, claves para la constitución de estos objetos. Muy brevemente, en la esquizo-paranoide, se crean dos objetos parciales, el pecho malo, objeto persecutorio, frustrante, y el bueno,

objeto ideal, gratificante. Cuando la madre se constituye como objeto total inicia la posición depresiva, en la que se introyectan los objetos parciales y surge la culpa. Interesa rescatar la propuesta de Klein de denominar a estas etapas del desarrollo como “posiciones” ya que este término incluye angustias específicas, relaciones de objeto, mecanismos de defensa y fantasías inconscientes (Klein 1952, 177).

La posición entonces alude a la dinámica de un espacio que se alcanza, del que se puede salir, y al que se puede volver.

Se exporta entonces de aquí el concepto de posición como un modo de estar en el mundo, de ocupar un lugar, con el cuerpo, los objetos y los otros.

3.3.3. Winnicott

Haciendo un ejercicio de reducción, se podrían agrupar las ideas de este pediatra y psicoanalista inglés, en dos grandes áreas, a saber: el desarrollo temprano y la función materna.

Entre uno y otro se va entramando la constitución del objeto, entendiendo el objeto, principalmente, como los primeros esbozos del otro.

Se destaca en su obra una lógica paradójica, Winnicott mismo sostiene que: “La paradoja debe ser aceptada, tolerada, respetada y que no se la resuelva (...) Una vez que se la acepta y tolera, tiene valor para todos los individuos humanos que no solo viven y habitan este mundo, sino que además son capaces de ser enriquecidos infinitamente por la explotación del vínculo cultural con el pasado y el futuro” (Winnicott 1971, 14).

El objeto transicional resulta ser un paradigma de esto, puesto que delimita una zona intermedia (Winnicott 1971, 65), un espacio que es a la vez interno y externo, creado y descubierto (Winnicott 1971, 120), habilitando un movimiento, que permite la separación, a partir del advenimiento de estos objetos que se ubican entre el uno y el otro, perteneciendo a ambos, a la vez que a ninguno.

En su abordaje la figura del padre, si bien no tiene un gran despliegue, aparece como fundamental en el sostén de la madre, y su función se enlaza con proteger la díada madre-hijo, dice Winnicott que “a la postre es el padre quien tiene que intervenir (...) No sólo desea que su esposa vuelva a tener una vida propia, sino que además quiere tenerla para sí, aunque a veces esto implique la exclusión de

los hijos. Así que con el correr del tiempo el padre se pone firme, lo cual me retrotrae a mi charla de unas semanas atrás sobre "Decir No" (...) es particularmente cuando se pone firme que el padre se vuelve significativo para el niño pequeño, siempre y cuando antes se haya ganado, con su conducta amistosa, el derecho a adoptar esa firmeza" (Winnicott 1960).

Este psicoanalista tiene tres grandes referentes que influyen su pensamiento, Darwin proveniente de su formación médica, Freud y Klein.

Respecto de Freud, Winnicott se sirve de su técnica y transmisión, sin embargo, abordar perturbaciones graves le permite constatar que, en estos casos, los conflictos inician más temprano que el Edipo.

Entonces destaca que, en los casos graves, los problemas tempranos se producen por una falla precoz de la función materna. Dice que "la etiología de la enfermedad psicótica (...) debe observarse en una falla en el proceso total del cuidado del infante (...) Las deficiencias a las que yo me refiero son fallas de la provisión básica (...) todas esas fallas son impredecibles; el infante no puede explicarlas en términos de proyección, porque aún no ha llegado a la etapa de estructuración yoica que lo hace posible" (Winnicott 1963b, 335-6).

Winnicott, es contemporáneo a Klein y se forma con ella, aunque discrepa en algunos puntos, como ser la presencia de un yo desde el comienzo en el sujeto, a excepción del yo materno que es el que se ajusta a los requerimientos del bebé. En *El desarrollo emocional primitivo* ubica un primer momento de simbiosis entre la madre y el niño. No solamente enfatiza en la función de la madre como la que viene a aliviar las tensiones pulsionales, sino jerarquiza el aspecto relacional como condición para que surjan los objetos externos.

En otro texto denominado *El desarrollo de la capacidad para la preocupación por el otro*, diferencia la "madre-ambiente de la "madre-objeto" para ubicar dos inclinaciones del cuidado materno. La madre-objeto se ocupa de satisfacer necesidades, mientras que la madre ambiente ofrece un cuidado activo, protector, responde sin satisfacer necesariamente. Con un desarrollo en un ambiente facilitador, estos dos tipos convergen dando lugar a nuevas complejidades como ser la culpa y la preocupación por otros.

Winnicott plantea tres tipos de objetos en el texto *Objetos y fenómenos transicionales*.

I. El objeto subjetivo.

Son los primeros objetos con los que se relaciona el bebé desde sus necesidades, y desde las identificaciones que de ellas hace la madre. Dejan de existir cuando no se los necesita. Se trata de una “creatividad primaria” moldeada por la proyección y la necesidad.

II. El objeto transicional.

Este concepto resulta de lo más valioso para esta tesis.

Se trata de un objeto que surge en una zona intermedia de experiencia, ni adentro ni afuera, "tercera zona" o espacio potencial.

Esta zona intermedia es “al mismo tiempo subjetiva y objetiva, interna y externa, concebida y hallada” (Winnicott 1963, 101), es “un espacio de articulación entre unión y separación” que permite “ir lidiando con la separación yo-no yo” (Winnicott 1963, 106).

No es un objeto interno, tampoco externo. Por un lado, estos objetos “no pertenecen ni a uno ni a otro” (Winnicott 1953, 108), son una creación del niño, y por otro, ya estaba en el mundo para ser encontrado. Sirve para conectar y separar al mismo tiempo.

Se accede a él por el contacto con los sentidos. El niño al manipularlo lo domina. Es la primera posesión distinta a sí mismo.

Esta lógica introduce la posibilidad de concebir una operación de separación, que no es radical, porque se habilita un corte del otro, sostenido por el otro.

Entonces los fenómenos transicionales abren “un campo de experiencia mucho más vasto, que incluye el juego, la imaginación, el simbolismo” (Winnicott 1953, 108). Este objeto posibilita la asimilación de la separación de la madre, la tramitación de sus fallas, de su ausencia, empezando a hacerla existir como objeto externo, gracias a la presencia tangible del objeto.

Este objeto con el tiempo tiende a desinvertirse. Si persiste da razón a patologías tales como el fetichismo, el talismán obsesivo, las adicciones.

Siguiendo la lógica del objeto transicional plantea el concepto de una madre lo suficientemente buena, considerando que es aquella que le ofrece al niño

gratificaciones e ilusiones, a la vez que lo frustra. Con esto el niño podría constituir una versión más simbólica de la madre que le permitiría por un lado la construcción de objetos transicionales, es decir objetos que la sustituyen, contruidos en un espacio intermedio entre su presencia-ausencia; y por otro, soportar su separación.

III. El objeto de uso.

Se trata de un objeto exterior, real, objetivo, regido por el principio de realidad.

Tiene cualidades propias, ajenas a la proyección.

El lugar del odio es clave en este momento puesto que, para que el objeto subjetivo pueda advenir como objeto de la realidad, es necesario que sobreviva a la destrucción, el objeto subsiste como función de sostén para su uso, dando lugar a la simbolización.

De este modo se resalta, de la transmisión de Winnicott, la declinación de la función materna en algunas presentaciones clínicas graves y el objeto transicional en tanto brújula para considerar el advenimiento de los diferentes objetos.

3.3. Inicios del psiquismo

3.3.1. “Yo fetal” de Rascovsky

Rascovsky, fue un pediatra y psicoanalista argentino, fundador de la APA.

Influenciado por la escuela inglesa, enuncia en 1977 el concepto de “psiquismo fetal” con el que plantea, en un libro que lleva ese mismo nombre, de un modo forzado, una articulación entre el ello y un “yo fetal” como una especie de órgano perceptor, desde donde se inician las primeras relaciones con “objetos internos heredados”.

La relación entre el ello y el yo estaría dada por la ausencia de la operación de la represión primaria.

Si bien pueden hacerse varias críticas por la fundamentación teórica (pues incluye muchas inconsistencias conceptuales por ejemplo hablar de ideal en esta instancia

o nombrar como “yo” a esa entidad embrionaria), resulta interesante considerar al menos como pregunta, si es posible pensar un psiquismo fetal, y por ende si es posible concebir alguna dimensión del objeto en este nivel.

3.3.2. Pichón Rivière

Pichón Rivière, psiquiatra y psicoanalista argentino, siguiendo esta línea de cuestionamientos, en torno de posibles marcas antes del nacimiento, plantea en *La psiquiatría, una nueva problemática*, la posibilidad de que en la esquizofrenia podría haber “fijaciones prenatales”.

De este modo concibe la posibilidad de agregar, a las series complementarias de Freud, una serie vinculada a la vida intrauterina, es decir a las experiencias del feto que le transmite la madre e influyen el desarrollo prenatal, “lo fenotípico y lo genotípico se articulan en la vida intrauterina para la estructuración del factor constitucional” (Rivière, 1980).

Siguiendo esta línea ubica que el cuerpo se constituye apoyándose sobre un “protoesquema corporal” que ya se juega en la vida prenatal compuesto por estímulos interoceptivos, propioceptivos, táctiles. Se trata de organización rudimentaria, primitiva de las sensaciones, indiferenciada de su entorno uterino, pero que funciona como base para la posterior constitución del cuerpo y por ende del psiquismo.

3.3.3. “Yo piel” de Anzieu

Didier Anzieu, filósofo y psicoanalista francés, miembro de la Asociación Psicoanalítica de Francia, plantea el concepto de “yo piel”, como una instancia primaria corporal de constitución subjetiva, preverbal, en la que predominan sensaciones táctiles placenteras y dolorosas, que funciona como base para que luego advengan las posteriores representaciones. Dice: “Aquél yo que contiene los contenidos psíquicos a partir de la experiencia en la superficie del cuerpo” (Anzieu 1987, 51).

Si bien podría cuestionarse desde la perspectiva freudiana la elección de los términos “yo” y “cuerpo” para definir esta instancia primaria, lo cierto es que el autor

no duda en homologar esta función “piel”, con lo que más adelante se constituirá como el “yo psíquico” y la consciencia.

En este punto el “yo piel”, tiene el objetivo de proveer al sujeto una envoltura, una protección de estímulos, colabora con la distinción del interior con el exterior. Quedando al principio, en el interior, el cuerpo del niño, en el exterior la incidencia materna, y entre ambos un borde el “yo piel” que funciona de base de las sensaciones que circulan entre la madre y el niño.

Anzieu sostiene que este “yo piel” tiene diferentes funciones (proteger, sostener, contener, diferenciar el adentro del afuera, integrar percepciones sensoriales), dependiendo de qué función se vea afectada en su despliegue, dará lugar a patologías tales como estructuras psicóticas, casos “borderlines”, trastornos narcisistas, y síntomas psicósomáticos, siendo el rasgo en común ciertas dificultades en el acceso a lo simbólico y en relaciones objetales.

Resulta interesante de este planteo la articulación directa de la constitución de lo subjetivo con la piel, como ese borde físico del cuerpo que separa el adentro del afuera, y una vez más, la hipótesis de que cierta desregulación primaria en la constitución de la subjetividad se podría relacionar con algunas patologías.

3.3.4. Maldavsky

Maldavsky, psicoanalista argentino docente de la Universidad del Salvador, plantea como momento inicial del desarrollo libidinal a la etapa libidinal intrasomática, caracterizada por el investimiento de ciertos órganos internos, tales como el corazón y los pulmones (Maldavsky 2008, 81).

Le siguen la oral primaria, oral secundaria, anal primaria, anal secundaria, fálico uretral y fálico-genital.

Según las fallas de los mecanismos de defensa más primarios, ubica como resultado las “patologías del desvalimiento”, en las que incluye: los síntomas psicósomáticos, el autismo, las neurosis traumáticas, las traumatofilias (propensión a accidentes), las adicciones, los trastornos alimentarios, las perturbaciones del sueño, la violencia vincular, la promiscuidad, es decir, patologías distintas a las neurosis, psicosis y perversiones (Glay y otros 2019).

Señala por ejemplo como defensas iniciales la fuga funcional y la desexualización, y opuesta a ellas la desestimación del afecto. Si fallan, puesto que, por ejemplo, la fuga es lo que permite comenzar a diferenciar un estímulo externo de uno interno, aparecen otras defensas patológicas.

Siguiendo esta dirección, señala que, como consecuencia de vivir en un ambiente desconectado o intrusivo, que no permite la tramitación del propio matiz afectivo, lo interior puede volverse exterior y viceversa. Por lo cual el fracaso de ciertas defensas iniciales, dejan como correlato las patologías mencionadas.

Interesa rescatar de este planteo la pregunta sobre los comienzos de la constitución del psiquismo, junto con la idea de que perturbaciones en momentos bien tempranos de la constitución del sujeto que podrían influenciar la configuración de la subjetividad.

3.3.5. Dolto

Dolto, cuyo nombre de soltera era Françoise Marelle, fue médica pediatra y psicoanalista francesa.

En su libro *Imagen inconsciente del cuerpo humano*, ubica que en la constitución subjetiva intervienen castraciones en plural que afectan tanto a los niños como a sus padres.

Estas castraciones tienen que ver con separaciones, renunciaciones y prohibiciones. Ella sostiene que cada castración habilita una nueva manera de ser ante un deseo que ya no se puede satisfacer como lo hacía hasta ese momento.

Las castraciones que plantea son:

- Castración umbilical: se separa el cuerpo del niño y de la madre en el nacimiento. Ella supone una motivación para nacer, como si hubiera por parte del feto un deseo de nacer y separarse de la madre.
- Castración oral. Se asocia al destete. Esta nueva separación de la madre permitiría el acceso al lenguaje.
- Castración anal. Tiene que ver con la prohibición de las agresiones. Involucra ciertas funciones musculares, como por ejemplo el esfínter, y ayuda al niño a dominar su motricidad con el control de la agresividad. Esto

le permite al niño constituir a su yo, como diferente a los otros, y ubicarse en relación con otros.

- Castración primaria. Se articula al descubrimiento del propio sexo, y la diferencia entre los sexos.
- Edípica, es la prohibición del incesto.

Es decir, Dolto plantea que antes de alcanzar la castración simbólica, propia del complejo de Edipo, intervienen otras castraciones que pueden presentar sus peculiaridades. Y todas ellas son procesos de simbolización que Dolto nombra como “castraciones simbolígenas” (François 1990, 117).

3.3.6. Bleichmar

Silvia Bleichmar, socióloga y psicoanalista argentina, señala en *Los orígenes del sujeto psíquico*, que la constitución subjetiva se va dando en pasos concretos, dice, por ejemplo, que “los tiempos míticos no son construcciones, son movimientos reales de estructuración del sujeto psíquico (...) Tal vez no podemos tocarlo, ni verlo, pero sí podemos conocer su peso específico, su densidad, su efecto, su combinatoria. Son los momentos que podríamos llamar constitutivos del inconsciente” (Bleichmar 1986,39).

Se recortan tres momentos en su planteo sobre la temporalidad constitutiva.

Primer tiempo

Un primer tiempo nombrado como de “la constitución de los grandes movimientos pulsionales” (Bleichmar 1986, 215).

Con dos aristas, una biológica ligada a la necesidad, y otra sexual en la que la madre trastoca ese biológico con un plus traumático que complejiza el psiquismo, implantando la pulsión, dando inicio al autoerotismo.

Para Bleichmar falla la constitución del cuerpo erógeno facilitado por la función materna cuando la excitación no logra regularse, dando lugar a trastornos funcionales, que en los tratamientos convocan al analista a simbolizar para que las representaciones empiecen a tener lugar.

Bleichmar propone que el aparato psíquico se constituye a partir de pérdidas, “el aparato psíquico no puede constituirse si no es por la pérdida de los objetos originarios, que dejan su huella en la instauración de los representantes representativos pulsionales, pudiéndose establecer (...) transferencias de carga, existentes ya en los niños muy pequeños antes de que estén dadas las condiciones para la neurosis de transferencia” (Bleichmar 1986, 220).

Para todo aquello disfuncional que proviene de los primeros momentos de la constitución ella habla de trastorno, dejando el término síntoma reservado para más adelante.

Ubica como mecanismos defensivos previos a la represión originaria, la vuelta sobre sí mismo y el trastorno en lo contrario (Bleichmar 1986, 209)³.

Segundo tiempo

El segundo momento se trata del tiempo de “la instauración de la represión primaria” (Bleichmar 1986, 215) en el que se activa el proceso primario regido por las leyes de desplazamiento y condensación, en torno de una lógica del principio de placer en donde la energía no está ligada.

Aparece un primer tiempo del sujeto en el que sitúa las represiones originarias, con las que se asientan las bases de las identificaciones.

En este punto hace una lectura peculiar respecto de la represión primordial, agregando la hipótesis de que serían múltiples las represiones primordiales para que se constituyera el aparato psíquico.

Es decir, que no advendría de una vez para siempre como operación lógica, sino que la represión podría sufrir dificultades en su operación, por eso afirma que “la

³ En este punto podría plantearse dos interrogantes a su lectura.

En primer lugar, Freud en *Pulsiones y Destinos* ubica a estos mecanismos en el siguiente orden: primero el trastorno hacia lo contrario, segundo, la vuelta hacia la propia persona, tercero, la represión, y último la sublimación. Entonces este ordenamiento ¿es un orden de sucesión cronológico que se va dando a medida que avanza la constitución psíquica? Bleichmar lo lee de este modo.

En segundo lugar, cuando Freud ubica como destinos de la pulsión a la “represión” (Freud [1915a] (2003), 122), ¿se está refiriendo a la represión primordial o a la represión secundaria?

Pareciera que ella concibe que se trata de la represión primordial para sostener su propuesta de que la represión primordial se produce en distintos momentos, y esto no ocurriría en los casos de psicosis, lo que abre un cuestionamiento por el estatuto del inconsciente en las psicosis, aún del inconsciente a “cielo abierto”.

represión originaria no inaugura en un solo movimiento el acceso al funcionamiento psíquico normal, sino que parece que hacen falta varios tiempos para su constitución” (Bleichmar 1986, 162).

Considerando el despliegue de estos tiempos, en un análisis se trataría de: “Cercar los momentos de la represión originaria, pero también sus avatares, (...) es entonces jalonar los tiempos constitutivos del inconsciente y de sus contenidos fantasmáticos, jalonamiento que en el niño es de importancia decisiva para la práctica (...) porque es determinante saber si uno se sitúa antes o después de la constitución del inconsciente” (Bleichmar 1986, 15).

Tercer tiempo

Finalmente, el tercero es el “tiempo del ordenamiento definitivo de la represión a través de la estructuración del superyó y por ende de la represión après coup” (Bleichmar 1986, 215).

Aquí se funda el ideal y la conciencia moral.

Una vez constituida esta última fase, considera el síntoma como formación de compromiso.

Es decir, Bleichmar asume una posición, con la que se inclina a plantear que la represión primaria responde a una lógica diacrónica, no opera de una vez para siempre, siendo por ejemplo una de las implicancias de su propuesta, dejar por fuera de las incidencias de esta operación a las psicosis.

3.4. La madre, el lenguaje y el niño-objeto

3.4.1. “Psicosis Blanca” de Green

André Green fue psiquiatra y psicoanalista egipcio-francés, miembro de la Sociedad Psicoanalítica de París y de la Asociación Psicoanalítica Internacional.

En el texto denominado *La madre muerta*, utiliza el concepto de “duelo blanco” para explicar una presentación clínica que denomina “psicosis blanca” caracterizada por

ser una psicosis sin psicosis, es decir una potencialidad psicótica, un “núcleo psicótico”, una “locura privada”, que puede desarrollarse, o no, con descompensaciones, que pueden volver a compensarse o no. Se incluyen en esta concepción, los casos “fronterizos”, “borderlines” o “límites”, patologías de desvalimiento, casos psicósomáticos.

Para Green esta “psicosis blanca” tiene la causa en una madre que, por ejemplo, por estar atravesando un duelo, no puede libidinizar a su hijo, entonces, aunque tenga a su madre físicamente, para el bebé ella no está ahí libidinalmente, lo que Green homologa a su vez con una especie de muerte materna.

Esto trae como consecuencia una dificultad en la transferencia libidinal a los objetos debido a “una desinversión masiva, radical y temporaria, que deja huellas en lo inconsciente en la forma de agujeros psíquicos” (Green 1983, 226). Lo que se traduce en manifestaciones ligadas al vacío de afecto y de pensamientos, ausencia de representaciones y autodestructividad que según Green caracterizan una “clínica del vacío” prevalente en los casos contemporáneos.

3.4.2. Mannoni

Maud Mannoni, psicoanalista francesa, discípula de Lacan y Winnicott, en su libro *El niño retardado y su madre*, explica el nivel de “simbiosis” que puede existir entre madre e hijo.

Si bien ella lo plantea en particular en relación con el retraso de ciertos niños, resulta interesante la referencia para la consideración de la posición del niño-objeto.

En sus palabras: “el niño retardado y su madre forman, en ciertos momentos, un solo cuerpo, confundiéndose el deseo de uno con el del otro, al punto que ambos parecen vivir una sola y misma historia. Esta historia tiene por soporte, en el plano fantasmático, un cuerpo que se diría afectado por idénticas heridas, que han revestido una señal significativa. Lo que en la madre no ha podido ser resuelto en el nivel de la prueba de castración, será vivido en forma de eco por el niño, que en sus síntomas no hará más que hacer “hablar” a la angustia materna” (Mannoni 1964, 53).

Por otro lado, en 1969 Mannoni fundó, junto a otros analistas, la Escuela Experimental de Bonneuil, desde el movimiento de la antipsiquiatría.

Uno de los objetivos de la institución era intentar reintegrar en la sociedad niños rechazados de las escuelas tradicionales, con problemas escolares, psicosis, y neurosis graves.

Interesa, a los fines de esta tesis, resaltar una de sus líneas de trabajo por la cual rescata la lengua extranjera como soporte posible para algunos sujetos.

El caso que representa muy bien esta orientación es “René”, un pequeño francés que empieza a hablar a los 9 años y es enviado, por recomendación de Winnicott, a una institución inglesa como parte de su tratamiento y recuperación. Allí aprende inglés en tres meses, se remarca que “los significantes que en su lengua materna provocaban crisis, en inglés no suscitan ningún efecto terrorífico de este género” (Mannoni 1998, 73). Puede dirigirse a su familia en el nuevo idioma, y se niega a hablarles en francés.

Este caso demuestra que, desde una lengua diferente a la materna, a este sujeto se le hace posible otro vínculo con el lenguaje y por ende otro modo de lazo con los otros.

En estos casos, la lengua extranjera permite “reencontrar un habitáculo de vida en el que las palabras no remitan a la muerte” (Mannoni 1998, 73). Hablar una lengua extranjera a la materna puede funcionar como una distancia, y alivio a la irrupción de la lengua para ensayar otra vuelta sobre la subjetividad.

3.4.3. Levin

Ilda Levin, psicoanalista argentina de la Escuela Freudiana, partiendo del análisis de niños autistas y perturbaciones graves estudia los tiempos instituyentes estableciendo los puntos de encuentro y desencuentros entre los tiempos lógicos y cronológicos.

En estos tiempos instituyentes y para los casos que revisten gravedad, ubica el concepto de “identificación adherente o adhesiva” del sujeto al cuerpo materno. Esta identificación deja al sujeto en suspenso, antes de su emergencia y la de su fantasma.

En este punto propone el concepto de fantasmagoría diferenciándolo del fantasma, tratándose de “formaciones psíquicas cuyo argumento aparece dominado por (...) figuras de un real (...) de las que el niño no puede huir (...) por una falta en lo real

de su estructura, tanto de los bordes mediadores y significantes como de un vacío que sea soporte de su deseo y de su angustia. (...) El goce que impera amarra al sujeto en una posición de objeto que lo adosa a estas formaciones que llamo fantasmagorías” (Levin 2013, 107-8).

Emplea también este concepto de fantasmagoría a la posición de los padres, a partir de lo cual, articula la posición de objeto del fantasma materno con el hecho de que en la madre no se haya producido la operación de castración con su implicancia en la cesibilidad de objeto, entonces afirma que: “Si desde el otro materno o paterno el fantasma no se ha constituido, las fantasmagorías imperantes en y entre los entramados familiares, llegan a ser invasoras del espacio psíquico en tiempos de infancia” (Levin 2013, 108).

Por otro lado, establece cierta homología entre la posición del objeto metonímico del fantasma materno con la posición de falo imaginario en tanto “recibir marcas fundantes (...) aseguraría (...) un borde separador respecto y más allá del fantasma materno y de su requerimiento del niño como objeto metonímico. No funcionar sólo como falo imaginario de la madre depende de las mediaciones significantes y reales inscritas en el psiquismo” (Levin 2013, 49).

Finalmente, apostando al psicoanálisis con niños pequeños, plantea que en estos tiempos constitutivos la estructura permanece entreabierto, a diferencia de lo que ocurre en una psicosis de un adulto, lo que habilita la intervención analítica en momentos tempranos pues “surge la chance de que se produzcan nuevas inscripciones que enhebran o reparan alguna de las heridas que entre vida, muerte y cuerpo (...) aprisionan al sujeto que habita en un niño diagnosticado de psicosis” (Levin 2013, 90).

Con lo que agrega que “está puesto en juego el deseo del analista, resto y causa de un movimiento que apuesta a la desalienación del sujeto (...) El punto no es solo que se despliegue la fantasmagoría sino y fundamentalmente que la experiencia le permita al sujeto alojarse de otra manera” (Levin 2013, 92-3).

3.4.4. Hartmann

Alicia Hartmann, psicoanalista argentina de la Escuela Freudiana, docente de la Universidad de Buenos Aires, en su texto *Distribución del goce en la trama familiar* sitúa que en la enseñanza de Lacan se pueden deducir diferentes orientaciones del niño como objeto a:

1. Como objeto a en tanto causa de deseo.
2. Objeto a como carroña “como basura, en el sentido de condensador de goce, puede condensar todo el goce materno” (Hartman 2017).
3. Como agalma.
4. Como fetiche, sostiene a la madre fálica pues “positiviza la castración materna y es una forma de escritura del fetiche” (Hartman 2017).

Por otro lado, sostiene una diferencia psicopatológica al leer tres posiciones distintas del niño en la estructura, tomando como referencia el texto lacaniano *Notas sobre el niño*:

1. Como objeto materno para las psicosis, puesto que, si bien Lacan habla de capturas fantasmáticas, ubica al niño como objeto de la madre, a secas, no lo escribe allí como objeto a.
2. Como objeto del fantasma materno: “No se trata de la psicosis a mi entender, se trata de una relación directa con un fantasma materno, con lo cual la articulación, es la articulación significativa, son chicos que juegan poco, que tienen dificultad, justamente, de entrar en el dispositivo, porque están tomados por un fantasma materno” (Hartman 2017).
3. Como síntoma de los padres, para las neurosis.

En su tesis de doctorado denominada justamente “El niño en posición de objeto” ubica que estos sujetos se caracterizan por estar comandados predominantemente por lo pulsional, presentándose del lado del fantasma más que del síntoma, esto genera que no haya desde el inicio lugar a la división, a la pregunta por el padecimiento.

Se trata de casos cuyo tratamiento gira en torno a entrevistas preliminares, y la entrada en análisis puede ser una de las conclusiones del recorrido.

Por ello, puede constituir un final del trabajo analítico con estos casos, la constitución del síntoma en transferencia, o bien el comienzo de la neurosis de la infancia.

3.4.5. Soler

Soler, psicoanalista francesa de la EPFCL, en el libro *Lo que queda de la infancia*, intenta demostrar que en la infancia no está el destino, es decir que no determina absolutamente al sujeto, sin descuidar el hecho de que de ahí surgen las primeras marcas traumáticas, imborrables, que van a encontrar distintos tratamientos a lo largo de la vida de una persona.

Ubica que hay marcas permanentes provenientes de la infancia que no son traumáticas sino placenteras, ligadas a la pertenencia, la tradición, la lengua.

Soler subraya que, si bien en Freud es posible trazar una distinción entre niño y adulto en torno de la predominancia del principio de placer en el primero, y del principio de realidad en el segundo, para Lacan, en cambio el niño no tiene una diferencia radical con el adulto, al menos a nivel de lo que un análisis puede ofrecerle en relación con su posición de sujeto.

Esta equivalencia, relativa, le permite al practicante desprenderse de los ideales que puede acarrear la niñez en términos personales, como de la época.

También considera lo que queda del niño en el adulto, sosteniendo que: “La presencia del niño en el adulto a nivel estructural se sostiene de lo que se inscribió de modo contingente y deviene necesidad, no cesando más de escribirse” (Soler 2014, 136).

Este asunto es fundamental teniendo como mira las repercusiones que pueden tener ciertas contingencias del porvenir y por ende el encuentro con un analista, “el psiquismo está constituido con el discurso del Otro (...) Puesto que cambia la relación con el Otro, el psicoanálisis debe tocar al menos eso indirectamente” (Soler 2014, 137).

En definitiva, se rescata de aquí una pregunta sobre el margen de maniobrabilidad y la posibilidad de reescritura, sobre el padecimiento del sujeto, que se tiene en un análisis.

3.5. Para concluir

Se rescata del recorrido por estos otros autores, una serie de cuestiones.

En primer lugar, algunas preguntas que giran en torno del inicio del psiquismo, como ser, ¿podría considerarse alguna instancia de psiquismo antes de nacer, o anterior a la etapa oral y autoerótica?

Ciertamente el psiquismo se constituye sobre una base que se viene gestando desde los comienzos de la vida del feto. Entonces, ¿qué consecuencias tendría la hipótesis de un psiquismo previo al nacer? ¿Aportaría otro elemento para entender la predisposición de ciertas patologías?

Freud plantea el nacimiento como operación clave que da inicio al psiquismo, en tanto separación que involucra una pérdida inicial y una irrupción de cantidad. Dolto redobra esta lógica ubicando que hay diferentes castraciones a lo largo de la constitución del psiquismo.

También está el abordaje sobre las incidencias maternas en la constitución del sujeto. En términos lógicos se podría cuestionar qué de ella opera como determinante en el sujeto ¿Es la estructura de la madre? ¿Su fantasma? ¿Es la función simbólica que ejerce? ¿Es el modo de encarnar la función?

En lo que sigue se destaca la lógica que tiene la propuesta lacaniana de pensar lo materno en términos de funciones primordiales, sin desconocer los diversos modos de encarnarse, y, por ejemplo, considerar el impacto que tiene el encuentro con la lengua del Otro, y los diversos modos que presentan los sujetos para incorporarla. Se nace en la lengua del Otro, luego están las diferentes marcas y traducciones de esa lengua que puede hacer cada cual, incluso sirviéndose de una lengua extranjera como intentos de apropiación, tal como enseña Mannoni.

Asimismo, se subraya el antecedente kleiniano de la expresión “posición”, rescatando de este término, mucho más que la temporalidad, la inclusión de la referencia al espacio en tanto lugar donde se encuentra la materia, los objetos, los cuerpos, y entre los cuales pueden definirse relaciones de adyacencia, cercanía, distancia.

Finalmente, siguiendo el legado freudiano, varios autores refuerzan la articulación de la predisposición de las patologías con fijaciones en diferentes etapas libidinales, que implican determinados modos de constitución de distintos objetos, y el

predominio de ciertos mecanismos de defensa. Esto abre una interrogación, que será abordada en el siguiente capítulo, en torno de si las diferentes posiciones de niño-objeto implican necesariamente alguna estructura en particular.

4. CUARTO CAPÍTULO: Del estrago al niño-objeto

4.1. Introducción

Una de las preguntas que motiva la escritura de esta tesis es considerar cuáles son las condiciones lógicas desde el Otro para que se propicie, en un sujeto, la permanencia en posición de objeto.

Lacan afirma en el *Seminario XI* que: “dependemos del campo del Otro, que está allí desde hace un buen rato antes de que viniésemos al mundo, y cuyas estructuras circulantes nos determinan como sujeto” (Lacan [1964-65] (2006), 254).

Sabemos que no son indiferentes las versiones del Otro que a cada cual le haya tocado en suerte, pero ¿cuán determinante es?

Por ejemplo, ¿es determinante la estructura psíquica de la madre para la estructuración del sujeto? Si así fuera, ¿por qué la misma pareja de padres puede tener hijos de diferentes estructuras subjetivas? ¿Son las circunstancias que rodean a los Otros primordiales que alojan al niño lo que determina al sujeto?

A continuación, se localizarán algunas características del significante Deseo materno, para arribar a una hipótesis sobre la particularidad de la temporalidad fantasmática del Otro del niño objeto.

IV.1. El Deseo materno



El ser viviente nace en un universo de palabras que lo preexiste, una lengua incomprensible de significantes sueltos y sin sentido lo recibe en el mundo. Aquí se

sitúa el impacto de la lengua, traumatismo que produce un efecto de agujero en los cuerpos.

Esta función primaria suele estar encarnada en alguien que opera como un Otro primordial, que Freud ubica como agente externo, y como condición de posibilidad para que el recién nacido sobreviva en los primeros tiempos, en los que predomina un estado de desamparo biológico, y psíquico.

Este Otro primordial puede poner en juego, o no, lo que Lacan denomina significativo del Deseo materno. No se trata del deseo de ser madre tal como vocifera Susanita, la niña del cómic, sino de un significativo cuya función es instalar una primera versión de lo simbólico que permite establecer una alternancia entre presencias y ausencias.

Barros sostiene en *La madre. Apuntes lacanianos* que: “Si un sujeto ha podido aferrarse a la vida, es porque alguien cumplió para él, mínimamente la función maternal” (Barros 2018, 34).

Desde ya que la función materna puede estar encarnada por un hombre, una mujer o un hombre trans, o un sujeto no binario. Interesa aquí sostener lo materno como una referencia primaria que aloja o no al recién llegado al mundo, siendo lo paterno una instancia secundaria de resignificación y cause de lo primero.

Lo “materno”, del Deseo materno, implica la presencia del Otro primordial, el Otro de la demanda, el Otro que recibe al mundo al sujeto, el impacto de la lengua, los decires y los modos en los que el sujeto será hablado, mirado, sostenido, cuidado o no.

En la presencia se manifiesta la modalidad de goce en la que el Otro primordial se encuentre anudado, que dejará una marca sobre el recién llegado.

Entonces lo “materno” apunta a la presencia, mientras que el “Deseo” involucra la ausencia de la madre. Esta lógica también se pone de manifiesto, en el primer tiempo de la constitución del fantasma, ante el encuentro con lo enigmático del deseo del Otro, que da cuenta del desvalimiento constitutivo.

Como ya se mencionó, de la ausencia se deduce un enigma opaco, inquietante y por eso “no es algo que pueda soportarse tal cual” (Lacan [1969] (2012), 118).

Y en algún punto esta ausencia, este deseo del Otro, podría relacionarse con lo femenino, pues la madre puede ausentarse por su desdoblamiento consigo misma

en tanto mujer. Barros afirma que: “En toda madre, hay, con mayor a menor prevalencia, una mujer que desea otra cosa que el hijo” (Barros 2018, 51).

En el *Seminario X*, Lacan sostiene que: “Hay un tipo de madre que llamamos madre fálica (...) alguien que les dice que cuanto más precioso es un objeto para ella, inexplicablemente tiene la atroz tentación de no retener a este objeto en una caída (...) y que el niño más amado es justamente ése al que un día dejó caer inexplicablemente” (Lacan [1962-3] (2006), 136).

Ciertamente, se deduce de aquí una dicotomía binaria que va del todo a la nada, en este sentido la madre fálica a la vez que ubica a su hijo como el objeto más valioso, lo deja caer, puesto que no hay lugar para que emerja como sujeto separado de sí misma.

En efecto, algunos casos de posición de niño objeto constatan cierta alteración de la función del Deseo materno, donde queda interrumpida la alternancia de este significativo ya que prevalece la faceta de una presencia sin discontinuidad, o bien una ausencia radical.

¿Cuáles podrían ser las coordenadas, del sujeto que encarna el Otro materno, que perturbarían la puesta en juego del Deseo materno?

IV.1.1. Defensa de lo femenino

Respecto de lo femenino y el objeto, Lacan en el *Seminario XX*, con las fórmulas de la sexuación, ubica el objeto a del lado femenino.

Esto puede leerse desde dos ángulos, uno es que ambos, tanto el objeto a, como lo femenino, se ubican más allá del significativo.

Y el otro, es que una mujer podría prestarse eventualmente como objeto causa de deseo de un hombre, y casualmente, eso le ofrecería, entre otras cosas, la posibilidad de tener hijos.

En esta línea, un hijo, también, podría ser objeto causa de deseo, introduciendo una división en el sujeto madre, no un tapón, que la articularía eventualmente a una lógica diferente a la del lado izquierdo de las fórmulas de la sexuación, y el niño no quedaría en el lugar del objeto del fantasma materno.

Ahora bien, tal como la neurosis, la maternidad puede funcionar como una defensa ante lo femenino que hay en la madre. En general, una gran parte de lo materno puede situarse más bien del lado izquierdo de las fórmulas, pues se encuentra directamente relacionado al significante, su simbolización, y la lógica fálica del tener.

En el *Seminario XX* Lacan sitúa el punto en el que una mujer encuentra un obturador a su feminidad con la maternidad afirmando que: "Para ese goce de ser no-toda, es decir, que la hace en alguna parte ausente de sí misma, ausente en tanto sujeto, la mujer encontrará el tapón de ese a que será su hijo" (Lacan [1972-1973] (2001), 41).

Miller, en su texto *El niño entre la mujer y la madre*, sostiene que el niño en posición de objeto de la madre viene a colmar, apareciendo en el lugar de un "tapón". Se plantea una ilusión en la que el niño completaría a la madre, sin lugar para que algo del orden de la castración opere como intervalo entre uno y otro: "el niño, o colma o divide. Las consecuencias clínicas de esta distinción son patentes (...) Ya hemos dicho que es esencial que la madre desee más allá del hijo. Si el objeto niño no divide, entonces, o bien cae como un resto de la pareja de los genitores o bien entra con la madre en una relación dual que lo soborna –para retomar el término de Lacan– al fantasma materno" (Miller 2005).

Entonces la maternidad puede redoblarse como defensa ante esa alteridad de una misma que conlleva lo femenino para una mujer.

IV.1.2. La castración en cuestión

En el capítulo dos se planteó una posible temporalidad para ubicar el advenimiento del objeto causa del deseo en articulación con la constitución del fantasma, puntualizando cuatro momentos diferentes:

- El momento del enigma. Momento de angustia y desamparo frente al encuentro del deseo en el Otro.
- La respuesta en torno a la propia desaparición.
- La respuesta por la vía del objeto, articulada con el recorte de un objeto pulsional entre el sujeto y el Otro, y relacionada con la angustia característica de la realización fantasmática.

- Y finalmente el objeto velado, intervenido por la castración simbólica, es decir, el objeto causa del deseo que hace funcionar al fantasma.

Podría localizarse un rasgo común en las circunstancias de la madre del niño-objeto, en torno de una resignificación del tercer tiempo de su fantasma, en el que se recorta un objeto para responder de otro modo al enigma del deseo del Otro, diferente a la propia desaparición. Tiempo en el que aún no interviene la castración introduciendo un velo, una separación.

¿Por qué se resignificaría este tiempo en el sujeto-madre? Podría considerarse la hipótesis de que el sujeto, que ahora se hace madre, después de atravesar el embarazo, el parto, recibir a su hijo en el mundo, vuelve a encontrar o a inventar una nueva respuesta a la indeterminación subjetiva en la “maternidad” de ese niño. Sin lugar a duda, es condición necesaria que la madre ponga al niño como objeto, por eso muchas veces Lacan sostiene que el hijo es el objeto a de la madre.

Ahora bien, cuando no se pone en juego un más allá de la maternidad y estas coordenadas se perpetúan, se constata una suspensión de la castración simbólica en la madre que no puede posicionarse a una distancia óptima del objeto: “El amor, el bien que quiere la madre para su hijo, el “(a)muro” alcanza con poner entre paréntesis el a, para reencontrar lo que palpamos a diario, es que aún entre la madre y el hijo, la relación que la madre tiene con la castración ¡eso tiene mucho que ver!” (Lacan [1971-2], 6-1-72).

Esta suspensión de la castración se traduciría como un rechazo tanto de su propia división como de la del hijo, con consecuencias a nivel de cierta consistencia de su lugar como Otro, y un predominio de lo real e imaginario en los modos de enlazarse, que se manifiesta en sufrimientos ligados sobre todo a la angustia y a la inhibición, tanto en ella como en su hijo. Como dijo Mannoni: “Lo que en la madre no ha podido ser resuelto en el nivel de la prueba de castración, será vivido en forma de eco por el niño, que en sus síntomas no hará más que hacer “hablar” a la angustia materna” (Mannoni 1964, 53).

En *Notas sobre el niño* Lacan ubica que: “El niño realiza la presencia de (...) objeto a en el fantasma. Satura, al sustituirse a este objeto, el modo de carencia en el que

se especifica el deseo (de la madre), *cualquiera que sea su estructura especial*⁴: neurótica, perversa o psicótica. Él aliena en sí todo acceso posible de la madre a su propia verdad” (Lacan [1969] (2012), 394). Es decir, hay algo que va más allá de la estructura de la madre, si bien no da mismo tener una madre neurótica, perversa o psicótica.

De aquí se desprende que hay un elemento clave en torno de la “coyuntura materna”, es decir, las circunstancias particulares en las que la madre recibe a un hijo, la posición inconsciente que puede tener en relación con ciertos objetos de goce, con el deseo, el falo y la falta en determinado momento de su vida, y ante cada hijo.

Por más “Susanita” que se haya sido, o curso de crianza que se haya hecho, cada hijo pone en juego un modo diferente de desplegar la maternidad. De este modo, cada madre puede ser diferente para cada hijo pues los inviste diversamente.

IV.2. Del estrago al niño-objeto

Marie Helene Brousse, psicoanalista francesa de la AMP, en *Saber hacer femenino con la relación. Las tres R: astucia, estrago y arrebató*, plantea dos modos de abordar al estrago, en tanto que puede ser un problema o una solución al no hay relación sexual (Brousse 2016).

A propósito del estrago y acercándose a la concepción del niño-objeto, Brousse remarca que “la elección del estrago ataca el valor fálico que el objeto tiene para el sujeto, y funciona disociando los objetos a de su valor fálico. Es entonces una mortificación del falo, en la cual el imperativo superyoico de goce acaba con el deseo y su causa” (Brousse 2016).

Dos cuestiones para subrayar: en primer lugar, el estatuto del falo mortificado en su dimensión simbólica, puesto que en algunas presentaciones de niño-objeto aparece el falo imaginario de modo predominante, como se desarrollará en el siguiente capítulo.

⁴ El resaltado es nuestro.

En segundo lugar y como consecuencia de esta mortificación del falo, se escucha frecuentemente en estos casos un “imperativo superyoico” que ubica el malestar del lado del goce y por esa razón el objeto queda disociado del falo simbólico y de su dimensión de causa del deseo.

Lacan plantea la posibilidad de que existan “neurosis sin Edipo”, y esto trae como consecuencia una clínica directamente articulada al “superyó materno” (Lacan [1957-8] (2001), 166). Salman, sostiene que “a veces no es el drama edípico sino la relación exclusiva del niño con la madre lo que se encuentra en el corazón de la experiencia. En ese horizonte clínico, la noción de neurosis sin Edipo sería correlativa al conjunto de cuestiones planteadas acerca del superyó materno (...) más exigente, opresivo, devastador e insistente que el superyó paterno” (Salman 2021).

Ahora bien, por lo planteado en el punto anterior, el falo simbólico no está mortificado solamente para el hijo, sino también para la madre, en esta dirección en *Una dificultad en el análisis de mujeres: el estrago de la relación a la madre*, Brousse establece que en el estrago: “La madre queda como el Otro no tocado por el intercambio fálico y la ley simbólica, ella permanece como el objeto único del hijo” (Brousse 2003).

Esto ubica el estrago en articulación con la ausencia de la operación del significante del Nombre del padre: “El estrago se sitúa en el campo de la relación entre el sujeto y la madre, incluyendo al Otro del lenguaje y la relación de la palabra. Este campo nombrado por Lacan “deseo de la madre”, a entender según las dos modalidades del genitivo francés, comporta una zona oscura, no saturada por el Nombre del Padre, y como tal sin límite definido” (Brousse 2003).

Este planteo abre un interrogante psicopatológico, pues si el estrago se expande en una zona “entre el sujeto y la madre” en la que no opera el Nombre del Padre, estos casos pueden traer consigo una dificultad para establecer diagnósticos claros.

Pues no es lo mismo que esté suspendida la intervención paterna y un tratamiento podría habilitar un corte, como relanzamiento de un segundo tiempo de separación del sujeto y el Otro, a que sea una cuestión de estructura del hijo, de la madre, o de ambos. Se apuesta a que un análisis, cuando sea posible, despeje el camino, según sea el caso.

Podría preguntarse por qué esta tesis investiga la posición del niño-objeto y no del estrago. Dos cuestiones para responder a este punto.

Primero, cuando se habla de estrago generalmente se suelen considerar casos de madres e hijas, incluso esto es afirmado por Lacan en el *Atolondradicho*⁵, y también Miller en el texto *Una distribución sexual*, plantea un dualismo con el que articula lo masculino a la perversión y lo femenino al estrago. Pero acaso ¿no hay hombres estragados por sus madres?

En segundo lugar, uno podría preguntarse cuál es el sujeto que tiene predominancia en el estrago.

La diferencia entre la voz activa y la pasiva del análisis sintáctico reside en que, en la voz activa el sujeto realiza la acción, en cambio, en la pasiva el sujeto la padece. En el enunciado “estrago materno” el acento está puesto en la madre, es decir la acción de estragar la realiza la madre, es el avance de la madre sobre el hijo, dejando arrasado al niño-objeto estragado.

Por lo cual podría sostenerse que el sujeto y el fantasma que predominan en el estrago son los maternos.

De aquí se decanta el interrogante sobre el lugar del otro sujeto “en cuestión”, es decir de quien queda atorado allí como objeto del estrago.

Si, como ha dicho Jean Paul Sartre, “somos lo que hacemos con lo que hicieron de nosotros”, abordar esta problemática en el próximo capítulo desde la concepción de la “posición de niño-objeto” apunta a interrogar a ese sujeto suspendido, pendiente, su despliegue fantasmático, su responsabilidad si la hubiera, su margen de movimiento, cualquiera sea el sexo, y la edad, del sujeto en cuestión.

⁵ Cuando dice que “por ser la castración en ella inicial (Freud dixit), contrasta dolorosamente con el hecho del estrago que, en la mujer, en la mayoría, es la relación con la madre, de la cual parece esperar como mujer más sustancia que de su padre –lo que no va con su ser segundo en ese estrago” (Lacan [1972] (2012), 489).

IV.3. Conclusiones

En este capítulo se apunta a interrogar el estatuto que tiene el Otro materno del niño-objeto, cuándo y por qué no se propicia, desde allí, un movimiento de esta posición.

En esta línea, se propone considerar un rechazo o suspensión de la castración simbólica en el Otro primordial del niño-objeto, que puede ser estructural, pero también podría ser defensivo o contingente, es decir, responder a alguna circunstancia coyuntural, que deja a la madre detenida en una resignificación del tercer tiempo de su fantasma, del que se deduce una dificultad para activar un intervalo entre ella y su hijo.

Del lado de la madre, alcanza con que ella no ponga en juego algo del orden de su castración, para favorecer el detenimiento del niño en el lugar de objeto pulsional privilegiado de su fantasma.

Coyuntura que, cuando queda expuesta, es fuente de angustia, en el niño y en su madre, angustia característica de cuando falta la falta, se presentifica el objeto, es decir angustia de la realización fantasmática: “El niño realiza la presencia de (...) objeto a en el fantasma” (Lacan [1969] (2012), 394).

Se propone como hipótesis que en la posición de niño-objeto se encuentran alterados tanto el Deseo materno, pues se manifiesta desarticulado en la alternancia presencia-ausencia propia de su función, así como la operatividad del padre real.

Para terminar, Freud enseña que lo sexual es la fuerza que impulsa el devenir del psiquismo, carente de un objeto adecuado, por el objeto perdido que la funda.

En la traducción al castellano de la clase del 3 de junio de 1970 del *Seminario XVII*, se hace decir a Lacan que “he enunciado que lo imposible es lo real (...) está suficientemente demostrado por el hecho de gobernar, criar, educar, analizar también” (Lacan 1969-70).

Lo haya dicho Lacan o quien lo tradujo, aparece el verbo criar envuelto en lo imposible, y en este punto no resulta descabellado concebir que la crianza de un hijo se inventa sobre esta base, entonces se hace lo que se puede, no es novedad, lo que no justifica ningún tipo de aberración en este sentido.

Lacan, además, plantea el axioma del “no hay relación sexual” entre los seres hablantes, por ende, tampoco hay complementariedad entre una madre y su hijo. Pero hay modos en los que la lengua, encarnada en los Otros primordiales, impacta en los cuerpos de los seres hablantes, con lo que también cada uno tendrá que inventar su arreglo singular.

Ciertamente, no todo proviene del campo de la determinación, ni de la coyuntura de la subjetividad materna, por eso se propone considerar en el capítulo siguiente las particularidades del sujeto en suspenso que se presta a la posición de objeto del fantasma materno.

5. QUINTO CAPÍTULO: Posición de niño-objeto

5.1. Introducción

El objetivo de este capítulo es precisar las diferentes variaciones que ofrece la posición de niño-objeto.

Para comenzar, se hace una breve puntuación sobre los términos que componen el título de este capítulo.

Para continuar, se proponen tres tipos de posición de niño-objeto y se puntualizan algunas de sus coordenadas.

Y para finalizar, se interroga un horizonte posible de maniobrabilidad en los tratamientos de estos casos.

5.2. Posición

La palabra “posición” viene del latín, y alude a la manera de estar colocada una cosa o persona.

Según la RAE es una postura, actitud o modo en que alguien o algo está localizado. Según el diccionario de Oxford significa un modo de estar ubicado en el espacio o de tener dispuesto el cuerpo.

Klein utiliza este término para mencionar diferentes fases de la constitución subjetiva, se articula con una temporalidad, y alude a una dinámica que se alcanza, de la que se puede salir, y a la que se podría volver.

Utilizando estas dos orientaciones, a saber, la que se extrae de la definición semántica, que alude a lo espacial (en torno de los verbos colocar, ubicar, localizar, disponer y de los sustantivos cuerpo, postura, actitud), y la perspectiva de Klein que apunta más bien a una dinámica relacionada con una temporalidad, aquí se propone entender la posición de niño-objeto como una articulación entre el espacio que se constituye con los objetos, los cuerpos, los otros y las operaciones de algunos tiempos lógicos.

Resultando de la posición y sus variaciones modos particulares de funcionamiento, de estar en el mundo, de ocupar lugares, de situar el cuerpo en relación con los objetos y los otros.

5.3. Niño

Etimológicamente, la palabra niño tiene una historia peculiar pues resulta difícil encontrar si su origen es medieval, latín, griego, romano o catalán, entonces se supone que proviene de una onomatopeya infantil propia de los balbuceos de los primeros tiempos, que posiblemente se circunscriben a la palabra latina “ninnus” (Diccionario Quillet 1990, 189).

Circunscribir el concepto de niño también resulta complejo, porque su abordaje depende del contexto, la época, la cultura, incluso la disciplina desde donde se lo enfoque.

Por ejemplo, respecto de las épocas, en el tiempo del Imperio romano se consideraba menor de edad a una persona hasta los siete años. Actualmente, en cambio, se considera menor a toda persona con menos de 18 años.

En términos legales, niño implica una carencia de autonomía suficiente para realizar algunas acciones, como por ejemplo casarse, votar, o asumir la responsabilidad penal ante ciertas acciones delictivas.

Desde la psicología del desarrollo, “niño” alude a los primeros años de la vida. Aquí la vertiente cronológica tiene un correlato indiscutible en torno de la coordinación, motricidad, maduración física y psíquica. El niño se caracteriza por una inmadurez, que puede homologarse a la de una fruta que aún no se desprendió del árbol, pues a diferencia de otras especies de seres vivos, el niño en los inicios de su vida depende del otro para sobrevivir.

Desde el psicoanálisis, Freud localiza la infancia en los comienzos de la vida hasta el momento de la pubertad, siendo la sexualidad “infantil” un elemento fundamental que trasciende los tiempos del sujeto por las marcas de las fijaciones que se escribirán y resignificarán generando diferentes predisposiciones sintomatológicas, entre otras cuestiones.

La infancia para Freud transcurre durante el autoerotismo, y el narcisismo, antes de la resolución del Edipo que habilita la elección de objeto exogámica, y antes, también, de la puesta en marcha del mecanismo de defensa que gira en torno de la represión secundaria.

Por su parte Lacan, siguiendo esta lógica sostiene que el niño tiene que aprender a hacer su nudo (Lacan [1973-74], 11-12-73), y quién no. Puesto que: “En el niño, algo no ha sido aún acabado, precipitado por la estructura, no ha sido aún distinguido en la estructura” (Lacan [1958-1959] (2014), 94), es decir que todavía no se han ejecutado las operaciones necesarias para diferenciar el enunciado de la enunciación, por ejemplo.

En esta línea, Miller señala que: “Hay (...) un momento muy importante (...) que es el momento de la represión. (...) el sujeto piensa que el Otro sabe todos sus pensamientos –en tanto que sus pensamientos están en el lugar del Otro–, y el momento en el que descubre que el Otro no sabe, y es a través de esto que la represión entra en el inconsciente” (Miller 2013, 8). Entonces para que opere este no saber, para que haya deseo e inconsciente, para que emerja un sujeto en el niño, es necesario que empiecen a funcionar ciertas operaciones simbólicas de corte entre el niño y el Otro.

Por otro lado, en lo que hace a la concepción de la clínica con niños, Lacan desestima lo cronológico. Entonces desde esta ética, se apuesta al sujeto que puede advenir en el niño, y su invento con lo real.

No caben dudas de que un niño es un sujeto, y es lo que orienta cada tratamiento psicoanalítico que se emprende con ellos, pero en esta tesis el énfasis de “niño” está puesto sobre todo en el nivel de sujeción al Otro.

El desamparo biológico y psíquico con el que nace un bebé, la alienación al lenguaje, la función de sostén del Otro en el estadio del espejo, dan cuenta que los niños tienen la característica de necesitar de un modo más taxativo del Otro, en principio para sobrevivir y constituirse.

Por eso la posición de niño-objeto, más allá de la edad del sujeto, delata una fijeza en una dependencia predominante, un impedimento o suspensión de ciertas operaciones de separación, ubicándose el sujeto como objeto del Otro.

De todos modos, una salvedad, se considera que no es lo mismo situarse en este lugar en los primeros años de la vida que de adulto, puesto que es necesario que un niño pase por la articulación al objeto que se es para el Otro para constituirse subjetivamente.

En este sentido, en los primeros años, esta posición resulta un pasaje necesario hacia el despliegue del propio circuito pulsional. Entonces, cuando alguna dificultad en torno a esto se manifiesta en la infancia, y se transforma en motivo de consulta, la intervención analítica con un niño puede dar paso a otra escritura en los tiempos constitutivos, poniendo en marcha alguna operación suspendida o inactiva.

En esta dirección, Miller afirma que “interpretar al niño es extraer al sujeto” (Miller 2013, 7), y, además subraya que: “El analista es un instrumento, ciertamente, pero cuando se trata de niños, es también allí que se retrocede. Esto es lo que hace la diferencia del análisis con el niño (...) El analista es menos instrumento, está obligado a tomar (...) más iniciativas que con el adulto” (Miller 2013, 2).

Entonces, si el sujeto que viene a consulta es un niño cronológico, aparte de tomar ciertas iniciativas en el análisis con el sujeto, a veces, también se puede intervenir sobre los padres de esos niños, para sacudir la angustia característica del Otro materno, que funciona como argumento para fijarse, preocuparse, y retroalimentar el lugar del niño como objeto real que angustia, o bien conmover algo de lo que podría estar suspendido contingentemente en relación con un corte, pero, desde ya, no siempre es posible.

Por su parte, Alejandro Daumas plantea que, ante el goce, el niño tiene que inventar un saber, y la intervención analítica colabora para que construya un “antidestino” que le permita relativizar el goce del Otro con la finalidad de hacer lugar a su saber y a su propio síntoma (Daumas 2019). Lo cual aplica para adultos también.

En síntesis, interesa remarcar que en esta tesis se utiliza la referencia “niño” de un modo particular, pues no necesariamente se reduce a los sujetos que transitan sus primeros años de vida, sino que abarca también adolescentes, adultos y ancianos que se sostienen en posición de niño-objeto.

5.4. Objeto

Gracias al recorrido desde la perspectiva freudiana y lacaniana por la constitución subjetiva a la luz de los objetos, se deduce que pueden ser diversas las posiciones de niño-objeto.

Un niño atraviesa la posición de objeto de diferente forma para sus Otros primordiales, mientras otros objetos se van delimitando y poniendo en juego en su estructura. Entonces, como ya se dijo, la posición de objeto materno, en términos generales, es necesaria en tanto constituyente del psiquismo.

Freud plantea que, en el despliegue de la subjetividad, se tendería a abandonar ciertos objetos, o al menos transformarlos de algún modo. Pero se constata en la práctica que no siempre se renuncia a algunos objetos, menos cuando se transforman en un lugar en el mundo.

Por su parte, de forma reiterada, Lacan ubica al niño como objeto a, pero son varias las inclinaciones que puede tener este objeto a, tal como fue desarrollado en el capítulo dos.

Eric Laurent destaca la importancia de identificar en un tratamiento, qué objeto ha sido un niño para la madre, dice que “tenemos que discernir (...) la particularidad del niño, no en su relación con el ideal materno, sino en la manera que ha sido para la madre, objeto” (Laurent 1994, 27).

Ciertamente, esta posición de objeto tiene variaciones en función de si el sujeto-niño está arrasado, encarna un desecho, está suspendido o encausado. No es lo mismo que un niño sea objeto de goce del Otro, objeto resto, falo imaginario, que objeto causa del deseo.

Para que se constituya el objeto causa, cuarta versión del objeto a, son necesarias operaciones, directamente relacionadas con la operatoria diacrónica del Nombre del padre, que implican cortes, separaciones, cesiones, pérdidas de goce y velos, para que el objeto trabaje como causa.

Quien ocupa el lugar de objeto causa para un Otro, se ha confrontado con un Otro dividido que le ofrece al niño un margen de movimiento para no quedar fijado en el fantasma materno, haciendo lugar para el sujeto del deseo y la constitución del fantasma. En la división se aloja una diferencia, lo ajeno que encarna un hijo, y un amor atravesado por la castración, más allá del objeto propio y del amor narcisista.

Se propone considerar que cuando un niño se encuentra articulado al objeto causa, y surge en él un padecimiento, éste suele estar modulado como síntoma de la pareja de sus padres, es decir, su sufrimiento dice algo sobre la estructura parental. También un niño como síntoma de la pareja, tendería a manifestar una estructura neurótica, en tanto que el síntoma del niño delata el invento fallido que han podido hacer sus padres entre ellos, ante la ausencia de complementariedad sexual.

Lacan, en *Nota sobre el niño*, plantea que "la función de residuo que sostiene (...) la familia conyugal en la evolución de la sociedad resalta lo irreductible de una transmisión [...] que implica la relación a un deseo que no sea anónimo" (Lacan [1969] (2012), 393).

En el *Seminario XXI* Lacan ubica que una de las funciones del Nombre del padre es la de "**decir no**", el francés permite homologar "no" (non) con "nombre" (nom). Este juego de palabras grafica que en este decir "no" el padre nombra al hijo vehiculizando la castración simbólica, y el deseo: el deseo como operador, y el deseo fecundo, dicho a medias, que causa al padre en tanto hombre hacia una mujer que aborda como objeto, y la hace madre de sus hijos, "vector de una encarnación de la Ley en el deseo" (Lacan [1969] (2012), 393).

Como fue señalado en el segundo capítulo, el deseo para el psicoanálisis involucra la transmisión de una falta, en el sentido de una articulación a la castración simbólica, a un "decir no", que nombra. Entonces si hay un deseo que no es anónimo, es producto de la operatoria paterna. Incluso, desde esta lógica podría preguntarse: ¿sería deseo un "deseo anónimo"?

En este sentido, en relación con la nominación propia de la función paterna, anteriormente, en *Nota sobre el niño* Lacan resalta que "Las funciones del padre y de la madre se juegan según una tal necesidad. La de la madre: en tanto sus cuidados están signados por un interés particularizado, así sea por la vía de sus propias carencias. La del padre: en tanto que su nombre es el vector de una encarnación de la Ley en el deseo" (Lacan [1969] (2012), 393).

Este interés particularizado materno puede leerse en términos de que haga lugar "por la vía de sus propias carencias" para que se escriba un "no" que nombre, y vectorice con la marca de la castración, operación paterna mediante, la subjetividad de ese niño en particular. En esta transmisión al hijo, la madre se presta como

traductora pues “es reducida a traducir ese nombre por un no; justamente, el no que dice el padre” (Lacan 19-20-74, [1973-74]).

Pero lo que la práctica nos enseña es que no siempre la madre y el padre intervienen poniendo en marcha estas funciones, y aun así se constituyen diversos modos de subjetividad.

En lo que sigue, interesa articular los desarrollos de Lacan sobre la temática del niño-objeto, con otros psicoanalistas contemporáneos.

5.4.1. Objeto del fantasma materno

Se propone considerar una distinción entre la posición de objeto causa del deseo con la de niño-objeto, pues no es lo mismo que un sujeto llegue articulado a un síntoma que a un fantasma.

En esta última modalidad se encuentra, en el sujeto, una preponderancia de un rasgo de pasividad subjetiva, que implica una relación más directa con la demanda y con el goce que con el deseo, la predominancia de una dinámica sin mediación entre el niño y la madre, un detenimiento en su despliegue fantasmático y subjetivo, que delata una suspensión o ausencia de algunas operaciones vinculadas a la castración simbólica.

Por otro lado, estos casos manifiestan un sufrimiento articulado más a la angustia y a la inhibición que al síntoma, por eso nos ofrecen un desafío como analistas, puesto que aquellos sujetos que llegan del lado del objeto del fantasma materno son más impermeables a la intervención analítica, pero a la vez son los que se están haciendo más frecuentes en estos tiempos: “La articulación se reduce mucho cuando el síntoma que llega a predominar depende de la subjetividad de la madre. En este caso, el niño está involucrado directamente como correlativo de un fantasma (...) El niño realiza la presencia de (...) objeto a en el fantasma” (Lacan [1969] (2012), 393-4).

Ahora bien, ¿cuáles son las modalidades en las que un sujeto puede presentarse como objeto materno?

Se proponen tres decantaciones de esta posición:

- El objeto de goce del Otro.
- El desecho.
- Y el falo imaginario.

Se desarrollan a continuación.

5.4.1.A. Objeto de goce del Otro

Las psicosis se presentan como paradigma de la posición de objeto de goce del Otro.

Si bien se demostrará que la posición de niño-objeto no es exclusiva de la psicosis, se considera que ella grafica determinadas referencias fundamentales.

Cuando no interviene el padre simbólico como función, también en el *Seminario XXI*, Lacan señala que “la madre generalmente basta por sí sola para designar su proyecto, para efectuar su trazado, para indicar su camino” (Lacan 19-20-74, 1973-4). Se trata de otro modo de nominar regido por una coagulación del sujeto en la demanda materna, pues es “nombrado para” algo fijo.

Allí prevalece cierta rigidez en el lazo, o en la elección, hecho en función de “un orden de hierro” porque basta con uno, el Otro materno, para designar el horizonte sin lugar para un tercero que pueda introducir alguna equivocación.

Es posible localizar, aquí, las psicosis no desencadenadas y algunos síntomas contemporáneos con función de anudamiento, puesto que los sujetos encuentran un lugar estableciendo lazos identificatorios, que les dan pertenencia a grupos que los congregan con una nominación rígida social, “anónima, desubjetivada” (Soria 2016, 39).

Sin lugar a duda, esta posición de objeto de goce es característica de la estructura psicótica, aunque no exclusiva de ella, en tanto aparece como un modo de nominación en ausencia del Nombre del padre ya sea porque esté forcluido, debido a su inexistencia (Soria 2020), o porque se haya suspendido su funcionamiento.

Respecto de las psicosis específicamente, Lacan, en el *Seminario IX*, plantea que “el psicótico (...) es para su madre el objeto de su propio metabolismo; la

participación paterna es por ella negada, inaceptable: él es, desde ese momento y durante todo el embarazo, el objeto parcial que viene a colmar una falta - fantasmática a nivel de su cuerpo” (Lacan [1961-62], 2-5-62).

Si el niño psicótico colma la falta materna, no queda lugar para que se ponga en juego la castración del Otro materno: “Y desde su nacimiento, el rol que le será por ella asignado será el de ser testigo de la negación de su castración. El niño, contrariamente a lo que a menudo se dice, no es el falo de la madre, es el testigo de que el seno es el falo (...) Y para que el seno sea el falo y un falo omnipotente, es necesario que la respuesta que él aporta sea total y perfecta. La demanda del niño no podrá ser reconocida por ninguna otra cosa que no sea demanda de alimento, la dimensión deseo a nivel del sujeto debe ser negada; y lo que caracteriza a la madre del psicótico es la interdicción total hecha al niño, de ser sujeto de algún deseo” (Lacan [1961-62], 2-5-62).

Entonces, si el padre no opera, el sujeto puede quedar coagulado al designio de un orden de hierro, expuesto a la captura del fantasma materno, como objeto condensador de su goce.

En este sentido Eric Laurent sostiene que “Los casos más desfavorables son cuando el niño (...) se presenta como el objeto del fantasma de la madre (...) Estos son los casos de psicosis” (Laurent 1987). O bien, Leserre sostiene que algunas psicosis se ubican como respuesta a “la posición de objeto que no entra en el juego de la significación fálica” (Leserre 2015,13).

Si bien es cierto que es propio de la estructura del objeto a ser un condensador de goce, aquí queda explicitado.

Nieves Soria, en su artículo *Yo, cuerpo y realidad en las neurosis y psicosis*, sitúa en el tiempo de la alienación el inicio de la demanda, que habilita una primera versión del Ideal del yo, proveniente de la madre sin legitimación, inaugurando un primer armado del yo, cuerpo y realidad, en tanto el sujeto se aloja en el Otro materno.

También, como ya se mencionó, se localiza a esta altura un primer narcisismo coherente con el momento del juicio de atribución freudiano, en el que lo placentero se homologa al yo, lo displacentero al no-yo, situando una primera instancia

diferencial del interior con el exterior, en la que “la relación sujeto-objeto es pura exterioridad” (Soria 2016, 36).

Al ser exterior el objeto se vuelve más “amenazador, manteniéndose el cuerpo como unidad a costa de una lucha cuerpo a cuerpo con el objeto” (Soria 2016, 36), por eso se incrementa su presencia real generando una dificultad en la regulación de su exceso.

Ahora bien, ante el encuentro con el agujero forclusivo, se incrementa la predominancia del objeto y la fusión del sujeto con él.

Es decir, se produce un avasallamiento subjetivo que se constata como una “muerte del sujeto” (Lacan [1955-6] (2000), 363), desde donde surge el derrumbe del mundo, el “crepúsculo de la realidad”.

En los casos de psicosis desencadenadas se grafica de modo manifiesto la posición de objeto de goce del Otro. Allí, el objeto se presentifica en su “bolsillo” (Lacan [1967]). El objeto se presenta “positivizado”, rompe los límites rígidos que el sujeto había construido entre el exterior y el interior.

Con la psicosis clínica, ruidosa, y sus fenómenos elementales, el Otro toma la iniciativa sobre el sujeto (Lacan [1955-6] (2000), 274-5), avanza sobre él de un modo particular en cada caso, ejerciendo todo tipo de influencia, manipulaciones y desarticulaciones corporales.

El objeto se presenta en más, disruptivo, invasivo, el sujeto es arrasado por el objeto que condensa el goce de un Otro que avanza sobre él, el Otro puede escuchar sus pensamientos, puede invadir su cuerpo, puede hablarle, mirarlo, aparecer sin mediación, manifestándose, de diferentes modos, en una desregulación del propio goce, imposible de ser reconocido como tal.

De este modo, a la luz del objeto, resulta poco conveniente considerar a las psicosis desde el déficit, porque en sus manifestaciones se evidencia un “más” que alude a la positivización del objeto, por la cual el sujeto queda arrasado, sobre todo en las psicosis desencadenadas, a expensas de un goce que se presenta en exceso, ya sea a nivel corporal, o como enseña la paranoia del “goce en ese lugar del Otro como tal” (Lacan [1966] (2007), 30) que avanza sobre el sujeto.

Por esto, Lacan destaca que el sujeto que se pone en juego en las psicosis es un “sujeto de goce” (Lacan [1966] (2007), 30) en tanto sujetado al goce del Otro (a

Para concluir, podría preguntarse ¿es Schreber objeto del fantasma materno?

La madre brilla por su ausencia en las Memorias, no así lo materno en el segundo delirio en donde Schreber puede aceptar su transformación en mujer, con la metáfora delirante de ser mujer de Dios que dará nacimiento a la nueva raza de hombres.

También lo materno se presenta, por un lado, atravesado por la frustración de haber perdido seis embarazos con su esposa (Bornemann 1985) y por otro, luego del alta de su segunda enfermedad, junto a su mujer adoptan a una joven de 12 años, que ha remarcado con énfasis la actitud maternal que tenía Schreber con ella (Bornemann 1985).

No hay lugar a dudas que Daniel Paul fue recibido en el lugar de objeto de goce del Otro, y respondió con su psicosis a ese lugar.

Ciertamente, se propone considerar aquí la siguiente hipótesis: quien encarna en este caso la figura del Otro primordial es su padre, sin equivocidad, marcado por una presencia real que se manifiesta en su estilo de crianza sádico, rígido y cruel (Niederland 1960, 201); y que, de alguna manera, también brilla por su ausencia, pero en el registro de su inscripción simbólica. Lo primario queda del lado del padre de un modo real, y luego retornando en diferentes fenómenos elementales que presenta el caso.

5.4.1.B. Objeto desecho

Dentro de la posición de niño-objeto también es posible ubicar, como otra variante, al objeto-desecho.

Se propuso, en el capítulo dos, que la identificación del sujeto al objeto resto concierne no solo a la melancolía, sino también a presentaciones masoquistas, sádicas, tanto como algunos casos de actings, síntomas contemporáneos, y neurosis melancolizadas.

Freud en los inicios de la constitución del psiquismo sitúa al agente externo como condición de posibilidad para que el recién nacido sobreviva en los primeros tiempos, en los que predomina un estado de desamparo biológico y psíquico.

Marcelo Barros plantea en *La madre. Apuntes lacanianos* que "el haber sido un objeto expulsado del cuerpo del otro, un objeto caído, es lo que constituye el núcleo melancólico que existe en todo sujeto como posibilidad de su existencia. El derrotero tanático de cada quien está hecho de caídas y recaídas (...) Esto no implica que (...) deba tener siempre una traducción melancólica (...) hay una estrecha relación entre el caer y las necesarias separaciones que acompañan la construcción de una vida" (Barros 2018, 27).

Es decir, en la constitución subjetiva habría una especie de núcleo melancólico estructural en los seres hablantes, lo que podría articularse con el planteo freudiano sobre el desvalimiento inicial de los seres humanos, con la mortificación que introduce el lenguaje, con el dolor de existir, con el segundo tiempo de la constitución del fantasma, es decir, ante el encuentro con la opacidad del deseo del Otro, encuentro angustiante con el significante del Otro tachado y la respuesta que gira entorno de que lo que el Otro desea es la desaparición del sujeto, haciéndolo emerger.

En este sentido, para la posición de niño-objeto que viene del lado del desecho, se propone considerar un detenimiento en el segundo tiempo de constitución del fantasma, en el que ante la pregunta por el deseo del Otro se responde que lo que el Otro desea es la falta, del sujeto, que podría traducirse en una identificación al objeto-resto.

Si bien esta posición no se reduce solamente a la melancolía como tipo clínico, ella presenta algunas coordenadas que permiten precisar algunas cuestiones de esta posición.

En algo coinciden distintos psicoanalistas abordados en el capítulo tres, como ser Abraham, Winnicott, Pichón Rivière, Anzieu, Bleichmar, Green, Manonni, Levin, entre otros, y es que, en ciertas perturbaciones graves se constata una alteración significativa en la función, del Otro primordial, de libidinizar al sujeto, que deja una marca que resalta la lógica del desamparo.

Soler, propone que en la melancolía se trata de una "castración forcluida" (Soler 1989, 36), siendo evidente en estos casos, más que la forclusión del Nombre del padre, la forclusión del falo (Soria 2017, 22).

Es decir, varios psicoanalistas señalan la hipótesis explicativa de que la melancolía podría deducirse de una carencia radical a nivel del Deseo materno. Entonces si no opera el Deseo materno, el Nombre del Padre, si lo hubiera, no tendría qué metaforizar (Soria 2017, 100). Esto impide de entrada, una dificultad para la puesta en juego de la metáfora paterna por lo cual el sujeto no tendría acceso a la significación fálica.

Debido a una ausencia de un deseo del Otro primordial que concierna al sujeto, ausencia de mirada desde ese Otro que lo sostiene delante del espejo en los momentos primarios de su constitución, el sujeto, entonces, no es falicizado, prevaleciendo de este modo, en la imagen especular, el objeto sin velo en tanto desprendimiento del cuerpo, como desecho, resto.

En el *Seminario X* Lacan sostiene que, allí “es el objeto el que triunfa (...) como ese objeto a está habitualmente oculto detrás del i(a) del narcisismo, (...) esto es lo que el melancólico necesita que pase, por así decir a través de su propia imagen, y atacándola primero para poder alcanzar en ese objeto a, que lo trasciende” (Lacan [1962-3] (2006), 388). Objeto sin velo que se manifestaría en un padecimiento que delata una lógica de goce superyoica predominante.

En síntesis, se considera que la posición de objeto resto reproduce la lógica del objeto del fantasma materno, con la salvedad de que, en vez de encarnar un objeto privilegiado del fantasma materno, el sujeto aparece como un objeto caído del deseo del Otro.

Una viñeta literaria

La escritora francesa, Delphine de Vigan, relata en el libro *Días sin hambre*, la historia de Laure, una “niña” de 19 años, que presenta una anorexia con la que, midiendo un metro setenta y cinco, llega a pesar treinta y seis kilos.

Laure es la hija mayor de una madre que “decía (...) Cuesta tanto vivir. Esas mismas palabras les acuden a los labios, unas palabras que la inscriben en esa estirpe de heridas intactas” (Vigan 2013, 127). Laure es hija de una madre, diagnosticada como “bipolar”, que empieza a tener internaciones desde sus 13

años, y un padre descrito como un hombre impotente, violento, egoísta y alcohólico.

Su anorexia se desencadena luego de la pérdida de un amor a los 17 años, es que “quería la amaran hasta la muerte, quería llenar aquella llaga de la infancia, aquel hueco nunca colmado. Consciente de que la transformaba en una presa ofrecida al mundo, abandonó el deseo de vivir en un cuerpo desecado, constriñó ese delirante afán de vivir, esa búsqueda absurda, voraz, dejó de comer para controlar en sí misma ese exceso de alma, vació su cuerpo del ansia indecente que la devoraba, que había que acallar” (Vigan 2013, 132-3).

Este relato habla sobre un sufrimiento que apunta a vaciar un cuerpo caído. Ese vaciamiento se erige como un grito, una “armadura de hielo” (Vigan 2013, 110) que se pretende inaccesible frente al dolor.

De este modo, surge la anorexia como una forma de responder con su cuerpo a una pérdida que deja en evidencia un “exceso del alma” que ahora tiene que silenciar, aspirando fallidamente a un estado de no dependencia, que incluye la comida.

Su respuesta a una pérdida, la confronta al lugar que tiene para sus Otros primordiales: “No tenía espacio ya alguno para existir, en la mirada de sus padres” (Vigan 2013, 92), o bien: “sabe también que eso no cambiará nada (...) que se dejará la piel sin que ellos se den por enterados” (Vigan 2013, 2).

Señala que con su padecimiento no pretendía morir, sino que no hacía más que redoblar aquella posición ofrecida por el Otro, pues: “No quería morir, sólo desaparecer. Esfumarse. Disolverse (...) vaciando su cuerpo” (Vigan 2013, 53).

De repente, un día va caminando por la calle, sin fuerzas, se cae, y aparece un médico que la levanta convocándola a internarse en el hospital donde trabaja. Él la levanta y le ofrece otro lugar posible, literal y metafóricamente, le propone internarse para tratar la anorexia.

La primera intervención que hace el médico en la calle, es decir: “No necesita morir para renacer” (Vigan 2013, 38). Lacan afirma que se constata en un análisis “la importancia que tuvo para el sujeto (...) la manera en que fue deseado. Hay gente que vive bajo el efecto, que durará largo tiempo en sus vidas, bajo el efecto del hecho de que uno de los padres (...) no lo deseó (...) Incluso un niño no deseado, en nombre de un no sé qué que surge de sus primeros bullicios, puede ser mejor

acogido más tarde. Esto no impide que algo conserve la marca del hecho de que el deseo no existía antes de cierta fecha” (Lacan [1975a] (2007), 124).

Ella accede a internarse y destaca que, en el tratamiento, él: “Le habla de igual a igual como a una cómplice de muy antiguo, expone su estrategia, su plan de batalla, se confabulan en cierto modo, ella no tiene más que dejarse llevar, para plantar cara con él, asfixiar al monstruo que anida en ella y la devora” (Vigan 2013, 39).

El médico introduce la narrativa de historias inventadas. Parte del trabajo gira en torno de “darles vuelta en la boca a aquellos pedacitos de infancia como guijarros terrosos que se negaba a escupir. No quería crecer, ¿acaso se puede crecer con tamañas heridas adentro de una? Quería colmar con el vacío aquella carencia que habían abierto en ella, hacerles pagar ese asco que sentía hacia sí misma, esa culpabilidad que seguía ligándola a ellos” (Vigan 2013, 99).

Laure, que tiene un “estómago cuyo tamaño no es mayor que el de un bebe de 6 meses” (Vigan 2013, 29), tiene “que volver a aprender a comer, a vivir también” (Vigan 2013, 20).

Con el médico se abren las vías para que se despliegue lo que Freud nombró como “amor de transferencia”, en tanto surge “el extraño vínculo que el médico ha sabido tejer, entre ella y él, como la única señal tangible de su ansia de vivir” (Vigan 2013, 55), es decir: “Lo ama por lo que él entiende a través de medias palabras (...) Que llamen a eso como quieran, tanto da, lo ama por su compromiso de luchar con ella, contra ella” (Vigan 2013, 81). Con él puede empezar a nombrar el dolor que se desprende del lugar que le fue asignado, y hacer otra cosa con eso: “Tiene que aprender a vivir sola, a ocuparse de sí misma” (Vigan 2013, 155). El tejer, hacer collage, dibujar, charlar, surgen como recursos para franquear la travesía de la internación.

Dice la escritora que, al final, a Laure: “Le da miedo la abundancia (...) Le da miedo el apego que siente, a su pesar, por esas cosas, su dependencia. Le dan miedo esos objetos que arrastra consigo como ruidosas cacerolas. Le gustaría ser capaz de tirarlo todo, no poseer nada. Ese excedente dentro y fuera de ella con el que no sabe qué hacer” (Vigan 2013, 144).

Del vientre vacío a un vientre de palabra que aloja nuevas vidas en el porvenir, de vaciar el vientre a recuperar un cuerpo con marcas propias que, con la presencia

del médico, da lugar a palabras que inventan historias, nombran el dolor, palabras que se escriben a la salida como bitácora de la internación.

Del excedente que hay que callar, al excedente con el que no se sabe qué hacer, entonces se escribe.

5.4.1.C. El “súbdito”

Tal como nos cuenta Freud, para algunas madres, particularmente las narcisistas, que se mantienen “frías hacia el hombre”, el amor que les genera el hijo, en tanto “objeto extraño” que es “parte de su cuerpo propio”, las confronta con “el pleno amor de objeto” (Freud [1914a] (2016), 86).

Además, Freud enfatiza el lugar de falo que puede tener en general un hijo para algunas madres, en tanto salida del Edipo, de ella, hacia la exogamia. El hijo sería una especie de compensación por el falo que no recibió.

Un hijo como falo para la madre responde a la lógica del tener, mientras que el sujeto, aquí convocado, consiente a ese lugar con el ser, en tanto totalidad, en tanto “súbdito” (Lacan [1957-58] (2001), 195).

Si bien, a medida que Lacan despliega su enseñanza, el énfasis del niño termina quedando cada vez más del lado del objeto que del falo, interesa rescatar la particularidad de algunos sujetos con la identificación al falo imaginario, deslindándola como una de las variaciones de la posición de niño-objeto.

En el *Seminario IV*, Lacan señala dos coordenadas para pensar la función que puede tener un hijo para su madre, en tanto que puede ser una metáfora del amor de los padres o bien una metonimia del falo materno.

Lo dice del siguiente modo, “se trata de saber cuál es la función del niño para la madre, con respecto a ese falo que es el objeto de su deseo. La cuestión previa es—¿metáfora o metonimia? No es en absoluto lo mismo si el niño es, por ejemplo, la metáfora de su amor por el padre, o si es la metonimia de su deseo del falo, que no tiene y que no tendrá nunca (...) Así, como ven, decir que el niño es tomado como una metonimia del deseo del falo de la madre (...) implica, por el contrario, que es metonímico como totalidad (...) lo que está en juego es él mismo, todo entero

(...) Se encuentra por lo tanto en una relación en la que fundamentalmente es imaginado, y su estado es de pura pasividad” (Lacan [1956-7] (2007), 244-5).

Si un niño es ubicado como la metáfora del amor de sus padres, su padecimiento puede manifestarse como un síntoma articulado al modo de enlazarse entre ellos, tal como Lacan lo ubica en *Nota sobre el niño* cuando diferencia entre el niño que viene del lado del síntoma del que viene del lado del fantasma materno.

Entonces, a diferencia de la metáfora, en la metonimia hay desplazamiento sin novedad, esto quiere decir que la posición de metonimia del falo materno es coherente con una de las modalidades del niño-objeto del fantasma materno, pues desde aquí no están dadas las condiciones para alojar un lugar diferencial en donde el niño pueda advenir como sujeto dividido, separado del Otro materno.

El niño aparece como “fetiche” positivizando cierto goce del Otro primordial. Esto es coherente con lo que ocurre en el primer tiempo del Edipo, en el que el niño está identificado con el objeto del deseo de la madre, por lo que la completaría siendo su falo imaginario.

Se trata de una identificación imaginaria porque “corresponde a lo que es “ego”, enfrente a este, que es su otro, aquello con lo que él se identifica, este algo “otro” que él va a buscar ser, ahí, a saber, el objeto satisfactorio para la madre (...) en espejo, el sujeto se identifica a lo que es el objeto del deseo de la madre. Es la etapa fálica primitiva” (Lacan [1957-58] (2001), 198).

Entonces, la identificación al falo se corresponde a la “etapa fálica primaria”, es decir, al falo imaginario del primer tiempo del Edipo, y podría agregarse que esta dinámica se articula con el tercer tiempo del fantasma, en el que se recorta un objeto privilegiado. Es decir, el niño que queda identificado al falo imaginario interpreta el fantasma materno y se adhiere a algún objeto predominante en él.

Desde esta identificación surge algo del orden de una vitalidad, pues el falo imaginario es “aquel en el que el sujeto se identifica con su ser de vivo” (Lacan [1957-8] (1984), 534), de hecho, Juanito, paradigma de esta versión, es descrito por su padre como un niño muy alegre y curioso (Graf 1952).

Esto plantea una diferencia con la posición de objeto desecho en donde prevalece la opacidad del objeto resto, además de que aquí, el Deseo materno se destaca más bien por la predominancia de su presencia.

Como ya se dijo, entonces, en esta posición de falo imaginario se deduce un detenimiento en el primer tiempo del Edipo. Es decir, en primera instancia, se estaría suponiendo la inscripción sincrónica del Nombre del padre que sólo aporta la significación fálica, o sea la dimensión más imaginaria y metonímica del falo.

El sujeto quedaría detenido en el momento previo a que el padre real, como agente de la castración, ponga en juego su operatividad, privando a la madre del niño, separando al niño de su madre y de la identificación de ser el falo materno. Es el padre de la interdicción, que pone en juego la castración simbólica del niño, haciendo con su ley emerger un deseo donde antes había una predominancia de goce, el que en estos casos no hace su aparición.

En palabras del francés, “en el momento en que por la intervención del padre, habría debido pasar la fase de disolución que concierne a la relación del sujeto con el objeto del deseo de la madre, es decir al hecho de que la posibilidad para él de identificarse al falo fuese completamente pasada, cortada en la raíz por el hecho de la intervención interdictiva del padre, en ese momento es en la estructura de la madre que él encuentra el refuerzo, el soporte (...) porque él experimenta que de hecho es la madre quien es la clave de la situación, que ella no se deja ni privar, ni desposeer (...) esta interdicción ha fracasado, en otros términos, que es la madre quien finalmente ahí ha hecho la ley” (Lacan [1957-58] (2001), 214-5).

En estos casos lo que se constata, es que la madre hace ley sin el padre real, y no necesariamente bajo la modalidad de la forclusión.

Ahora bien, esta posición de falo materno puede expresarse en ciertas elecciones homosexuales, en algunas presentaciones clínicas de fetichistas, y fobias.

Se deslindan algunas de ellas a continuación.

Un tipo de homosexualidad masculina

Para comenzar, es posible situar el tipo de homosexualidad masculina que describe Freud, en relación con Leonardo Da Vinci.

Lo que se juega allí es una identificación imaginaria del sujeto, pero más que al falo materno, es a la madre fálica en tanto idealizada, es decir concebida como una totalidad, sin castración.

Es para destacar que se trata de una madre, cuyo falo imaginario es el mismo sujeto. Por lo cual, esta identificación sirve de apoyatura para que, en el futuro, el sujeto elija partenaires en equivalencia consigo mismo, es decir desde el narcisismo.

Si bien Freud sostiene que, en el fondo, estas identificaciones mantienen una elección heterosexual porque el sujeto permanece enlazado al amor edípico a la madre, se propone resaltar que la madre está aquí en una posición fálica, masculina porque ella tiene el falo. Justamente por esto se señala que la posición homosexual responde a cierto rechazo de la castración materna, castración en la que se deduce el elemento hetero.

En lo que aquí respecta, interesa destacar la homosexualidad no tanto como elección de objeto, sino como posición. Como se dijo, posición alude a un modo de estar ubicado, más allá de la práctica sexual que cada cual prefiera.

Entonces la posición homosexual involucra una dificultad en barrar a la madre fálica, de lo que se deduce un rechazo a lo hetero, a lo femenino, ofreciendo a cambio una identificación a la madre fálica, posición pasivizada para el sujeto, ya que “el ser se olvida a sí mismo como objeto imaginario del otro” (Lacan, [1956-7] (2007), 439), poniéndose al servicio de sostener el otro materno “completo”.

Fetichismo

Freud ubica que muchos hombres, por la emergencia del fetichismo, no devienen homosexuales, lo que da cuenta de un punto en común entre ambas orientaciones, que luego en la elección de objeto diverge.

El fetichismo se presenta también en esta serie, pero como una identificación que oscila entre la madre fálica y el falo imaginario: “Dado que es propio de las relaciones imaginarias ser siempre perfectamente recíprocas, por tratarse de relaciones en espejo, previsiblemente veremos aparecer de vez en cuando en el fetichista la posición, no de identificación con la madre, sino de identificación con el objeto” (Lacan [1956-7] (2007), 88).

En el fetichismo, ante la confrontación con la castración materna, el sujeto erige y sostiene un fetiche como un objeto-imagen que sustituye al falo materno, falo sustituido pero coagulado en el objeto, que tendrá repercusiones en la vida erótica

posterior del sujeto, cuya función es señalar, y a la vez no querer saber sobre, la castración materna.

En este punto el fetichismo, demuestra también una dificultad en desasirse de la madre fálica y su objeto.

Otra vez se trata de una posición en la que el sujeto queda en suspenso por lo cual “el sujeto nunca está donde está, (...) porque abandona su lugar, entra en una relación especular de la madre con el falo y se encuentra alternativamente en una y otra posición” (Lacan [1956-7] (2007), 88).

Fobias

Las fobias se ubican, en esta instancia, en tanto solución para el niño que, quiere permanecer en la posición de falo materno, y alguna coyuntura pone en jaque su lugar.

Si bien con Freud es posible considerar la fobia como un tipo de las neuropsicosis de defensa, Lacan la plantea como una plataforma giratoria que puede devenir luego en una histeria o neurosis obsesiva, es decir, la propone como un momento de la constitución subjetiva en la que se delata una detención en el primer tiempo del Edipo, y la fobia aportaría una resolución particular.

Sin lugar a duda podría decirse que Juanito es el caso más paradigmático de esta posición.

En el *Seminario IV* Lacan no tiene ningún empacho en ubicar su posición subjetiva como una metonimia del falo materno, situando que, en una primera instancia, el sujeto angustiado paga, con la totalidad de su ser (Lacan [1956-7] (2007), 244), el costo de ocupar ese lugar, invisibilizándose como sujeto para sostener de un modo imaginario la escena fálica materna.

En el caso se evidencia una dificultad en renunciar al lugar fálico que tiene el sujeto para su madre, lugar tramposo que trastabilla cuando nace su hermana y además cuando aparece el falo en su vertiente de goce real, poniendo en jaque ese “paraíso del señuelo”, porque el sujeto se confronta con el dilema excluyente del tener cuando lo que predomina en el caso es un modo de habitar la existencia por la vía del ser.

Después la angustia se articula al miedo de ser mordido por el caballo. De este temor se deduce un recorte del objeto oral que deja al sujeto como objeto a ser devorado por el Otro, transformando la angustia primera sin ligazón en la que emerge cuando falta la falta.

Es el recurso a la fobia lo que aporta una narrativa pues ofrece una metáfora de la operación de castración tambaleada. Con ella logra salir del impasse que deja de manifiesto el cuestionamiento de ser el falo materno y la suspensión de la operatoria del padre real.

En Juanito, la fobia hace lo suyo, y al final logra ser abandonada, pero no sin armar un orden generacional particular por el cual le hace al padre una propuesta “indecente”: le propone al padre que se case con su propia madre, es decir su abuela paterna, mientras que él se queda con su mamá y tiene hijos con ella, deja al padre con su madre, es decir con su abuela paterna y él se queda con su madre. Aquí aparece la presencia de la “doble madre” (Lacan [1956-7] (2007), 421), tal como también se manifiesta en Leonardo y en Gide, lo que parece tener cierta articulación con la carencia de la operatividad del padre real, y la función de las “dos madres” parecería estar asociada a una instancia tercera, que redobla lo materno.

Lacan destaca que Juanito no es un heterosexual legítimo, -ni debería serlo-, por lo pasivo de su posición asociada al enganche con el ideal materno, y la generaliza a los hombres de 1945 “esa gente encantadora que espera que las iniciativas vengan del otro lado, esperan (...) que les quiten los pantalones (...) Juanito se instala en la existencia porque tiene alguna idea de su ideal, porque él es el ideal de la madre, a saber, un sustituto del falo (...) la salida se produce por el lado de la identificación con el ideal materno” (Lacan [1957-58] (2001), 418-9-20).

Ahí Lacan ubica que en definitiva Juanito no tiene padre (Lacan [1957-58] (2001), 420), tiene dos madres, y que no renuncia a la identificación del falo materno. En este caso el ideal materno sería lo que le ofrece una solución en la relación del sujeto con su posición sexual.

Herbert Graf, Juanito de adulto, tiene dos matrimonios, tiene dos hijos.

A nivel profesional hace un recorrido comprometido y original en la ópera como productor. Esta elección se encuentra atravesada por la transmisión paterna,

puesto que es su padre quien lo introduce en el mundo de la música, tal como él lo remarca.

Su profesión le permite poner en juego, de un modo sublimado, su posición subjetiva, articulada al falo imaginario y a sostener la escena del otro. Herbert Graf colabora con el establecimiento del rol y la carrera de régisseur, se trata de la función del director de escena de la ópera. Él mismo la describe del siguiente modo: “Siempre pensé que el director de escena es el “*hombre invisible*” de la ópera (...) La naturaleza misma de esta labor es permanecer entre bambalinas y dejar que la luz se proyecte sobre la obra en sí” (Rizzo 1972).

5.5. Strattonare

“Acaso sea este el sentido de las palabras del poeta: «Lo que has heredado de tus padres adquiérello para poseerlo»” (Freud y Goethe [1913] (1998), 159).

Abordar la problemática del niño-objeto tiene como objetivo interrogar el estatuto del sujeto suspendido, delimitar su despliegue fantasmático, su responsabilidad, su margen de movimiento, cualquiera sea la edad y el sexo del sujeto en cuestión.

Se destaca en los tres modos de posición de niño-objeto un rasgo de pasividad. Ahora bien, es sabido por la transmisión freudiana que aun en la pasividad hay actividad pulsional y satisfacción. Por ejemplo, la fijación, primera etapa de la represión, es caracterizada por Freud como pasiva por un detenimiento de la libido, que delata una intensa actividad pulsional en determinado momento del desarrollo libidinal (Freud [1911a] (1998), 62).

Freud, en relación con las series complementarias, plantea la necesidad de considerar la sobredeterminación en la causación de las neurosis, que implica la combinación de las fijaciones con el vivenciar “accidental” del adulto.

Freud no es determinista a ultranza, el lugar que ofrezca el Otro primordial al niño será un elemento fundamental que interviene en las fijaciones, pero no único, también considera la herencia, la contingencia y nuevas vivencias accidentales que resignifican o conmueven las marcas primarias.

Lacan, por su parte, plantea que habría una insondable decisión del ser (Lacan [1946] (1988), 168) que involucra una dimensión totalmente inconsciente, inaccesible, que admite o no que, por ejemplo, se inscriban ciertos significantes en la estructura psíquica de cada cual.

Predisposición, fijaciones, determinación del Otro, insondable decisión del ser, estructura, contingencia: elemento fundamental que colabora para que se escriban ciertas marcas y no otras, se permanezca en cierta posición, se salga, o se entre y salga, y que ubica a los practicantes del psicoanálisis por fuera de la lógica preventiva.

Entonces, en las antípodas de plantear alguna forma de prevención que termina desconociendo la eficacia de la contingencia, desplegar las condiciones lógicas del lado del sujeto apunta a rescatar algo del orden de la responsabilidad para leer las sobredeterminaciones, despabilar al sujeto, involucrarlo con su posición ante el Otro, ante las contingencias, y considerar los posibles tratamientos para abordar la diversidad de cada caso.

Ciertamente, se considera necesario suponer que un sujeto, que sostiene a lo largo de los años el lugar de niño-objeto, tiene que adoptar de alguna manera, total, parcial, velada, tambaleante algo del lugar asignado por el Otro. Si, como dice Sartre somos lo que hacemos con lo hicieron de nosotros, e hicieron de nosotros el objeto del fantasma materno ¿no hay acaso un consentimiento, aunque sea inaprensible, por parte de ese sujeto de ser alojado ahí, incluso de fijarse o salir hacia otro lugar?

Desde el psicoanálisis se apuesta a la apertura de una frontera, entre las condiciones lógicas del sujeto y las del Otro, un terreno intermedio desde donde se constituya un espacio, en el que se despabilen ciertas operaciones y sus marcas, equivocándolas, releyéndolas, resignificándolas, para ponerlas en juego.

En la posición de niño-objeto se destaca una suspensión de ciertas operaciones asociadas a una lógica de corte simbólico. Entonces se propone apuntar, como un horizonte amplio, a ser ajustado, de modo artesanal, a la medida de cada sujeto, hacia la separación del objeto, o al menos acotarlo, suavizarlo, para que el sujeto pueda dar otra versión del objeto a (Laurent, 1994, 41). En tanto la separación inaugura una distancia operativa, que habilita el advenimiento de movimientos que

sacuden la fijeza de una posición, justificado cuando conlleva un padecimiento en exceso.

Cuenta Antonio Di Ciaccia, un analizante de Lacan, en el documental *Rendez Vous Chez Lacan*, que: “Era difícil Lacan. Con una mano te agarraba, pero también te “strattonava” con la otra (...) te agarra con una mano y con la otra te sacudía como a un ciruelo” (Miller 2011).

Es posible servirse de la lógica que cuenta Ciaccia para alojar al niño-objeto, agarrarlo, pero también sacudirlo, con el objetivo de causar al sujeto, apostando al “deseo de separar” (Miller 1997, 31) del objeto al sujeto que está en suspenso, evaluando cada vez la posibilidad de maniobra, de corte, de separación del goce que de allí se obtiene, para asumir otra posición ante ello.

La apuesta entonces es intervenir para invitar al sujeto a resurgir en ese espacio intermedio, terreno de una responsabilidad operativa, que no cuestiona la estructura, no borra la inmundicia, ni los horrores vividos, pero se dirige al restablecimiento del sujeto por más inestable que sea su lugar.

5.6. Conclusiones

En este capítulo, se plantearon tres variaciones diferentes de la posición de niño-objeto, cada una con características particulares.

En primer lugar, se situaron las psicosis como el paradigma de la posición específica de objeto de goce del Otro. La particularidad aquí se asienta en torno de que el Otro no transmite la castración y el sujeto tampoco admite su inscripción. La forclusión del significante del Nombre del padre es condición para que lo que no se ha inscripto en lo simbólico retorne en el objeto positivizado desde lo real, quedando demostrado en los fenómenos elementales en general, y en las psicosis desencadenadas, en particular.

En segundo lugar, se ubicó que el Otro que no puede involucrar de alguna manera su deseo con el sujeto, favorece la identificación del niño al objeto resto. Aquí predomina la ausencia del Deseo materno. Se situaron como posibles presentaciones de esta posición de niño-objeto, la melancolía o neurosis melancolizadas, posiciones masoquistas, sádicas, neurosis en suspenso tanto como algunos casos de actings y síntomas contemporáneos.

Y finalmente se planteó la tercera variación en torno de la identificación al falo imaginario, favorecida por el detenimiento en el primer tiempo del Edipo, y que impide la puesta en juego de la privación en la madre. Posición en la que, a diferencia de las anteriores, se presenta un sujeto con cierto brillo fálico siendo algunas presentaciones de esta posición, un tipo de homosexualidad masculina, el fetichismo y la fobia.

Ahora bien, en estas tres variedades de niño-objeto predomina:

- La pasividad subjetiva.
- Una dinámica sin mediación entre el niño y la madre.
- Una ausencia o suspensión de algunas operaciones vinculadas a la castración simbólica, que interrumpe el despliegue fantasmático del niño, su división subjetiva y el deseo como causa.
- La preeminencia de la lógica de la demanda sobre el deseo, pues “la “posición incestuosa” (...) se presenta como una anulación de la distancia entre la demanda y el deseo (...) El niño que no puede desprenderse de su madre, el que no puede acceder al deseo, es un niño capturado en la demanda, no importa si la propia o de su madre. (...) Una demanda que (...) No permite ese equívoco que es el fundamento de la poesía y el juego” (Barros 2018, 76).
- Padecimientos articulados a la angustia y la inhibición.

Podría preguntarse, ¿un hijo que ocupa el lugar de objeto para su madre es necesariamente un sujeto psicótico?

A veces suele considerarse la posición de objeto materno como característica de esta estructura. Si bien es cierto que en el trabajo con pacientes psicóticos se constata la posición de objeto del Otro, no siempre esta posición es condición de esa estructura.

De hecho, del deslinde de las tres variaciones que aquí se recortan, se deduce que no necesariamente se constata siempre una estructura psicótica, aunque a veces tampoco una neurosis tradicional.

Ciertamente algo que se verifica en nuestra práctica con algunos niños, adultos, y más en nuestra época, es que, que es variable el diagnóstico de aquellos sujetos que se presentan en esta posición.

Incluso, en algunos casos, introduciendo una mediación con el dispositivo analítico y la maniobra de la transferencia, es posible conmover, aunque sea relativamente esa posición, dejando en evidencia que no siempre se reduce a una solución de hierro.

Entonces la posición de objeto materno, ¿es permanente? ¿Es transitoria? ¿Se supera? ¿Se elimina? ¿Retorna?

Una vez más, esto tendrá que responderse con cada caso, si bien algunos demuestran la transitoriedad de esta posición, otros manifiestan que no se elimina, y otros también enseñan que es posible de conmover cada vez, y es necesario volver a apostar, de modo continuo, a una separación.

6. SEXTO CAPÍTULO: El objeto en disputa

6.1. Introducción

En este capítulo se abordan algunas coordenadas acerca del modo en el que se articula el discurso contemporáneo con la posición de niño-objeto.

Entonces, en lo que sigue, se precisan los motivos por los cuales esta posición resulta paradigmática en nuestra época.

Para ello, en primer lugar, se efectúa una puntuación sobre el discurso capitalista.

Luego se señalan algunas de sus consecuencias en torno de las modificaciones en la estructura familiar, y en el lugar del niño.

Finalmente, se aborda la referencia del niño generalizado.

6.2. La época y los discursos

Lacan, en el *Seminario XVII*, plantea que el significante determina a la civilización en sus modos de goce, y sobre ello se apoya el lazo social de cada época.

En esta lógica sitúa diferentes discursos para ubicar las coordenadas de distintas formas de lazos sociales, a saber: el discurso del amo, el histérico, el universitario y el analítico.

En cada discurso localiza cuatro elementos:

1. el S1: el significante amo, el ideal.
2. el S2: el saber.
3. el \$: el sujeto dividido del inconsciente.
4. y el a: el objeto resto, objeto de goce, plus de goce u objeto causa, según corresponda.

Y se articulan a partir de cuatro lugares que son nombrados con ciertas variaciones entre el *Seminario XVII* y *XIX*:

El agente, el semblante.	El trabajo, la producción, el Otro, el Goce.
La verdad.	El producto, el plus de gozar.

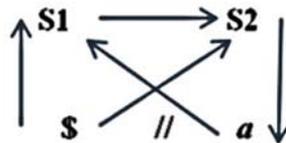
Cada elemento se articula con otro, en función de los lugares en donde se encuentren, y de vectores externos e internos que señalan otros modos de disposición entre ellos.

También, Lacan suele ubicar, entre la verdad y el producto, una barra doble que representa un punto de capitón, es decir un límite, una falla, una detención de cada discurso, que localiza una función que en última instancia señala una imposibilidad, que permite una salida, y un pasaje hacia otro discurso.

6.2.1. Antecedentes

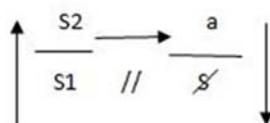
Antes de desplegar el discurso capitalista resulta de interés ubicar algunos antecedentes.

En el *Seminario XVII*, Lacan parte del discurso del amo:

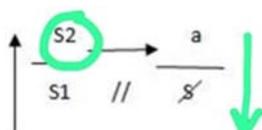


Toma como base de este discurso la lógica hegeliana del amo y el esclavo. Este discurso resulta ser un modo de escribir la lógica de lo inconsciente, que no será desplegado en esta ocasión.

Interesa ubicarlo como antecedente del discurso universitario, este último se produce efectuando un cuarto de giro a la izquierda al discurso del amo, como consecuencia de la tradición filosófica cartesiana y la ciencia moderna (Soria 2019).

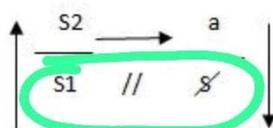


En el discurso universitario, respecto del discurso del amo, el S1 cae del lugar de agente, dejando de estar encarnado (Soria 2019), y quedando la verdad reducida a un imperativo (Lacan [1969-70] (2008), 111). Esta coordenada se mantiene en el discurso capitalista, y será desarrollada más adelante.



El saber toma el lugar de agente, se trata de un saber que se pretende objetivo y neutral, y se dirige al objeto que estaría representado por la figura tanto del estudiante (Lacan [1969-70] (2008), 111) como del investigador.

Este discurso demuestra que el amo se apropió del saber del esclavo, entonces el saber queda desarticulado del sujeto, ninguna flecha los relaciona, el sujeto queda despojado de lo que tenía, por eso cae al lugar de lo que se pierde. En este sentido Lacan sostiene que “la ciencia es una ideología de la supresión del sujeto” (Lacan [1972c] (2012), 460).



El sujeto se reduce a un objeto de estudio, determinado por el objeto plus de goce, desarticulado de la verdad y los significantes que lo determinan (Soria 2019).

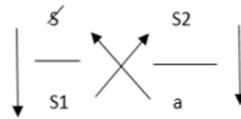
Estas desarticulaciones serán heredadas por el discurso capitalista, del que el universitario resulta ser precursor.

6.2.2. Discurso capitalista

Para considerar las referencias de la época contemporánea resulta de interés adentrarse en los desarrollos sobre el discurso capitalista.

En una conferencia en Milán, dada hace 50 años, en 1972, Lacan escribe el discurso capitalista. Si bien el capitalismo ha ido variando a lo largo de la historia, se considera que la escritura de este discurso mantiene su validez.

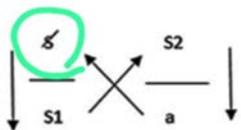
Lo plantea del siguiente modo:



A continuación, se efectúa una lectura desde distintas perspectivas, teniendo en cuenta, en cada una, que los cuatro lugares y sus elementos se encuentran distorsionados de alguna forma, respecto de los otros discursos.

Para ello, serán de utilidad las lecturas que aportan, aparte de Lacan, autores como Bauman, Lipovetsky, Byung Chul Han, Miller, Alemán, Recalcati, Soria, y Schejtman, entre otros.

6.2.2. A. El agente: el consumidor consumido

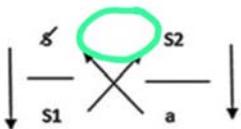


Arriba a la izquierda, se ubica el lugar del agente, del semblante, es decir del que sostiene el discurso, lo lleva adelante.

Allí, en el discurso capitalista, Lacan sitúa a un sujeto con ciertas particularidades.

6.2.2.A.I. Proletario sin división

En primer lugar, podría mencionarse que el sujeto no está dividido, es decir que no está atravesado por su relación con el inconsciente.

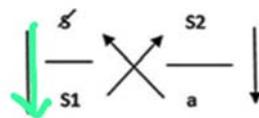


Es por eso por lo que, en la parte de arriba entre izquierda y derecha, falta una flecha. Esto delata una ausencia de relación entre el sujeto del discurso capitalista y, lo que podría ser, su saber inconsciente.

Desde aquí, se manifiesta una dificultad actual y frecuente, que surge en el consultorio con ciertos sujetos contemporáneos para alojar las palabras, la asociación, es decir establecer una relación con el inconsciente (Recalcati 2004).

Por otro lado, pero manteniendo relación con lo anterior, otra distorsión que podría señalarse, respecto del orden de rotación que poseen los elementos en los otros discursos, es que aquí el sujeto hace un trueque con el lugar del S1 (Lacan 1972b). Es decir, en los otros discursos, luego del S1 viene el S2, o bien después del sujeto se ubica el S1, con una flecha que va del S1 al sujeto lo que implica una relación de determinación.

Como consecuencia, el sujeto capitalista no se presenta como efecto de sus significantes amo, es performativo, autopercebido, lo que puede asociarse con el hecho de que la flecha exterior izquierda también cambia su orientación respecto de los otros discursos, y no apunta hacia arriba, sino que lo hace para abajo:



¿Cuál es entonces el estatuto del sujeto del discurso capitalista?

Podría decirse que se trata de un sujeto sin división que se asemeja más a un individuo, y que según Lacan se convierte en un proletario.

El proletariado es una clase social que surge con la revolución industrial, y una de sus características es que la persona no cuenta con medios suficientes para producir, motivo por el cual ofrece su fuerza de trabajo a cambio de capital.

En el *Seminario XVII*, Lacan utiliza esta acepción para referirse al hecho de que en el discurso del amo el sujeto tiene el saber, en el discurso universitario es despojado de él, lo que se traslada hacia el discurso capitalista, dejando en evidencia que ya no tiene su saber para poner en juego. Si el sujeto ha sido despojado de su saber particular, en *Breve discurso a los psiquiatras* Lacan ubica que, como consecuencia, se obtiene un sujeto universal, y “hay un precio con que se paga la universalización del sujeto” (Lacan 1967).

6.2.2.A. II. Narcisismo

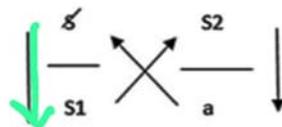
Ante el mercado, el sujeto universal, consumidor se iguala con otros para que no exista nadie que quede por fuera del consumo.

Esta concepción de lo igual promueve el auge del sí mismo, lo que es coherente con lo transmitido por Freud, a partir del narcisismo, en el que se hace del yo el primer objeto de amor, donde se condensa lo bueno, mientras que el afuera, lo otro, queda asociado a lo odiado y lo malo, expulsando allí, también, restos propios que son percibidos como ajenos.

De este modo, surgen dinámicas marcadas por rasgos binarios en donde predomina lo “bueno” o lo “malo”.

Lipovetsky, filósofo y sociólogo francés, en *Los tiempos hipermodernos*, sostiene que esta “es la época de un narciso responsable, eficaz que rompe con el de los años posmodernos, amante del placer y de las libertades” (Lipovetsky 2008, 27).

Entonces este sujeto responsable, eficaz, autorreferencial es un yo performativo que con su voluntad comanda la verdad (Alemán 1992), lugar ocupado por el S1, lo que podría dar otra lectura de la flecha que va del sujeto al S1.



En otras palabras, el sujeto elige sus “marcas” entonces puede cambiarse de nombre, elegir su identidad sexual, incluso en casos más extremos, su especie animal.

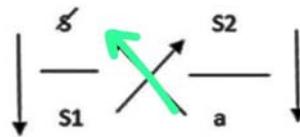
Desde la perspectiva del predominio del narcisismo, se promueve un lazo social sin sustento que va de la rigidez a la labilidad, o a la “liquidez” utilizando el término de Bauman.

6.2.2.A.III. Desperdicio

El individuo del discurso capitalista, si bien no está dividido porque no establece una relación al inconsciente, está incompleto en tanto consumidor, plausible de ser colmado por un objeto de consumo.

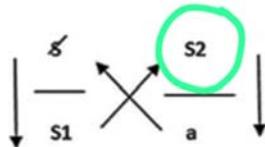
El individuo persigue su satisfacción inmediata, poniendo en juego un cuerpo objetalizado, atrapado en un circuito de goce autoerótico que busca con el objeto la ansiada plenitud.

Regido por la lógica de la demanda en detrimento del deseo (Recalcati 2004), consume, compra, cambia su cuerpo, se consume (Lacan 1972b), y decide hacerlo. Y si no puede consumir para colmar su incompletitud, porque no tiene capital suficiente para hacerlo, el proletario ofrece su fuerza de trabajo como mercancía, entrando en competencia con otros objetos técnicos del mercado, lo que podría dar otra versión de la flecha que va del a al sujeto.



Esta homologación del sujeto con el objeto, lo condena, tal como a los objetos del consumo, a estallar o a convertirse en un desperdicio del sistema.

6.2.2. B. El Otro: la ciencia y la tecnología



Arriba a la derecha, en el lugar del trabajo, de la producción, del Otro, o del goce como propone en el *Seminario XIX*, Lacan ubica el S2.

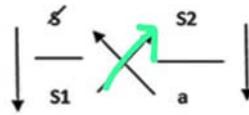
Ahora bien ¿cuál es el saber que circula por este discurso?

El lugar del Otro en el capitalismo es ocupado por la ciencia, siendo su saber lo que genera la producción y el trabajo.

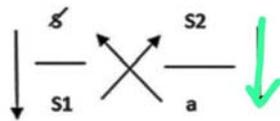
6.2.2.B.I. Saber y consumo

Este saber apoya sus raíces en los aportes de la ciencia, la tecnología y sus algoritmos.

Las leyes del mercado empujan este saber para ponerlo al servicio del consumo, por eso una de las flechas de este discurso apunta del S1 al S2.



En este sentido, Lacan en *La Tercera* se pregunta qué ofrece la ciencia y responde que es: “Algo (...) de lo que nos falta en la relación del conocimiento, (...) lo que (...), se reduce a artefactos de consumo: la televisión, el viaje a la luna” (Lacan [1975a] (2007), 107). De ese modo, puede captarse la orientación de la flecha que va del saber de la ciencia a los objetos que de allí se deducen.



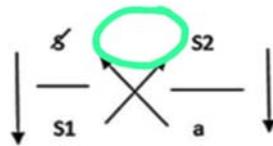
Desde aquí se despliegan grandes avances tecnológicos y científicos que, en general, son absorbidos por la lógica del mercado con la colaboración del marketing y la publicidad.

Por ejemplo, el negocio de los laboratorios de medicamentos, o en lo que a la “maternidad” respecta, para gestar un bebé ya no es necesario el encuentro sexual de un hombre con una mujer, si están las ganas de tener un hijo, y si ante eso surge algún impedimento, desde no poder hasta no querer gestar con el propio cuerpo, eligiendo la empresa que mejor responda a las necesidades de los involucrados, y haciendo el trámite correspondiente en el país que lo legitime, se puede hasta alquilar el útero de otra persona, pagando el costo que tiene esa maniobra, costo económico, y desde ya, subjetivo también.

6.2.2.B. II. Entre imaginario y real

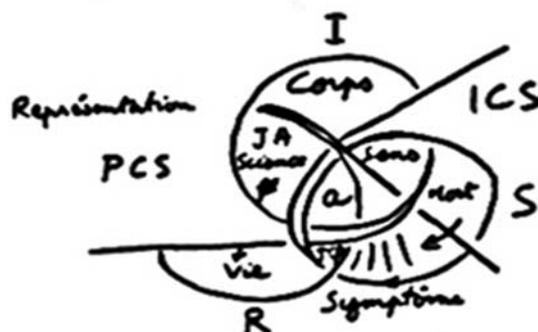
Uno de los costos a nivel subjetivo de sumergirse en estas dinámicas, al menos en una primera instancia, es que cuando el sujeto se ofrece a la ciencia lo hace anulándose, tal como enseña el discurso universitario.

Esto aporta otro modo de leer la ausencia del vector entre el saber y el sujeto, remarcando que la ciencia tiene que eliminar al sujeto para funcionar, por eso en este discurso, no hay conexión entre el sujeto y el saber.



Un ejemplo. Una paciente sale de una semana de internación en terapia intensiva, relata que, si bien siente un profundo agradecimiento porque los profesionales de la salud le salvaron la vida, por otro lado, en el tiempo que estuvo ahí, experimentó un nivel de “desnudez” inédita, por el manejo de los cuerpos y su exposición descarnada. Además, los médicos y enfermeros que estaban al cuidado de ella hablaban de lo que le pasaba “como si no estuviera ahí”. Es el recurso al humor con los profesionales lo que le permite, de a ratos, volver a sentirse “persona”.

En *La Tercera*, Lacan ubica a la ciencia en el mismo lugar que el goce del Otro sin tachar.



Resulta interesante que justamente goce y Otro son dos formas que tiene Lacan de nombrar, en los discursos, este lugar de la producción, es decir, en el lugar del Otro,

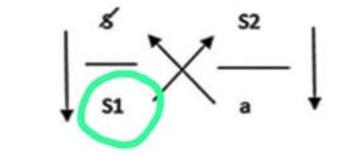
del goce, es donde ubica a la ciencia en este discurso; y en el gráfico de la tercera reúne goce del Otro y ciencia en la intersección de lo real con lo imaginario, apuntando con una flecha a lo real de la vida.

Podría deducirse que ubica estos elementos en ese lugar del nudo ya que se encuentran desarticulados de lo simbólico. Lo que puede traducirse con el trastocamiento del orden simbólico que predomina en estos tiempos, en los que se constata una degradación de la palabra, un rechazo al inconsciente, inversamente proporcional al predominio de la imagen y la angustia, es decir incrementos de aspectos imaginarios, y reales.

Considerando esta coordenada de la constitución subjetiva, en relación con el encuentro con el goce del Otro, se ubicó que esta coyuntura queda directamente enlazada a la angustia de cuando falta la falta, por la presencia sin velo del objeto. Lo que es coherente también con el hecho de que la ciencia esté enlazada al goce del Otro, siendo condición de su desarrollo la reducción del sujeto a un objeto.

Otro ejemplo. Una mujer que trabaja como investigadora científica en un laboratorio, consulta porque tiene una inhibición que no le permite avanzar con su investigación, la dificultad es que se le vuelve insoportable matar a las ratas para hacer las pruebas necesarias. Ahí, donde no sólo ella se subjetiviza sino también la rata, pues emerge como ser vivo perdiendo su estatuto de objeto, se presenta un obstáculo para el avance del trabajo científico, es decir, para que la cosa no se detenga, ella no puede estar ahí como sujeto y la rata tiene que ser reducida a un objeto de la ciencia.

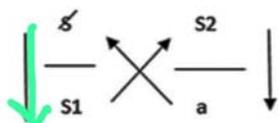
6.2.2. C. La verdad: el mercado



Abajo a la izquierda, en el lugar de la verdad, Lacan ubica el S1, el significante amo, el ideal, que en el caso del discurso capitalista puede englobarse en el mercado y sus leyes.

6.2.2.C.I. Verdad instrumental

El lugar de la verdad manifiesta otra distorsión en este discurso, la flecha exterior izquierda apunta hacia abajo, mientras que en los otros discursos lo hace hacia arriba actuando como fundamento.



Una forma de interpretar esta orientación del vector es considerando que el mercado extrae una verdad del sujeto, pero es una verdad instrumental, porque queda puesta al servicio del consumo, y en este punto si algo del sujeto le interesa al mercado, es para ofrecerle información a la ciencia ($S1 \rightarrow S2$), para que de allí se obtengan respuestas ($S2 \rightarrow a$), orientadas al consumo ($a \rightarrow \$$).

6.2.2.C. II. Declinación del Nombre del padre

En el discurso del amo, el Ideal queda en el lugar del agente, lo que da cierto peso a determinados significantes amo, como ser por ejemplo el Nombre del Padre, en tanto significante primordial, ordenador.

En este discurso el S1 está caído del lugar del semblante: “La caída del S1 debajo de la barra con la mutación capitalista del discurso del amo verifica la caída de la función paterna en la inexistencia, allí donde el Nombre del Padre pierde vigencia en el orden social. Recordemos que Lacan planteaba que el Nombre del Padre es real en la medida que las instituciones le confieren su nombre de padre” (Soria 2019).

El debilitamiento de las instituciones, de los semblantes simbólicos, la predominancia de la inconsistencia del Otro, la errancia, la desorientación subjetiva (Miller 2005, 439), los síntomas contemporáneos y los lazos sociales sin sustento, son una consecuencia del trastocamiento del orden simbólico, que se deduce de la declinación del padre simbólico y de su función real.

Las leyes del mercado no necesitan de la regulación simbólica paterna, todo lo contrario, el S1 del mercado se desliza mucho mejor sin límite, entre lo real y lo imaginario.

6.2.2.C.III. Mandato de goce

Estos tiempos no son los freudianos: “No es indiferente que Freud hable de una cultura neurótica, y le dé en consecuencia un valor a la represión, mientras que Lacan se refiere a un mecanismo que tradicionalmente caracterizó la psicosis (...) que (...) corresponde al capitalismo tardío. ¿Sería entonces la de Freud una cultura más reprimida y esta, la nuestra, una más forclusiva? (Ons 2018, 60).

Esta caída del S1 delata una mutación en los ideales, es decir, que se hayan deteriorado los anteriores no significa que no haya otros.

Si anteriormente el Ideal quedaba encarnado por el amo, en este discurso el S1, caído del lugar del semblante, es representado por el mercado.

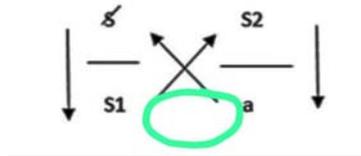
Ahora los mandatos giran en torno de un imperativo de goce (Schejtman 2004, 168), exigencia de felicidad, de consumo, del que se desprende un rechazo de la castración, lo que hace que sean tiempos más “psicotizantes”, y predominen modalidades de satisfacción superyoicas, y fundamentalistas.

El amo-mercado, al no estar encarnado, hace mucho más categórico su mandato de goce, porque está en todas partes: “En la orwelliana 1984 esa sociedad era consciente de que estaba siendo dominada; hoy no tenemos ni esa consciencia de dominación” (Byung Chul Han, 2018).

Al caer debajo de la barra se hace tan escurridizo el S1 que, incluso, queda incorporado en los individuos. En este sentido Byung Chul Han, ubica la idea de que el sujeto ya no es más explotado por un amo impuesto, sino que ahora se explota a sí mismo, y de este modo, cree que se realiza (Geli, 2018).

6.2.2.C. IV. Rechazo de la castración

Otra distorsión que trae este discurso es la ausencia de la doble barra entre la verdad y el producto.



Desde la lógica capitalista no hay lugar para lo imposible (Alemán 1993, 20).

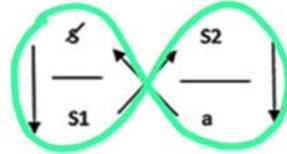
Como señalan algunos psicoanalistas, ciertas marcas deportivas captan esta orientación, por ejemplo, en el eslogan de Adidas se recorta del discurso del boxeador Muhammad Ali la afirmación: “Impossible Is Nothing”, elevándolo a una insignia capitalista, siempre se puede consumir un poco más, “Just do it” propone Nike.

Si se consideran algunos fragmentos del *Seminario X*, en los que Lacan articula la función del padre real con la transmisión de la castración, se extrae la idea de que el rechazo a la castración es producto del desarraigo del padre como ordenador, más allá de tal o cual padre le haya tocado a cada sujeto en suerte.

En palabras de Lacan: “Lo que distingue al discurso capitalista es eso: la Verwerfung, el rechazo, el rechazo fuera de todos los campos de lo Simbólico, con lo que ya dije que tiene como consecuencia. ¿El rechazo de qué? De la castración. Todo orden, todo discurso que se entronca en el capitalismo, deja de lado lo que llamamos simplemente las cosas del amor” (Lacan 1971-2, 61).

La ausencia de detención en el discurso capitalista propone una infinitización de su movimiento, con la que se hace evidente un rechazo a la castración, y por ende de una de las formas del amor que la implica. Byung Chul Han menciona que en esta época “Eros agoniza”, manifestándose en un deterioro de la dimensión del amor, pero también del erotismo y del encuentro sexual. De este modo, quedan reducidos a capitales del consumo, siendo la industria de la pornografía uno de sus ejemplos más claros.

Retomando, al estar ausente la doble barra entre la verdad y el producto, las flechas arman en su circularidad (Alemán 1993, 21) un ocho, un infinito (Alemán 2000, 103), señalando que al discurso capitalista nada lo detiene, “marcha sobre ruedas” (Lacan [1972b]), avanza sin límite, sin interrupción.

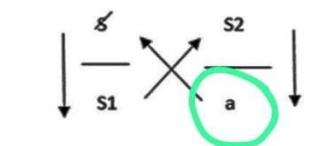


En esta secuencia queda evidente la forma en la que este discurso se retroalimenta a sí mismo, generando una fuerza que empuja un movimiento exigente, incesante, continuo, sin pausa, sin interrupción, lo que llama cada vez a más consumo, más novedad, más rapidez, más inmediatez.

En esta línea, Bauman en la *Modernidad Líquida* resalta que: “El corto plazo ha reemplazado al largo plazo y ha convertido la instantaneidad en ideal último. La modernidad fluida promueve al tiempo al rango de envase de capacidad infinita, pero a la vez disuelve, denigra y devalúa su duración” (Bauman 2008, 1).

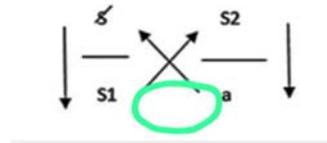
Siguiendo esta lógica, que se pretende infinita, inmediata y sin salida, Lacan ubicó que uno de los destinos posibles de este discurso era estallar (Lacan [1972b]), o bien podría hacer estallar a sus agentes con sus “cuerpos (...) despedazados para el intercambio” (Lacan [1967b] (2012), 389), sumergidos en una dinámica de exigencia de goce sin límites, en donde comandan el superyó y la pulsión de muerte.

6.2.2. D. El producto: la mercancía



6.2.2.D. II. El objeto que no se opone, ni se pierde

En el lugar del producto de cada discurso se deja en evidencia algo que se pierde.

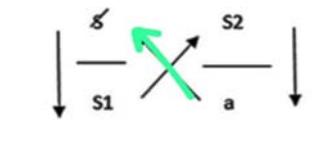


Al faltar la doble barra que representa la imposibilidad entre la verdad y el producto, el capitalismo no da lugar a la pérdida, el objeto vetusto se descarta y se reemplaza a la brevedad.

Entonces, otra distorsión que tiene este discurso es que el producto no se pierde, más bien si el objeto se vuelve obsoleto aparece uno nuevo que promete una mejor satisfacción.

Lacan, anticipándose a este tiempo, sostiene que “uno de los frutos más tangibles, (...) de lo que son los progresos de la ciencia, (...) es que los objetos a corren por todas partes, aislados, solitos y siempre listos para capturarlos en la primera vuelta de esquina. (...) aludo (...) a la existencia de lo que llamamos los mass-media, a saber, esas miradas errantes y esas voces retozonas por las que ustedes están muy naturalmente destinados a estar cada vez más rodeados — sin que haya para soportarlas otra cosa que [lo que está interesado] por el sujeto de la ciencia que se las vierte en los ojos y en las orejas (Lacan [1967]).

Siguiendo esta línea y para proponer otra lectura del vector que va del a al sujeto, es posible servirse de Byung Chul Han, en *Las no cosas*, en donde indaga el estatuto de los objetos digitales propios del capitalismo informático.



Allí sostiene, por ejemplo, que el objeto digital, en particular “al ser tan smart, hace invisible su intención de dominio. El sujeto sometido ni siquiera es consciente de su sometimiento. Se imagina que es libre” (Byung-Chul Han 2021, 41). Entonces, en estos casos, no es el sujeto el que utiliza el objeto, sino que el objeto “nos utiliza a nosotros (...) La continua accesibilidad no se diferencia en gran medida de la servidumbre (...) campo de trabajo móvil en el que nos encerramos voluntariamente” (Byung-Chul Han 2021, 39).

Por otro lado, el filósofo surcoreano, también remarca que el mundo tiene objetos, y recuerda que el significado etimológico de “objeto” está relacionado con oponerse, con lo cual el objeto tendería a ofrecer cierta resistencia, lo que implica un enriquecimiento de la experiencia porque exige un esfuerzo, un movimiento de los cuerpos.

Este rasgo, es un elemento que los objetos digitales del capitalismo parecen disimular, abriendo otra distorsión del objeto. Si bien, por un lado, los objetos digitales inauguran el tiempo de la circulación masiva de la información, por otro, empobrecen la experiencia porque “no tienen la negatividad del obicere (...) quita resistencia a la realidad (...) El smarthphone (...) escamotea las cosas del mundo al reducirla a información (...) exagera aún más la hipercomunicación, que todo lo allana, lo suaviza y, a la postre, lo uniformiza” (Byung-Chul Han 2021, 37-8). En este sentido, plantea una distinción entre el capitalismo industrial y el informacional, propio de este tiempo.

6.2.2.D. III. Gadget y letosas

Lacan para hablar del objeto del capitalismo se sirve en reiteradas ocasiones del término “gadget”. Esta palabra se traduce en castellano como artillugio.

En 1982 aparece un dibujito para niños llamado el Inspector Gadget, se trata de un detective despistado y suertudo, que es un Cyborg, es decir, tiene implantes biónicos por los cuales saca de su sombrero y de su cuerpo una serie de objetos que le sirven para resolver algunos inconvenientes, junto con la ayuda de su sobrina y su perro.

Rastreando la etimología del término “gadget”, que no es clara, en Wikipedia se cuentan dos anécdotas, la primera ubica sus primeras referencias relacionadas

justamente con el marketing, casi 100 años antes del Inspector Gadget, en 1884. Una empresa, denominada Gaget, Gauthier & Cía., involucrada en la construcción de la estatua de la libertad, para hacerle publicidad, saca a la venta versiones pequeñas de la estatua que quedan asociadas con esta palabra.

La otra anécdota hace referencia a un libro de Robert Brown de 1886, en el que el gadget alude a un objeto que resulta imposible de recordar su nombre, es decir, conserva alguna relación con el olvido, con lo perdido.

Lo peculiar de esta anécdota es que recuerda una de las “astucias” del discurso capitalista, y es que ofrece una solución mentirosa al objeto perdido freudiano. El gadget promete restablecer la relación entre el sujeto y el objeto, ofreciendo completar al consumidor.

En este sentido, según Lacan en *La tercera*, el gadget se presenta como un síntoma más de la relación sexual que no hay, pues hace de “tapón de la inexistencia de la relación sexual” (Brodsky 2019), pretende hacerla existir.

Además de gadget Lacan, en el *Seminario XVII*, utiliza el término “letosa” (Lacan [1964-65] (2006), 170 y 173) para designar el objeto de la ciencia, insustancial que está por cualquier parte, “en cuanto a los pequeños objetos a minúscula que se encontrarán al salir, ahí sobre el asfalto en cada rincón de la calle, tras los cristales de cada escaparate, esa profusión de objetos hechos para causar su deseo, en la medida en que ahora es la ciencia quien lo gobierna, piénsenlos como letosas” (Lacan [1964-65], 174).

Entonces, estos objetos denominados gadgtes, algunos de ellos también letosas, son objetos de consumo, algunos intangibles, “producidos por la tecnociencia en la lógica del mercado, que prolongan los objetos a extraídos de lo real del cuerpo” (Soria 2020, 424-5), inciden directamente sobre el cuerpo, invitan a una satisfacción constante y ofrecen una ilusión metonímica, tramposa, de una plenitud, que dura poco.

6.2.2.D. IV. Hipermodernidad

Tomando algunas referencias de filósofos y sociólogos contemporáneos, se podrían localizar, a grandes rasgos, algunas fases históricas del capitalismo:

- La modernidad, producto de la revolución industrial, en la que aparece un predominio en la creencia de la libertad, la razón, la voluntad del hombre y su individualismo.
- La posmodernidad que se manifiesta hacia los '80 y se caracteriza por la "crisis de los grandes relatos" como definió Lyotard, o bien como la "era del vacío" según Lipovetsky, entre otras cuestiones.
- La hipermodernidad que se articula con el consumo global, con la exigencia de goce, de satisfacciones instantáneas y sin freno. Según Lipovetsky en *Los tiempos hipermodernos*, la hipermodernidad se trata de un movimiento que va del capitalismo de producción hacia el consumo y la comunicación masivos.

Considerando a la hipermodernidad como el rasgo de este tiempo, Miller propone, formalizarlo como discurso del siguiente modo:

Discurso hipermoderno

$$\begin{array}{ccc} a & \longrightarrow & \$ \\ \overline{S_2} & & \overline{S_1} \end{array}$$

Interesa remarcar que propone el mismo ordenamiento de elementos que el discurso analítico, pero desarticulados, y que el objeto se ubica en este discurso en el "cenit social", por eso aparece en el lugar del agente apuntando al sujeto, dice Miller que: "Hay una frase de Lacan que [...] señala el ascenso al cenit social del objeto a. [...] se ha levantado un nuevo astro en el cielo social, [...] entonces, de golpe me preguntaba si el objeto a no sería (...) la brújula de la civilización actual. ¿Y por qué no? tratemos de ver allí el principio del discurso hipermoderno de la civilización" (Miller 2003, 05/03).

Queda en evidencia que lo que orienta el discurso hipermoderno es el objeto, en tanto objeto de consumo. Una brújula desarticulada, sin norte, más que el del mercado, que exige una satisfacción continua y sin freno.

6.2.3. Síntesis

De lo dicho hasta aquí sobre el discurso capitalista, se remarcan los siguientes elementos que sirven para articular con el auge actual de la posición del niño-objeto, a saber:

- El sujeto no aparece dividido, atravesado por su inconsciente, ni por sus marcas.

Más bien se promueve una inflación de la lógica narcisista binaria amor-odio. El sujeto se presenta como consumidor universal, sumido en la lógica de la demanda, o bien caído como desperdicio del sistema.

El sujeto es un individuo centrado en su satisfacción solitaria. Esto, sumado al trastocamiento del orden simbólico, promueve lazos sociales lábiles, erráticos, o rígidos, como los fundamentalismos.

- La ciencia y la tecnología son las grandes y potentes áreas del saber contemporáneo.

Se desarrollan en la intersección de lo imaginario con lo real, desarticuladas de lo simbólico, reduciendo al sujeto a un objeto, de investigación o de consumo.

Es por eso por lo que el sujeto termina como objeto de goce del Otro, que en este caso sería de la tecnociencia, o como objeto desprendido del Otro o del sistema.

- El mercado es el amo del capitalismo.

Ya no está encarnado en “un” amo, sino que hay una pluralidad con una coherencia superyoica: el empuje al consumo, el mandato de goce.

Es decir, predomina la lógica del goce y la demanda en detrimento del deseo, de la falta.

- Los objetos en el cenit de lo social encarnan el plus de goce, sin límite.

No se articulan a la lógica de la pérdida, se vuelven un desperdicio y se descartan, pero inmediatamente surge uno nuevo para sustituir al anterior.

El desfile de objetos promueve una satisfacción solitaria, autoerótica y narcisista, por fuera de la lógica de lo subjetivo, de la determinación del significante, del inconsciente, del deseo, de la castración simbólica.

- La ausencia de la doble barra, entre la verdad y el producto, da como consecuencia una infinitización de este discurso que se manifiesta en un rechazo de la castración, y del amor que está atravesado por la castración. Se constata la presencia de otros amores, con un predominio imaginario, con una lógica más bien narcisista.

En síntesis, podría decirse que el hilo rojo que atraviesa el discurso capitalista, y se conecta con lo que se propone como la posición de niño objeto, es el rechazo de la castración que se manifiesta en todos los niveles mencionados de este discurso.

6.3. Otros efectos del discurso capitalista

Son innumerables las repercusiones del tiempo contemporáneo, a nivel social, humano, sintomatológico.

A la luz de lo planteado, a continuación, se mencionan algunas consecuencias en torno de la familia y el desplazamiento del lugar del niño en ella.

Finalmente se puntualiza un comentario sobre el niño generalizado.

6.3.1. En la familia

En occidente, hasta hace no mucho tiempo, el padre representaba una figura de autoridad. Dice Eric Laurent que ese padre: “Con su doble vertiente, (...) es al mismo tiempo amado y (...) es él quien priva de goce” (Laurent 2018).

Daniel Guebel en su libro *El hijo judío*, relata que la forma que la madre tenía de ponerle límites a los hijos era decirles que le contaría al padre sus travesuras, cuestión que solía efectivizarse, con las dolorosas consecuencias del caso.

Anteriormente, sobre el padre solía recaer la responsabilidad de proveer los medios económicos para el sustento del hogar, la madre era la encargada de la crianza de los hijos. Es decir, estos roles generaban una diferenciación de los lugares, padre, madre, hijos.

Además, para que un hombre se hiciera padre (y merecedor del respeto de sus hijos dijera Lacan), primero tenía que hacer un rodeo, como hombre, haciendo de su mujer un objeto causa de deseo, en el mejor de los casos.

Esto se enlaza con cierta modalidad materna que, como mujer, puede relativizar su ser madre, en tanto y en cuanto encuentre “el significante de su deseo en el cuerpo de un hombre” (Miller 2005), estableciendo una distancia “de rescate” (Schweblin 2014), entre madre e hijo, entre madre y mujer.

No se trata de idealizar el pasado, sino de situar un contraste con la actualidad, pues sería ingenuo creer que este tiempo no es, en parte, una consecuencia de aquel.

Brousse plantea que la actualidad, podría caracterizarse como un “Imperio de lo materno”, y sostiene que, ante la declinación del Nombre del padre, surge la madre, haciendo sin el padre, articulada a lo social, más que a un hombre.

Entonces, esta época demuestra que no necesariamente es en el cuerpo del padre de sus hijos donde la madre encuentra el significante de su deseo, es más, a veces ni siquiera es en el cuerpo de otro sujeto en donde encuentra un más allá de la maternidad.

6.3.1.A. Viñeta

A la luz de estas coyunturas, un breve fragmento clínico.

Una pareja consulta por su hija de 4 años que tiene un cuadro de inhibición respecto del habla. De hecho, habla perfectamente pero solamente lo hace con algunas personas específicas de su entorno, su padre, su madre, y otras mujeres.

Al tiempo de iniciar el tratamiento, la madre comienza clases de canto, cuestión que tenía postergada desde hacía tiempo, y le convocaba gran interés.

El movimiento materno no está dirigido a un hombre, pero marca una instancia de separación entre madre e hija, lo que genera una torsión posible, y la pequeña inhibida se anima a hablar ahora con su analista, cosa que no venía haciendo, lo que no le impedía el juego.

Más adelante, luego de una entrevista con la madre, en la que se ubica la relación de la inhibición de la niña con el fantasma materno, en el que se condensan

silencios y secretos dolorosos de su familia de origen, ella inicia un tratamiento analítico.

Luego de esto, la niña pone en fila a sus amigos del jardín para que “en secreto” escuchen su voz, surgiendo el significante “secreto” como tema de juegos en el tratamiento, lo que abrirá nuevas aristas en el análisis de la pequeña.

Hasta aquí esta viñeta, en la que se producen ciertos movimientos que, en este caso, no son ajenos a los que va haciendo el Otro primordial. Pero no necesariamente desde la lógica en la que una madre puede relativizar su maternidad, encontrando el significante de su deseo en el cuerpo de un hombre, sino en actividades artísticas y psicoanalíticas, y poniendo en juego su división subjetiva.

Este caso, en particular, demuestra también que, “el niño no sólo colma, también divide” (Miller 2017), en este caso, el mismo niño que en un principio colmaba, en un momento empieza a dividir a la madre. Y a veces, ni la posición de niño-objeto, ni la relación de la madre con la castración, son inamovibles a lo largo del tiempo, lo que no significa que sus coordenadas particulares sean sin consecuencias.

6.3.1.B. Equivalencias que no son iguales

El padre ya no impacta en la familia de la misma forma (Lacan [1971-72] (2011), 204).

No sólo los avances científicos, también los legales y sociales, logrados sobre los derechos de las mujeres y del niño, han generado un trastocamiento en las funciones parentales.

Por ejemplo, el hecho de que la madre trabaje tanto como el padre, entre otros asuntos, hace que ambos miembros de la pareja estén mucho más involucrados en la crianza de sus hijos que antes, (cuestión que se valora porque sería un poco más difícil que algunas mujeres escriban tesis de maestría, de lo contrario).

Entonces, ya no es la madre la única encargada de la crianza de los hijos, tampoco es el padre el que provee exclusivamente los medios económicos para mantener a la familia.

Brousse en *La mutación de la función paterna hoy* ubica que, en la actualidad, los padres están más presentes en el cuidado cotidiano, lo que genera un incremento del amor imaginario, en detrimento de su jerarquía y autoridad.

Debido a diversas ocupaciones de ambos padres, aparece la culpa mucho más presente en la dinámica parental, que se articula con cierta dificultad en la puesta en juego de los límites con los niños.

A esto se le suman los ideales de moda sobre crianza contemporáneos, que delatan la prevalencia de un mayor registro y obediencia de las necesidades de los pequeños; por ejemplo, según ciertas corrientes sería ideal que sea el niño quien decida dejar la teta, el chupete, los pañales, la cama de los padres. Así como también sería ideal no marcar a los niños imponiendo criterios heteronormativos.

Entonces, madre y padre trabajan casi por igual, las responsabilidades de la crianza son compartidas, surge un discurso mucho más complaciente con las necesidades del niño, que implica un corrimiento de la puesta de límites simbólicos, y una dispersión en la diferenciación de los lugares. Los padres siguen siendo amados, pero no necesariamente privan el goce.

Coherente con la igualdad que fomenta el discurso capitalista, (por la que todos tenemos los mismos derechos para consumir, no así la capacidad material para hacerlo), en la heterogeneidad de las familias contemporáneas se constata una nueva ficción, una especie de aspiración a cierta equivalencia de los lugares de sus miembros, no sólo de la madre con el padre, sino también de los hijos con ellos.

Esta equivalencia, es más bien una tendencia, pero no es un igual para todos, el padre aparece modificado respecto de su lugar anterior de autoridad, está más maternalizado, la lógica materna impera, y el niño se eleva como objeto de ambos padres (Brousse 2017).

Hoy en día, entonces, el niño no sólo es objeto causa del deseo de la madre, también lo es del padre.

Antes los hijos eran objetos deseados para el padre, pero no sus objetos causa (Brousse 2017). Es decir, si antes, un hombre tenía que hacer un rodeo para tener hijos, haciendo de una mujer el objeto causa de su deseo, ahora, en cambio, hay un vector directo que une a padre e hijo.

En relación con eso, Brousse constata un menoscabo en el deseo sexual entre las parejas parentales contemporáneas, sumando el hecho de que la concepción de

los hijos ya no queda exclusivamente articulada al acto sexual. Si bien puede haber mucho amor entre los padres, (sean dos hombres, dos mujeres, o uno y uno) por lo general si hubiera un deseo sexual se dirime por fuera de la pareja (Brousse 2017), retorno hipermoderno de la degradación de la vida amorosa.

Definitivamente, los aportes de la ciencia tienen injerencia en las modificaciones de la estructura familiar: “Alquiler de vientre, donación de esperma, óvulos o embriones congelados, entre otras, son formas de asociación entre la ciencia, el culturalismo –en su aspecto más funcionalista– y el mercado” (Ons 2018, 70).

Los avances tecnocientíficos permiten el acceso a lugares impensados, pero no sin consecuencias. Más allá del deseo inconsciente que puede tener un sujeto de tener un hijo, en términos de contexto, el niño por venir es gestado desde un caldo capitalista en el que, pagando su costo, se lo concibe manipulándolo en un laboratorio como un objeto, saturando una necesidad de quien lo demanda.

Yendo al núcleo del efecto, más allá de cualquier consideración moral, con la fecundación artificial la maternidad queda desarticulada del acto sexual. Una mujer o un hombre pueden hacerse madre⁶ sin pasar por el encuentro sexual con otro.

Ya no es necesario que una mujer tenga relaciones sexuales para tener hijos, es decir, que tampoco es fecunda condición que un hombre haga de su pareja su objeto causa del deseo.

Incluso yendo más lejos, ni siquiera es necesario que la madre ponga su cuerpo, se puede alquilar un vientre que conciba el bebé. También se puede elegir el pelo, la piel, el sexo, los colores de ojos que va a tener ese niño, por gusto o para que tenga un genotipo similar al de los padres.

Otra vez amor a demanda y en espejo, con predominio de lo real e imaginario, lo que denota la coyuntura de niños objetalizados, al menos desde este eje.

⁶ Como ya se dijo en el capítulo cuatro, más allá de que sea un hombre, una mujer, o alguien no binario, quien encarne el lugar de la madre, resulta importante sostener la referencia a la materno, pues hace alusión a lo primario, siendo lo paterno una referencia a una instancia segunda que viene a intervenir sobre lo primero.

Aldous Huxley en su novela de 1932 *Un mundo feliz*, relata una realidad distópica en la que el capitalismo ha triunfado, el consumo, la tecnología, la seguridad, el orden, la comodidad, la paz y la felicidad gobiernan a los seres vivientes.

En su mayoría, las personas son creadas artificialmente en un laboratorio con una técnica que los reproduce en cadena de montaje, y que genera en los humanos una distinción de castas, cada una con funciones específicas en la sociedad.

El sexo es absolutamente libre, se presenta desarticulado del amor, y de la parentalidad, pues deja de ser la causa de la procreación debido a un método anticonceptivo.

Hay un personaje que plantea un contraste, un “salvaje” producto del encuentro sexual de un hombre con una mujer, en el que falla el método anticonceptivo. Este personaje trágico abre una serie de interrogantes, que darán curso al desarrollo de la novela.

Volviendo a estos tiempos, es posible advertir que la tecnociencia avanza en esta dirección. En materia de reproducción, deja de ser condición, para concebir un hijo, tener un encuentro con el otro sexo, y es cuestión de tiempo para acercarnos a *Un mundo feliz*, y que deje de ser necesario poner cualquier cuerpo para gestar. En cambio, el encuentro con la ciencia será ineludible, transformándose en la candidata a ser el próximo Otro primordial de los niños-objeto del futuro.

Los artistas, ya lo dijo Lacan, llevan la delantera. En esta novela no sólo pueden palpase las consecuencias de la declinación del Nombre del Padre sino también las de la función materna. Quizás sea una de las tareas para el porvenir de las formalizaciones psicoanalíticas, empezar a profundizar no sólo en la declinación del Nombre del padre, sino también en la del Deseo materno, y sus consecuencias en la constitución del psiquismo de los hombres.

Para ir finalizando, se resaltan tres consecuencias de las modificaciones de la estructura familiar:

- La familia conyugal moderna aparece armada en torno a la equivalencia de los miembros de la familia.
- Desde esta equivalencia se eleva el lugar del niño al de objeto para ambos padres.

- Se produce un menoscabo en el deseo sexual que concierne a la pareja contemporánea. La reproducción no necesariamente se articula al acto sexual.
- Surgen otras formas de amor, en las que prevalece una dimensión más bien imaginaria.

6.3.2. En el niño

Eric Laurent sostiene que es necesario considerar la reconfiguración de las familias a partir del objeto a.

Desde esta coordenada, en lo que respecta a la actualidad, se establecen las familias, pues: "El niño (...) viene al lugar de un objeto a, y es a partir de allí cómo se estructura la familia (...) ya no se constituye a partir de la metáfora paterna, que era la cara clásica del complejo de Edipo, sino enteramente en la manera en que el niño es el objeto de goce de la familia, no solo de la madre, sino de la familia y más allá, de la civilización. El niño es 'el objeto a liberado', producido. Este objeto a que el niño realiza" (Laurent 2007a, 46).

De esta forma, el niño queda identificado con el objeto en el cenit, de la civilización en general (como lo señala Lacan con la expresión de niño generalizado), y en particular de lo familiar, entonces: "El drama familiar debe ser retomado a partir del lugar de este tapón que revela el objeto (a) "liberado" por el significante del Otro barrado" (Laurent 2007c, 23).

Alejandro Daumas, en su texto *El niño, el goce y el objeto a*, retoma la propuesta de Laurent, ubicando al niño como "objeto liberado" en la familia, de este modo "el niño vendrá a ocupar el lugar de objeto identificado con el cenit del objeto en la civilización, va a distribuir el goce en la familia de una manera distinta" (Daumas 2009, 98).

Daumas sostiene que este objeto liberado puede asumir la modalidad de objeto desecho, o bien "objeto de lujo" que termina manifestándose en algunos casos como "tiranos narcisistas", es decir, niños alienados a un imaginario, que no arman lazo con el Otro, pero exigen su reconocimiento, pues están sostenidos desde un "exceso de mirada". En esta enajenación imaginaria, "el sujeto se debate por hacer

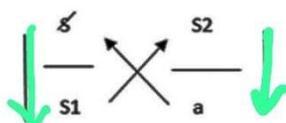
de él, su yo mismo” (Daumas 2009, 99), tal como el sujeto del discurso capitalista, podría agregarse.

La preponderancia de la mirada sobre el niño se relaciona con toda una serie de fenómenos de la época que delatan un predominio de lo imaginario, que, a veces, viene articulado a lo real (aunque no necesariamente), y generalmente desarticulado de lo simbólico.

Silvia Ons en *El cuerpo pornográfico* plantea que: “Si bien la mirada sobre el niño adquiere distintos ribetes –ora se lo coloca en la palestra ora en el trono–, su figura es central en nuestra contemporaneidad. Los niños son mostrados cual oropeles, como piezas de un valor inestimable, y las actrices los exhiben en fotos costosas o cubren sus rostros (...) Todos quieren ser padres sin importar cómo: con una pareja del otro sexo, del mismo sexo o sin pareja alguna” (Ons 2018, 70).

6.3.3. En el niño generalizado

Lacan señala que el discurso capitalista, tal como las flechas externas lo indican, “tira para abajo” (García 1983).



Siendo algunos de sus efectos, aparte de la depresión generalizada, las modificaciones en la estructura familiar, el lugar del niño como objeto, las patologías del consumo (bulimia, anorexia, adicciones, ansiedad-depresión) y la segregación. Interesa resaltar aquí, la segregación para ubicar su relación con la referencia al niño generalizado.

6.3.3.A. Segregación

La segregación puede relacionarse desde dos ópticas, como una operación intrínseca de la constitución subjetiva, y como fenómeno social.

En relación con la primera perspectiva, se articula con una de las operaciones de constitución subjetivas, denominada por Freud como rechazo primordial, de mociones pulsionales primarias, base del juicio de atribución.

Operación releída por Lacan como forclusión de significantes, base de las diferencias estructurales. La forclusión como concepto tiene un correlato clínico que son sus retornos, pues lo rechazado en lo simbólico retorna, y no de cualquier manera, sino en lo real.

Lacan en el texto *La agresividad en el psicoanálisis* plantea el narcisismo y el estadio del espejo como fundamento de la agresividad, en donde ubica un núcleo paranoico constitutivo del yo.

En ese mismo texto utiliza el concepto de “kakon”, cuya etimología griega remite a “malo”, para referirse a un fenómeno de angustia que genera gran malestar en el sujeto, predominante en algunos pasajes al acto en la psicosis, en el que se pone en juego el objeto “malo” kleiniano, “con respecto al cual el sujeto no deja de querer separarse (...) Es un cuerpo que goza, marcado por afectos poderosos, principalmente la angustia” (Laurent 2016).

Es decir, la segregación y la violencia, como constitutivas, también pueden leerse desde la lógica del narcisismo, que favorece dinámicas binarias, con las que se hace del yo el primer objeto de amor, mientras que lo otro, lo que no es “sí mismo”, lo distinto, queda asociado a lo odiado y lo malo, expulsando allí no sólo lo distinto al yo, sino también, el “kakon”, restos propios que son percibidos como ajenos.

Miller en *Extimidad*, resalta algo de esto cuando explica el racismo, afirmando que: “Se odia (...) la manera (...) en que el Otro goza (...) Si el problema tiene aspecto de insoluble, es porque el Otro es Otro dentro de mí mismo. La raíz del racismo desde esta perspectiva es el odio al propio goce” (Miller [1985] 2010, 53 y 55).

Entonces podría plantearse que la segregación hunde sus raíces en operaciones estructurales, en primera instancia, y que, además, puede tomar el estatuto de fenómeno social.

Siguiendo esta lógica, Lacan sostiene, en *Nota sobre el padre*, que la evaporación del padre se relaciona directamente con la segregación.

Además, sostiene que los mercados comunes, que promueven la universalización subjetiva y de goce, serán balanceados “por la extensión cada vez más dura de los procesos de segregación” (Lacan [1967] (2012), 22), pues la segregación reintroduce

“en lo real la diferencia forcluida por la homogeneización científica de los mercados” (Najles 2010).

En la búsqueda de lo común, de la igualdad, se encuentran movimientos sociales que, con las mejores intenciones, luchan por los derechos de grupos, minoritarios o no, que sufren discriminación en ciertos ámbitos, conquistando visibilidad y nuevos derechos para quienes antes no gozaban de ellos, como por ejemplo las mujeres en el terreno laboral.

En relación con estos movimientos, a veces, brotan oleadas de violencia alarmantes, masivas, que abren el interrogante sobre si de estos fenómenos pueden deducirse como correlatos de estas luchas. Lejos de proponer volver el tiempo atrás, se pretende circunscribir, sin ingenuidad, algunos de sus efectos.

En relación con esto Silvia Ons sostiene que “lo que antes era considerado inadmisibile, hoy es aceptado (...) se le da la bienvenida a la sexualidad en sus distintas variantes y lo que otrora era censurado es ahora acogido. En nombre de la tolerancia, los goces son permisivos, nadie tiene derecho a objetarlos. La única perversión reconocida como tal es la pedofilia, las demás, si hay consentimiento, se aprueban. Tal aceptación corre paralela con la intolerancia más extrema, la violencia que se expande, los vínculos que se rompen, los lazos amenazados por la disgregación. Cabe pues preguntarse si estos aspectos no tienen cierto punto de relación y cuál es la razón por la cual el llamado a la tolerancia convive con una violencia pronta a manifestarse” (Ons 2018, 69).

6.3.3.B. Niño generalizado

En *Alocución sobre las psicosis del niño*, Lacan menciona el término “niño generalizado” articulado con la segregación del siguiente modo: “¿Extraemos la consecuencia de un término como el del niño generalizado? (...) He ahí lo que signa la entrada de todo un mundo en la vía de la segregación” (Lacan [1967b] (2012), 389).

En primer lugar: ¿Qué sería el niño generalizado?

Lo generalizado podría apuntar a ese “inmenso gentío”, que Lacan menciona en las jornadas sobre psicosis infantil, dimensión en la que el sujeto queda sumergido

en la mismidad, lo común, lo universal, que está en los fundamentos del empuje al goce a todos por igual, todos presos del consumo-consumidos, aeropuerto de la lógica contemporánea, desubjetivada, anónima, sin lugar.

Por otro lado, en esta época se constata, en línea con el rechazo a la castración y a la muerte, un embelesamiento por la juventud, Lipovetsky resalta, en *La era del vacío*, un empuje contemporáneo hacia la aspiración de ser perdurablemente joven... ¿y qué mejor emblema de la juventud que el niño?

Tanto el niño como el púber y el adolescente encarnan, de distinto modo, un estado de sujeción al Otro, y cierta irresponsabilidad. El niño inmerso en el narcisismo depende del Otro porque aún no se ejecutaron ciertas operaciones de separación, y por eso no dueló su lugar de falo, u objeto del Otro.

De este modo, “niño generalizado” representa una posición frecuente que descansa en una dificultad para asumir una relación de responsabilidad respecto de los propios actos, y las propias palabras. Podría plantearse que lo generalizado remite a la extensión de esta posición infantil en los sujetos contemporáneos, cualquiera sea su edad.

En segundo lugar: ¿cómo se relaciona el niño generalizado con la segregación?

El niño, al no haber atravesado el Edipo, no se rige por el funcionamiento de la represión secundaria.

Por ende, ante el predominio de lo pulsional, es lógico que tengan algunos momentos en los que prevalece el capricho, la impulsividad sin medir las consecuencias de sus actos, cierta crueldad, característica del narcisismo, de la etapa anal, de la lógica de la demanda, desde donde pretenden imponer el goce propio al otro, sin mediación.

En la novela *El señor de las moscas*, se cuenta la historia de un grupo de jóvenes que queda solo en una isla desierta, producto de un accidente, entonces tienen que intentar organizarse para sobrevivir, en esta historia se grafica de un modo extremo las crueles consecuencias de que los niños vayan al mando.

Cualquiera sea la edad del ser hablante, el niño generalizado remite a un sujeto sujetado al Otro, que en este caso es el discurso capitalista.

Como se dijo, en este discurso, cuando el sujeto queda objetalizado como otro objeto de intercambio a ser consumido, esto lo conduce hacia el camino del desperdicio, es decir caído del Otro.

En este punto, de alguna manera, la vida del sujeto pierde valor por el predominio del goce y la pulsión de muerte. Entonces ¿qué valor puede tener la vida del otro para quien el valor de la propia vida está depreciado? El sujeto en la vía del desperdicio es un candidato para la violencia, la segregación, tanto en posición activa como pasiva.

Ahora bien, esta modalidad de agresividad no es privativa de la niñez, en la actualidad también se hace presente en la adolescencia con el bullying, las cancelaciones y los escraches. Y desde ya tampoco queda ahí, algo de esto alcanza a los adultos en los movimientos que se vuelven extremistas, fundamentalistas, radicales.

Entonces, “niño generalizado”.

Una viñeta

Consulta una pareja de padres separados, por la hija adolescente, que viene teniendo desde pequeña problemas sociales.

Desde hace unos años la madre establece una pareja con un hombre. El padre empieza a tener conflictos con su hija, particularmente desde que ella tiene su primera menstruación.

En las entrevistas con la paciente, son frecuentes las referencias a una ausencia de registro de los padres sobre sí misma. Por otro lado, cuenta sobre sus dudas sobre su identidad sexual, ideaciones suicidas, trastornos alimentarios y autolesiones.

En este contexto, empieza la secundaria, arma un grupo de pertenencia, establece con una chica en particular un vínculo absoluto; su amiga, muy popular en el colegio, empieza a ser “todo” para ella. Por primera vez en su vida tiene un lugar social escolar, “popular”, de reconocimiento.

Luego de una pelea violenta, el vínculo entre padre e hija se interrumpe, por decisión de ella. Al tiempo, su amiga le cuenta que quiere engañar al novio, ella le dice que lo haga, la amiga lo hace, el novio la descubre por un comentario de la

paciente, y la amiga denuncia ante todos los enterados, que engañó al novio por la influencia que ejerció su amiga sobre ella.

Inmediatamente, no sólo su grupo de amigos se le viene en contra, sino todo el colegio. Se le retira la palabra de forma taxativa, es decir la “cancelan”, por ser “mala amiga”, y vuelve a ser foco de nuevas situaciones de bullying.

Algunos compañeros le proponen sostener una amistad, pero sólo si lo hacen en secreto, por temor a ser cancelados también.

En este caso se constata un predominio de lo imaginario, sin sostén, y algo del orden de la posición de niño-objeto desecho, no de forma radical, puesto que la familia se involucra de alguna forma con los síntomas de la joven, al menos solicitando un espacio para que sea escuchada por un psicoanalista.

Sin embargo, se constata el modo en el que reproduce y absorbe un retorno social segregativo, de ese lugar que encarna, por el que queda caída de los lazos sociales.

6.3.4. Síntesis

Los miembros de la familia aspiran a una equivalencia de sus lugares, y uno de sus efectos es que el niño se eleva, como objeto, no sólo en el cénit de lo familiar, sino en lo social también.

Por esto, Lacan plantea que el niño generalizado, cualquiera sea la edad del ser hablante, queda directamente relacionado con fenómenos de segregación que empiezan a pulular por diferentes ámbitos sociales.

De alguna forma, esta segregación también forma parte del núcleo de la posición del niño objeto, en tanto allí se produce un rechazo, a veces transitorio, a veces estructural, a veces intermitente, de la castración simbólica, por ende, de la división subjetiva.

Ahora bien, aquí se propone considerar el niño generalizado, no solo como una posición articulada a la violencia, sino también como posición subjetiva que se manifiesta con frecuencia en las consultas actuales.

6.4. Conclusiones

Ahora bien, habiendo recorrido algunas lecturas que se deducen del modo en el que Lacan escribe el discurso capitalista, y considerar sus efectos, resulta pertinente resaltar que el psicoanálisis no es una sociología, ni una filosofía, ni una rama de la historia, es una práctica que busca diferentes modos de formalizarse.

Silvia Ons remarca que, desde el psicoanálisis: “Hay dos análisis de los síntomas de la época. En uno, se rescata un pasado utópico glorioso y se lee un presente apocalíptico marcado por lo que ya no es. La nostalgia por el padre signa ese punto de vista” (Ons 2018, 69), desde aquí, se desconoce que este tiempo es una consecuencia del anterior anhelado, y, además, uno de los peligros del psicoanálisis es replegarse en una clínica que intente reactivar el discurso del amo, y “reconstruir el inconsciente de antaño” (Miller 2004).

El otro análisis de la actualidad, para Ons, recae sobre una posición más progresista en la que se pretende un psicoanálisis inclusivo que le dé “cabida a lo nuevo. Desde este enfoque, el carácter no adaptativo o incluso crítico del psicoanálisis es considerado retrógrado” (Ons 2018, 69), desde aquí, uno de los riesgos que se corre es que la ideología de quien practica psicoanálisis oriente las curas, y que el psicoanálisis termine diluyéndose en la funcionalidad de los discursos de moda.

Ni las madres, ni los padres, ni sus hijos están exentos de las épocas en las que existen. Dentro del campo de la sobredeterminación subjetiva, el contexto social tiene su lugar y será traducido por cada parlêtre de un modo particular, entre otras variables.

Avanza el capitalismo de un modo inversamente proporcional a la operatividad del padre simbólico y real.

El discurso capitalista, es funcional al avance tecnocientífico, ambos van repercutiendo en transformaciones sociales, por ejemplo, en la reestructuración de la familia.

Los sujetos que nacen en estos tiempos son hijos de padres afectados por las coordenadas capitalistas. En términos sociales el niño por venir es gestado desde un caldo capitalista en el que se lo manipula como un objeto, saturando una necesidad de quien lo demanda. Desde aquí, tal como el gadget, el niño-objeto

reproduce la dinámica de los objetos plus de goce, caracterizados por un más, por un intento de recuperación del goce originario perdido, más que por su negativización.

Con lo cual, sin lugar a duda, el capitalismo funciona como un terreno que fomenta la propagación y el sostenimiento de la posición de niño objeto.

Por otro lado, los miembros de la familia se presentan desde una pretendida equivalencia de sus lugares, y uno de los efectos de esto es que el niño deja de ser objeto causa del deseo sólo de la madre, pasando a serlo también del padre. Otro reforzamiento de la posición de objeto desde la estructura familiar.

La posición del niño como objeto para sus padres en el cenit de lo familiar, la equivalencia de los miembros de la familia, la retirada del lugar de autoridad del padre, van dando lugar al tiempo del "Imperio materno".

En la predominancia de la función materna actual, se constata una inclinación particular, por la cual su alternancia entre presencias y ausencias se relativiza, quedando preponderantemente fijada en alguna de ambas.

Podría plantearse que el Imperio materno viene de la mano de la declinación del Deseo materno.

Tal como la luna, el imperio materno presenta dos caras. La iluminada, que enceguece por su presencia masiva, y que se condice con la posición de niño-objeto en torno de objeto de goce del Otro, o bien como falo imaginario, siendo el exceso de la mirada materna una de sus manifestaciones. Mientras que, en el lado oscuro, no por ello menos evidente, se constata una ausencia radicalizada del deseo materno, que es funcional a la posición de niño-objeto desecho.

Si bien algo del deterioro del Deseo materno queda más evidente en "el lado oscuro de la luna", con la referencia a la madre fálica, Lacan establece una articulación entre ambas caras, indicando que ese objeto que la madre manifiesta como lo más importante para ella, es el mismo que deja caer (Lacan [1962-3] (2006),136).

Entonces si el Deseo materno implica una variación entre la presencia y la ausencia del Otro primordial, se propone considerar que la rigidización en alguno de los polos de la alternancia, delata un signo de la declinación del Deseo materno.

En el *Seminario XIX* Lacan articula el discurso analítico con la castración simbólica y desliza un interrogante, sobre si esta articulación no responde a una coyuntura histórica que podría pasar de largo (Lacan [1971-72] (2011), 76), también, mucho antes en el *Seminario III*, menciona algo de esto cuando afirma que en dos o tres generaciones nadie va a dar pie con bola (Lacan [1955-6] (2009), 455), o en la Conferencia en Milán: “yo creo que no se hablará del psicoanalista en la descendencia” (Lacan 1972b).

Entonces, si este tiempo se caracteriza por el rechazo a la castración, ¿es una especie en extinción, la de los practicantes del psicoanálisis? ¿Más allá de la perspectiva conservadora y progresista, podrá el psicoanálisis sobrevivir o reinventarse?

El psicoanálisis nunca existió por fuera de su contexto, no es enemigo de la ciencia, no existe por fuera del capitalismo, “somos parte del mundo (...) no estamos en una posición de observadores del mundo (...) somos un producto de esta época” (Brodsky 2019).

El psicoanalista en tanto sujeto no puede sino acompañar a su tiempo, ya sea porque se le oponga, tanto como porque le resulte indiferente, lo celebre, o se sirva de alguna forma de los logros del avance de la tecnociencia.

Pero sobre todo el psicoanalista acompaña a su tiempo como practicante, pues recibe en el consultorio sujetos afectados por modalidades sintomáticas que emergen mucho más del lado del goce que del deseo, los síntomas contemporáneos son una prueba, y la posición de niño objeto, también.

Con los avances de la tecnociencia, y el consumo, surgen novedosas formas de desmentidas de la sexualidad y la muerte, con lo cual podría afirmarse que lo real ya está “desbocándose” (Lacan [1975a] (2007), 87).

Entonces, “el futuro llegó” (Patricio Rey 1987), y la misión del psicoanalista es “hacerle frente” (Lacan [1975a] (2007), 87), puesto que: “El psicoanálisis fue inventado para responder a un malestar” (Miller 2005, 46), y por más espejitos de colores que se ofrezcan, esta época no está exenta del malestar, este mundo es tan feliz como el de Huxley, el *pathos* sigue ahí.

Que el psicoanálisis le haga frente al tiempo contemporáneo, implica que el psicoanalista tiene algo para ofrecer. Si el gadget se eleva como objeto al cenit de lo social, y si el sujeto llega en posición de niño-objeto, el analista disputa el objeto

(Schejtman 2007⁷). Miller sostiene que: "Este objeto-psicoanalista está disponible (...) en el mercado, (...) y se presta a usos muy diferentes que aquel que se concibe bajo el término de "psicoanálisis puro" (...), versátil, disponible, multifuncional" (Miller 1999).

En este sentido, el psicoanalista disputa el lugar de objeto para hacerlo causa de trabajo analítico, es decir, para hacer lugar a "un goce circunscripto, del que se puede hablar, y que Lacan llamó "el núcleo elaborable del goce". De esa elaboración, queda un resto que ni el Nombre del Padre, ni el gadget, ni el psicoanálisis mismo, logran escribir la fórmula. Pero a esa imposibilidad, sólo el psicoanálisis la deja al descubierto. Y eso hace a la diferencia (...) para interpretar el malestar de la cultura actual" (Brodsky 2019).

De este modo, el psicoanálisis apunta a reintroducir la doble barra que el discurso capitalista excluye, y en este punto, apuesta a intervenir sobre el régimen pulsional.

⁷ Grupo de estudio coordinado por Fabián Schejtman sobre las fórmulas de la sexuación.

7. SÉPTIMO CAPÍTULO: Conclusiones generales

Para abordar las coordenadas de la posición de niño-objeto, en esta tesis se abrieron tres vías de investigación:

1. La primera recorre la constitución de los objetos en el despliegue subjetivo, desde los aportes de Freud y desde los de Lacan.
Su finalidad es identificar las operaciones que los hacen posibles, y circunscribir los diferentes objetos, para delimitar cuáles serían aquellos a los que un sujeto podría quedar identificado en su posición.
2. La segunda vía incluye el modo en el que un niño puede ser concebido y posicionado como objeto, es decir, se analizaron no sólo las condiciones necesarias desde el Otro primordial que favorece este lugar, sino también las particularidades del sujeto que consiente a esta posición. Y se propusieron tres variedades de la posición de niño-objeto.
3. En la tercera, se articula la posición de niño-objeto con las coordenadas de la época, destacándose el objeto como un concepto fundamental para abordar la clínica psicoanalítica en la actualidad.

Entonces, en la primera línea de investigación se tuvo como eje las transformaciones que van sufriendo los objetos en el devenir de la constitución subjetiva.

Freud, partiendo del objeto perdido, que da por resultado la ausencia de un objeto adecuado para la satisfacción, percibe dos órdenes diferentes del desarrollo libidinal que se cruzan y se separan de diferentes formas.

A veces el acento recae en los objetos pulsionales parciales, otras en los objetos que encarnan el yo y los otros del sujeto, siendo las interpretaciones del inconsciente y del síntoma, las que funcionan como puentes entre ellos.

Entonces utilizando esta triple referencia al objeto, se articularon tres cortes lógico-temporales (cantidad, cualidad, complejidad), con diferentes operaciones que dan surgimiento a la variedad de objetos en el devenir subjetivo.

Con Lacan, se parte de la base de que, a nivel estructural, el sujeto se precipita al lugar de objeto en los comienzos de su constitución. Luego, los objetos y su (no) relación con el sujeto, se desplegarán entre la manera contingente en la que cada

sujeto pueda advenir y las coordenadas que ofrezcan los Otros, en un movimiento dialéctico entre realismo y determinación.

Se utilizó la lectura de Fabián Schejtman sobre el objeto a, en la que se recortan cinco versiones: el objeto perdido, su marca, los objetos pulsionales, el objeto causa del deseo, y los objetos de amor.

Entonces, tanto en la transmisión de Freud, como en la enseñanza de Lacan, incluso considerando los desarrollos de psicoanalistas que vinieron después, queda de manifiesto que no es unívoco el concepto de objeto.

Esto permite empezar a concluir que se puede estar en posición de objeto desde distintas coordenadas, encarnando diferentes objetos. Y en el devenir subjetivo esta posición puede darse de forma transitoria, permanente, o variable.

Desde la segunda línea de investigación se rastrearon cuáles podrían ser las condiciones lógicas provenientes del Otro, para que un sujeto permanezca en posición de objeto materno.

Se planteó que un niño en posición de objeto es recibido por un Otro primordial que no puede poner en juego algo del orden de la castración simbólica, ya sea por una cuestión estructural, defensiva o contingente.

Por esto, se propuso considerar que el sujeto que encarna el Otro primordial del niño-objeto se encuentra detenido en una resignificación de su tercer tiempo del fantasma, en el que se extrae un objeto privilegiado (niño), que le da una fijación al sujeto (madre), pero aún no está puesto a distancia por la operación de la castración.

De aquí se deduce una dificultad, desde el Otro, para activar un intervalo entre la madre y su hijo, que ubique tanto un más allá del hijo, de la maternidad, como un lugar diferencial para alojar al niño.

Entonces, debido a la inoperancia de la función del intervalo, estos casos dejan en evidencia la declinación del Nombre del padre, ya sea porque brilla por su ausencia en la estructura, tanto como porque se suspende su operatoria, es decir, si hubiera una inscripción de Nombre del padre, falla el padre real del segundo tiempo del Edipo.

Pero también se deduce una falla en el Deseo materno⁸. Y se verifica en el hecho de que, si el Deseo materno se caracteriza por una alternancia entre presencias y ausencias, en estos casos, la función materna se manifiesta desarticulada de esa alternancia, quedando el vaivén desarticulado entre los extremos o detenido preponderantemente en uno de los polos.

Por lo tanto, más que el Deseo de la madre, lo que predomina es su goce. Un goce materno que se traduce en una presencia sin interrupción, o bien, en una ausencia radical.

Coyunturas que indican indicios de una posible declinación del Deseo materno, como otra coordenada de esta posición que puede extenderse a la contemporaneidad.

Respecto de las diferentes posiciones de niño-objeto, se plantearon tres, cada una con características particulares, a saber:

- Las psicosis como objeto de goce del Otro.
- La posición de objeto-resto.
- Y la identificación al falo imaginario.

En ellas impera un rasgo de pasividad del sujeto (que va variando según el tipo: arrasado, desecho, suspendido), predomina la demanda sobre el deseo, una dinámica sin mediación entre el niño y la madre, padecimientos articulados a la angustia y a la inhibición, prevalencia de la lógica del superyó, del narcisismo, de amores imaginarios, y una ausencia o suspensión de algunas operaciones vinculadas a la castración simbólica.

Entonces se concluye que:

- La posición de niño-objeto no necesariamente responde a la estructura psicótica, aunque, a veces tampoco a una neurosis clásica⁹.
- En estas tres presentaciones se constata, un detenimiento en el despliegue del fantasma, no sólo del Otro primordial sino también en el sujeto, que lo deja adherido a la posición de objeto del Otro y absuelto de las consecuencias de operatividad de la castración simbólica.

⁸ Este planteo se corresponde con la segunda hipótesis puntualizada en la introducción.

⁹ Esta afirmación se corresponde con la primera hipótesis planteada en la introducción.

Finalmente, en la tercera vía de investigación de esta tesis se desplegaron algunas aristas para ubicar el modo en el que la posición de niño-objeto resulta ser funcional al discurso capitalista, y viceversa, o sea la manera en la que el capitalismo trabaja para la reproducción de esta posición¹⁰, lo que se observa en los siguientes elementos de este discurso:

- El sujeto se presenta sin división, como consumidor universal o como desperdicio, atado o caído del sistema. Sumido en la lógica de la demanda y del goce. Es un individuo centrado en su satisfacción solitaria e inmediata.
- Herencia del discurso universitario, la ciencia y la tecnología se presentan como fuentes del saber contemporáneo.

Se desarrollan en la intersección de lo imaginario con lo real, desarticuladas de lo simbólico, reduciendo al sujeto a un objeto de investigación para el consumo. De aquí se deduce que el sujeto se presente como objeto de goce del Otro.

- El mercado es el amo del capitalismo, con una base superyoica: el empuje al consumo, el mandato de goce.
- Los objetos ascienden al cénit. Lo demuestra la ciencia, la estructura del discurso hipermoderno y la del capitalista, con la revalorización del objeto de consumo.

Los objetos adquieren el estatuto de un gadget, un objeto mercantil, sustituible, cuya función sintomática resalta la estructura del objeto en tanto plus de goce, y prometen una satisfacción rápida y, en general, solitaria.

Los objetos no se articulan a la lógica de la pérdida, se vuelven un desperdicio y se descartan, pero inmediatamente surge uno nuevo para sustituir al anterior.

- Este discurso avanza en una circularidad sin fin, que delata un rechazo de la castración, y del amor que está atravesado por la castración.

El discurso capitalista, con los avances de la tecnociencia, también impacta en las configuraciones de las familias contemporáneas. El ascenso al cenit del objeto en lo social tiene una micro traducción en lo familiar, siendo el niño quien encarna el objeto. Sus miembros empiezan a presentarse desde una pretendida equivalencia

¹⁰ Este planteo se corresponde con la tercera hipótesis de la introducción.

de sus lugares, teniendo que elevar al niño como objeto al cenit de lo familiar, para sostenerla.

Posición de niño-objeto que se generaliza en la subjetividad contemporánea. El niño se eleva como objeto al cénit de lo familiar y de lo social, por esto, Lacan plantea que el niño generalizado, cualquiera sea la edad del ser hablante, queda directamente relacionado con fenómenos de violencia que resurgen en diferentes ámbitos sociales.

Palabras finales

Ahora bien, la posición de niño objeto no es una novedad actual, no surge con la expansión actual capitalista.

Quizás lo llamativo es su sobresaliente emergencia en la reestructuración de las familias contemporáneas, y la frecuencia con la que aparece representada por los sujetos que inician un tratamiento analítico en la actualidad.

Con lo cual podría considerarse que su proliferación no es ajena al contexto, pues en la lógica del capitalismo encuentra las coordenadas para reproducirse y sostenerse.

Sin lugar a duda el despliegue del capitalismo es directamente proporcional a la declinación del padre real, como operador estructural que hace funcionar a la castración simbólica. El discurso capitalista, "locamente astuto", avanza en una circularidad ilimitada, que delata un rechazo de la castración.

Entonces se auspicia una tendencia "en más", coherente con el mercado, amo del capitalismo, que empuja al consumo, exige gozar, y retroalimenta la lógica de la demanda, del goce y del superyó, en detrimento de la negativización del goce, y, por ende, del deseo.

Se observa en esta época un deterioro en las operaciones de corte, de separación, de regulación. La posición de niño-objeto expone que el niño no está privado de ser el objeto del Otro, y el Otro no está impedido de gozar con el niño, en tanto objeto. El niño-objeto sostiene la escena del Otro, con cierta suspensión de su subjetividad. Con lo cual, el lazo que predomina con su Otro es narcisista pues con su ser viene a completar al Otro, consume el signo de la falta en el Otro, como si fuera una parte

del Otro, que viene restaurarlo, o bien, cayendo como un desperdicio que el Otro descarta.

En este sentido, predomina una lógica narcisista binaria, es decir, amores imaginarios que se basan en la comunión de lo mismo, y que denotan un rechazo al inconsciente, a la división subjetiva, siendo el odio a lo diferente, la segregación, su correlato.

En relación con la pregunta sobre los efectos de la generalización del niño, que interesa desviarla aquí hacia la posición de niño-objeto, Lacan dice que: “¿No es acaso porque hay que contestarla por lo que vislumbramos ahora por qué probablemente Freud sintió que debía reintroducir nuestra medida en la ética por medio del goce? ¿Y no es tratar de actuar con ustedes como con aquellos para quienes la ley desde entonces es dejarlos con la pregunta: qué alegría encontramos en eso que constituye nuestro trabajo?” (Lacan 1967b, 389).

El verbo analizar, viene de una palabra griega que alude a disolver, “lysis” significa soltar, separar, desatar. Interesa aquí resaltar esta raíz etimológica para ubicar un horizonte posible en las maniobras analíticas con estos casos.

En la primera vía de la investigación, fue un objetivo específico circunscribir las operaciones que habilitan el advenimiento de las diferentes formas del objeto a, pues identificarlas permite cernir en dónde podría estar localizado el desvío, cuando se hace preeminente algún objeto en particular.

Desde la lógica freudiana podría decirse que la pérdida es original, funda el psiquismo, mientras que las sucesivas operaciones que vienen después se basan en el procesamiento de esta pérdida mediante resignificaciones que pueden englobarse en diferentes operaciones de separación.

Barros en el libro *La condición femenina*, plantea que: “En el fondo, cualquier psicoanalista puede suscribir a la idea de que todo trabajo es trabajo de duelo, de corte, de separación del objeto a, con lo cual cobra sentido la metáfora de la maternidad -el trabajo de parto- un paradigma del proceso productivo o creador. Siempre se trata de una instancia de separación” (Barros 2011, 199).

También con Lacan se ubicaron algunas operaciones de separación, posteriores a la pérdida inaugural, como condición necesaria para que se vayan dando los pasos para que el psiquismo se movilice, se modifique, se constituya.

Recorrer las operaciones que dan surgimiento a los diferentes objetos, permite indagar en qué casos y hasta qué punto, pueden considerarse como referencia de la maniobra analítica, de qué modo y con qué limitaciones.

La intervención con “función de corte y mediación” (Eidemberg 2009, 109), de límite, de velo, apela al relanzamiento de una lógica simbólica, apuesta al sujeto en cuestión, introduciendo algún tipo de separación entre él y su posición de objeto.

Este tipo de intervención, en algunos casos es fecunda, en otros casos no tiene efecto y en otros se hace necesaria, en el sentido de que no cesa de escribirse, entonces vuelve cada vez.

Se propuso como (cuarta) hipótesis que la posición de objeto materno puede ser conmovida con una serie de intervenciones basadas en la función de corte. Pues bien, se considera que no se verifica esta hipótesis porque no siempre es posible aplicar esta orientación, debido a que no necesariamente impacta en el sujeto, o lo hace transitoriamente.

Considerando el gran descubrimiento freudiano, que trasciende las épocas, en torno del inconsciente y la pulsión, podrían ubicarse muy a grandes rasgos dos sesgos de la práctica analítica que se entrecruzan constantemente. Una que transcurre con una inclinación por la vía del inconsciente, del significante, del deseo, de la castración simbólica, del sujeto, por un lado, y por otro, otra, más del lado del goce, de lo pulsional. No son dos orientaciones puras, es decir no necesariamente se excluyen, sino que en un mismo análisis convergen y se desencuentran.

Entonces, cuando estas inclinaciones de la práctica analítica tienden a divergir y no hay demasiado simbólico para apelar, siempre manteniendo en el horizonte la lógica de lo imposible, sería interesante considerar intervenciones que se apoyen en lo que hay, es decir desde lo imaginario o desde lo real, para generar un movimiento ahí mismo y evaluar la posibilidad de auspiciar salidas con nuevas lectoescrituras.

Será una orientación para futuros trabajos continuar investigando en esta dirección, desde la lógica del manejo de la transferencia, el “tomar iniciativas” (Miller, 2013, 2), y el deseo del analista en, lo que se dio en llamar, el “psicoanálisis aplicado” (Winnicott 1965, 44).

Resignificando las operaciones de corte y duelo, se concluye este recorrido zigzagueante que ha sido guiado por interrogantes sobre la posición del niño-objeto, extraídos de mi práctica, vehiculizados por el pasaje por la Maestría en Clínica Psicoanalítica de la UNSAM, y encausados por la escritura de esta tesis. En este proceso de investigación, varios zigzags fueron extraídos, otros perdidos, algunos desechados, otros recuperados, y transformados. Mientras escribía la tesis insistía una frase extraída de la Web, escrita supuestamente por Gabriel García Márquez. Debido a su perseverancia fui en busca de su fuente, recorrí *El coronel no tiene quien le escriba*, *100 años de soledad*, *La mala hora*, *Crónica de una muerte anunciada*. No la encontré. Quizás su referencia está por algún lado y simplemente no la localicé. Quizás ya no está ahí. Quizás no fue escrita por él. En fin, dice que: “Los seres humanos no nacen para siempre el día en que sus madres los alumbran, sino que la vida los obliga a parirse a sí mismos una y otra vez (...)”.

Guadalupe Ceña.

Buenos Aires. Diciembre de 2022.

8. OCTAVO CAPÍTULO: Bibliografía

8.1. Libros

1. Abraham, K. "Manifestaciones del complejo de castración femenino" en "Psicoanálisis Clínico", Ed. Hormé, Buenos Aires. 1920.
2. Abraham, K. "Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales en Psicoanálisis clínico. Buenos Aires: Hormé. [1924] (1980)
3. Abraham La primera etapa pregenital de la libido. En: Psicoanálisis clínico. Hormé, Buenos Aires, [1916] (1980b).
4. Alemán, J. Cuestiones antifilosóficas en Jacques Lacan. Atuel. Bs As. 1992.
5. Alemán, J. Jacques Lacan y el debate posmoderno. Ediciones del Seminario. 2000
6. Althusser, L. "Contradicción y Sobredeterminación", en La revolución teórica de Marx, Siglo XXI Editores, México D.F., (1965). 2004.
7. Althusser, L. El Porvenir es largo y los hechos. Editora Nacional, Madrid, (1991). 2002.
8. Anzieu, D. El yo-piel. Madrid: Biblioteca Nueva. 1987.
9. Barros, M. La condición femenina. Bs. As. Grama. 2011.
10. Barros, M. Intervención sobre el Nombre del padre. Bs. As. Grama. 2014.
11. Barros, M. La madre, apuntes lacanianos. Bs. As. Grama. 2018.
12. Bauman, Z. Amor líquido. Ed. Fondo de Cultura Económica de Argentina. Bs. As. 2005.
13. Bauman, Z. Modernidad Líquida, Ed. Fondo de Cultura Económica, Bs. As. 2008.
14. Bleichmar, S. En los orígenes del sujeto psíquico. Amorrortu editores. Buenos Aires 1986.
15. Baumeyer, F. El Caso Schreber. Bs As. Argentina. Nueva Visión, 1984.
16. Berenguer, A. Poesías 1949-1979, Calicanto, Buenos Aires, 1980
17. Byung-Chul Han. No cosas. Ed. Taurus. Bs. As. 2021.
18. Byung- Chul Han. La agonía del Eros. Herder Editorial. Barcelona. 2013.
19. Coler, R. El reino de las mujeres. El último matriarcado. Ed. Planeta. Buenos Aires. 2014.
20. Dumas, A. La dignidad del niño analizante. Grama. Bs As. 2019.

21. Daumas, A. Stiglitz, G. Psicoanálisis con niños y adolescentes Grama. Bs As. 2009.
22. Deustch F., A footnote to Freud's "Fragment of an Analysis of a Case of Hysteria" Psychoanalytic Quarterly. 1957.
23. Diccionario Enciclopédico Quillet. Tomo IX. México. Grolier. 1990.
24. Dolto, F. Imagen inconsciente del cuerpo humano. Buenos Aires: Paidós. 1986.
25. Donnet, J.L.; Green, A. El niño de eso. Psicoanálisis de una entrevista: la psicosis blanca Social-ediciones. 1973.
26. François, Yannick. Françoise Dolto. De la ética a la práctica del psicoanálisis de niños. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión. 1990.
27. Freud, S. Manuscrito E. En Obras completas, Bs As. Amorrortu, [1894] (2004). Tomo I.
28. Freud, S. Proyecto de psicología. En Obras completas, Bs As. Amorrortu, [1895] (2004). Tomo I.
29. Freud, S. Fragmento de correspondencia con Fliess. Carta 52. En Obras completas, Bs As. Amorrortu, [1896] (2004). Tomo I.
30. Freud, S. Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa En Obras completas, Bs As. Amorrortu, [1896b] (1999). Tomo III.
31. Freud, S., Tres ensayos de teoría sexual. En Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu. [1905a] (1996). Tomo VII.
32. Freud, S., Fragmentos de un análisis de un caso de histeria. En Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu. [1905a] (1996). Tomo VII.
33. Freud, S., La interpretación de los sueños. En Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu. [1905b] (1998), Tomo IV y V.
34. Freud, S., Análisis de la fobia de un niño de cinco años. En Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu. [1905c] (1994). Tomo X.
35. Freud, S., A propósito de un caso de neurosis obsesiva. El hombre de las ratas. En Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu. [1905c] (1994). Tomo X.
36. Freud, S. Sobre las teorías sexuales infantiles. En Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu. [1908] (1992). Tomo IX

37. Freud, S., Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci. En Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu. [1910] (1996). Tomo XI.
38. Freud, S., Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre. En Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu. [1910b] (1996). Tomo XI.
39. Freud, S., Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente. En Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu. [1911a] (1998). Tomo XII.
40. Freud, S., Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico. En Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu. [1911b] (1998). Tomo XII.
41. Freud, S., La predisposición a la neurosis obsesiva. En Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu. [1913] (1998). Tomo XII.
42. Freud, S., Sobre los tipos de contracción de neurosis. En Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu. [1912] (1998). Tomo XII.
43. Freud, S., Tótem y tabú. En Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu. [1913] (1998). Tomo XIII.
44. Freud, S., Introducción del narcisismo. En Obras completas, Bs As. Amorrortu, [1914a] (2016). Tomo XIV.
45. Freud, S., Contribución a la Historia del Movimiento psicoanalítico. En Obras completas, Bs As. Amorrortu, [1914b] (2016). Tomo XIV.
46. Freud, S., Pulsiones y destinos. En Obras completas. Bs As. Amorrortu. [1915a] (2003). Tomo XIV.
47. Freud, S., La represión. En Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu. [1915b] (2003). Tomo XIV.
48. Freud, S., Lo inconsciente. En Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu. [1915c] (2003). Tomo XIV.
49. Freud, S., Complemento metapsicológica a la doctrina de los sueños. En Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu. [1917a] (2003). Tomo XIV.
50. Freud, S., Conferencias de introducción al psicoanálisis. 21° conferencia. Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales. En Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu. [1917b] (1992). Tomo XVI.
51. Freud, S., Conferencias de introducción al psicoanálisis. 22° conferencia. Algunas perspectivas sobre el desarrollo y la regresión. Etiología. En Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu. [1917c] (1992). Tomo XVI.

52. Freud, S., Duelo y melancolía. En Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu. [1917d] (2003). Tomo XIV.
53. Freud, S., Sobre las transposiciones de la pulsión y especialmente del erotismo anal. En Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu. [1917e] (1997). Tomo XVII.
54. Freud, S., “De la historia de una neurosis infantil (el “Hombre de los Lobos”), en Obras Completas, Amorrortu editores, Buenos Aires, [1919] (1997).
55. Freud, S., Más allá del principio del placer. En Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu. [1920] (2001). Tomo XVIII.
56. Freud, S., “Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina”, en Obras completas, Amorrortu, Buenos Aires, [1920b] (2001). Tomo XVIII.
57. Freud, S., Psicología de las masas y análisis del yo. En Obras completas. Buenos Aires. Amorrortu. [1921] (2001). Tomo XVIII
58. Freud, S., El yo y el ello. En Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu. [1923] (1996). Tomo XIX.
59. Freud, S., El sepultamiento del complejo de Edipo. En Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu. [1924] (1996). Tomo XIX.
60. Freud, S., La negación. En Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu. [1925] (2003). Tomo XIX.
61. Freud, S., Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos. En Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu. [1925b] (2003). Tomo XIX.
62. Freud, S., Notas sobre la pizarra mágica. En Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu. [1925c] (2003). Tomo XIX.
63. Freud, S., Inhibición, síntoma y angustia. En Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu. [1926] (1992). Tomo XX.
64. Freud, S., Fetichismo. En Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu. [1927] (1996). Tomo XXI.
65. Freud, S., Malestar en la cultura En Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu. [1929] (1996). Tomo XXI.
66. Freud, S., Sobre la sexualidad femenina. En Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu. [1931] (1996). Tomo XXI.

67. Freud, S., Conferencia 32, Angustia y vida pulsional. En Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu. [1932] (1996). Tomo XXII.
68. Freud, S., Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. 33° conferencia. La feminidad. En Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu. [1933] (1996). Tomo XXII.
69. Freud, S., Esquema del psicoanálisis. En Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu. [1938] (1996). Tomo XXIII.
70. Garcés, L.F. "La virtud aristotélica como camino de excelencia humana y las acciones para alcanzarla". *Discusiones Filosóficas*. Jun.-dic. 2015: 127-146. DOI: 10.17151/difil.2015.16.27.9
71. García, Ch, Los dinosaurios en Clics modernos. 1983.
72. Gardiner, M. El Hombre de los Lobos por el Hombre de los Lobos, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1971.
73. Green, A. La madre muerta en Narcisismo de vida, narcisismo de muerte. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1983.
74. Green, A. (1974) El analista, la simbolización y la ausencia en el encuadre analítico, en (1990) De locuras privadas. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1990.
75. Guebel, Daniel. El hijo judío. Bs As. Literatura Random House. 2018.
76. Kardiner, A. Mi análisis con Freud. México, edit. Joaquín Mortiz, (1979).
77. Klein, M. El psicoanálisis de niños. Obras completas, 2. Buenos Aires: Paidós, [1932] (1987).
78. Klein, M. Envidia y gratitud y otros trabajos. Obras completas. Volumen 3. Barcelona: Paidós. (1988).
79. Klein, M. Algunas conclusiones sobre la vida emocional del lactante. En Envidia y Gratitud. Obras Completas. Tomo III. Buenos Aires: Paidós. [1952] (1988).
80. Lacan, J. Los complejos familiares. Bs As, Argentina, Editorial Argonauta, 2003. [1938] (2003).
81. Lacan, J. Acerca de la causalidad psíquica en Escritos 1, Argentina, Siglo XXI, [1946] (1988).
82. Lacan, J. "Respuesta al comentario de Jean Hyppolite", en Escritos 1, Buenos Aires, Siglo XXI, [1954] (1997).

83. Lacan, J. Seminario 3. Las psicosis. Bs As. Paidós. [1955-6] (2009).
84. Lacan, J. Seminario 4. La relación de objeto. Bs As. Paidós. [1956-7] (2007).
85. Lacan, J. Seminario 5. Las formaciones del inconsciente. Bs As. Paidós. [1957-58] (2001).
86. Lacan J. La significación del falo en Escritos I. Siglo XXI Editores. [1958] (2003).
87. Lacan, J. La dirección de la cura y los principios de su poder en Escritos I. Siglo XXI Editores. [1958b] (2003).
88. Lacan, J., Seminario 6. El deseo y su interpretación. Buenos Aires: Paidós. [1958-1959] (2014).
89. Lacan, J. “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis”. En Escritos 2, México, Siglo XXI, [1957-8] (1984).
90. Lacan, Jacques, “Juventud de Gide, o la letra y el deseo”, en Escritos. Buenos Aires: Siglo XXI, [1958] (2007).
91. Lacan, J: Observación sobre el informe de Daniel Lagache: “Psicoanálisis y estructura de la personalidad”. Escritos 2. Siglo XXI editores. Bs. As. [1960a] (1987).
92. Lacan, J. Seminario 7. La ética del psicoanálisis. Buenos Aires. Paidós. [1959-1960] (2015).
93. Lacan, J. “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”. En: Escritos 2. Siglo XXI. Buenos Aires [1960b] (2008).
94. Lacan, J. Seminario 8: La transferencia. Paidós. Buenos Aires, [1960-1] (2008).
95. Lacan, J. Seminario 9: La identificación. Inédito. [1961-62]
96. Lacan, J. Seminario 10. La angustia. Bs As. Paidós. [1962-3] (2006).
97. Lacan, J. “Del Trieb de Freud y del deseo del psicoanalista” En Escritos 2, México, Siglo XXI, [1964] (1984).
98. Lacan, J. Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Bs As. Paidós. [1964-65] (2006).
99. Lacan, J. Posición del inconsciente. En Escritos 2, México: Siglo XXI. [1964] (2007).
100. Lacan, J. Presentación de la traducción francesa de las Memorias del presidente Schreber, en Intervenciones y textos 2. Manantial [1966] (2007).

101. Lacan, J. Seminario 12. Problemas cruciales para el psicoanálisis. Inédito [1965-66].
102. Lacan, J. Seminario 14. La lógica del fantasma. Inédito [1966-7]
103. Lacan, J. "Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela". En Otros escritos, Paidós [1967] (2012).
104. Lacan, J. Alocución sobre las psicosis del niño en Otros escritos. Buenos Aires: Paidós. [1967b] (2012).
105. Lacan, J. Seminario 16. El seminario, libro 16: De un Otro al otro. Paidós, Buenos Aires, [1968-69] (2008).
106. Lacan, J. Nota sobre el padre. Inédito en Revista Lacaniana. N°20. Buenos Aires: Grama. [1968] (2006).
107. Lacan, J. Nota sobre el niño en Otros escritos. Bs As. Paidós. [1969] (2012).
108. Lacan, J. Seminario 17. El reverso del psicoanálisis. Bs As. Paidós. [1969-70] (2008).
109. Lacan, J. "Lituratierra", en Otros escritos. Bs As. Paidós. [1970] (2012).
110. Lacan, J. "Discurso en la Escuela Freudiana de París" Otros Escritos, Paidós, Bs. As. [1970b] (2012).
111. Lacan, J. "Nota Italiana" en Otros Escritos, Paidós, Buenos Aires, [1973] (2012).
112. Lacan, J. Seminario 19 bis: "El saber del psicoanalista". Inédito. [1971-72].
113. Lacan, J. Seminario 19: "Ou pire". Bs As. Paidós [1971-72] (2011).
114. Lacan, J. El atolondradicho en Otros escritos. Bs As. Paidós. [1972] (2012).
115. Lacan, J., Radiofonía en Otros Escritos, Paidós, Bs. As., [1972c] (2012).
116. Lacan, J, "Conferencia en Milán", 12 de mayo de 1972. Inédito [1972b]
117. Lacan, J. Seminario 20. Aún, Ed. Paidós, [1972-1973] (2001).
118. Lacan, J. Seminario 21. Los no incautos yerran. Inédito. [1973-74].
119. Lacan, J. "Introducción a la edición alemana de un primer volumen de los escritos". En Otros escritos, Paidós, Buenos Aires, [1973] (2012).

120. Lacan, J. "Televisión", en Otros escritos. Bs As. Paidós. [1973b] (2012).
121. Lacan, J. Seminario 22. RSI, inédito. [1974-75].
122. Lacan, J. Seminario 23. El sinthome. Bs As. Paidós. [1975-1976] (2006).
123. Lacan, J. "La Tercera" en Intervenciones y Textos II. Bs.As. Ed. Manantial. [1975a] (2007).
124. Lacan, J. Conferencia en Ginebra sobre el Síntoma. En Intervenciones y textos 2. Buenos Aires, Argentina: Editorial Manantial [1975c] (2007).
125. Lacan, J. Apertura a la sección clínica, 5-1-77, en Ornicar #3, Petrel. [1977] (1981).
126. Lacan, J. Seminario 27. Disolución. Inédito. [1980].
127. Laurent, E. Hay un fin de análisis para los niños. Buenos Aires: Colección Diva, 1999.
128. Laurent, E., Letra, nombre propio, nombre de goce. El modelo y la excepción. En Síntoma y nominación. Buenos Aires. Colección Diva, 2002.
129. Laurent, E., El amor loco de una madre. En El amor en la psicosis. Buenos Aires. Paidós. 2006.
130. Laurent, E. Psicoanálisis con niños y adolescentes. Lo que aporta la enseñanza de J. Lacan. "Nuevas inscripciones del sufrimiento en el niño". Buenos Aires: Grama. 2007a.
131. Laurent, E. La variedad de la práctica. Del tipo clínico al caso único. Buenos Aires, Argentina: Tercer Encuentro Americano del Campo freudiano, 2007b.
132. Laurent, E. El niño como reverso de las familias. En La variedad de la práctica. Del tipo clínico al caso único. Buenos Aires. Tercer Encuentro Americano del Campo freudiano. 2007c
133. Laurent, E. El niño como real del delirio familiar. En Kuperwajs, I. (Comp.), Psicoanálisis con niños 3. Tramar lo singular. Buenos Aires. Grama. 2010.
134. Laurent, E. El niño ¿El resto? En Goldber, S. y Stoisa, E. (Compiladores), Psicoanálisis con niños y adolescentes 3. Encrucijadas de la práctica psicoanalítica. Buenos Aires: Grama, 2011.

135. Laurent, É. La batalla del autismo. Grama, Buenos Aires, 2013.
136. Leichter, O., Otto Bauer: Tragödie Oder Triumph; Europa Verlag. 1970
137. Leserre, A. Una lectura de Nota sobre el niño, Cuadernos del ICdeBA 17, Grama, Bs. As., 2015.
138. Levin, I. Autismos y perturbaciones graves en la clínica psicoanalítica con niños y bebés. Argentina. Letra Viva. 2019.
139. Lipovetsky, G. La era del vacío. Barcelona, España: Ed. Anagrama. 1986.
140. Lipovetsky, G. El crepúsculo del deber. Barcelona, España: Ed. Anagrama. 1994.
141. Lipovetsky, G. Metamorfosis de la cultura liberal. Barcelona, España: Ed. 2003.
142. Lipovetsky, G. Los Tiempos Hipermodernos. Anagrama, Barcelona. 2008.
143. Lyotard, J-F. La condición posmoderna: informe sobre el saber. Madrid: Cátedra. 1987.
144. Maldavsky, D., Yo realidad inicial. Concepto e investigaciones sistémicas. En Subjetividad y procesos cognitivos. Uces. Argentina. 2008.
145. Masotta, O., El modelo pulsional. Catálogos Argentina. 1980.
146. Mannoni, M. El niño retardado y su madre. Paidós. Argentina. [1964] 1992
147. Mannoni, M. "Bonneuil, ¿lugar utópico?" en Lo que falta en la verdad para ser dicha, Ed. Nueva Visión, Bs. As., 1998.
148. Mazzuca, R. Seminario "El cuerpo en psicoanálisis" en Psiquiatría y psicoanálisis: encuentros y desencuentros. Bs As. Bergasse 19. 2003
149. Mazzuca, R, "Los conceptos lacanianos en la enseñanza de la psicopatología", en Psicopatología: clínica y ética. De la psiquiatría al psicoanálisis, Grama. Bs As. 2002.
150. Miller, J.-A. (1990) Acerca del Gide de Lacan. Malentendido, Barcelona, 1990.
151. Miller, J.-A. El deseo de Lacan. Buenos Aires: Atuel. 1997.

152. Miller, J.A. Una distribución sexual. En Revista Mundial de Psicoanálisis Uno por Uno. N° 47. Buenos Aires: Paidós. 1999.
153. Miller, J-A. De la naturaleza de los semblantes. Los cursos psicoanalíticos de Jacques-Alain Miller. Buenos Aires: Paidós. 2002.
154. Miller, J-A. Extimidad. Los cursos psicoanalíticos de Jacques-Alain Miller. Buenos Aires: Paidós. 2010.
155. Miller, Jacques-Alain. Donc, curso de la orientación lacaniana 1993-4. Buenos Aires: Paidós, 2011.
156. Miller, J.A. La salvación por los desechos, en Punto Cenit. Colección Diva. Bs. As 2012.
157. Miller, J-A.; Laurent, E. El Otro que no existe y sus comités de ética. Buenos Aires: Paidós. 2005.
158. Miller, J.-A. Un esfuerzo de poesía. Paidós, Buenos Aires, 2016.
159. Miller, J.-A. Desarraigados. Paidós. Bs As. 2016b.
160. Niederland, W. G. "El 'mundo milagroso' de la infancia de Schreber", en Los casos de Sigmund Freud 2. 1959.
161. Niederland, W. G. "El padre de Schreber", en Los casos de Sigmund Freud 2 1960.
162. Olza Ibone. Parir. Penguin Random House Grupo Editorial. Barcelona 2017.
163. Obholzer, K., "Conversaciones con el hombre de los Lobos", Ediciones Nueva Visión 2016.
164. Ons, S. El cuerpo pornográfico. Bs As. Paidós. 2018.
165. Rabinovich, D. El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica. Manantial. Argentina. 1988.
166. Rascovsky, A. El Psiquismo Fetal. Buenos Aires. Paidós. 1960.
167. Rieder, I., Voigt, D. Sidonie Csillag. La "joven homosexual" de Freud. Ed. El cuenco de plata, Buenos Aires, 2004.
168. Rieder, I., Voigt, D. (2000). Sidonie Csillag. La joven homosexual de Freud. El cuenco de plata. Bs As, 2004.
169. Rivière, P.E. La psiquiatría, una nueva problemática. Ed. Nueva Visión. Buenos Aires. 1980
170. Rivière, P.E. Esquema Corporal. Ed. Galerna. Buenos Aires. 1950.

171. Sabino, C. El Proceso de Investigación. Editorial Lumen, Bs As. 1992.
172. Schreber, D. P. (1903): Memorias de un enfermo de nervios, Madrid, Sexto Piso, 2008.
173. Schejtman, F. La trama del síntoma y su relación con el inconsciente. Bs As. Grama. 2004.
174. Schejtman, F. De la negación al Seminario 3. En Las psicosis, fenómeno y estructura. Bs As. Bergasse 19. 2003.
175. Schejtman, F. Capitalismo y anorexia: discurso y fórmulas en Revista Ancla #7. Año 2007.
176. Schejtman, F. "Identificación de la epidemia", En Porciones de Nada, Editorial Bucle, Buenos Aires, 2009.
177. Schejtman, F. Una introducción a los tres registros en Psicopatología: clínica y ética. Bs As. Grama. 2013a.
178. Schejtman, F. Sinthome: ensayos de clínica psicoanalítica nodal. Bs. As. Grama. 2013b.
179. Schejtman, F. ¿Qué es un agujero? En Estudios sobre el autismo, colección diva, Bs. As. 2014.
180. Schweblin, S. Distancia de rescate. Penguin Random House. Argentina. 2014
181. Soler, C. "Pérdida y culpa en la melancolía" en Estudios sobre las psicosis. Ed. Manantial. Buenos Aires. 1989.
182. Soler, C. Lo que queda de la infancia. Argentina. Letra viva. 2014.
183. Soria, N. Nudos del análisis. Bs As. Serie del bucle. 2013.
184. Soria, N. ¿Ni neurosis ni psicosis? Bs. As. Serie del Bucle. 2015.
185. Soria, N. Duelo, melancolía y manía en la práctica analítica". Bs As. Serie Del Bucle. 2017.
186. Soria, N. Inexistencia del nombre del padre. Bs. As. Serie el bucle. 2020.
187. Spitz, R.A. (1945). Hospitalismo Solicitud de la Génesis de Condiciones Psiquiátricas en Temprana Niñez. Estudio Psicoanalítico de Niño, 1, 53-74

188. Spitz, R.A. (1965). El primer año de vida: un estudio psicoanalítico de desarrollo normal y anormal de relaciones de objeto. Nueva York: Prensa de Universidades Internacional.
189. Vigan, D. Días sin hambre. España. Anagrama. 2013.
190. Winnicott, D. Realidad y Juego. Barcelona, Gedisa, 1953.
191. Winnicott, D. W. La dependencia en el cuidado del infante y del niño, y en el encuadre psicoanalítico en Los procesos de maduración y el ambiente facilitador. Estudios para una teoría del desarrollo emocional. Paidós. Bs As 1963.
192. Winnicott, D. Sobre el uso de un objeto, Exploraciones Psicoanalíticas I. Argentina. Paidós. 1968.
193. Winnicott, D. W. Desarrollo emocional primitivo. En: Escritos de pediatría y psicoanálisis. Barcelona, Paidós, [1945] (1999).
194. Winnicott, D. El desarrollo de la capacidad para la preocupación por el otro. En: Los procesos de maduración y el ambiente facilitador. Buenos Aires, Paidós, [1963b] (1999).
195. Winnicott, D.W. "El valor de la consulta terapéutica"; en Exploraciones psicoanalíticas II. Bs. As., Paidós, 1965.

8.2. Revistas

196. Algaze D. y otros. Fundamentos metapsicológicos de la constitución del aparato psíquico en las psicosis. En la revista universitaria de psicoanálisis #16, 2016.
197. Algaze, D. y otros. "Constitución subjetiva: Estructura y tiempo". En Revista Universitaria de Psicoanálisis. Bs As, Psicología, N° 17, UBA, 2017.
198. Algaze, D. y otros. "La constitución del yo: Vicisitudes en su devenir". En Revista Universitaria de Psicoanálisis. Bs As, Psicología, N° 19, UBA, 2019.
199. Arbiser, S. Karl Abraham. Sus principales ideas acerca del desarrollo psicosexual. En la Revista de Psicoanálisis de Apdeba Vol. XXXII - N° 1. 2010
200. Battista, G. Seis puntos sobre "La clínica actual y la cuestión del falo" en Virtualia #34. 2018.

201. Bonerman, C. Daniel Paul Schreber. Doctor en psicosis [Schreber, D.P., 1985] en aperturas psicoanalíticas revista internacional de psicoanálisis NÚMERO 032 2009
202. Galiussi, R. Dos Tratamientos Hipermodernos del Cuerpo, en Aesthetika. Revista internacional de estudio e investigación interdisciplinaria sobre subjetividad, política y arte. Volumen 2. Número 1. septiembre 2005.
203. Glay P y otros David Maldavsky y la psicósomática. En Revista Desvalimiento Psicosocial Vol. 6, #1, 2019
204. Laurent, E. El niño y su madre. En El Analicón. Volumen 1. Barcelona: Paradiso. Correo del Campo Freudiano en España 48. 1986.
205. López de Caiafa, C. El objeto - el otro, pensados a partir de ideas de D. Winnicott. En revista uruguaya de psicoanálisis. 2009.
206. Miller, J.A. Las contraindicaciones al tratamiento psicoanalítico, en El Caldero de la Escuela nº 69. 1999.
207. Miller. J.A., "El niño entre la mujer y la madre" en la revista Virtualia #13. 2005.
208. Miller, J.A.: Una lectura del Seminario De un Otro al otro en Freudiana 57. 2009.
209. Miller, J.A. "Semblants et sinthomes. Présentation du thème du VIII congrès de l'AMP", La Cause freudienne 69, 2008.
210. Patricio Rey y sus Redonditos de Ricota, Todo un palo, en Un baión para el ojo idiota. 1987.
211. Schejtman, F. "Angustia, interpretacao e gozo do Outro" en Revista Curinga, #22, junio 2006a.
212. Schejtman, F. "Encadeamentos e desencadeamentos da angustia, interpretacao e gozo do Outro" en Revista Curinga, #22, junio 2006.
213. Soria Dafunchio N. "Yo, cuerpo y realidad en las neurosis y psicosis". Facultad de psicología UBA. Revista universitaria de psicoanálisis, No16. 2016
214. Soria, N. Entrevista en Revista conclusiones analíticas #4. 2017.

8.3. Links

215. Algaze D., Ceña G. Avanzar por ese agujero. Tratamientos del trauma en X Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXV. Facultad de Psicología - UBA 2018.
216. Brodsky, G. El poder de los objetos. El régimen de la pulsión en la sociedad virtual. En Cythère? - N° 2. 2019. Revista de la red americana en <https://fapol.org/cythere/portfolio-items/brodsky-el-poder-de-los-objetos-el-regimen-de-la-pulsion-en-la-sociedad-virtual/>
217. Brousse, M.-H. (2009) "Las mutaciones de la función paterna hoy". <http://www.icf-granada.net/2012-04-04-08-33-03/audios/114-las-mutaciones-de-la-funcion-paterna-hoy>
218. Brousse, M.-H. Una dificultad en el análisis de mujeres: el estrago de la relación a la madre. En Cuadernos de Psicoanálisis 28. 2003. En <https://www.redalyc.org/jatsRepo/5644/564462745006/html/index.html>
219. Brousse, M.H. Saber hacer femenino con la relación. Las tres R: astucia, estrago y arrebató. XV JORNADAS "MUJERES", ELP. 2016 en <http://mujeres.jornadaselp.com/lazoamp/saber-hacer-femenino-con-la-relacion-las-tres-r-astucia-estrago-y-arrebato/>
220. Brousse, M.-H. (2017). "Fuera de sexo. Extensión del imperio materno. Conferencia. [ICF Granada]. Disponible en <https://marioelkin.com/blog-marie-helene-brousse-fuera-sexo-extension-del-imperio-materno/>
221. Ceña, G. Si el inconsciente no tiene cuerpo más que de palabras... en el IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional. Facultad de Psicología -UBA, Buenos Aires. 2012.
222. Ceña, G. Del impulso a la compulsión. En V Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional. Facultad de Psicología -UBA, Buenos Aires. 2013.
223. Ceña, G. La armadura del amor al padre en el caso Dora. En las Jornadas de la cátedra II de psicopatología, UBA Facultad de psicología "Jacques Lacan y la psicopatología". 2014.

224. Ceña, G., Preguntas sobre las declinaciones de la función materna. En XI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional Facultad de Psicología -UBA, Buenos Aires. 2019.
225. Dartiguelongue, J. Los síntomas contemporáneos y la condición melancólica. En VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional Facultad de Psicología - UBA, Buenos Aires. 2016.
226. Dartiguelongue, J. Síntomas contemporáneos y su relación a la pulsión de muerte y al falo. En X Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXV Facultad de Psicología - UBA, Buenos Aires. 2018.
227. Davis, T. The radiant Child en <https://www.youtube.com/watch?v=wVzulyEstvA&t=3s>
228. Dessal, G. Saludos a las Jornadas. 2014. En <http://www.elsigma.com/columnas/saludos-a-las-jornadas-de-elsigma/12844>
229. Graf, M. Entrevista del padre del pequeño Hans, Max Graf, con Kurt. 1952. En <https://www.fort-da.org/fort-da10/repomaxgraf.htm>
230. Geli, C. "Ahora uno se explota a sí mismo y cree que está realizándose". En El país 2018. En https://elpais.com/cultura/2018/02/07/actualidad/1517989873_086219.html
231. Febbraio, F. Storia ed etimologia del Gadget 2016 en <https://www.stilpromo.com/gadget-storia-etimologia/>
232. Foster, R. Grandes pensadores del siglo XX. Episodio uno, Jacques Lacan. Canal Encuentro. 2009. En <https://www.youtube.com/watch?v=C9yN0Ggij78>
233. Freud, S. Sinopsis de las neurosis de transferencia en <http://elsicoanalistalector.blogspot.com/2008/06/sigmund-freud-sinopsis-de-las-neurosis.html> (1915d)
234. Hartman A. El niño en posición de objeto. Tesis de doctorado USAL. En <https://racimo.usal.edu.ar/4233/1/P%C3%A1ginas%20desdeTesis.046907.El%20ni%C3%B1o%20en%20posici%C3%B3n%20de%20objeto.pdf> (1991)

235. Hartmann, A. Distribución del goce en la trama familiar. En <http://revela.uncoma.edu.ar/htdoc/revela/index.php/psicohormiguero/article/view/1944/58371> (2017).
236. Lacan, J. RESPUESTAS A UNOS ESTUDIANTES DE FILOSOFIA SOBRE EL OBJETO DEL PSICOANALISIS publicado originalmente en los Cahiers pour l'Analyse, nº 3, Paris, 1966 en <https://www.lacanterafreudiana.com.ar/2.5.1.10%20%20RESPUESTA%20A%20ESTUDIANTES%20DE%20FILOFOFIA%20SOBRE%20EL%20OBJETO%20DEL%20PSICOANALISIS,%201966.pdf>
237. Lacan, J. Breve discurso a los psiquiatras. [1967]. En <https://www.lacanterafreudiana.com.ar/2.5.1.12%20%20BREVE%20DISCURSO%20A%20LOS%20PSIQUIATRAS,%201967.pdf>
238. Lacan, J., Segunda impromptu de Vincennes. Clase del 3 de junio de 1970.El reverso del psicoanálisis. Seminario XVII. 1969-70. En <https://www.bibliopsi.org/docs/lacan/20%20Seminario%2017.pdf>
239. Lacan, J. "Respuesta a una pregunta de Marcel Ritter", en Suplemento de las Notas (de la Escuela Freudiana), Nro 1. Buenos Aires, Argentina. Y en <http://www.psicoanalisisinedito.com/2015/07/jacques-lacan-respuesta-una-pregunta-de.html> [1975 b] (1980).
240. Laurent, E. Niños en análisis. Entrevista en http://www.silviaelenatendlarz.com/index.php?file=Entrevistas/Como-entrevistadora/87_Entrevista-a-Eric-Laurent.html 1987.
241. Laurent, E., El goce y el cuerpo social. In AMP-Blog: <http://ampblog2006.blogspot.com/2016/07/el-goce-y-el-cuerpo-social-por-eric.html> (2016).
242. Laurent, E. Los niños de hoy y la parentalidad contemporánea. Conferencia en la Facultad de Psicología UBA 2018/05/18
243. Leone, A. Silvia Bleichmar. Una teoría de los orígenes. El Psicoanálisis de niños a la luz de la Metapsicología. En <http://www.elpsicoanalitico.com.ar/num3/autores-leone-bleichmar-metapsicologia.php> 2007.

244. Mazzuca, R. Las identificaciones en la primera parte de la enseñanza de Lacan en Anuario de Investigaciones, vol. XIV, 2007, pp. 75-83 UBA, Argentina en <https://www.redalyc.org/pdf/3691/369139943037.pdf>
245. Miller, J.A. IV Conferencia de la AMP en Comandatuba “Una fantasía”. 2004. En <http://www.congresoamp.com/es/template.php?file=Textos/Conferencia-de-Jacques-Alain-Miller-en-Comandatuba.html>
246. Miller, G. Rendez Vous Chez Lacan, de 2011 en <https://www.youtube.com/watch?v=NaECIYmnYuk&t=857s>
247. Miller, J.A. Interpretar al niño. Intervención en la segunda Jornada del Instituto del Niño, Issy-les-Moulineaux, sábado 23 de marzo de 2013. En <https://anachoresis.files.wordpress.com/2017/08/descarga-en-pdf-interpretar-al-nincc83o-jacques-alain-miller.pdf>
248. Miller, J.A. Efecto Retorno sobre la psicosis ordinaria en Revista consecuencias #15, 2015 en <http://www.revconsecuencias.com.ar/ediciones/015/template.php?file=arts/Alcances/Efecto-retorno-sobre-la-psicosis-ordinaria.html>
249. Minayo, M.C.D.S. El Desafío del Conocimiento. Investigación Cualitativa en Salud en https://www.researchgate.net/profile/Maria-Minayo/publication/33023708_El_desafio_del_conocimiento_Investigacion_cualitativa_en_salud/links/569e16b608ae16fdf07b9613/El-desafio-del-conocimiento-Investigacion-cualitativa-en-salud.pdf 1997
250. Najles, A. R. El niño del mercado global en <https://www.nelmexico.org/archivo/el-nino-del-mercado-global/>
251. Orandi, M. Notas-sobre-la-biografia-de-ida-bauer 2012. Material de la cátedra, de la UBA. Expte.Nº251.127/12 de marzo de 2013 con carácter ad-honorem en el cargo de Ayudante de Primera en la asignatura Psicopatología Cát. I en <https://docplayer.es/127145583-Notas-sobre-la-biografia-de-ida-bauer-marcelo-orandi.html>
252. Pérez Mantero, J.L. ¿Qué sabemos del origen del lenguaje? En <https://estudiosinterlinguisticos.files.wordpress.com/2014/09/01perezmantero.pdf> 2013
253. Pernicone, A. Diálogo con Ann-Kathrin Graf. Apuntes sobre la vida de Herbert Graf. En Revista Fort Da. Número 10 noviembre 2008. En <https://www.fort-da.org/fort-da10/pernicone7.htm>

254. Portas Esquivel, R Nota biográfica sobre el caso Dora 2006 en <https://www.elsigma.com/historia-viva/nota-biografica-sobre-el-caso-dora/11215>
255. Rajlin, B. André Gide: Madeleine y André Gide. En Literatura y psicoanálisis, 2004 en <http://www.discursosfreudiano.com/trabajos-de-escuela-literatura-psicoanalisis/>
256. Recalcati, M. La cuestión preliminar en la época del Otro que no existe. En Virtualia #10. 2004 en <https://www.revistavirtualia.com/articulos/627/aportes/la-cuestion-preliminar-en-la-epoca-del-otro-que-no-existe>
257. Rizzo, F., Entrevista a Herbert Graf “Memorias de un hombre invisible” 1972. En <https://vestirlaopera.wordpress.com/entrevista-a-herbert-graf/>
258. Salman, S. ¿Hay neurosis sin Edipo? En Revista Rayuela #8 Año 2021.
259. Sanfeliu, I. Karl Abraham: El origen de las teorías de las relaciones objetales. En la revista FRENIA, Vol. II-2-2002 en <http://www.revistaaen.es/index.php/frenia>
260. Soria, N. Melancolía y perversión en André Gide en Revista Ancla #7. Año 2017b en <https://psicopatologia2.org/ancla/Ediciones/007/index.php?file=Elucidaciones/Melancolia-y-perversion-en-Andre-Gide.html>
261. Soria, N. ¿Pos-sexuación? En La libertad de la pluma #8 en <http://lalibertaddepluma.org/nieves-soria-pos-sexuacion/> 2019
262. Schejtman, F. Agujero y autismo. VII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. Facultad de Psicología - UBA, Buenos Aires. 2015.
263. Schejtman, F. Versiones de la castración en el último período de la enseñanza de Jacques Lacan en. XII Jornadas de Investigación y Primer Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur. Facultad de Psicología - UBA, Buenos Aires. 2005
264. Surmani, F. La noción de falo simbólico en Lacan. Su distinción de la noción de significante fálico. VI Congreso Internacional. Décimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - UBA, Buenos Aires. 2014.

265. Surmani, F. El objeto a - de una falta irreductible. En <https://www.aacademica.org/florencia.surmani.alfonsin/2019>

266. Winnicott, D. W. (1960) ¿Qué es lo que fastidia? Tres charlas radiales emitidas por la BBC el 14, el 21 y el 28 de marzo en <https://psicoanalisis.org/winnicott/quefast.htm>